

ESHKOL NEVO

Tres pisos

¿Qué esconden tus vecinos?
¿Qué escondes tú?



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



Tres pisos

Eshkol Nevo

Traducción de Eulàlia Sariola



Duomo ediciones

Barcelona, 2019

Portadilla

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Primer piso

Texto

Segundo piso

Texto

Tercer piso

Texto

Créditos

A mi hermano Noam

PRIMER PISO

Lo que estoy intentando decirte es que, más allá de la sorpresa, había otro asunto del que Ayelet y yo no nos atrevíamos a hablar, aunque de un modo u otro sabíamos –bueno, yo lo sabía– que podría ocurrir. Las señales estuvieron allí todo el tiempo pero preferí ignorarlas. ¿Qué puede resultar más cómodo que unos vecinos que cuiden de tus hijos? Respóndeme. Cinco minutos antes de que tengas que salir, coges a la niña, así, sin nada, sin bolsa, sin cochecito, llamas a la puerta de enfrente y ya está. Ella, feliz de quedarse con ellos. Ellos, felices de tenerla. Y tú, feliz de poder dedicarte a tus asuntos. También salía más barato que una canguro. Bueno, estos detalles son un poco vergonzosos, pero hoy no tengo fuerzas para autocensurarme; te lo voy a contar todo. Y tú me prometes que no lo vas a aprovechar para ninguno de tus libros. ¿Trato hecho?

Una pareja de jubilados como ellos no tienen ni idea de lo que una canguro suele cobrar por hora. No están en la onda en lo que se refiere a las canguros, así que puedes fijar el precio que te convenga. Así lo hicimos: veinte séqueles por hora. Nueve años atrás aún era razonable. Bajo, pero razonable. Mientras, la tarifa en nuestra zona ha subido a cuarenta, y nosotros seguimos en veinte. Ayelet me lo recordaba a menudo: Tenemos que subirles el precio, y yo decía: Sí, claro, se lo subiremos. Pero nos quedamos en veinte. Y ellos no dijeron nada. Son gente educada, como todos los que vinieron a Israel desde Alemania, los *yekkes*; él anda por casa con traje y corbata, ella es profesora de piano en el conservatorio y utiliza expresiones como «Os lo ruego». Si nos hubiesen querido poner alguna objeción, sus modales *yekkes* no se lo habrían permitido. Y nosotros nos decíamos –bueno, quizá no en voz alta, pero lo pensábamos–: ¿Qué otra cosa tienen ellos en su aburrida vida? Nos deberían dar las gracias. Deberían pagarnos por estar con Ofri.

No recuerdo exactamente la edad que tenía la primera vez que la dejamos con ellos, pero era muy pequeña. ¿Cuánto tiempo se tarda en volver a tener relaciones sexuales con una mujer que ha dado a luz? ¿Un mes? ¿Mes y medio? Así empezó todo. Con el sexo. En el último mes de embarazo, Ayelet tuvo preeclampsia. Imposible tocarla. Un mes después del parto todavía sangraba. Y yo estaba más salido que el pico de una mesa, como cuando éramos unos críos, ¿recuerdas? En la vida me había ocurrido algo así; en mitad de una reunión podía quedarme mirando a una clienta y pensar en cómo podría agarrarla, meterla en el baño y rasgarle el vestido. Y lo bueno es que las mujeres captan esa hambre. En esa época hubo mujeres que me persiguieron para intentarlo. Y no es que yo fuera un Brad Pitt. La profesora de *spinning* me mandaba unos SMS increíbles. Te los enseñaré en cuanto pueda. Pero me contuve. Me mordí los labios con fuerza, y Ayelet, por su parte, lo agradeció. No dijo explícitamente: Te lo agradezco; ella no dice cosas así. Pero siempre me repetía: Echo de menos tus caricias, me faltan tanto a mí como a ti. Y una tarde me lo propuso: Vamos a dejar a la niña en casa de Hermann y Ruth un rato. Me pasó el dedo por el hombro, lentamente. Nuestra señal.

Fue idea suya. Yo no sirvo para eso. La primera vez, Ayelet tomó la iniciativa. Llamamos juntos a su puerta y preguntamos si podían quedarse con la niña un rato. Creo que comprendieron exactamente lo que ocurría. La urgencia. Son de ese tipo de parejas veteranas en las que puedes ver que aún hay pasión entre ellos. Hermann es alto y erguido. Parece un canciller alemán. Ruth tiene el pelo blanco y largo recogido siempre en un moño que la hace parecer más femenina que vieja. Le preguntó a Ayelet cuándo había comido Ofri por última vez, y Ayelet respondió que no tenía hambre y que, de todos modos, sería solo un ratito. Preguntó si usaba chupete y nos pidió que

dejáramos un pañal de repuesto, por si acaso. Entonces Hermann empezó a hacerle a Ofri ruidos cómicos y cosquillas en la barriga con la punta de la corbata. Ofri se reía. La risa a esa edad es instintiva, no auténtica, ya sabes. Y sin embargo, le dije a Ayelet: Mira cómo le sonrío. Y Ruth dijo: Los niños se vuelven locos con Hermann.

Tienes que saber que Ofri no se iba con cualquiera. Incluso cuando era un bebé lloraba con su abuela. Pero cuando se la dimos a Ruth se abrazó a ella, recostó la cabeza en su pecho y con los deditos se puso a jugar con su largo pelo. Ruth dijo: Chis, chis, chis, y le acarició la mejilla, y Ayelet se inclinó a la altura de Ruth y le dijo a Ofri: Volvemos dentro de un ratito, ¿eh, cariño? Ofri la miró con esa mirada inteligente suya y luego me miró a mí. Parecía a punto de echarse a llorar. Pero no. Solo se acomodó mejor en el pecho de Ruth, que dijo: Por favor, os lo ruego, no debéis preocuparos, hemos criado a tres hijos y cinco nietos, y Ayelet insistió: Es solo un ratito, y le hizo a Ofri una última caricia en la mejilla.

Apenas cerramos la puerta de nuestro apartamento, le puse la mano en el culo, pero ella se quedó rígida y dijo: Un momento, ¿no oyes llorar? Nos detuvimos, escuchamos, pero aparte del ruido habitual del trajinar de muebles de la viuda del piso de encima, no se oía nada. Esperamos unos minutos por si acaso y por fin Ayelet me tomó de la mano y me dijo: Por favor, sin preliminares, y me arrastró hasta el dormitorio.

Los nietos de Hermann y Ruth están esparcidos por el mundo. Dos en Viena, dos más en Palo Alto. La mayor vive con su madre en París y viene a visitarlos cada verano; vuelve locos a los jóvenes del barrio con su minifalda de infarto, su piel bronceada y sus ojos verdes. La esperan abajo como gatos en celo y ella juega con ellos. Los roza con la mano mientras habla, pero no se deja tocar. Es una francesita. Ya lleva zapatos de tacón. Usa perfume de mujer. El verano pasado, Ruth la mandó a nuestra casa para pedirnos huevos y le abrí la puerta sin camisa, entonces ella me dijo con ese acento francés suyo: *Monsieur* Arnon, póngase la camisa; no está bien estar así con una señorita, mientras sonreía coqueta. Le di los huevos sin devolverle la sonrisa y pensé: Se nota que esta descocada no tiene padre. Si hubiese sido yo su padre, le habría hecho quitarse esa minifalda al momento. Pero vamos a dejarlo; luego hablamos de ella.

Los otros nietos de Hermann y Ruth vienen a visitarlos una o dos veces al año. Entonces, su casa, de la que generalmente solo se oye el sonido del piano o el canal alemán por cable, se vuelve ruidosa y llena de vida. Hermann les construye en el jardín toda clase de juegos. Antes de jubilarse, trabajaba en la industria aeronáutica, por eso tiene un don para esas cosas. Les monta columpios, toboganes y escaleras, y también pequeños modelos de aviones con control remoto. Si es verano, saca del trastero una piscina. Es enorme, de plástico rígido. Y en la piscina les coloca un portaaviones en el que intentan que aterricen sus maquetas. Después saca el portaaviones de la piscina, se ponen los bañadores, se dan un chapuzón y se salpican unos a otros. Pero sin armar barullo. Son niños educados. No como los de aquí. Comen con cuchillo y tenedor. Saludan cuando se cruzan contigo por las escaleras.

Cuando los nietos regresan a sus países, Hermann y Ruth se deprimen. Ocurre siempre. El día siguiente al vuelo se encierran a cal y canto y ya sabes que de nada sirve tocar su timbre. No sé cómo explicarlo... Es como si la puerta pesara un quintal y advirtiera: Ahora no. Un par de días después de la partida de los nietos, suelen llamar a nuestra puerta diciendo que, si queremos, podemos dejarles a Ofri. Hermann le dice a Ofri: Dale un beso a Hermann. Se agacha hasta su altura y le ofrece la mejilla. Ella lo besa con cuidado, para no pincharse con los pelos de la barba. Ruth le dice a Ayelet: Solo un ratito. No tienes que pagarme. Y añade en voz baja, casi

susurrando: Se le hace tan duro a Hermann cuando los nietos se van... Hace dos días que no duerme, no se afeita. No sé qué hacer con él.

El detalle del beso, por ejemplo. Cuando antes te dije que había indicios, me refería a cosas de este tipo. Empezó pidiéndole un beso a Ofri cuando iba a su casa. Y cuando se despedía de ellos. Dos besos. Uno en cada mejilla. Pero el último año, de repente, podía abrir la puerta por sorpresa cuando estábamos en el rellano dispuestos a salir o a punto de entrar, agacharse y decir a la niña: Ofri, dame un beso.

Mientras te cuento esto me siento morir: aparte de esa, ¿había más señales de alarma? Pero no las quisimos ver, eso es lo que quiero explicarte. La madre de Ayelet no es una persona a la que dejarías sola con niños. Mis padres se han jubilado y están siempre de viaje en el extranjero. Largos viajes. Sudamérica. China. De repente recordaron su época de mochileros. Justo entonces nació la pequeña Yaeli. Tuvo una complicación en las vías respiratorias. Ayelet y yo pasamos semanas en el hospital infantil Schneider por turnos junto a su cama; el que estaba de guardia no podía dormirse ni un segundo porque en ese segundo podía dejar de respirar, y de ahí ibas directamente al trabajo sin tiempo ni para ir a casa a cambiarte de ropa. No es una excusa, solamente digo que cada vez necesitábamos más a Hermann y a Ruth. Por la tarde, por la noche, los fines de semana. A veces dejábamos en su casa a Ofri solo media hora, otras veces medio día.

De repente he recordado –vaya, lo había olvidado completamente– que cuando Ayelet llegó una mañana al hospital Schneider a sustituirme me contó el sueño que había tenido aquella noche: estábamos los dos esperando fuera del quirófano, pero la niña a la que operaban, la niña en peligro, era Ofri, no Yaeli. Y en el sueño no tenía siete años, sino uno. Y el cirujano que salía del quirófano para anunciarnos el resultado era Hermann. En lugar de la bata de médico, llevaba una bata como la de los pacientes, abierta por detrás. En el sueño, ella no veía la abertura, pero sabía que estaba ahí. Hermann le pasaba un dedo por el entrecejo y le decía: Ofri vivirá. Ayelet se sorprendía de que le hablara de Ofri y no de Yaeli, pero no quería preguntar para no echar a perder el alivio que sentía.

No intenté interpretar el sueño. Ni por asomo. Cuando empezábamos a salir, en Haifa, una vez intenté interpretarle uno y me dijo que yo no servía para eso y que mejor me limitase a escucharla. Y aunque se lo hubiera interpretado, no me habría ni acercado a lo que ocurrió un año más tarde. Seguro que le habría dicho algo como: Quizás hubieras preferido que en el sueño, solo en el sueño, fuera Ofri la que cayera enferma, porque es más fuerte y tendría más posibilidades de superarlo.

Así son las cosas. Hasta que no tienes una segunda hija no entiendes de verdad a la primogénita. Gracias a Yaeli comprendimos lo especial que es Ofri. Qué excepcional es esa calma suya. Su determinación. Todas sus maestras y profesoras nos habían dicho siempre que era una niña mayor para su edad. Pero tuvimos que pasar por Yaeli, por todos sus dramas, para comprender de qué hablaban.

Voy a decirte algo que suena mal, pero no me importa: quizás habría sido más fácil si lo que ocurrió le hubiera sucedido a Yaeli. Con ella todo es más simple: cuando está triste, llora; cuando está frustrada, se tira al suelo y chilla. Ofri jamás grita. Asimila. Reflexiona. Sopesa la situación. No tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza. Solo muy de cuando en cuando suelta algunas palabras precisas. Entonces vuelve a observar el mundo, a absorber todo cuanto puede. La niña es un radar, te lo digo yo. De pequeña, presagiaba cuándo se avecinaba una pelea entre Ayelet y yo, lo notaba en la energía de la habitación, se ponía entre los dos y decía: Papá, no os peleéis.

Fue ella también la primera que captó que algo no iba bien con Hermann. Incluso antes que

Ruth. Un día, al volver de su casa, dijo: Hermann está estropeado. ¿Qué quieres decir con «estropeado»? Siempre olvida cosas. ¿Qué clase de cosas? ¿Dónde deja las gafas, por dónde se sale al jardín, su nombre. ¿No lo hará para jugar contigo, Ofriki? A lo mejor es un juego. No, papá, está estropeado.

Unos días más tarde llamaron a nuestra puerta por la tarde. Los dos. Hermann fue enseguida hacia Ofri, le pidió un beso y luego se puso a cuatro patas para que pudiera cabalgar encima de él por el salón. Ruth le ofreció a Ayelet un plato con un pedazo de su tarta marmolada y preguntó si podía utilizar nuestro fax. Ya lo habían usado algunas veces, o le había pedido ayuda a Ayelet con su viejo ordenador, que siempre se colgaba. Nosotros les pedíamos leche. O huevos. O una cebolla. Aquí no es como vosotros en Tel Aviv, no hay tiendas abiertas las veinticuatro horas, así que si te faltan cebollas te quedas sin guiso. A veces, a ellos también les faltaba aceite o azúcar. Aunque menos a menudo que a nosotros. No estábamos realmente a la par, aunque nunca nos preocupamos por nivelar la balanza. Para nada. Pensábamos que esa era la gracia. Vecinos como los de antes. Antes de que la gente se volviera interesada. Te diré algo más: cada vez que estos últimos años hemos planeado cambiarnos a un piso más grande para que cada niña pudiera tener su habitación y un estudio normal, uno de nosotros siempre decía: Pero ¿qué vamos a hacer sin Hermann y Ruth? Y de esta manera el asunto quedaba zanjado.

Entonces, ese día Ruth vino a pedir si podía usar el fax, pero no fue directamente al escritorio, como hace siempre, sino que se quedó en el recibidor. El pelo, de ordinario recogido en un moño, estaba suelto, se pasó un dedo por él y dijo en voz baja: A Hermann le ocurre algo. Algo malo. Ayer, al volver del trabajo, me lo encontré vagando por la calle, preguntando a los transeúntes dónde vivía.

Ayelet le preguntó si quería beber algo y la invitó a tomar asiento, Ruth suspiró y aceptó. Hermann seguía galopando con Ofri por el salón. Yo tenía a Yaeli en brazos para que Ayelet pudiera prepararle a Ruth un café con leche. Ruth dijo: Todas esas horas solo en casa no le hacen ningún bien, y Ayelet añadió: Puedes volverte loco todo el día en casa, y yo dije: Sí, eso fue lo que me hundió cuando trabajaba como autónomo en casa. Ruth prosiguió: Pero qué le vamos a hacer si yo tengo que seguir enseñando, la pensión de Hermann no nos llega.

Dime, le pregunté, ¿no os debemos dinero?

Mientras tanto, Hermann, sentado en el sofá con Ofri en las rodillas le cantaba *Hoppe, hoppe reiter*, el *Arre arre, caballito* de los alemanes. La niña chillaba de placer. Pensé que ya era mayorcita para ese tipo de juegos. Demasiado mayorcita para estar en sus rodillas, para que él le pusiera las manos en las rodillas. Y Ruth dijo: Faltaría más, pagad cuando podáis. Vuestra hija es una alegría para Hermann. Es lo más importante, sobre todo ahora.

Ayelet le dijo: Tómate el café, y Ruth hizo una pausa para dar unos sorbos, luego continuó: Era el muchacho más guapo del kibutz. Esos ojos suyos. Azulados grisáceos. Como los de un gato. Bronceado, como buen israelí. Yo era nueva. Recién llegada del barco. Cuando notaron que no me quitaba los ojos de encima, me avisaron: Ese cambia de chica como de traje. Y solo le interesa una cosa de las mujeres. Pero no me importó todo lo que me dijeron de Hermann. Pensé: Bueno, ¡es así porque aún no ha dado conmigo!

Y qué, ¿tenía razón? Ayelet sonrió. Ruth, muy seria, miró a Hermann y a Ofri, y respondió: Tenía razón y me equivoqué. Y de pronto guardó silencio. Sorbió el café. Volvió a pasarse por el pelo su largo dedo de pianista. Entonces Ayelet le dijo que cuando necesitase ayuda nosotros estábamos aquí, y yo añadí: No lo dudes, de verdad. Y Ruth dijo: Gracias, de veras, sois unos vecinos maravillosos.

Esa noche le dije a Ayelet: Ofri ya no debe quedarse sola con Hermann, y Ayelet dijo: Sí, tienes razón. También tenemos que pagarles. No está bien que sigamos así. ¿Tienes dinero en efectivo? No. ¿Lo sacas mañana? Sí, claro, ¿cuánto les debemos? No lo sé, mucho, por lo menos seiscientos. Muy bien, sacaré mil.

Al día siguiente no saqué mil. Ni siquiera cincuenta.

Y esa semana dejamos a Ofri un par de veces más en casa de los Wolf. Las dos veces fue para llevar a Yaeli al hospital a hacerle pruebas. Las dos veces, Ruth estaba en casa. Las dos veces, al recogerla, no notamos nada fuera de lo normal en el abrazo que nos dio Ofri. Empezó a contarnos los fallos de Hermann, cómo había echado azúcar en vez de sal en la tortilla de salchichón, cómo confundía el mando a distancia del aire acondicionado con el de la televisión. Le brillaban los ojos cuando lo contaba. Al parecer, Hermann había conseguido convencerla de que todo era un juego en el que ella, tan pequeña, tenía un importante papel: recordarle el orden de las cosas, llevarle el mando a distancia adecuado, enseñarle dónde estaban las macetas que había que regar, decirle qué día era hoy.

Ayelet me dijo: *She is so innocent. Smart and innocent.* Y yo dije: *Soon she won't be innocent any more, it is just a matter of time.* Y Ayelet, que no tiene un pelo de tonta, captó al vuelo que yo volvía a la carga con el asunto de hacer-otro-niño y me cortó rápido: Olvídate, Arnon. A menos que seas tú el que se quede embarazado. Yo dije: *English baby, English,* y Ofri nos interrumpió: Mamá, por favor, los hombres no pueden estar embarazados. Y Ayelet le dijo: No soy tu amiga, Ofri, no me hables en ese tono, y Ofri dijo: Qué te pasa conmigo, por qué estás siempre enfadada conmigo, y yo me atreví a comentar: *She is right, you know.* Y Ayelet me dijo: Tú no te metas.

Tienen una relación complicada, Ofri y Ayelet. Acaso no el primer año, cuando Ofri estaba pegada a su teta. Pero en cuanto dejó de mamar y empezó a hablar, se desató la tensión entre las dos. Son grandes amigas, como uña y carne, pero en un momento se ponen como el perro y el gato. El problema es que va en serio. Ofri es fuerte, muy fuerte, pero no tiene ninguna posibilidad cuando Ayelet carga con toda su artillería. Llama a eso «línea roja». La niña necesita líneas rojas. Sin embargo, desde el principio, detecté que hay algo más que eso, que hay algo malo en la forma en que le habla. Un aguijón escondido en la miel. ¿Te pongo un ejemplo? Puede decirle: Mira cuántas amigas vienen a jugar con Yaeli. Solo tú estás sepultada todo el día en la cama con tus libros, ¿no es una pena, cariño? O: ¿Crees que llegarás a elegir lo que quieres ponerte antes de mañana, guapísima? O: ¡Planeta Tierra a Ofri! ¡Planeta Tierra a Ofri! ¿Me estás oyendo? Incluso las palabras cariñosas que le dedica –Estás-en-las-nubes, soñadora, mudita–, de hecho, son más mordaces que cariñosas. A veces, cuando regresa tarde de la oficina y Ofri hace algo que no le gusta, o está inmersa en su mundo y no le responde, se sale de sus casillas y puede endilgarle frases como: Soy tu madre y tengo que aguantarte, qué remedio me queda. Otras personas sencillamente te darían la espalda si te comportases con ellos de ese modo. O –te aseguro que lo dijo–: ¿Qué pecado cometí para merecer un castigo como tú?

No es solo lo que dice. También es el tono. Cortante. Despiadado. ¿Por qué se comportan así? No lo sé. Ofri tiene un ritmo pausado. Algo reflexivo. La verdad es que, a veces, no se da cuenta de que le estamos hablando. Y si le metes prisa, lo hace todo al revés. Ayelet, todo lo contrario, siempre va apresurada. No tiene paciencia con quien no sigue su ritmo. También tiene una madre completamente chiflada. Puede que eso influya. De pequeña, su madre la maltrató. En Ramat Aviv, un buen barrio, ¿eh? No en Lod. En el verde Ramat Aviv, su madre la azotaba con un cinturón y una regla. Y no había un padre para separarlas. Por cierto, eso te demuestra que nunca sabes lo que le sucede a la gente de puertas adentro.

Antes que Yaeli naciera, Ayelet y yo discutíamos a menudo por la educación de Ofri. Ella me decía que yo echaba a perder a la niña. Y yo le respondía: Pero qué dices que la estropeo, la niña está muy bien, es un ángel. Con la llegada de Yaeli a la familia, encontramos algo de equilibrio. Una mesa se sostiene mejor sobre cuatro patas. Pero aún notaba que era preciso que yo estuviera allí para proteger a Ofri. Para que Ayelet no se metiera demasiado con ella.

Voy a contarte algo que te puede parecer raro. A raíz del éxito del Tavlina, me ofrecieron montar restaurantes en España y en Alemania. No tienes ni idea del correo que me mandaron: *We admire your no-bullshit style of creativity, The atmosphere you create makes people want to order the whole menu.* Te lo enseñaré en cuanto tenga ocasión. De todos modos, les dije que no. Aun cuando hubiera sido la ocasión de volver a trabajar por mi cuenta. Y un inestimable desafío profesional. La verdadera causa por la que decliné la oferta –no la que le dije a Ayelet– fue que para montar un restaurante en el extranjero hay que quedarse allí una larga temporada, y, ¿sabes?, no me veo dejando solas tanto tiempo a estas dos gatas. Siempre me he sentido especialmente responsable de Ofri. Y eso solo vuelve mucho más grave lo ocurrido.

Oye, ¿no te molesta que te suelte todo este rollo? ¿Estás seguro? ¿Qué tal tú? Ni te lo he preguntado. Veo que eres un superventas. ¿Cuánto ganas por cada libro? ¿Eso es todo? Te están jodiendo, créeme. ¿Que siga con la historia? Para ti todo son historias, ¿eh? Lástima que para mí sea la vida misma.

Déjalo. ¿Dónde estábamos? Los lunes tengo doble sesión de *spinning*. Empieza a las siete, pero hay que llegar un poco antes para conseguir una buena bicicleta. ¿Nunca has practicado *spinning*? Suerte la tuya; seguro que tienes una excelente herencia genética. En nuestra familia, todos los hombres terminan con unos buenos michelines. Así que no me queda elección. Tengo que cuidarme. En la sala de *spinning*, las bicicletas están dispuestas en semicírculo frente a la monitora. Y numeradas. A mí me gusta la número cuatro. Es la más alejada del aire acondicionado. Los lunes, Ayelet y yo hemos establecido que ella recoja a Yaeli en la clase especial de yoga para niños con problemas respiratorios en Tel Aviv y, cuando las dos regresan, yo puedo irme a *spinning* a las seis y media.

Ese día quedaron atrapadas en un atasco. Ayelet me llamó desde el coche para decirme que se retrasaría un poco. Le dije: Ve por la carretera Ayalon sur. Y ella me dijo que ya estaba en Gheha. Me puse nervioso. Siempre le digo que vaya por la carretera de Ayalon porque no está tan concurrida, pero ella siempre insiste en ir por Gheha. Es la costumbre. Ya me veía llegando en el último minuto teniendo que coger la bicicleta número diecinueve o la veinte, las de los perdedores, detrás de la columna. Desde allí no se ve a la monitora. ¿Entiendes? Ojalá pudiera decirte que fui a casa de Hermann y Ruth porque me surgió un asunto urgente en el trabajo o porque sentí una opresión en el pecho y tuve que ir al hospital. La verdad es que la historia fue esa: qué bicicleta tendría disponible para la sesión de *spinning*.

Ruth estaba en el conservatorio. Le pregunté a Hermann cuándo regresaría y me dijo que no lo sabía. Eché cuentas: si salía en ese instante, Ayelet llegaría a casa dentro de diez minutos, un cuarto de hora como máximo. ¿Qué podía ocurrir en un cuarto de hora? Seguro que entretanto Ruth también volvería. Solía regresar del trabajo a las seis y media. A los viejos no les gusta cambiar su rutina. Así, Ayelet no sabría que había dejado a Ofri sola con Hermann. Y aunque fuera así, no importa; que la próxima vez vuelva por Ayalon.

Ofri estaba en las nubes, por supuesto. Le dije que serían solo unos minutos. Que mamá volvía enseguida. Pero ya estaba cabalgando sobre la espalda de Hermann, *Hoppe, hoppe reiter*, y no me hacía caso. Quise decirle que tuviera cuidado, pero no sabía cómo sin ofender a nuestro vecino.

Sin que se diera cuenta de que no confiaba en él. Así que no dije nada. Le mandé un mensaje a Ayelet: Ofri está en casa de Hermann y Ruth. Me cambié de ropa. Y simplemente me fui. No sé si habría servido de algo el haberle advertido. Si le hubiera dicho a Hermann: En tu estado, mejor que no salgáis de casa; había muchas posibilidades de que me hubiera respondido: ¡Ya!, y de que se le olvidara al instante.

Mientras practicaba *spinning*, puse el móvil en silencio. De hecho, ya era imposible oír nada con el ruido de los altavoces. Después de la doble clase de *spinning* vi que había cuatro llamadas perdidas. Entonces aún pensé que Ayelet se había quedado sin llaves y no podía entrar en casa o algo parecido, y me fui a las duchas. La próxima vez que me haga caso y conduzca por Ayalon. Eso fue lo que pensé. Que aprenda la lección. ¿Sabes? Me tomé mi tiempo bajo el agua. Me enjaboné. Me restregué. Fui subiendo la temperatura hasta casi quemarme. ¿A ti también te gusta? Vaya. Creía que era una perversión privada. Una vez seco, volví a mirar el móvil. Había doce llamadas perdidas. Llamé a Ayelet. Y en unos segundos ya estaba de camino a casa.

¿Cómo puedo explicarte lo que se siente en un momento así? ¿Te acuerdas de la primera vez que nos llamaron tras acabar el servicio militar, cuando Eriij entró por descuido en ese callejón de Hebrón? ¿Te acuerdas de que empezó a caernos encima una lluvia de piedras? ¿Y que no conseguí dar marcha atrás? Pues lo mismo, pero multiplicado por diez. Por cien. Por mil. A pesar de todo, en Hebrón estaba tranquilo. Tenía la sensación de que saldríamos vivos de esa. En situaciones de tensión extrema, en general mantengo la calma. Pero aquí, si te soy sincero, perdí absolutamente los estribos. Gritaba yo solo en el coche. Daba puñetazos al volante.

La gran diferencia es que en Hebrón era responsable de mí mismo. Y en esa ocasión era responsable de mi hija. Y la jodí. Sabía que lo había jodido todo. Estaba tan claro que ni siquiera Ayelet perdió el tiempo en echarme la culpa. Apenas salí del coche, me puso al corriente de la situación: todo el edificio se había volcado en la búsqueda y estaba en camino un coche de la policía. Buscaban por nuestro barrio y también por el barrio vecino. Dije: Lo mato, si le ha hecho algo, lo mato. Ayelet dijo: Todavía no sabemos lo que ha ocurrido, quizá simplemente se han perdido. Pero en sus ojos vi que ella también pensaba en los besos y en *Hoppe, hoppe reiter*. Pregunté si alguien buscaba por los frutales y Ayelet dijo: No, no pensamos en nada tan lejos. Entonces le dije: Voy para allá y me llevo la pistola. Y ella dijo: ¡Pero qué dices, la pistola! Y yo dije: Con que le haya tocado un solo pelo, es hombre muerto.

Cuando Ofri iba a la guardería había un niño que se metía con ella. Saar Ashkenazi. Cada día regresaba de la guardería con una historia nueva. Saar Ashkenazi le había dicho esto, Saar Ashkenazi le había hecho lo otro. Ayelet habló con la maestra y esta dijo que no había reparado en nada especial y que a esa edad aún no distinguen muy bien entre la realidad y la fantasía.

Nuestra hija nunca había confundido la realidad con la fantasía. Y eso fue exactamente lo que le dije a Ayelet: La niña no las confunde. Y un día, después de dejar a Ofri en la guardería, me escondí tras un seto y esperé a que terminaran la actividad de la mañana y salieran al patio. Al principio todo iba bien. Ofri jugaba con sus amigas y yo me sentí algo estúpido. Un señor en la cuarentena, escondido detrás de un seto a las nueve de la mañana. Pero entonces se les acercó un niño. Por detrás. Es decir, Ofri le daba la espalda. Y el pequeño gilipollas le bajó el pantalón. Y salió huyendo. Y luego, a unos metros de distancia, se reía de ella diciendo que se le veían las braguitas.

Ya me conoces. No soy violento. En la intifada me quedaba en la cocina para no salir de maniobras, ¿te acuerdas? Pero créeme, si hubieras visto cómo le bajaban el pantalón a tu Jonathan, hubieras reaccionado como yo. Es un instinto biológico. No hay más que hablar.

¿Qué hice con el niño? Lo que convenía. Trepé la valla del patio, lo agarré y lo arrinconé contra la pared, y le dije que como volviera a tocar a Ofri, le rompía la crisma.

Por la noche llamó su madre. Me dijo: Te has metido con la familia equivocada. Al parecer, el padre de Saar Ashkenazi era el jefe mafioso del barrio. La policía hacía años que le quería echar el guante. ¿Que no te crees que exista algo así en este tipo de barrio? Pues ya puedes empezar a creerlo.

En resumidas cuentas, su mujer me dijo por teléfono: Así está en el extranjero «explorando nuevas vías de negocio», pero en cuanto regrese, sabrá lo que le hiciste a Saar, atente a las consecuencias. Eso dijo. Con esas mismas palabras. Atente a las consecuencias.

Así que compré una pistola y la guardé en un cajón. La munición en otro cajón distinto, y cerré los dos con llave. Me dije: Si ese tipo, Asi, viene a mi guarida, tendré con qué proteger a mis cachorros. Una semana más tarde salió una nota en el periódico diciendo que Asi Ashkenazi estaba detenido en Lárnaca a la espera de juicio y le aguardaba una larga estancia en la cárcel por tráfico de drogas. Saar Ashkenazi y su madre desaparecieron de la guardería. La maestra no sabía su paradero. O no quería decirlo. Ella también parecía aliviada. Yo me quedé con la pistola.

Desde entonces, solo la había sacado una vez del cajón, cuando fuimos de excursión a Wadi Qelt. Unos años atrás, los árabes habían matado a dos excursionistas y me pareció que debía llevármela por si acaso. Ayelet me dijo que la idea no le gustaba en absoluto; sin embargo, me lo dijo en un tono que dejaba entrever que aunque era contraria a ello ideológicamente, de hecho, le gustaba. Y por la noche, al regresar de la excursión, cuando las niñas habían caído rendidas en la cama y yo, en la ducha, me sacaba de encima el polvo del desierto, ella se desnudó, movió la cortina de la ducha y dijo: ¿Llevas una pistola o solo estás contento de verme?

¿Entiendes? Incluso mujeres fuertes como Ayelet buscan a alguien que las proteja. Es un instinto biológico.

Entonces cogí la pistola y el cargador y eché a correr en dirección a los frutales. Estuviste una vez en mi casa, ¿verdad? ¿Te acuerdas? En una barbacoa el día de la independencia. Hace dos años. Eso mismo. Saliendo del edificio hay un sendero que conduce a la sinagoga, detrás de ella hay otro sendero que lleva a los frutales en tres o cuatro minutos. Ya hace años que se habla de construir, en el lugar de los frutales, un vecindario para parejas jóvenes, pero aún no he visto ninguna excavadora.

Cuando Ofri era pequeña, en cuanto empezó a andar, la llevaba allí. Si había naranjas o pomelos, cogíamos algunos, los pelábamos y nos los comíamos. Si no había, sencillamente descansábamos. Alguien, en el centro de la tercera fila de árboles, había colocado una alfombra, dos butacas destartaladas y una mesita de bambú, de esas que se pueden encontrar en Daliyat el-Carmel. Seguro que fue algún estudiante del instituto que iba por allí a fumar un narguilé con los amigos, antes del servicio militar. Por la tarde era muy agradable estar en los frutales. El sol se filtraba entre las hojas y había una brisa maravillosa. Me sentaba con Ofri en una de las butacas, a veces le contaba historias, a veces me las contaba ella a mí, y otras estábamos en silencio escuchando a los pajaritos. Créeme, jamás he estado tan sereno como en esos paseos con Ofri. Cuando nació Yaeli, seguí yendo allí con Ofri por lo menos una vez por semana. Oye, yo también soy el primogénito. Sé la catástrofe que representa el nacimiento de un hermanito. Y más después de ser el rey de la casa durante siete años. Tal vez te parezca ridículo, pero aún hoy estoy algo resentido con mi hermano Miki por haberme robado la buena vida. Entonces me dije: Que siga siendo la princesita de papá por lo menos una hora a la semana. No importa lo que hagamos durante esa hora, lo importante es que estemos juntos. Solos nosotros dos. El último año, por

ejemplo, se me ocurrió llevar libros a nuestro rincón. Imagínate la escena. Ella en la alfombra leyendo *Mujercitas*. Yo preparando un zumo de naranja con el exprimidor que había llevado de casa. Luego lo bebíamos juntos en vasos de cartón que habían sobrado de su cumpleaños. ¿Qué más nos hacía falta?

Así que corrí hacia allí. A nuestro rinconcito. Ayelet se quedó en casa con Yaeli junto al teléfono, mientras Ruth conducía a una unidad de la policía a los lugares del barrio que a Hermann le gustaba frecuentar. Pero yo tenía un presentimiento. Y seguí a la carrera. Ya estaba oscuro. Las farolas de la calle iluminaban la entrada a los frutales, pero en cuanto me adentré entre las hileras de árboles fue imposible ver nada. Una rama me arañó. Ni me di cuenta de que sangraba. Solo lo vi luego, en casa. Seguí corriendo. Un olor a podrido me llenó la nariz. Toda la fruta que los tailandeses no recogieron a tiempo se había quedado en el suelo y atraía a moscas y gusanos.

Cuando me interné por la tercera hilera, ya sabía que estaban allí. No los veía, pero sentía su presencia. No te lo puedo explicar. Podría ser que oliera el rastro del champú de Ofri. O quizá fuera el vínculo que existe entre padre e hijo, que te permite sentir que tu hijo está cerca, aunque no lo veas. Cargué la pistola y puse el dedo en el gatillo. Tenía en mente una escena –desde que me adentré en los frutales tenía esa escena en mente y sabía que, si la visualizaba en la realidad, Hermann recibiría un disparo en la cabeza. No en la espalda, donde corría el riesgo de que la atravesara y le alcanzara a ella, Dios nos libre. Me acercaría por un lado, le clavaría la pistola en la sien y apretaría el gatillo.

Lo primero que percibí fue el llanto. Oí llorar unos instantes antes de verlos. Un padre puede distinguir el llanto de su hijo entre cien niños llorando. Al momento supe que no era el de Ofri. No entendía qué pasaba. ¿Había secuestrado a otra niña además de a Ofri? Con el dedo en el gatillo fui avanzando lentamente. Con cautela. Un niño puede reconocer los pasos de su padre entre centenares de padres caminando. Entonces, mientras avanzaba con sigilo, oí la voz de Ofri, que muy cerca de mí decía: ¿Papá? Su voz sonaba normal. Sin histeria. Entonces dije: Sí, cariño, estoy aquí. Me acerqué unos pasos más, aparté las últimas ramas que me la ocultaban y la vi. Estaban en la alfombra. Ofri estaba sentada con sus piernecitas tendidas hacia delante con la cabezota cana de Hermann descansando sobre sus muslos. La corbata hacia un lado, sobre la rodilla de la niña, y él estaba llorando. Deshecho en llanto. Entre sollozo y sollozo, levantó sus ojos grises y dijo: Lo siento, lo siento mucho.

Eso fue raro. Dijo que lo sentía, pero una chispa en los ojos manifestaba lo contrario, no lo sentía en absoluto.

Le dije que se pusiera en pie.

Siguió llorando. Sin moverse. Pensé que lloraba como el que ha hecho algo indebido. Entonces lo apunté con la pistola y le dije: Ponte de pie, Hermann, o no respondo de lo que haga contigo.

Está estropeado, papá, dijo Ofri. No puede levantarse.

Qué significa que no puede levantarse.

Me sacaba de mis casillas ver su cabeza sobre los muslos de mi hija. Lo agarré por un brazo y lo levanté a la fuerza. Se oyó un crujido. Algo se le rompió con el brusco tirón. Un hueso o una articulación. Y cayó de nuevo de rodillas, gimiendo de dolor. Le solté la mano y lo dejé caer sobre la alfombra. Le pregunté a Ofri: ¿Qué te ha hecho?

Ella desvió la vista y no respondió. De haberme respondido en ese momento, puede que todo hubiera sido distinto. Pero no me respondió, solo desvió los ojos.

Insistí: Contéstame, Ofri, ¿cómo habéis llegado hasta aquí?

Nos perdimos, dijo. Y guardó silencio.

Hermann seguía gimiendo de dolor. De pronto me fijé que en el pantalón, en la zona del sexo, había una mancha húmeda. No estaba seguro de si ya la tenía o acababa de aparecer. Y la mirada, ¿sabes? Tenía una chispa lasciva en los ojos. Estaba allí. Una chispa no del todo apagada.

Mi dedo seguía aún en el gatillo. No podía dispararle como a un caballo enfermo. Te lo juro.

¿Os habéis perdido?, pregunté a Ofri.

Sí, paseábamos por el barrio cuando Hermann se estropeó y no supimos cómo regresar porque nos habíamos alejado mucho y dimos vueltas y vueltas, le dolían las piernas horriblemente y necesitaba hacer pis, vi que íbamos por el camino que conduce a los frutales y entonces le dije que conocía un lugar.

¿Fuiste tú quien propuso ir a nuestro rinconcito? ¿Por qué?

Porque sabía que nos vendrías a buscar aquí, dijo Ofri mientras me abrazaba. Sabía que me encontrarías, papá.

Ahora ella también lloraba, en mi pantalón. No sonaba como un llanto de alivio. No. Ese llanto suyo, el primero, era demasiado sofocado para ser un llanto de alivio. Telefoné a Ayelet para decirle que los había encontrado y que necesitaba que alguien me ayudara a cargar con Hermann, que al parecer se había roto algo y no podía caminar. Ella preguntó: ¿Cómo está la niña? Y yo respondí: No muy bien. Preguntó: ¿Qué quieres decir? Y yo respondí: ¿Me mandas a alguien o no?

Descubrí que la policía tiene un protocolo para estos casos. Debo admitir que quedé gratamente sorprendido. En el transcurso de un día, tanto Hermann como Ofri pasaron un cuestionario y una serie de exámenes médicos a fin de –tal como dijo el agente de policía– «excluir la posibilidad de abuso sexual». A Hermann lo examinaron en el departamento de Ortopedia y Traumatología del hospital Asaf Harofé. A Ofri la examinaron ellos mismos en la comisaría, acompañados por una asistente social. La evaluación parecía evidente: él no le había hecho nada que pudiera considerarse un abuso. Hubo algún contacto. Caminaron de la mano por el barrio. Él le pidió un beso en la mejilla. Luego, cuando oscureció y se perdieron, él, avergonzado por sentirse tan indefenso, se echó a llorar y la niña le acarició la cabeza para intentar tranquilizarlo. Eso fue todo. No había señales de esperma. Ningún arañazo. Ni rastros de sangre. Afortunadamente, dijo el oficial de policía, no hay motivo para continuar la investigación.

Pero yo no estaba satisfecho en absoluto. Tenía un mal presentimiento. Lo tuve desde el principio. ¿Qué demonios significa pedirle un beso en la calle? En el rellano, pase, pero ¿en plena calle? ¿Qué?, ¿no pudo contenerse? ¿Y la chispa que le vi en los ojos en los frutales? ¿Y su desesperación exagerada? Un hombre no llora de ese modo solo porque se ha perdido. No sé. Había algo que no me cuadraba. Pero el policía sonaba razonable, Ayelet quedó conforme y los primeros días Ofri se comportó como de costumbre, no como una niña que ha sufrido un trauma, y yo no disponía de ninguna prueba en contra. Solo tenía una mala sensación.

Los síntomas empezaron dos semanas más tarde. De pronto, la niña no quería asistir a las actividades extraescolares. No quería ir a violín, al taller de cómic ni a gimnasia artística. La acompañabas y ella se quedaba en el coche. No quería salir. ¿Por qué no quieres ir, Ofri? Porque no. Pero ¿por qué no quieres? Porque no. La primera semana la dejas. La segunda insistes, la sacas del coche casi a la fuerza y la dejas en clase de cómic contra su voluntad. Al cabo de un cuarto de hora recibes una llamada de la secretaria del centro de arte: Su hija no para de llorar. No deja concentrarse a los otros alumnos. Venga a recogerla. Vas a recogerla, la abrazas con fuerza y le preguntas: Qué ha sucedido, hija mía. Se queda rígida mientras la abrazas como si el súbito contacto con un hombre la molestara, como si se hubiera percatado de que el contacto con un hombre pudiera ser peligroso y dice: Nada, papá. Te he dicho que no quería asistir al taller y tú

has insistido. La profesora llama a Ayelet al trabajo. Recibes el informe de la conversación por la noche, cuando te has asegurado de que las niñas duermen. Parece ser que Ofri no sale en los recreos. Se queda sentada en su mesa leyendo libros. No contesta a las amigas que la invitan a jugar con ellas. También ha bajado su rendimiento en los estudios. En el último dictado de Inglés hizo seis faltas. Ni en todos los dictados del curso ha hecho seis faltas. Intenten hablar con ella. Tántearla. Dice que los niños de su clase son unos bebés. Que no le interesa estar con ellos en el recreo. Que solo hacen y dicen tonterías. Si le preguntas: ¿Qué clase de tonterías?, no responde. Si le dices: Prueba un recreo sí y otro no, no responde. Descubres por la mañana que ha mojado la cama. Justo cuando su hermanita ha terminado con los pañales, Ofri moja la cama. No parece sorprendida. Ni avergonzada. No habla. Va a la ducha en silencio, se lava, se seca, escoge una muda nueva del cajón y se la pone. Te dices que será solo una vez, pero ocurre de nuevo al día siguiente.

Cerca de una semana después de que ocurrieran esos hechos, le dije a Ayelet: La niña se desmorona ante nuestros ojos y no hacemos nada.

Estábamos en la cama, a oscuras, con los ojos abiertos fijos en el techo, y Ayelet me dijo con una vocecita que nunca le había oído antes: No sé qué hacer, Arnon, nunca me he sentido tan impotente.

Le pregunté si últimamente se había fijado en la mirada de Ofri.

Y ella respondió: ¿En su mirada?, ¿qué le ocurre?

No estaba seguro de si fingía o si realmente no se había fijado, así que le dije: Su mirada ya no es inocente. Escúchame, ocurrió algo en los frutales que no nos ha contado. Cuando di con ellos, había algo, no sé, algo en el comportamiento de Hermann...

Pero la policía..., dijo Ayelet con esa nueva vocecita suya.

La interrumpí: A la policía le interesa cerrar los casos, no abrirlos.

Llamamos a la psicóloga que nos había recomendado una amiga de Ayelet. Ya sabes qué es lo que opino de los psicólogos, pero cuando no tienes ni idea de qué hacer, lo intentas todo. Fuimos a su consultorio, en el *moshav*. Una casita de piedra, en la parte trasera del jardín de una mansión. Con una entrada aparte. Para preservar la intimidad. Una puerta con un diseño especial, único. E incluso por dentro todo se veía pulcro: un sofá de piel, una mesa, sillas. Cada uno de esos muebles cuesta tanto como nuestra casa, por lo menos. Enseguida Ayelet empezó diciendo: Québonito-es-todo-esto. Siempre empieza así cuando conoce a alguien nuevo.

La psicóloga nos dio las gracias y nos invitó a explicar qué nos había llevado a su consulta. Cuando terminamos, nos dijo tranquilamente: Propongo una serie de siete citas. Dos con vosotros. Dos con vosotros y la niña. Dos con la niña a solas. Y una séptima reunión para explicaros mis conclusiones.

En la séptima reunión dictaminó: En mi opinión, no podemos achacar lo que le sucede a Ofri a un único factor. Concurren diversos factores. Ha tenido una hermanita, en la escuela son más exigentes, la diferencia entre su madurez y la de sus compañeros afecta a sus relaciones sociales. Y por supuesto, la desagradable experiencia con el vecino, que sin duda...

Ayelet iba asintiendo. Incluso me pareció que en sus labios había un asomo de sonrisa. No una sonrisa de alegría. Una sonrisa de alivio. Es más fácil vivir con la «conurrencia de diversos factores», ¿no? ¿Sabes qué te digo? Que quizá fue eso lo que me enloqueció. La sonrisa de Ayelet. O la cháchara de la psicóloga. «La desagradable experiencia». Esa monserga profesional. Fría. O el pensar que estábamos pagando quinientos séqueles la hora por toda esa palabrería. ¡¡Quinientos

séqueles!! Con esa tarifa ya puede permitirse esa clase de sofás. Así que interrumpí su cháchara directamente: ¿Ofri se lo ha contado, o no? ¿Qué le ha contado?

Ayelet me puso una mano en el muslo como si fuese un niño y me dijo: Arnon, deja que Nirit termine...

Le aparté la mano y comencé a gritarle a la psicóloga. Quería saber si la niña le había contado lo ocurrido en los frutales porque nosotros, yo por lo menos, desde hace dos meses no podemos dormir a causa de esa respuesta y, por lo que veo a partir de la dinámica de anteriores reuniones, usted podría estar hablando de la concurrencia de factores durante una hora y a continuación decirnos que lo siente pero nuestro tiempo se ha terminado...

La psicóloga dijo: Propongo que nos calmemos todos...

Y yo golpeé la mesa con la mano: No me da la gana calmarme. Yo soy el cliente y exijo saber si hay algo que usted sepa y yo no.

La psicóloga se arregló el pañuelo rojo alrededor del cuello. Siempre lleva pañuelos multicolores, aun en verano. Me entraron ganas de agarrarlo por los dos extremos y estrangularla. Dijo: No le oculto nada, Arnon. De lo poco que he podido sonsacarle a Ofri, la escena resultante es muy similar a la de la encuesta policial. Se perdieron. Era de noche. Ella lo condujo hasta los frutales porque estaba segura de que usted iría a buscarla ahí.

¿Le ha contado si le pidió que lo besara, de camino?

No proporciona detalles. No contesta cuando se le pregunta. En la última cita le pedí que dibujara a su familia. Pueden ver el dibujo. Una niña que se apoya en su padre; la madre y la hermanita están cerca. Aquí no hay ningún riesgo que indique la existencia de un trauma del tipo que ustedes temen. Mi impresión es que en los frutales no pasó nada de tipo sexual. Hablo de impresión y no de certeza porque en tales casos existe la posibilidad de que lo sucedido sea tan traumático que se haya reprimido muy profundamente y todavía no hayamos logrado llegar hasta ahí.

¿Todavía? ¿Y cree que podría llegar?, preguntó Ayelet.

La psicóloga, jugando con los flecos del pañuelo, dijo que no lo sabía.

Entonces traté de puntualizar: En resumen, ¿lo que usted nos dice es que puede ser que nunca sepamos lo que ocurrió? ¿Que nunca estaremos seguros de qué pasó ahí?

Me bastó el pequeño movimiento de asentimiento de su barbilla. Me levanté del jodido sofá y me largué. Salí pegando un portazo. Fuerte. Esperaba dejarle una mala impresión. Ayelet me siguió corriendo y me alcanzó en el estacionamiento de grava. ¿Qué estás haciendo, Arnon, te has vuelto loco? Le dije que quería respuestas, no una sarta de tonterías, y que iba a ver a la persona que podía dárme las.

Puede que si Ayelet me hubiera acompañado a ver a Hermann, no habría ocurrido lo que ocurrió después. Pero no vino. Porque la avergonzaba dejar plantada a la psicóloga. ¿Entiendes? Nos gastamos quinientos séqueles por hora ¿y somos nosotros los que tenemos que sentirnos avergonzados?

Ella me dijo: Ven, terminemos la entrevista por lo menos, Arnon. Y yo le respondí: ¿Te vienes conmigo o no? Y ella dijo: No, no voy, que tú hayas enloquecido no significa que yo también lo haya hecho.

Monté en el coche y fui al hospital. Sabía que Hermann ya no estaba en Traumatología, lo habían pasado a Medicina Interna. No sabía mucho más. Esas semanas no tenía cebolla y guisaba sin ella. Ellos, por su parte, no llamaban a nuestra puerta. Como su coche no estaba en el aparcamiento la mayor parte del día, deduje que seguía ingresado en el hospital. Que Ruth se

quedaba allí con él. Ayelet se la encontró una vez en el portal, las dos regresaban a la vez del trabajo, y Ruth le contó que, mientras estuvo en Traumatología, a Hermann le habían surgido mil enfermedades típicas de la vejez y tuvieron que trasladarle a otra planta.

Le pregunté a Ayelet si Ruth se había disculpado. Todo lo contrario, dijo Ayelet. ¿Qué quieres decir con todo lo contrario? Por lo que pude entender, es ella la que está enfadada con nosotros. ¿Por qué está enfadada con nosotros? Considera que es culpa tuya que esté en Traumatología. Dice que le tiraste del brazo, en los frutales, ¿es cierto?

No conseguía levantarse.

¿Tiraste de él o no?

Tiré de él.

Entonces, según ella, tú eres el culpable de todos sus males.

¿Te ha recordado el dinero que le debemos?, quise saber. Y Ayelet dijo: No, pero realmente les tenemos que pagar. Yo me enojé: Págales tú si quieres. De mí no verán ni un céntimo.

En el centro comercial cercano al hospital compré un gran ramo de flores. Me dije: Voy a ir por las buenas. Es la única posibilidad de que Ruth me deje estar a solas con él en la habitación. En recepción me mandaron a la habitación 14. En la primera cama de la habitación 14 yacía un anciano árabe. Me miró como si fuera un soldado irrumpiendo en su casa. Seguí adelante. Descorrí la cortina y vi a Hermann y a Ruth. Él estaba acostado en la cama con los ojos cerrados y una sonda en la nariz. Ella estaba sentada a su lado leyendo el periódico *Yakinton*. Es el periódico que los *yekkes*, los inmigrantes alemanes, reciben cada semana por correo. En la mesita junto a la cama había un plato con finas porciones de su tarta marmolada. Los dos parecían mucho más viejos de lo que recordaba. El hermoso pelo de ella de pronto parecía ralo, como si solo tuviera la mitad. Levantó los ojos del periódico y dijo: Tú. Le ofrecí el ramo. Dijo: Gracias. Pero en su voz no había ningún agradecimiento. Le pregunté cómo se encontraba su marido y me respondió: Muy mal. Le pregunté: ¿Qué tiene? Y respondió: De todo. Alucinaciones, arterias obstruidas, un tumor en el intestino grueso. Los doctores de aquí dicen que hace tiempo que no veían tal variedad de problemas médicos en una sola persona. Guardé silencio. ¿Qué podía decir? Ella también guardó silencio. Ocurre a menudo cuando dos personas tienen demasiado que decirse.

El anciano árabe lanzó un gemido. Hermann abrió los ojos, los fijó en Ruth y en mí. Más en mí que en ella. Entonces desvió la mirada hacia delante. A la pared. Como si estuvieran retransmitiendo la final del mundial.

Le dije a Ruth: Me había olvidado, la enfermera me ha pedido que vayas a recepción. Debes rellenar un formulario.

Me dirigió una mirada extraña, entonces le dije con mi tono más amable: No te preocupes, me quedo con él.

En cuanto salió, corrí la cortina. Esperé hasta oír la puerta del cuarto abrirse y cerrarse, y acto seguido, para no perder tiempo, me incliné hacia Hermann, lo cogí de la barbilla y lo giré hacia la izquierda para poder fijar mis ojos en los suyos y le dije: Ahora, señor Hermann Wolf, vas a decirme qué ocurrió exactamente en los frutales. No respondió. Le arranqué la sonda y le pregunté de nuevo, esta vez con el rostro más cerca del suyo: ¿Qué le hiciste a mi hija, Hermann? Tampoco respondió, pero algo cambió en su mirada.

Un destello brilló en el gris.

«Me hago el tonto para no responder a tus preguntas», me dijo el destello.

Por eso no pude dominarme.

Lo cogí por el cuello con las dos manos y empecé a apretar. Le dije: Si no me lo cuentas

enseguida, te mato.

Mi error fue dejarle las manos libres. Podría haberlo estrangulado con una sola mano, y con la otra aguantar sus viejas manos contra la cama. Al cabo de unos instantes habría cantado. Estoy seguro. Pero en cambio pulsó el timbre de alarma. Y yo no me di cuenta. No oí el zumbido. De pronto, alguien me puso las manos en las axilas y me tiró de los hombros hacia atrás mientras otra persona me agarraba por delante. Hubo codazos, puñetazos, gritos y patadas. Luché como un león, te lo aseguro, pero fueron llegando más y más enfermeros a la habitación y al final me redujeron sobre el sucio suelo del hospital; uno de ellos se sentó sobre mi espalda y me dijo con acento ruso que la policía estaba a punto de llegar y que por mi bien me convenía estar tranquilo.

Ayelet vino por la tarde a liberarme del arresto. Llegó directamente del trabajo con el atuendo de abogada y, por un instante, cuando entró, no estuve seguro de si era mi mujer o una bella desconocida contratada por mí para defenderme. La abracé fuertemente. Quería notar los huesos de sus caderas. Saber que era ella. Me lo permitió. Sin mediar palabra. Me lo concedió.

Cuando salimos de la comisaría me dijo: Tienes mucha suerte, Ruth ha decidido no interponer una denuncia. Y sin denuncia, la policía no puede hacerte nada.

Guardé silencio hasta la salida de la comisaría. La verdad es que me encontraba en estado de *shock* por la detención. Oye, ¿en qué libro describes a un tipo al que detienen? ¿En el último? Eso es, me suena. No te ofendas, pero se nota que no tienes ni idea de lo que ocurre cuando te detienen. Es como un puñetazo en todo el estómago. ¿A qué me refiero? Siempre había creído que el mundo se divide en dos tipos de personas: los normales y los criminales. Y que cada uno de nosotros pertenece a uno o a otro. No hay término medio. Pero cuando estás en un colchón hediondo de una celda mirando las inscripciones que dejaron los anteriores detenidos, te das cuenta de que al fin y al cabo se trata de cuánta presión se ejerce sobre una persona y en qué punto. En cada uno de nosotros hay un pequeño criminal que puede levantar la cabeza en cualquier momento, ¿entiendes?

Al llegar al estacionamiento, Ayelet se dirigió al asiento del conductor. Le dije que yo podía conducir, pero ella se sentó al volante, como si no me oyera. Cuando arrancó, le dije: ¿Sabes por qué Ruth no me ha denunciado? Porque prefiere no abrir la caja de Pandora, y Ayelet respondió: No te ha denunciado porque yo se lo supliqué, Arnon. Desde el mediodía he estado al teléfono con ella. Es todo lo que he hecho hoy en el trabajo. Le expliqué que estás atravesando un periodo difícil. Le recordé todo lo que hicimos por ellos. ¿Sabes qué pena hubiera podido caerte por una agresión como esa si ella hubiera interpuesto una denuncia? Cuatro años. ¡Cuatro años de cárcel! ¡Cuatro años sin ver a Ofri ni a Yaeli!

Que no haya puesto la denuncia solo demuestra que algo ocurrió en los frutales, insistí. Tú proteges a tu marido y ella al suyo. Ese es el trato. Solo que tu hija es la que se jode.

Entonces Ayelet levantó la voz: Estás mal de la cabeza, ¿sabes? De verdad, no sé qué es lo que quieres. La policía dice que allí no ocurrió nada. La psicóloga también dice que no ocurrió nada. Todo lo que viste al llegar fue a Hermann llorando. ¿Qué diablos te pasa? ¿Te diviertes?

¿Qué significa eso de si me divierto? ¿Qué quieres decir?

No lo sé.

No puedes decir una cosa así y luego no explicarla.

No lo sé, Arnon. No te entiendo. No te entiendo, no sé por qué le gritas a la psicóloga, no sé por qué has intentado estrangular a Hermann, no sé qué es lo que te pasa.

¿Que qué me pasa? Mi hija ha estado en los frutales con un viejo al que le gustan los besos. Por la noche. Cuando los encontré, él tenía una mancha en el pantalón a la altura del pene y una mirada

de pervertido, y al cabo de un mes mi hija se hace pipí en la cama cada noche. Eso es lo que me pasa, ¿qué es lo que no está claro?

No todo el mundo es un maniaco sexual como tú, Arnon.

¿Un maniaco sexual? ¿Yo?

Sí, tú.

¿Qué?

Lo que oyes.

¿Sabes, le dije, que de todos mis amigos yo soy el único, el único, que nunca le ha puesto los cuernos a su mujer?

Y ella dijo: Espera un momento, deja que lo entienda, ¿crees que te mereces un premio?

Venga, hombre, relájate, no te pongas así.

Llevo veinte años cerrando el pico sobre cosas más graves que tú has hecho. Y no solo yo tengo el pico cerrado. Toda la compañía lo tiene cerrado. Ya deberías saber que puedes fiarte de mí.

Claro que no lo mencioné a nadie. Y de todos modos, nadie lo creería de ti, visto cómo hablas de Shiri y de los niños en las entrevistas. Eres un padre de familia ejemplar. Además, no exageremos: ella era una periodista alemana y todo se limitó a un beso en la mejilla que fue un poco más allá. ¿Qué pasa? Está bien romper el corazón a una nazi.

¿Ya te has calmado? ¿Puedo proseguir?

En toda riña hay un punto álgido a partir del cual pierdes la cabeza. Lo sabes, ¿verdad? Pues así es como sucedió. ¿Y qué le solté?: Si se hubiera tratado de Yaeli, no estarías tan tranquila.

Estarás de acuerdo conmigo en que cada familia es un mundo, con sus secretos. Incluso en la Biblia, en la historia de Esaú y Jacob, queda claro que Jacob es el ojito derecho de mamá y Esaú el ojito derecho de papá. En el fondo, es natural que un progenitor prefiera un hijo a otro. Incluso que lo quiera más. Lo que no parece tan natural es verbalizarlo. Esas dinámicas deben ser transparentes, invisibles. Pero no pude evitarlo. Ella estaba sentada allí, con su vestido planchado, el pelo recogido, hablándome con arrogancia, como una persona civilizada frente a un salvaje. Tuve que ponerla en su lugar. De vez en cuando hay que ponerlas en su lugar.

Entonces detuvo el coche y me dijo que me bajara. Se paró en plena autopista, no creas. No junto a una estación de servicio. Ni junto a una salida. En el arcén. Le dije: Sigue conduciendo, yo no me bajo. Entonces dijo: O te bajas tú, o me bajo yo.

He vivido suficientes años con Ayelet para saber cuándo habla en serio, y en aquel momento hablaba en serio. Le dije: Sigue conduciendo. Respondió: Me bajo, y abrió la puerta del conductor. Y la autopista entera se nos vino encima. Cierra la puerta, le dije, es peligroso. Entonces me repitió: O te bajas tú, o me bajo yo. Y dejó la puerta abierta.

Me bajé. No estaba dispuesto a dejarla sola, en la oscuridad, en plena autopista. Ella lo sabía, después de tantos años conmigo.

Cuando estaba en la Escuela de Oficiales, vino un fin de semana a verme. Viajó en autobús desde Haifa hasta Mitzpe Ramon. Nunca sentí tanta admiración por parte de mis compañeros de unidad como ese día. Me cancelaron todas las guardias y los turnos y dejaron la habitación libre para que pudiéramos tener intimidad. Y todo eso no lo hicieron por mí. No es que fuera tan querido por todos. Lo hicieron por ella. Solo con interesarse algo por ellos y reírles las gracias en la cena, quedaron todos fascinados. Ayelet es así. Me fijé que a ti te causó el mismo efecto en la barbacoa. Déjalo, vi cómo la mirabas cuando te trajo el helado. Le pusiste esos ojos tuyos de escritor sensiblon. No te preocupes, ya me he acostumbrado a que los hombres se comporten así con ella. Además, no te ofendas, pero no eres su tipo.

Al terminar el fin de semana la acompañé a la puerta de la base a coger el autobús. Esperamos una hora, quizás hora y media. Ni idea del tiempo que transcurrió mientras estuvimos hablando. Cuando hablas con Ayelet, el tiempo pasa volando. Siempre tiene un nuevo pensamiento, sorprendente, para compartir contigo. Llevo ya con ella veinte años y nunca sé cuál será su próxima frase.

De todos modos, no pasaba ningún autobús. Finalmente, el centinela salió de la garita y nos explicó que el sábado por la noche esa línea no funcionaba. Había que ir a pie hasta el cruce de Ruchot y allí hacer autostop. Ayelet me dio un fuerte abrazo y me dijo: Hasta pronto, Noni. Y yo respondí: Ni en sueños, Lelet, de ningún modo te voy a dejar sola en la oscuridad. Te acompaño. Ella dijo, sorprendida: ¿Puedes salir así como así de la base? Le mentí: Sí, claro. Pero no solo tenía prohibido salir, sino que se pasaba revista en menos de una hora, y era prácticamente imposible regresar a tiempo. Iban a notar mi ausencia. Y el castigo era la expulsión del curso. De forma automática. Sin ningún tipo de juicio. Pero era más fuerte que yo. Sencillamente, no podía dejarla sola en mitad de la noche en el cruce de Ruchot. Aunque el precio fuera no llegar a oficial.

Ha habido una historia hace poco, en los bosques del Carmelo. Unos drusos atacaron a una pareja en un aparcamiento de la Pequeña Suiza. ¿No lo has oído? Le dijeron al chico que se fuera y violaron a su novia. En la reconstrucción, él dijo que había oído sus gritos de auxilio pero que no volvió porque tuvo miedo. Dime, ¿eso es un hombre? Es una mutación genética. Yo habría vuelto con una gran piedra para machacarles la cabeza a esos drusos. ¿Sabes qué?, en primer lugar no me habría ido del aparcamiento. Me habría colocado entre los drusos y mi novia y habría dicho: Si la queréis, tendréis que matarme primero.

Ese sábado, Ayelet y yo fuimos cogidos de la mano hasta el cruce. Me contó de una soldado de la que todos sus compañeros de la unidad creían que tenía un romance con el comandante, y de ahí, por asociación, pasó a contarme la película de Robin Williams que había visto un sábado en que yo no estaba de permiso, y que Robin Williams le recordaba a *Good Morning, Vietnam*; de ahí pasó a reflexionar sobre nuestra generación, que no ha combatido en ninguna gran guerra pero está influenciada por la guerra cinematográfica de Vietnam; yo la escuchaba y de vez en cuando intercalaba mis propios pensamientos intentando ocultar lo tenso que estaba.

Regresé a la base corriendo como un loco, solo después de comprobar que el que había parado era un conductor normal –el tipo llevaba gafas y el coche estaba limpio–. Nunca había corrido tan rápido. De haberme cronometrado, estoy seguro de que habría superado a los tres etíopes que ganaron el primero, el segundo y el tercer puesto de todos los tiempos del curso de oficiales. Finalmente llegué con cinco minutos de retraso al recuento, pero el comandante del pelotón se retrasó media hora. Me salvé de ser expulsado. Después de la ceremonia de fin de curso, le conté a Ayelet lo que había arriesgado ese sábado. No me gusta que haya engaños entre los demás y yo. Ella dijo: Estás loco, me las habría arreglado. Y yo le respondí: No me habría gustado que me expulsaran del curso, pero el disgusto se me habría pasado al cabo de unos meses. Pero si, Dios no lo quiera, te hubiera ocurrido algo, no habría podido seguir viviendo.

Ahora te cuento todo esto, pero ten por seguro que no pensaba en ello cuando caminaba como un perro por el arcén de la autopista 4. Hasta el primer cruce estuve pensando que Ayelet es una mujer dura, muy difícil, quizá debería buscarme una más fácil. A partir del segundo cruce, pensé en mi padre. La memoria hace extrañas asociaciones. De pronto, no sé por qué, me acordé de algo que le sucedió una vez a mi padre. Mi hermano Miki tuvo una novia estable entre los dieciséis y los dieciocho años. Dafí. Un encanto. Una buena chica. De pelo largo y liso, y enormes ojos castaños. Mis padres la adoraban. En resumen, un día Miki se presenta en casa con otra. Se

encierran en su cuarto. Y al cabo de unos minutos empezamos a oír risitas, ya sabes. Entonces papá se levanta del sillón –en pleno partido del Maccabi para más inri–, irrumpe en su habitación, lo coge por la camisa, lo arrastra hasta el salón y le dice: ¿Y Dafi?

¿Qué pasa con Dafi?, contesta mi hermano. Con el mismo tono insolente que ahora emplean los hijos cuando se dirigen a su padre. Papá le pega un bofetón y le dice: Si ya no quieres a Dafi, compórtate como un hombre y rompe con ella. Los hombres de la familia Levanoni respetan a sus mujeres. Así era mi padre, así era el padre de mi padre y así serás tú también. ¿Entendido?

Con este recuerdo caminé desde el cruce hasta casa planeando cómo podría usar este argumento para ganar a Ayelet en la discusión, demostrándole definitivamente que no soy un obseso sexual. Tenía ya listas en la punta de la lengua algunas frases bonitas sobre los hombres de la familia Levanoni, pero al abrir la puerta de casa todo estaba en silencio, la persiana del salón que da al jardín estaba bajada y encima del sofá había extendidas una sábana y una manta ligera. En la puerta de nuestro dormitorio encontré una nota pegada con celo: «No quiero dormir contigo. Me das miedo. Quitá el papel cuando lo hayas leído (si no quieres que Ofri lo vea) y duerme en el salón».

Ofri me despertó por la mañana. Estaba de pie junto al sofá y me preguntó: Papá, ¿por qué duermes aquí? Le dije: Mamá y yo hemos reñido. ¿Porque no comemos comida sana? No. Siempre os peleáis por tonterías. Es cierto. Pero finalmente os ponéis de acuerdo, ¿verdad? Sí, hija. ¿Puedo tomar leche con cacao, papá?

Ofri y yo solemos levantarnos los primeros y salimos temprano para el colegio. Ayelet y Yaeli se levantan media hora más tarde y van a la guardería. Esa es nuestra rutina por las mañanas. Ofri y yo vamos a pie al colegio. De la mano. Por los senderos entre los edificios. Durante el camino, me cuenta el libro que está leyendo y yo la escucho a medias. Al acercarnos al colegio, me suelta la mano. Los cien últimos metros le gusta hacerlos sola. Yo la sigo con la mirada hasta que la veo entrar por la puerta principal. No me muevo hasta que está dentro.

Esa mañana le propuse que pasáramos por la panadería del centro comercial para comprar medias lunas. La niña temía llegar con retraso, pero yo le dije que no se preocupara. Dijo que tenía Ciencias y que Galina grita a los que llegan tarde. Le prometí que la acompañaría hasta el aula y diría que yo tenía la culpa del retraso. ¡Bueno, papá, pero sin hacer el tonto!, me advirtió. Y yo asentí: Sin hacer el tonto. Lo que significaba no besarla delante de todos. No decirle a la maestra: «Bue-nos-días» en tono de broma. No sentarme en un sitio libre y hacer como que soy un alumno.

Nos sentamos en un banco cerca del centro comercial a comernos las medias lunas. Cada uno a su manera. Yo a mordiscos. Ella las iba desenrollando por capas y comía cada capa por separado. Le dije: Mamá y yo estamos preocupados por ti. Últimamente vemos que es difícil para ti. Quiero decir, desde lo que ocurrió con Hermann. Ella guardaba silencio todo el rato mientras masticaba. Le dije: Si quieres contarme lo que ocurrió, te escucharé encantado. Ella seguía callada. Desviaba la mirada. Terminó de masticar, pero se mordió los labios como para impedir que las palabras salieran. Pregunté otra vez: ¿Quieres contarme lo que pasó? Notaba que si insistía un poco más, acabaría por salir. Pero solo dijo: Quiero ir al colegio.

La acompañé hasta el aula. Pero cuando la puerta se cerró, no me fui. Me quedé para echar una ojeada. Entre el pasillo y la clase hay una pared con tres ventanas con cortinas. Las cortinas impedían la vista, pero una de ellas estaba algo descorrida y desde un cierto ángulo podía ver la parte posterior de la clase, donde mi hija se sienta.

La observé y se me encogió el corazón. Ver a un adulto apagado, se puede comprender. La vida,

de un modo u otro, nos aplasta a todos. Pero ¿un niño?

Mi hija jugaba con la cremallera de su estuche. Sacó los lápices de colores. Dibujaba en el cuaderno. Volvió a guardar los lápices en el estuche. De cuando en cuando levantaba los ojos hacia la maestra. Después los bajaba de nuevo. Ahora que te lo estoy contando, me doy cuenta de que no hacía nada fuera de lo normal, pero me eché a llorar.

No había llorado desde que tenía más o menos su edad. No tengo nada en contra de derramar lágrimas, sencillamente no me salen. Cuando Ayelet suspendió la boda y me dejó durante seis meses para «centrarse en sí misma», ¿no deseaba llorar? Claro que lo deseaba. Cuando tuve que cerrar el negocio por las deudas y volver a ser dependiente, ¿no quería llorar? Créeme, sí quería. ¿Sabes cuánto tiempo me llevó ser capaz de abrir mi propio negocio? Diez años. Y después, en menos de un mes, tres de mis clientes principales me plantaron y el mundo se me cayó encima. Y, sin embargo, cuando Iris, la del banco, me anunció que me cerraba la línea de crédito, mis ojos permanecieron secos.

¿Por qué lloré entonces cuando tenía su edad? ¿De verdad te interesa? Iba con papá y le pedí que me comprara un polo. Me dio una moneda de una lira y me dijo que tuviera cuidado con ella hasta llegar al quiosco, pero al pasar por encima de una rejilla de ventilación del metro –sabes de qué hablo, ¿no? Vosotros, en lo alto del Carmelo tenéis también rejillas como esa–, la moneda se me escapó de la mano y cayó entre los barrotes, en el agujero. Era muy profundo, tres metros por lo menos. En el fondo había un montón de monedas caídas. Pataleé y lloré encima de los barrotes, y le exigí a mi padre que sacara la moneda de allí. Papá me dijo –recuerdo exactamente las palabras–: El agujero es demasiado profundo. Y, además, tienes que aprender a guardar tu dinero.

Mientras miraba a Ofri a través de la ventana de la clase, llamé a Ayelet. No me respondió. Repetí la llamada. Quería que lo dejara todo y viniera al colegio. Estaba seguro de que si ella también veía lo que yo estaba viendo, ya no me diría más que soy un obseso sexual. Pero no me cogió el teléfono. Lo intenté siete veces, pero no me respondió. Ella es así. Cuando no te respondo, me dijo una vez, es porque sé que si hablamos, te diría cosas de las que luego me arrepentiría.

Odio que no me cojan el teléfono. Lo odio. Pero me he conformado. Como me he conformado con otras cosas que siempre pensé que eran líneas rojas para mí. Es lo que conlleva amar a una mujer difícil. Pero esa mañana me desmoroné. ¿Cómo te lo podría explicar? Hay momentos en que sientes en el pecho el crac del no puedo más. Así que dejé de llamar, abandoné la ventana y regresé a casa. En vez de tomar el camino habitual, caminé por la calle principal, expuesta totalmente al sol. Caminé por el centro de la calzada, no por la acera. Creo que en el fondo quería que me atropellaran. Que un coche me embistiera. ¿Te ha ocurrido alguna vez? No hablo de querer suicidarte. Qué va. Cuando caminas así, en medio de la calzada, realmente no quieres morir. Solo deseas que te suceda algo fuerte. Porque te lo mereces.

¿Por qué creía merecerlo? Porque soy un idiota. Eso es. Porque la dejé con Hermann para conseguir la mejor bicicleta en el *spinning*. Cuando sabía muy bien que algo en él no funcionaba. Solo con que hubiera esperado diez minutos más, no, cinco, mi hija, a la que cogí en brazos nada más nacer porque tenían que darle puntos a Ayelet, que la primera palabra que pronunció fue «papá», que cada pequeña cosa que le sucede es como si me sucediera a mí..., mi hija no habría estado en clase con esa mirada.

En nuestras fotos familiares, Ofri siempre sale peor de cómo es en realidad. Qué le vamos a hacer; la niña no es fotogénica, dice siempre Ayelet. Pero no es eso. Es esa chispa traviesa de sus

ojos, que ni la cámara más sofisticada puede captar, la que hace especial su belleza. Y después de estar en los frutales con Hermann, esa chispa desapareció. Completamente. Muerta.

Fui caminando por el centro de la calzada desde el colegio hasta casa mientras me daba puñetazos en la frente. Quería, realmente quería, que un coche me embistiera por la espalda, que me lanzara unos metros por delante y que me rompiera los huesos, que una ambulancia me llevara al hospital y me dejara en una cama junto a Hermann...

Pero a esa hora de la mañana, cuando todo el mundo ha dejado a los niños en la guardería o en el colegio, la calle estaba tranquila, apenas circulaban coches. Así que, muy a mi pesar, llegué de una pieza al aparcamiento de nuestro edificio.

Fue entonces cuando la vi. A la nieta de Hermann. A la francesita.

Salía en ese momento del portal y se me acercaba con sus andares descarados. Contoneándose. Llevaba un pantalón extremadamente corto y una camiseta con tirantes muy finos. Sin sujetador. Uno de los tirantes estaba caído. Avanzaba hacia mí con unas chancletas de plataforma que la hacían parecer más alta. Imposible evitarla. Aunque hubiera querido. Vino directa hacia mí y, cuando estuvo cerca, se puso de puntillas, me besó en ambas mejillas cerca de los labios y dijo: *Bonjour, Monsieur Arnon, ¿cómo está usted? ¿Por casualidad va en dirección a Tel Aviv?*

Le tendría que haber dicho que no. Pero qué podía hacer si de veras iba a Tel Aviv, a una cita con Restos de Vida. Se trata de esa asociación que fundé. Es decir, no solo yo, recluté a diversos colegas. ¿No te lo había contado? Vaya. Realmente, hace mucho que no nos vemos. Reunimos la comida que sobra en los restaurantes de Tel Aviv al terminar la noche y, en lugar de que vaya a la basura, la empaquetamos de nuevo y la mandamos a los niños necesitados del sur. Es una buena idea, ¿verdad?

De modo que le dije a la nieta de Hermann que sí, que iba a Tel Aviv. No quise mentirle.

En cuanto arranqué, se quitó los zapatos y apoyó los pies descalzos en el salpicadero.

Debería haberle dicho que los quitara de allí. Que qué era eso. Pero tengo debilidad por los pies pequeños.

La fragancia de su perfume llenaba el habitáculo. Era el mismo perfume que usaba el verano pasado, pero ahora exhalaba algo distinto.

Le pregunté cuándo había llegado a Israel, y ella dijo: Ayer.

No sabía qué más preguntarle.

Entonces ella dijo: Dígame, *Monsieur Arnon*, ¿acaso sabe lo que le ha ocurrido a mi abuelo?

¿Qué quieres decir?

La abuela no me ha contado nada. Es decir, me ha contado alguna cosa, pero siento que me oculta algo.

Le pregunté –con mucha cautela–: ¿Qué... qué es lo que te ha contado?

Que el abuelo se cayó. Y al caerse se dislocó el hombro. Después, en las pruebas que le hicieron en el hospital, le descubrieron otras enfermedades. No me parece lógico. Además, sé distinguir cuándo me mienten. Mi padre era un mentiroso. Mi madre también lo es. Reconozco todas las... señales.

La miré un momento y volví enseguida la vista a la carretera. Le dije: Me gustaría saber cuáles son esas señales del mentiroso.

Alors..., dijo. En primer lugar, los labios. Esta parte –noté de pronto que un dedo me tocaba el labio inferior– tiembla un poco cuando mentimos. Y también esta parte –noté cómo el dedo me rozaba la barbilla–. Hummm, ¿cómo se llama en hebreo?

¿Barbilla?

No, hummm...

¿Mandíbula?

Sí, la mandíbula. Cuando no se dice la verdad, se pone rígida. Y los ojos, no es como la gente supone, que si te sueltan una trola no te miran directamente a los ojos, todo lo contrario, te miran a los ojos para hacerte creer que dicen la verdad, pero tienen una sombra.

¿Una sombra?

¿La sombra es lo contrario al sol?

Sí.

Pues entonces sí, una sombra.

¿Y tu abuela tenía esa sombra en los ojos cuando te habló de lo sucedido?

Una gran sombra. Por eso lo pregunto, por si sabe algo.

Pensé: Debo tener cuidado con lo que le digo. Tengo a un topo en potencia, y si manejo la situación debidamente, podrá proporcionarme información. Le respondí: No sé más que tú. Pero creo que debes seguir preguntando.

¿Qué quiere decir?

Si te das cuenta de que alguien te miente, debes insistir hasta que le saques la verdad. Eso es lo que la vida me ha enseñado.

Entonces ella dijo: *Oh là là, Monsieur Arnon* –y me golpeó levemente con el puño en el hombro–, además de un tipo guapo, es usted un genio. Qué suerte tiene *Madame Arnon*.

¿Dónde te va bien que te deje en Tel Aviv?, la corté en seco.

En el mar. ¡Voy a tomar el sol en toples!

Hubiera querido decirle que se pusiera crema protectora. Pero no quería hacer de papá. Así que guardé silencio.

Luego, añadió: Me hice un nuevo tatuaje, ¿quiere verlo?

Estábamos en Ayalon. En la autopista es imposible desviar los ojos de la calzada. Cada segundo cuenta. Pero era imposible no mirar. Se bajó el tirante de mi lado, el que todavía tenía en el hombro, tiró de él hacia abajo y dejó al descubierto la parte superior del seno izquierdo. Tenía una estrella de David. Un triángulo superpuesto sobre otro.

Me preguntó si me parecía bonito. Le respondí que sí.

Frotó un pie contra otro encima del salpicadero. Eran muy pequeños. No mucho mayores que los de Ofri.

Me dijo: ¿Sabes?, hay algo bueno en el hecho de que la abuela y el abuelo estén en el hospital.

Nos encontrábamos en un pequeño atasco, en ese punto cercano a la plaza Atarim donde el rompeolas se ve como la línea divisoria entre Tel Aviv y Jafa.

La miré y dije: ¿Sí? ¿Qué es lo bueno?

Se echó a reír: La casa está vacía y... puedo llevar a quien quiera.

Dije: Vaya. Y dirigí la vista de nuevo al atasco.

Ella dijo: Cuando lo paso bien..., o sea, en la cama, me gusta que el hombre que está conmigo lo sepa. Se lo merece. Por su ímpetu. Y no está bien que el abuelo y la abuela lo oigan todo desde la otra habitación.

Me miró al concluir la frase, para ver qué impresión me había causado.

Pero no le devolví la mirada.

Abrió la ventana y respiró profundamente, se podía oír cómo se le llenaba el pecho, y dijo: No hay como la brisa de Tel Aviv. Nuestra brisa... En París siempre es... dañina.

Se bajó en la playa Frishman. Me besó en la mejilla, más cerca de los labios aún que antes, y

dijo: ¿Es verdad que mañana también tienes una cita en Tel Aviv?

De eso hace una semana. Y hasta ayer, mis jornadas han sido así: cada noche, después de acostar a las niñas, Ayelet y yo empezamos a discutir. ¿Por qué? Ayelet dice que estoy fuera de mí. Que necesito terapia. Que desde que mi negocio quebró y tuve que volver a trabajar como empleado, estoy frustrado y descargo mis frustraciones sobre el mundo entero. Dice que no soy el hombre con el que se casó. Que ese hombre nunca hubiera intentado estrangular a un viejo enfermo. Dice que me impongo por la fuerza. Que impongo mi visión del mundo. Que exijo que todos piensen como yo, y que si alguien no está de acuerdo con mis jodidas teorías, entonces está equivocado. Dice que siempre fui así, por eso se tomó un tiempo de seis meses antes de la boda. Era justo lo que me temía. Dice que toda esa exagerada preocupación mía por Ofri solo sirve para hacerla pasar por una mala madre. Y que ya está harta. Harta de toda esta historia.

¿Que qué le dije yo? Trata de discutir con una abogada. En cuanto intento abrir la boca, me crucifica a media frase. Así que no le dije mucho. Fingí escucharla, pero sentí que cada frase suya me alejaba más de ella. Las últimas frases de cada riña las oigo realmente desde otro planeta.

Después, en el sofá del salón, vi un debate en la televisión en el que los tertulianos se gritaban unos a otros hasta que me quedé dormido. Por la mañana, Ofri me despertó y nos fuimos juntos al colegio, ella leyendo *Ana de las Tejas Verdes* mientras caminaba y yo la avisaba cuando se acercaba a un árbol. Como cada mañana, nos detuvimos en el centro comercial para comer medias lunas. Ella desenrolló las capas y yo me las fui comiendo a grandes bocados. No le he preguntado más por lo ocurrido en los frutales. Me he dado cuenta de que mis preguntas la molestan. Y que no obtendré ninguna respuesta. Me limito a estar cerca de ella y quererla en silencio. Intento proporcionarle todo el amor y la seguridad posibles sin hablar. Imposible besarla y abrazarla – podría pasar por casualidad algún compañero de clase y le daría vergüenza–, así que intento transmitirle, con mi presencia junto a ella, la sensación de que por lo menos existe una persona en el mundo de quien se puede fiar. A las ocho menos cinco nos levantamos del banco porque, después del primer retraso, me informó de que no estaba dispuesta a que pasara de nuevo. Dos minutos antes de las ocho nos despedimos, cruzó la calle y continuó sola hasta la puerta.

A las ocho y cinco, todas las mañanas de la última semana hasta ayer, he recogido al pequeño topo francés y lo he llevado a Tel Aviv.

Nada más entrar ponía los pies en el salpicadero –cada día con una laca de uñas de distinto color– y me empezaba a contar cada detalle de los chicos que habían querido ligar con ella en la playa el día anterior.

Uno se le había acercado con una pala y le propuso jugar, pero ella le respondió que no le gustaban las palas y él se fue, desalentado. Después, otro, que además estaba bueno, le preguntó si su padre era jardinero, a lo que ella respondió: Mi padre se fue de casa cuando yo tenía seis años y no sé qué ha sido de él. Entonces empezó a tartamudear. Y no hay nada que me parezca menos sexi que un chico tartamudo.

De hecho, no entendía qué les pasaba a los hombres en Israel. Antes eran fuertes y duros como un caparazón de molusco; ahora son blandos como su interior. ¡Y no entienden las insinuaciones! ¡Nada! Ayer mismo, a última hora de la tarde, un hombre maduro la había invitado a un restaurante. Le sirvió vino todo el rato. Ella estaba segura de que después irían a casa de él. Incluso llegó a decirle: Me muerdo por una buena ducha. Finalmente, solo la acompañó hasta la estación, la besó ligeramente en la mejilla y le preguntó si querría ir con él al cine al día siguiente. *Qu'est-ce que c'est?*, ¿ahora una película? ¿Es que no puede entender que a veces una chica solo quiere sexo?

No estaba seguro de que todas esas historias fueran ciertas. Era difícil de saber. Algo en su forma de explicarlas, alguna de sus descripciones...; todo era demasiado impreciso. Demasiado banal. Como si lo hubiera leído en algún lugar. Pero la escuchaba pacientemente. Trataba de que no adivinara lo mucho que me interesaba llegar al meollo de la cuestión.

Ese momento solía llegar al final del viaje. Sí, el día anterior fue a visitar al abuelo Hermann. Estaba bastante bien. Hablaba con sensatez. Así que aprovechó la ocasión al vuelo para preguntarle qué había ocurrido, cómo se había hecho daño, y de pronto sus ojos pasaron del azul al gris y ya no dijo nada más. No respondía y la abuela le dijo: En este momento, las emociones no le hacen ningún bien al abuelo. Y cuando ella le preguntó: Pero ¿por qué?, ¿qué emociones?, la abuela no le respondió.

Otro día, el abuelo Hermann se encontraba algo mejor y había ido a la sala común a ver la televisión. Transmitían el campeonato mundial de gimnasia rítmica y la abuela estaba sentada a su lado para que no se sintiera demasiado solo. De repente, mientras miraba la pantalla, se echó a llorar. ¿No te parece extraño que llorara ante un grupo de niñas que lanzaban al aire pelotas y cintas?

Le dije: Es muy extraño. Creo que debes seguir indagando. Por lo que me cuentas, me da la impresión de que tienes razón, Karin. Te están ocultando algo. Si ahora lo dejas, nunca lo sabrás.

Abrió los ojos como platos y preguntó: Pero, Arnon, ¿qué debería hacer?

Le respondí: No lo sé, tú eres una chica inteligente. Estoy seguro de que si reflexionas, se te ocurrirá alguna idea.

Giró todo el cuerpo hacia mí y preguntó si realmente creía que era inteligente.

Le aseguré que sí.

Entonces dijo: Hace calor en el coche, ¿te molesta si me quito el vestido y me quedo en bañador? De hecho, estoy a punto de bajar. Del coche, quiero decir. Dentro de poco.

En cada viaje, su coqueteo era más descarado. De día no me importaba. No me afectaba si me rozaba mientras me hablaba, o si se acariciaba la parte interna del muslo o si me besaba la comisura de los labios al bajar del coche. De día no me afectaba si decía: Echo de menos el vibrador que dejé en París, no sé cómo se me pudo olvidar. O: Puedo acostarme con muchachos jóvenes, pero solo llego al final realmente bien cuando lo hago con un hombre maduro, un hombre de verdad.

De día parecía una niña que reclamaba desesperadamente atención y trataba de procurársela por el medio más fácil.

Pero por la noche, en el sofá del salón, soñaba con ella. En el sueño, la follaba y le hacía daño. La cogía del pelo y tiraba de él, le propinaba palmadas en el culo y con los pulgares le estrujaba el cuello, y a ella le gustaba. Disfrutaba de mi maltrato y me decía: Más fuerte, *Monsieur* Arnon, más fuerte. A Ayelet también le gustaba el sexo agresivo al principio. Hasta que un día, al cabo de unos años, de pronto y sin explicación alguna, dejó de gustarle. Ya no le puso más. En absoluto. Yo lo acepté. No soy de los que fuerzan a nadie. En la cama disfruto con el placer de mi acompañante. Si el sexo agresivo no le gusta, pues nada. Tampoco yo sentí que lo echara de menos cuando dejamos de hacerlo y se volvió tan delicado.

¿Te molesta si cambiamos de mesa, colega? Es que la pareja que se acaba de sentar al lado está demasiado cerca para lo que te voy a contar ahora. ¿Te parece bien? Quiero que sepas que te agradezco mucho estas dos horas que estás aquí conmigo escuchando mis paridas mentales. Pero pide algo, hombre. Corre de mi cuenta. Me hacen descuento. Yo diseñé el local. Desde los dibujos

del techo hasta los posavasos de las cervezas. Bonito, ¿no? ¿Puedo sugerirte algo? ¿Bebida? ¿Carne? Tienen un entrecot espectacular. ¿Nada? ¿Estás seguro?

Aquí estamos mejor, ¿verdad? Más discreto. ¿Por dónde íbamos? En definitiva, hace dos días se me presenta en el coche. La francesita. ¿Quién, si no? Al principio me altero un poco al verla a causa del sueño que tuve por la noche, pero cuando empieza a inventar historias de chicos que la noche anterior revoloteaban a su alrededor, me recuerda que es una niña patética y me calmo, se me pasa completamente el deseo. Y de pronto –relativamente temprano en comparación con lo que suele ser habitual, aún no habíamos llegado a Herzliya, a mitad de camino–, deja de contar sus milongas y dice: Creo que he encontrado la forma de saber qué le ocurrió al abuelo.

Bien; intento no entusiasmarme demasiado.

Empieza a explicar: Cuando la abuela regresa del hospital, le escribe correos a Elsa. Es su mejor amiga. Vive en Zúrich. Le escribe largos correos. Estoy segura de que le escribe todo lo que sucede. Ayer estaba detrás de ella cuando tecleaba la contraseña y me la anoté en la mano.

Me muestra su brazo delgado, en el que está escrito con rotulador negro: «WOLF1247». Así, en el antebrazo, parece el número de un superviviente del Holocausto.

Enseguida la animo: ¿Has visto? Te dije que eras una chica lista. Has encontrado una excelente manera de averiguar lo que te interesaba saber.

En ese punto se le ensombrece el rostro y dice: Pero mañana ya me voy, regreso con mi madre.

Entonces entra en su correo mañana por la mañana, le digo.

Y ella responde: No me atrevo.

¿Cómo que no te atreves?

No me atrevo a entrar en el correo de la abuela. Me da miedo lo que pueda encontrar, Arnon.

Guardamos silencio. Se muerde las uñas. Yo me paso la mano por la barba. Esta última semana me crece mucho. Al cabo de dos horas de afeitarme, necesitaría volver a hacerlo.

Entonces ella me pregunta lo que yo quería oír y tanto temía: ¿Quieres acompañarme? La abuela coge el autobús de las ocho y veinte. Puedes recogerme como de costumbre, pero en lugar de ir a Tel Aviv, esperamos en los frutales a que ella salga de casa, a continuación volvemos y leemos lo que le ha escrito a Elsa.

En los frutales no, le digo. Esperaremos en el aparcamiento del *squash*; a esa hora no hay nadie.

Ella responde: Lo que tú digas.

A la mañana siguiente acompañé a Ofri al colegio. Leía *Ana, la de Avonlea*, la segunda parte de *Ana de las Tejas Verdes*; yo la cogía de la mano y la acercaba a mí cuando se aproximaba a un árbol. En el punto en que siempre nos despedíamos, me besó en la mejilla y me dijo: Te quiero, papá. Desde que fue a los frutales con Hermann no me había dicho que me quería ni una sola vez, y pensé que era una buena señal. Que quizás empezaba a ser la que había sido.

A las ocho y cinco recogí a la francesita. Fuimos al aparcamiento del *squash*. Había más coches de los que esperaba, así que continué hasta el final; hay un banco donde los jóvenes del vecindario se sientan por la noche a beber el vodka que compran en la gasolinera. Puso sus piececitos en el salpicadero y me dijo que había empezado a jugar a *squash*, pero su profesor quiso ligársela y su madre se enfadó y puso fin a las clases. Después quedaba con él sin que su madre lo supiera. En el estudio de él. En el aparador de la entrada había una foto de la mujer y los hijos. Aunque eso no la molestaba; en París es normal.

Mientras ella hablaba, yo contaba las canciones de la radio. No quería mirar el reloj para no ofenderla y que se echara atrás, así que conté las canciones. Una canción dura unos tres minutos; cinco canciones, un cuarto de hora. Para más seguridad conté otra canción. *Free Fallin'*, de Tom

Petty y los Heartbreakers. Una canción estupenda, ¿eh? Lástima que se me ha pegado para el resto de la vida; no puedo escucharla sin recordar lo que ocurrió después.

La jueza que vive en el tercer piso salía justo en el instante en que nos acercábamos con el coche al edificio. Pensé: Lo que me faltaba. Y aunque aún no habíamos hecho nada malo le dije a Karin: Agáchate. Esperamos así, agachados, a que desapareciera en la curva de la calle. Entonces bajamos del coche y entramos en la casa.

Llamamos a la puerta para asegurarnos al cien por cien de que Ruth no estaba. No hubo respuesta. La francesita introdujo la llave en la cerradura, abrió y entramos.

Preside el salón un piano con una cabeza esculpida de Mozart encima. Me pareció que me miraba fijamente, Wolfgang Amadeus, y desvié la mirada hacia la librería. Hermann y Ruth tienen centenares de libros. Muchos de ellos antiguos, en alemán, de autores que seguro que conoces. Las puertas de la librería son de cristal. Suelen brillar, pero ese día estaban polvorientas.

La francesita me preguntó si quería tomar algo. Le respondí que mejor nos poníamos manos a la obra cuanto antes y me dirigí a la habitación del ordenador, pero ella me cortó el paso con su cuerpo y dijo: Yo también creo que cuanto antes nos pongamos manos a la obra, mejor. Entonces se quitó la camiseta. Y a continuación, la parte superior del bikini. La microscópica minifalda. Y la parte inferior del bikini. Lo hizo de golpe, como si se hubiera entrenado de antemano. Y antes que alcanzara a decir «Basta» estaba frente a mí, completamente desnuda sobre la alfombra persa.

Una gran lámpara de lectura la iluminaba. Tenía la piel lisa, sin un rasguño, sin arrugas, sin ninguna señal excepto la estrella de David sobre el seno izquierdo. Un cuerpo perfecto. De niña. Me provocó estremecimientos. No buenos. Como los que se tienen en lugares altos, cuando cometes la tontería de mirar para abajo.

Le dije: Vístete. Y ella dijo: Pero, Arnon, yo pensaba que...

Respondí: No es..., no es apropiado, Karin.

Entonces se derrumbó. Se dobló sobre sí misma, así, desnuda, al pie del sillón, y empezó a llorar. Su llanto también era infantil. Se sorbía los mocos. Entre sollozo y sollozo, empezó a decir cosas como: Soy fea. No me quieres porque soy fea. Te doy asco. Estoy gorda. Tengo las piernas torcidas. No me quieres porque tengo las piernas torcidas.

Me senté en la alfombra, a su lado. Me dije que tenía que calmarla; si no, no podría figonear el correo de Ruth. Y nunca sabría qué le había ocurrido a Ofri en los frutales. Le acaricié el pelo. Le dije: Eres muy atractiva, Karin, muy muy atractiva. Tienes un cuerpo precioso. Unos pies pequeños y hermosos. Y toda esta semana, por las noches, he soñado contigo.

Ella dijo que era un mentiroso. El pelo le cubría aún la cara y la voz se filtraba a través de su melena, amortiguada.

Le dije que jamás mentía y seguí acariciándole el pelo hasta llegar a su hombro desnudo.

Ella dijo: Me gusta lo que haces.

De haber sido el protagonista de uno de tus libros, todo habría concluido ahí. Contigo todo termina en el último instante antes del abismo. Sin embargo, en la vida real no sucede así. Porque yo ya me había convencido a mí mismo de lo que le estaba diciendo. Mis caricias empezaron a descender a lo largo de la espalda desnuda de ella, que levantó la cabeza, me tomó la mano y se metió mis dedos en la boca. Los chupó. Se me empinó. Y en la vida real hay un punto más allá del cual es imposible para un hombre detenerse.

Te ahorro los detalles. La verdad es que hay poco que describir. Digamos que estuvo muy lejos de mis fantasías. Todo se desenvolvió lentamente, pero no con una lentitud emocionante. Una lentitud torpe. No funcionó. Sin las chancletas y el vestido, parecía pequeña y frágil, lo que me

hizo ser precavido. No sabía muy bien qué hacer con mi corpachón para no aplastarla debajo de mí. No olvides que hace veinte años que no estoy con otra mujer. Además, ella..., cuando me salí vi que tenía la polla llena de sangre. No es que me sorprendiera mucho. Se quedó helada cuando la penetré y fingió tener un orgasmo sin saber qué estaba fingiendo, así que fue fácil imaginar que era su primera vez.

Después de que se limpiara con la camiseta, le pregunté por qué no me había dicho que era virgen.

Me acarició el brazo y me dijo: Para que no... pensaras que era una niña pequeña.

De pronto me asaltó un pavor tan intenso como idiota de que entrara mi padre, me arrastrara fuera de la sala, hasta la portería del edificio, y me preguntara: ¿Qué ocurre con Ayelet?

Entonces le pregunté si la puerta estaba cerrada.

Y ella respondió: Sí, claro.

Le pregunté si le dolía y respondió que un poco, y siguió acariciándome el brazo. Su caricia me ponía nervioso. Ayelet siempre me da besitos en el cuello después de follar. De pronto la eché de menos. Me senté; ven, dije, vamos al ordenador de tu abuela.

Me respondió que no había por qué ir.

¿Qué quieres decir? ¿Y las cartas de la abuela a Elsa?

No existe ninguna Elsa.

¿Que no existe?

No.

Estuve a punto de darle un bofetón. Tuve que contenerme para no hacerlo. Puse las manos debajo de los muslos para impedir que volaran a su mejilla. O que agarraran la cabeza de Mozart y se la lanzaron. Vamos, ponte de pie, me dije. Lávate. Vístete. Y sal de aquí volando. Por la tarde se va a París y, hasta entonces, todo cuanto se puede hacer es minimizar el daño.

Y eso es lo que hice. Me levanté. Me lavé su sangre. Me vestí. Le expliqué que debía ir al trabajo. Le dije que era muy bonita. Que haría felices a muchos hombres. Le pregunté si quería un vaso de agua. O un café. Me mostré respetuoso con ella. Estaba en silencio. Se recostó en el sofá y me seguía todo el rato con los ojos. Se abrazaba las rodillas. Se enrollaba un mechón de pelo en el dedo. Tampoco abrió la boca cuando me agaché para darle un beso de despedida. En ese momento lo interpreté como un signo de conformidad. De madurez.

Pero de todos modos, por si acaso, regresé del trabajo lo más tarde posible. Para no coincidir con ella por un descuido.

En la puerta del dormitorio ya no colgaba la nota que había estado ahí hasta entonces. Ayelet la había quitado. Sin embargo, me exilié voluntariamente a la sala. Vi dos veces seguidas el programa de deportes *Pardon the Interruption*. Y también la repetición. En la repetición te das cuenta de que los gritos de los participantes no son auténticos. Son fingidos. El regidor les manda alzar el volumen cada vez que el programa decae un poco. Luego me quedé acostado con los ojos abiertos, fijos en el techo, mientras volvía a reproducir los acontecimientos del día y me repetía: Qué has hecho, gilipollas, qué has hecho. Pero también me decía: Calma, seguro que ya está en París.

Fue entonces cuando te mandé el primer SMS. Tenía claro que eres el único que puede aconsejarme. Aunque hace mucho que no nos vemos. El resto de amigos son demasiado recientes. Demasiado cercanos a Ayelet. No me fio de ellos, no estoy seguro de que suelten prenda. Tú jamás lo harías. Sé demasiadas cosas de ti.

Qué va, es broma.

No tienes que disculparte, colega. Claro que no has respondido enseguida. Eran las cuatro de la madrugada. Recordé que una vez me contaste que escribías de noche, así que lo intenté. No importa.

Por la mañana acompañé a Ofri al colegio. Terminó de leer las últimas páginas de *Ana, la de Avonlea* mientras caminaba, se detuvo y guardó el libro en la mochila. A continuación, me contó las pequeñas peleas entre las niñas de su clase. Alma ha dicho esto. Entonces Maayan se ha ofendido. Después Roni les ha dicho a todas que no le hablen a Alma. Entonces es Alma la que se ha ofendido. Increíble. Hacía ya cinco semanas que no mencionaba a ninguna niña de su clase durante nuestros paseos.

En el punto donde nos separamos habitualmente me dijo de nuevo: Papá, te quiero. Esperé unos minutos hasta que entró en el colegio y entonces entré yo también. Subí al tercer piso y observé la clase a través de la rendija de la cortina. Estaba sentada y hacía lo mismo que la última vez que la miré. Jugaba con la cremallera del estuche. Sacaba lápices. Dibujaba en la libreta. Devolvía los lápices al estuche. Entonces la maestra preguntó algo y ella alzó la cabeza y levantó el brazo. Le vi los ojos. La chispa traviesa, curiosa, había regresado.

Tuve que aguantarme para no irrumpir en el aula y lanzar a Ofri al aire de la alegría. ¡La chispa había regresado! Estuve unos minutos más junto a la cortina con la esperanza de que volviera a levantar los ojos. Para estar seguro de que no me había equivocado. Escribí un SMS a Ayelet: Siento mucho cómo me he comportado últimamente. Ha sido exagerado. ¿Hacemos las paces? Y me fui para casa. Esta vez por la acera, no por el centro de la calzada. De pronto, la vida me parecía preciosa. De camino me detuve en el cajero automático para sacar dinero. Delante de mí estaba la viuda del piso de arriba. Esperé a que terminara. En realidad, no es viuda, pero su marido está siempre en el extranjero; parece como si viniera de un funeral y siempre viste de negro, así que Ayelet y yo le pusimos ese mote. Pero esa mañana hasta me sonrió. Llevaba una camiseta amarilla. Cuando terminó, me saludó: Buenos días, Arnon. Y yo le dije: Una mañana estupenda. Acto seguido saqué los mil séqueles que le debíamos a los Wolf y me dirigí a casa a paso ligero; por primera vez en cinco semanas respiraba tranquilo, sin retener el aire en el pecho, y todos los problemas me parecían pequeños y solucionables.

Pero cuando ya llegaba a casa, la encontré frente al edificio. A la francesita. Venía a mi encuentro. Con sus chancletas de plataforma. Imposible escabullirme de ella. Ni queriendo. Venía derecha hacia mí y, cuando estuvo cerca, se detuvo y dijo: Abrázame. Di un paso atrás y pregunté: ¿No tenías que irte a París?

Se me acercó de nuevo y dijo: El abuelo... ha muerto.

¿Qué? ¿Cuándo? Dejé caer la mano.

Esta noche, dijo, me cogió la mano, la colocó alrededor de su cintura y repitió: Abrázame.

Te acompaño en el sentimiento, pero... no es una buena idea abrazarnos en plena calle, Karin, de verdad no es una buena idea. Le aparté la mano tan delicadamente como pude.

Apretó su pecho contra el mío y dijo: Pues vámonos de aquí. Te quiero. Te necesito.

Le respondí: No puedo. Lo que ha ocurrido no se puede repetir. Estoy casado. Tengo hijas. No puedo. Lo siento mucho, Karin. Pero no es apropiado.

Entonces, de golpe, se volvió loca. Nos encontrábamos en el aparcamiento de la casa, a las ocho y media de la mañana, y empezó a darme puñetazos en el pecho y a chillar: ¿Ahora estás casado? ¡Ayer, cuando te acostaste conmigo, eso no tenía importancia! ¡Eres un hijo de puta! ¡Eso es lo que eres! ¡Un hijo de puta!

Por suerte, los barrenderos del ayuntamiento estaban trabajando en el jardín del edificio con el

aspirador, que amortiguó algo sus gritos. Sin embargo, me pareció ver la cabeza de la jueza asomando por la ventana del tercer piso. Y seguro que si la cosa seguía así, asomarían otras.

De algún modo, logré agarrarla por el codo y empujarla al coche. Continuó insultándome en hebreo y en francés, pero por lo menos las ventanas estaban cerradas. Intenté calmarla de camino al aparcamiento del *squash*. Le mentí. En un recorrido de dos minutos le conté más mentiras que en el resto de mi vida. Me amenazaba: Llamaré a vuestra puerta y se lo contaré todo a tu mujer. Lo voy a hacer porque eres un hijo de puta. Estaba aterrorizado. Le prometí la luna. Para ganar tiempo. Le prometí que iría a verla a París. Que iríamos juntos a un hotel a la orilla del mar en Tel Aviv. Mañana. Pasado mañana como muy tarde. Le dije que yo también sentía algo por ella. Que no había sido solo sexo.

Lo sé, amigo, lo sé; tendría que haberla puesto en su lugar. Pero tuve miedo.

Estuvimos sentados en el aparcamiento del *squash* durante diez canciones. Hasta la séptima canción estuvo llorando con sus sollozos mocosos y de vez en cuando balbuceaba que yo era una mierda y un farsante, o un farsante y una mierda. La séptima canción era *Karma Police*, de Radiohead, y en el estribillo ella empezó a contarme, sin ton ni son, los momentos que había pasado con su abuelo. Las historias no estaban tan bien contadas como las de los chicos de la playa. Unas no tenían principio, a otras les faltaba el final y en otras desaparecía la parte central: «Entonces me levantó muy alto en pleno aeropuerto y dijo: Has llegado a casa». ¿Dónde fue? ¿En qué aeropuerto? ¿Qué casa? No sé. Y cuando una vez la monitora de las colonias de verano le preguntó al abuelo si era el padre de Karin, sin dudar dijo que sí, y en las cartas siempre firmaba: «Con amor eterno, abuelo Hermann». Y una vez le dijo: Tu padre puede haber estudiado en la universidad, pero es un imbécil si ha abandonado a una niña maravillosa como tú, y en el almuerzo le servía una porción más de postre a escondidas de la abuela, y antes de dormir le contaba historias inventadas de una niña llamada Karin, valiente y de buen corazón, que siempre ayudaba a los animales del zoo a escapar para regresar a su verdadero hogar, en África. Para celebrar su *bat mitzvá*, ella y el abuelo viajaron juntos a África, a la abuela no le gustaban los viajes, y ella se enamoró de uno de los niños del grupo organizado y pasó todo el viaje con él; su abuelo no le dijo nada, no la riñó, porque él, a su vez, también cortejaba a la joven guía, y una vez, durante una barbacoa que ofrecieron a sus amigos, lo vio besando a una amiga de la abuela detrás del cobertizo del jardín, y luego le dijo: Es un secreto entre nosotros, no se lo digas a la abuela, solo le darías un disgusto. Siempre habían compartido secretos ella y el abuelo, por eso había sido tan extraño lo de esa última semana, porque ella notaba que le escondía algo. Nunca anteriormente se había sentido avergonzado con ella. Nunca. Pero qué importa. De todos modos, ahora estaba muerto.

Sí, dije, y me vino la imagen de su cabeza sobre los muslos de Ofri. Parece que tu abuelo se ha llevado sus secretos a la tumba.

Karin asintió, se sorbió los mocos y me pidió que la llevara a casa. Tenía que prepararse para el funeral. Escoger un traje. La abracé. Claro está que la abracé después de todo lo que me había contado. Al parecer, quería a su abuelo de verdad. Tenían un vínculo especial. Incluso me sentí algo culpable, ¿sabes? No es que muriera por mi culpa, pero sí ingresó en el hospital por mi culpa. Esto es innegable. Así que le di un abrazo. Un abrazo paternal, ¿sabes? Limpio.

De camino a casa permaneció en silencio. Pensé que se le había pasado el enfado. Que volvía a ser la de antes. Que se había dado cuenta de que no merecía la pena llamar a la puerta de mi casa, y que a los dos nos convenía olvidar el asunto. Pero en cuanto detuve el coche en el aparcamiento

del edificio y saqué la llave, ella se volvió hacia mí y me dijo: Seguro que tu mujer irá al funeral, ¿verdad? Muy bien. Aprovecharé la ocasión para contárselo todo.

Antes de darme tiempo a decirle algo, abrió la puerta y se fue. Me quedé en el coche. Conmocionado. Estuve sentado un rato sin saber qué hacer. No podía respirar. Abrí todas las ventanillas, pero me seguía faltando el aire. Noté una presión en el pecho. Entonces me preocupé también por esa presión. En ese instante llegó tu SMS.

Siempre has tenido el don de la oportunidad.

No, en serio, hermano, no tenía tan claro que estuvieras dispuesto a encontrarte conmigo inmediatamente. No nos veíamos desde... ¿un año?, ¿un año y medio? No hace falta que te disculpes. En esta fase de la vida, cada cual está ocupado con sus cosas. Y tú me has dedicado una mañana entera.

Decirte que con solo contarle a alguien la historia ya ha disminuido...

Cuando ella salió del coche me asaltaron algunos pensamientos. Mejor que no los sepas. Malos pensamientos. Pensamientos de esos que apenas empiezan quisieras detenerlos, pero no lo consigues. No hay forma. Es un bucle del que no te puedes librar. No puedes. Y poco a poco los malos pensamientos te llenan la cabeza. Finalmente, no hay espacio para nada más.

Déjalo, realmente es mejor que no los sepas.

Pensé en ir tras ella, atraparla antes de que alcanzara a marcar el código de entrada al edificio. Arrastrarla a la fuerza hasta el coche, llevarla al mar, nadar con ella hasta lo más profundo cuando los socorristas ya hubieran abandonado su puesto y ahogarla: meterle la cabeza bajo el agua y aguantar hasta que dejen de salir burbujas.

Es tan pequeña... Apenas un minuto bastaría.

No creo que lo haga. Es solo un ejemplo de lo que me pasó por la cabeza para que comprendas lo bajo que he caído. ¿Te das cuenta de que estoy a punto de perder todo cuanto tengo? Solo con que le diga a Ayelet unas palabras durante el funeral, y ya está. Todo lo que he construido se vendrá abajo. ¿Cómo le va a resbalar eso a Ayelet? Dentro de una semana ya tendría los papeles del divorcio. Créeme. Antes de casarnos me soltó un discurso. Me dijo: He pasado mucho en la vida. Puedo encajar golpes fuertes. Y ponerme en pie. Pero no estoy dispuesta a que me traicionen. Es mi línea roja. Dijo: Te lo digo ahora para que lo sepas de antemano. Para evitarte sorpresas. Y ella es abogada, no lo olvides. Haría lo necesario para que no viera más a mis hijas. Y para quedarse con todos nuestros bienes. Me dejaría seco, puedes estar seguro. Sin olvidar que la francesita es menor de edad. Ya me las imagino sentadas a las dos en nuestra cocina, Ayelet intentando convencerla en nombre de la solidaridad femenina para interponer una denuncia. Lo que supondría un juicio. Y al juez no le importaría que fuera ella la que me sedujo, que fuera ella la que me habló del vibrador olvidado en París, que fuera ella la que se desnudó sin que yo la tocara.

Es como lo de Gaza. A nadie en el mundo le importa que durante años nos hayan caído encima cohetes Qassam antes de que entráramos en Gaza.

Acabará en la cárcel. Y cuando me suelten, nadie me dará trabajo. Y a Ofri le harán la vida imposible en el colegio. Las niñas de su clase lo celebrarán. Hemos visto a tu papá en el periódico, tu papá es un perverso. Le harán sudar sangre.

¿Todo para qué? ¿Qué quería después de todo? Salvaguardar a mis mujeres, protegerlas. Asegurarles que no sufrirían ningún daño.

Todo cuanto hice, lo hice por amor; ¿me crees?

Quizás amo con demasiada fuerza. Puede que sea este mi problema.

La gente ya no ama así hoy en día.

No, no estoy llorando. Qué va. Me escuecen un poco los ojos. Será la cebolla que fríen en la cocina.

Soy sensible a la cebolla. Te lo juro. Para la cena del sábado corto la cebolla con los ojos cerrados. Mira las cicatrices en los dedos.

¿Que si quiero un vaso de agua? Pero ¿qué te crees? Pídemme una cerveza. De barril. Y un bistec. Necesito algo a lo que hincar el diente. ¿Tú también quieres uno? ¿Estás seguro de que no? ¿No quieres tener el detalle de unirte a mí en esta última cena?

No exagero. Así es como me siento. Como Jesús antes de que lo crucificaran. No, como Jesús en la cruz. Ya tengo las manos clavadas. Y empiezan a fluir hilillos de sangre.

¿Alguna vez has tenido la sensación de vivir los últimos momentos de tu vida tal como la conoces?

Cierto. Se me había olvidado. ¿Cuántos años hace ya?

Finalmente, no era canceroso, ¿verdad? Menuda suerte, menuda suerte.

Shiri y tú ya estabais juntos en el Ejército, ¿no? Óyeme, después de veinte años con una mujer, ya sois una misma cosa. Y si ella se va, te arrastra con ella. O al menos, una parte de ti. Ayelet y yo somos como siameses. En estos años nunca he tomado una decisión sin consultarle antes. Siempre le digo a la gente: Dejadme consultarlo con la almohada. Aunque, de hecho, espero a que las niñas duerman. Le preparo un café instantáneo con un pellizco de cacao, como a ella le gusta, y entonces la pongo al corriente de mis dilemas. Y ella sentencia. No siempre acepto su sentencia, pero siempre me ayuda a identificar lo esencial, el meollo del asunto, a separar el grano de la paja. La nuestra no es la típica relación de pareja que a lo largo de los años se convierten en amigos. Estoy tan loco por ella como el primer día. Me excito solo de verla cuando se viste para ir al juzgado. Me encanta su cuerpo, su olor, cómo baila con las niñas las canciones de YouTube.

¿Te gusta cómo hablo de ella? Estupendo. El problema es que esas palabras le importarán un comino cuando la francesita le cuente nuestras actividades sobre la alfombra de Hermann y Ruth. En casos como este, va directa a la yugular.

Lo estoy viendo. Karin se le acerca cuando acaba el funeral. Las dos se quedan al final de la fila, Ayelet por el calor y Karin porque quiere estar cerca de ella. Entonces, en voz baja, Karin empieza a hablar. Y lo peor es que yo no puedo hacer nada para detenerla. La guillotina se abate sobre mi cuello, y yo solo miro cómo baja. La cuchilla ya roza mi carótida, y estoy paralizado. No me muevo.

¿Qué hubieras hecho en mi lugar, hermano? Ahora que ya lo has oído todo. No, de verdad. No te quedes al margen. Leo tus artículos en el periódico. Opinas de todo. Dime lo primero que se te pase por la cabeza.

Eres la única persona a la que he pedido consejo sobre este asunto. No tienes escapatoria. Es decir, me gustaría que Ayelet me aconsejara, pero es imposible. La gente no comprende lo solo que te deja la infidelidad.

No me digas que no tienes ni idea de lo que harías.

Un buen amigo tuyo se está ahogando, agita los brazos, grita pidiendo auxilio y tú pasas en barca. ¿No vas a detenerte?

No es cierto que no tengas una barca. Todo aquel que lee tus libros sabe que la tienes.

Claro que también tienes tus defectos. No digo que no.

¿Sabes qué? Imagina que es una de las historias que escribes. Imagina que todo cuanto te he contado hasta ahora es el inicio, la mitad y las tres cuartas partes de la historia, y ahora llega el

final. Tiene que terminar bien. Porque el protagonista ya ha sufrido bastante y ha hecho sufrir bastante a los demás. Tómame tu tiempo, hombre. Yo me termino el bistec y las patatas fritas, y entretanto piensa un buen final para esa historia, ¿de acuerdo?

SEGUNDO PISO

Hola, Neta:

Seguro que te sorprenderá recibir esta carta. Hace mucho que no hablamos; ¿quién escribe cartas hoy en día? Pero el *e-mail* es demasiado peligroso (enseguida entenderás por qué) y, sencillamente, no tengo a quien confiarme.

He intentado ponerme en contacto con mi psicóloga. Esa a la que fui hace tiempo, ¿te acuerdas? Teníamos buena química. De hecho, todo se reduce a tener una buena química, incluso con la psicóloga. Llegaba hecha polvo al pequeño sótano de su casa en Har Adar y salía aún más destrozada, aunque algo menos aterrorizada. No repetía los clichés de siempre: el ello, el yo, tu madre, cómo te sientes al respecto, cuál es tu experiencia. Me hablaba con sencillez, al corazón, incluso alguna vez me explicó pequeños incidentes personales; si nos pasábamos del tiempo no le importaba y al finalizar la sesión me ponía una mano en el hombro (¡me tocaba!); todos estos años me decía a mí misma que si llegaba a perder de nuevo el equilibrio, tenía a quién recurrir.

Me ha respondido su hijo.

Le pregunté si podía hablar con Mijaela.

Hubo un silencio prolongado. Entonces dijo que había fallecido. Hacía dos años.

¿De qué?, pregunté.

De cáncer.

No supe qué decir. Dije: Disculpa. Te acompaño en el sentimiento.

Él dijo: Sí.

Le dije: tu madre era una mujer muy especial.

Él dijo: sí.

Era obvio que sabía que yo había sido paciente suya. Seguro que estaba acostumbrado a este tipo de llamadas de antiguas pacientes y que deseaba terminar cuanto antes aquella conversación.

*

Me quedé de pie con el teléfono en la mano, oyendo los sonidos que emitía el aparato después de colgar. Qué descaro, pensé, morírseme así.

A lo largo de la semana anterior a esta conversación imaginé cómo me acomodaría frente a ella en el confortable sillón, con la alfombra burdeos a nuestros pies y, entre las dos, la estufa eléctrica con solo una resistencia funcionando. En mi imaginación le había añadido alguna cana (después de todo, habían transcurrido quince años), pero le había dejado el tosco jersey marrón, las gafas demasiado grandes y el platito de caramelos Werther's Original, lleno al inicio de la sesión, que indicaba cómo estaba realmente mi ánimo según los que me hubiera comido.

Tenía ya preparada la frase con que iniciaría el encuentro. Inteligente. Me había imaginado cómo se desarrollaría la conversación, el momento en que guardaríamos silencio, el momento en que, obviamente, asociaría mis temores por Liri con mi madre, el momento en que yo estallaría en un llanto liberador y ella me alargaría un pañuelo ligeramente perfumado, el momento en que echaría un vistazo rápido al reloj que había detrás de mí, a la izquierda, el momento en que sacaría un cheque preguntando si el precio era el de siempre y su mano descansaría en mi hombro antes de despedirnos y mis pasos veloces, enérgicos, desde la puerta del sótano por la que me

asomaría al jardín florido hacia el aparcamiento; luego el lento viaje a través de las colinas hasta la autopista 1 mientras en la radio suena una de mis canciones favoritas (*Out on the Weekend*, de Neil Young, por ejemplo), y yo de nuevo lo suficientemente abierta como para dejar que la música entrara en mí, fluyendo por mi torrente sanguíneo...

Pero nada, ningún jardín, ningún Neil Young. Una sola conversación telefónica fue suficiente para enviarme de vuelta al punto de partida:

Está sucediendo algo, Neta, y no se lo puedo contar a nadie. Pero necesito, necesito desesperadamente, contárselo a alguien.

*

He llegado a un punto que ayer busqué una iglesia con confesionario. Fui a la Colonia Americana. ¿Te acuerdas de que Nomi, en la época en que trabajaba en la Asociación Protectora de la Naturaleza y siempre utilizaba la palabra «mágico», nos hizo una visita guiada y al final llegamos a una iglesia para trabajadores extranjeros?

Pues esta semana estuve dando vueltas por allí durante un par de horas, y no encontré ni rastro de ella. Finalmente pregunté a un muchacho que pasaba en bicicleta (de tu tipo, con barba y ancho de hombros) y me dijo que, en efecto, había habido una, pero los bulldóceres la derribaron y en su lugar construyeron un edificio de oficinas, estábamos justo enfrente.

Creía que las iglesias eran eternas, le dije.

Asintió sin comprender (los jóvenes apenas nos ven ya, ¿lo has notado? Espera, a lo mejor a ti sí te ven), siguió pedaleando y, de repente, me desinflé.

Lo sé. Debería haber seguido buscando hasta encontrarla. Pero así soy yo últimamente. Me rindo enseguida.

«Esa no es la Hani que yo conozco». Es como si te oyera mientras lo piensas, o incluso puede ser que lo estés diciendo en voz alta en tu salón de Middletown.

Quizás por eso te escribo. Porque tú te acuerdas de mi mejor versión. Y basta con que encabece una página con tu nombre para que me sienta algo más limpia.

Cuento con muchas amigas aquí, no lo vas a creer (¡soy apreciada! ¡Por primera vez en mi vida!), pero no confío en ninguna. A la mayor parte de ellas (la verdad es que a todas, aunque *todas* suena demasiado triste) las he conocido a través de los niños. Así se establecen las relaciones en la periferia urbana. Empiezas con un pequeño intercambio de palabras cuando recoges a los niños en la guardería, después pasas a verte con los niños y, si eso no termina en catástrofe, repites otra vez, mientras los niños juegan, charlas de lo maravillosos que son aunque a veces se aburren, luego chismorreas sobre la maestra: ¿no es demasiado que se tome dos días libres por semana? Uno pase, pero ¿dos? Es estupendo que les lea algo del periódico cada mañana, pero no creo que sea realmente necesario que a esa edad los niños tengan que saber distinguir entre un cohete Qassam y uno Grad, y, a propósito, ahora hay una oferta en el parque, los domingos los niños comen gratis y la verdad es que vale la pena si pides una *pizza*, por ejemplo. ¿Y habéis oído que la nueva piscina abrirá por fin en verano? El alcalde quiere conseguir votos para las elecciones, qué le vamos a hacer, el doctor Caspi es el mejor pediatra del barrio, vale la pena soportar la cola interminable y a la insufrible secretaria por ese momento en que miras la foto del viaje familiar a la Selva Negra y te das cuenta de cuánto han crecido...

Al principio aún esperaba el instante en que, en medio de tanta charla fútil, surgiese algo verdadero. Apenas nos estamos conociendo, pensaba, son los primeros acercamientos. Dentro de

poco, una de nosotras se liberará de la necesidad de presentar su vida como perfecta, y entonces, probablemente, pasaremos a mantener una conversación auténtica.

Con el tiempo lo he entendido: eso nunca sucederá. Siempre será así. Un viaje a ninguna parte.

«¡Pero también depende de ti!», te oigo decir desde allende el océano Pacífico (¿o es el Atlántico? Nunca consigo recordar cuál de ellos nos separa). ¡Lo cierto es que tú, Hani, podrías llevar la conversación por derroteros que te interesen más!

Eso es lo que intenté al principio. Lancé cebos. Pero nadie mordió el anzuelo.

Dije cosas como: A veces experimento un deseo impetuoso de dejarlo todo. O: Desde que nacieron los niños no consigo leer, por eso me siento vacía. O: Mi hija aún tiene amigas imaginarias. Me da miedo que termine como mi madre.

La respuesta fue un silencio incómodo. Las miradas bajas.

Después de algunos silencios de este tipo, dejas de intentarlo. Te conformas con la charla. Y después de unos años así, cuando una mamá nueva que desconoce las reglas llega al barrio y, mientras las dos esperáis a que salgan los niños de judo, de pronto te dice: «Siempre estoy triste y no sé cómo superarlo, tengo miedo de que mi marido me abandone si sigo por este camino», tú también le respondes con el mismo silencio porque temes que, después de tanto silencio, si ahora abrieras la boca, surgiría una lava que lo ensuciaría todo.

(¿Recuerdas aquella noche en Guatemala, cuando fuimos a ver un volcán que llevaba doscientos años apagado y de pronto empezó a expulsar humo? ¿Sabes?, creo que es la única vez en todos estos años de amistad que te he visto asustada. Realmente asustada).

*

Pongo el asterisco cuando me levanto para ir a picar algo o para hacer pipí. O cuando se me hace difícil escribir y necesito tomarme un respiro...

*

Tengo miedo, Neta. Tengo miedo de que si no le cuento a alguien lo que me ocurre, voy a enloquecer. No es nada nuevo, Hani, me dirás. Siempre has tenido miedo de volverte loca. Es cierto, diré yo. Solo que ahora es verdad. Una lechuza en un árbol, puede pasar. Dos también. Pero ¿qué sucederá si una noche hay tres?

*

Pero espera, antes de las lechuzas te debo una disculpa. Por mi comportamiento contigo en tu última visita a Israel.

(Puede que ya lo hayas olvidado. O a lo mejor no le diste demasiada importancia. ¿Puede que nuestra amistad solo siga viva para mí, mientras que para ti se haya desvanecido con el tiempo y ni siquiera te expliques de dónde salgo yo ahora con todos estos paréntesis?).

Fue una idea maravillosa llevar a los niños a los parajes de nuestra infancia en Jerusalén. De veras. Enseñarles dónde jugábamos a las cuatro esquinas, dónde nos escondíamos cuando nos escapábamos de casa, dónde intentamos por primera vez montar en bicicleta sin la ruedecilla trasera...

Pero no pude soportar la envidia.

En ese momento no me di cuenta. Solo después, debido a lo sucedido en los últimos días, comprendí de pronto que el súbito dolor en el diafragma que me hizo desistir en el último instante (en efecto, era el último minuto, ya estabais en Sha'ar HaGai, a medio camino por la autopista, quizás por eso te enojaste tanto) era el dolor de la envidia. O mejor dicho, de la envidia anunciada. De la toma de conciencia de que, si no hubiese anulado nuestro encuentro familiar en Jerusalén, me habría encontrado en la misma situación insufrible que cuando vinisteis a visitarnos unos días antes.

No fue por tu aspecto (asombroso, por cierto. Es increíble cómo el paso de los años te favorece tanto). Ni por esa tranquilidad americana que trasluce cada gesto tuyo: cómo te sientas, cómo te levantas, cómo sostienes la taza de café con el meñique en el aire...

Sino por a Noam. Es decir, no por Noam como persona. Es decir, sí, por Noam como persona. Pero no por Noam como hombre. Uf. Me estoy liando. Es increíble que todavía me cueste tanto admitirlo: se debe al modo igualitario de compartir las tareas de la paternidad.

O con palabras más sencillas: que vais a la par en la crianza de los niños. Que él no «te ayuda», como les gusta decir a los hombres, sino que se implica exactamente como tú. Está metido hasta el cuello.

O para hacerlo más simple: era insufrible ver a un padre tan dedicado mientras Asaf estaba siempre de viaje.

Había visto padres dedicados antes, pero ninguno de ellos era tu compañero. Contigo tengo una larga historia de confrontaciones, de las que casi siempre sales vencedora. Y está bien que así sea, porque de este modo he tenido que esforzarme más y de hecho, puede que en estos últimos años haya dejado de esforzarme precisamente porque no estás aquí y no haya nadie a quien superar (recuerdo tu espalda delante de mí en la carrera de los 600 metros –pero ¿qué competición es esa de los 600 metros? Solo en nuestro instituto, Leiada, podían inventar algo así– y cómo se iba alejando de mí hasta desaparecer finalmente).

No me malinterpretes. Fue muy emocionante, escalofriante, ver a tus hijas en mi casa (recuerdo el momento en el que tu Alma y mi Liri dibujaban juntas tranquilamente, como si se conocieran de siempre, y las dos nos miramos en silencio compartiendo un mismo pensamiento: damas y caballeros, he aquí la segunda generación de la inexplicable y repentina atracción también conocida como «amistad entre niñas»).

Tu Mia es de una belleza deslumbrante. Y me muero de la risa porque ella en particular, con ese nombre un tanto hollywoodiense que tiene, parlootee solo en hebreo. Y no creas que no me di cuenta de que te contuviste cuando conté que había dejado de trabajar después del nacimiento de Nimrod (podrías haber hurgado más en la herida), o de que evitaste (en pequeñas cosas, como los vestidos que escogiste para tus niñas, o cuando comentaste que no llevabas fotos de la casa recién comprada) hacer ostentación de tu riqueza. De verdad, Netush, has sido tan extraordinaria como te recordaba, extraordinaria como siempre...

Sin embargo, cada vez que él se acercaba a una de las niñas para ver por qué lloraba...

Y cada vez que se abrazaban a él...

Y cuando se llevó a Mia a pasear con el cochecito solo para dejarnos tiempo libre para charlar...

Se me retorcián las entrañas. Era un dolor físico. Como si alguien me metiera mano en el vientre, me estrujara el bazo y lo retorciera.

Así es. A veces, el que esparce sal no sabe que su sal encuentra una herida en lugar de una

ensalada (prometo elevar el nivel de las metáforas en el transcurso de la carta. Hace tiempo que no escribo).

De todos modos, siento haber anulado en el último momento el paseo nostálgico por Jerusalén. Y no haber llamado para decirte adiós antes de vuestro viaje de regreso. Y el conflicto que provoqué en primero de secundaria entre Ariela Klein y tú.

¿Lo entiendes? ¿Podrás perdonarme?

Espero que sí. No me queda otra salida que confiar en que lo harás.

*

No puedes saber qué clase de padre será el hombre con el que te casas, si bien hay señales premonitorias. Cómo se comporta con tus hermanos pequeños, por ejemplo (Omer y Gay sencillamente adoraban a Asaf. Cada vez que venía a cenar se le echaban encima y se le subían a los hombros, él jugaba con ellos al escondite antes de la cena, después escondía mensajes por toda la casa para jugar a en busca del tesoro y, mientras ellos galopaban de un mensaje a otro y brindaban a los adultos una hora de alivio, les preparaba el tesoro: confitura con sabor a fresa).

O cómo responde a los niños pequeños que hay alrededor (en nuestra luna de miel en París estábamos en un restaurante y en la mesa de al lado había una familia con una niñita que no paraba de llorar. En vez de montar en cólera y llamar al camarero para que nos cambiara de lugar, empezó a imitar a todas las verduras para hacerla reír. Después de la imitación del calabacín, sus padres cayeron rendidos a sus pies, y nos invitaron a pasar el fin de semana con ellos en su casa de veraneo en Niza).

Y la mejor señal: cómo responde a la niña que llevas en tu interior. Incluso la mujer más fuerte tiene momentos en los que necesita sentirse protegida. Puede tratarse de una gripe que te está matando. O de un comentario desdeñoso de tu jefe. O de un pequeño accidente de tráfico. En la entrada de la ciudad. No ha ocurrido nada. El parachoques un poco abollado. Pero estás un poco asustada. Solo necesitas oír su voz al teléfono. Bueno, pues en situaciones de este tipo, Asaf es maravilloso. Protector aunque no condescendiente. Sabe de mi tendencia a la autocompasión, pero no deja que me hunda en ella. Es uno de los motivos por los que me casé con él (aunque hubo otros: le gustaba hablar durante las películas, en el cine, no me hacía callar como otros con los que había salido antes. El olor de su pelo. El hecho de creer sinceramente que yo tenía talento. Sus andares, parecían un baile. El hecho de que cuando lo conocí aún coleccionara sellos. El hecho de que creyera que nunca me abandonaría. El hecho de que viera la vida como el juego de en busca del tesoro. El hecho de que siguiera comprando llaveros a los sordomudos aun después de la primera cita. El hecho de que desde la primera cita estuvo de acuerdo en compartir mis raviolis. Basta. Lo dejo ahí. Porque esta lista ya no funciona. Esperaba que se me humedecieran los ojos, pero es como si estuviese describiendo a un extraño).

*

Me he detenido a releer lo que he escrito hasta ahora y de pronto me he dado cuenta de que construyo escenas con un ritmo de tres secuencias, las frases casi siempre se dividen en tres partes, casi siempre hay tres ejemplos. ¿Podría deberse al hecho de que me he convertido en parte de un triángulo? ¿Si formas parte de un triángulo, todo lo que sucede en el mundo se te ordena en la cabeza por triángulos?

*

Pero no voy a hablar de Eviatar por el momento. Si hablo de Eviatar ahora, vas a juzgarme severamente y antes de hacerlo (con dureza, claro) quiero que comprendas el trasfondo.

Así que volvamos a su hermano.

*

Todo comenzó durante el parto. Asaf mandaba SMS mientras yo estaba con las contracciones. ¿Te das cuenta? Yo retorciéndome de dolor y él tan tranquilo enviando mensajes. Es cierto que la epidural alivia el sufrimiento. Y que hacía ya seis horas que habíamos ingresado. Pero vamos, un poco de sensibilidad. Le dije: No es el momento ni el lugar para enviar mensajes. Me aguanté para no gritarle. Para no ser la típica mujer que le grita al marido durante el parto. ¿Y sabes qué hizo? Salió de la habitación. A *mensajear* fuera. Justo entonces llegó otra contracción. Gemí. Muy fuerte. Estaba segura de que volvería de inmediato para ver qué ocurría, pero se quedó fuera. Seguía con sus mensajes. Entró al cabo de un minuto.

Después, en la sala de maternidad, no quiso coger en brazos a Liri. Dijo que era demasiado pequeña y que le daba miedo que se le cayera de las manos. Y después añadió que le parecía que en ese momento a quien necesitaba era a su madre. Qué demagogo. Siempre ha sido algo demagogo, pero ese rasgo suyo se acentuó cuando empezó a *demagogizar* con los potenciales inversores.

Por cierto, regresó al trabajo al cabo de cuatro días. OK, no esperaba que compartiera conmigo la maternidad al cincuenta por ciento. No estamos en Noruega. Pero ¿no hubiera podido quedarse una semana en casa por eso de la solidaridad? ¿O telefonear desde el trabajo por lo menos cinco veces al día para saber cómo me encontraba? ¿Cómo va? ¿Ha empezado ya la depresión postparto?

Podría darte un montón de ejemplos solo del primer mes de Liri, pero empiezo a sentirme mezquina. (¿Te acuerdas de la última noche de nuestra excursión anual a Eilat? Cuando escribimos con Nomi la lista de «Todas las cosas que nunca haremos»: nunca nos casaremos con un hombre al que no amemos, nunca invitaremos a los amigos el viernes por la noche para hablar de política, nunca escogeremos por nuestros hijos las actividades extraescolares, nunca los obligaremos a hacer deberes durante las vacaciones, nunca dejaremos Jerusalén, solo para ir al Ejército porque es obligatorio, nunca permaneceremos más de medio año en un trabajo odioso, nunca preferiremos ir a comer a un restaurante que ir a una actuación, nunca nos robaremos el novio una a otra, nunca dejaremos de ser amigas. Se me acaba de ocurrir una cosa: Nomi, que ha muerto joven, ha podido cumplir todas las promesas. Y pienso también: escribimos esa lista demasiado pronto. Todavía no sabíamos qué nos esperaba, de lo que realmente tendríamos que guardarnos cuando creciéramos. Por ejemplo, «no transformarte nunca en una mujer que da una serie de ejemplos manidos para demostrar a su mejor amiga que no tiene un buen marido»).

Y además, no se trata de ejemplos. Se trata del abismo que hay entre cómo había imaginado a Asaf como padre y el padre que es realmente.

Oye –ya sé que no tiene nada que ver, pero de pronto me urge saberlo–, ¿tú también oyes a veces la voz de Nomi hablándote? No te pregunto si «la recuerdas» o si «piensas en ella», sino si oyes su voz hablando contigo. Supongo que no. Estas cosas solo me pasan a mí (y a mi madre). La última vez que me ocurrió fue durante una excursión familiar al monte Arbel. Ese año nos

apuntamos a un grupo: gente sin nada en común excepto la necesidad de sobrevivir a los largos días de fiesta con los niños. La idea es que cada cual ponga algo de dinero (mucho) para poder contratar a un guía que nos organice el recorrido y haga «actividades» con los niños, no vaya a ser que estos se lo pasen bien solo disfrutando de la naturaleza. Pues allí estábamos, respirando con dificultad después del empinado ascenso ante un lentisco, mientras el guía nos contaba una historia sobre la diosa de la goma de mascar. Nunca consigo prestar verdadera atención a este tipo de leyendas, me gustaría, me gustaría de veras, pero en algún momento mi atención se dispersa. Puede que debería someterme a un examen; así me diagnosticarían un déficit de atención a cuentos y explicaciones de guías turísticos y me concederían una hora extra de excursión. Pero a lo que iba, de repente oí la voz de Nomi dentro de mi cabeza que me decía: Esa no es para nada la diosa del chicle. Es una diosa de Eretz Israel. Asentí sumisamente. Creí que le bastaría. Pero tú conoces a Nomi. Díselo, me ordena. Díselo. ¡Está contando trolas a los niños!

¡No voy a decirle nada! ¡No quiero interrumpirlo en mitad de la leyenda!, le dije.

El problema es que lo dije en voz alta. Y todas las cabezas, pequeñas y grandes, se volvieron hacia mí. Seguro que tú habrías salido bien parada de esta situación, habrías encontrado algo ingenioso que decir. Yo, en cambio, esboqué una sonrisa de disculpa y conté en silencio hasta doce.

Bueno, seguro que ya están pensando que soy una *rara avis*. ¿Quién se presenta sin su pareja a una excursión familiar?

Debo decir, a favor de Asaf, que me había avisado de antemano. Me dijo: Mi empresa se está preparando para salir a bolsa. Es posible que ese fin de semana esté fuera.

Si estás aquí, bien, y si no, también; nos las arreglaremos, le respondí.

Craso error. Al parecer, ir sola a una excursión familiar (y en general, a cualquier evento social en los barrios de la periferia) es una aberración. Un crimen contra la burguesía. Un banco de arena en el que se hunde el arca de Noé.

Pero ¿qué ocurre? Si lo analizamos a fondo un momento, veremos que los hombres te miran de forma distinta cuando estás sola (aunque hayas pasado por dos embarazos y lleves unas mallas descoloridas y una vieja camiseta de Asaf). Y las mujeres, que notan cómo sus maridos no te quitan el ojo de encima, se inquietan y te consideran un peligro potencial. Te preguntan por tu marido, para recordar a las partes interesadas que este existe. Entonces ¿cuándo regresa? ¿No es difícil para los niños que esté fuera tanto tiempo? Está muy bien que no te rindas y vengas de todos modos de excursión, yo me habría quedado en casa.

¡Pero es que me asusto, sola en casa!, quisiera decirles. ¡En casa me entra la taquicardia! ¡Se me electriza el pelo! ¡Las lechuzas me hablan desde el árbol!

*

Los viajes de Asaf empezaron –pretérito perfecto– nada más nacer Nimrod. La empresa en la que trabajaba decidió abrir filiales en Europa y América, y él se vio obligado a viajar para supervisar el proceso. Por lo menos, dos veces al mes. Los viajes a América duran de una semana a diez días. Los viajes a Europa son más cortos, unas tres o cuatro noches como máximo.

He aquí lo que él hubiera objetado de haber tenido derecho de réplica en esta carta (estoy imaginando una presentación de PowerPoint. De pie a mi lado, leyendo un punto tras otro, introduciendo de vez en cuando anécdotas para sostener su argumentación):

1. ¿Yo, demagogo? Ella es la demagoga. Se centra solo en un aspecto de nuestra vida y lo exagera para esconder los demás. Entre otros:

- a. Cada mañana la telefono desde el atasco y no cuelgo hasta que la hago reír.
 - b. Soy el responsable de tener el vaso medio lleno de alegría en casa. Nimrod solo baila conmigo. Liri solo se permite ser menos Liri conmigo.
 - c. Sin mencionar que una vez al mes la acompaño a Abrabanel, el centro de salud mental, a visitar a su madre. Espero una hora sentado fuera en un banco, a veces dos horas, solo porque ella necesita que alguien la abrace cuando sale.
 - d. «¿Qué haría sin ti?», me dice siempre, de camino al coche.
2. No entiendo que pretende con ese asunto de los viajes. Yo no viajo por placer. Viajo por trabajo. No experimento ninguna emoción cuando llega un taxi y me lleva al aeropuerto. Y en el *duty free* intento comprar tantos regalos como puedo para ella y los niños antes del último aviso para embarcar.
 3. Sí, podría despedirme mañana mismo. Pero ¿cómo pagaríamos el curso de equitación de Liri, el curso de natación de Nimrod y el curso de autoconciencia de su madre?
 4. ¿Es culpa mía que esté frustrada? Habíamos acordado que, después del parto y del permiso de maternidad, no volvería al estudio Werbin y retomaría su trabajo de diseñadora gráfica como autónoma. Es lo que ella quería. Porque «Estoy harta de recibir órdenes de gente menos inteligente que yo». Y yo la animé. Porque veía que no era feliz. Volvía a no ser feliz. Y yo quería que lo fuera. Porque cuando amamos es así. Deseas que la persona a quien amas sea feliz. Pues ella no regresó al estudio después de la maternidad. Y olvidó llevar a cabo la segunda parte del trato. ¿No es raro que no pueda permitirme responder a los SMS de mis jefes –sí, incluso durante el parto– o negarme a viajar cuando me lo exigen? Quizás son menos inteligentes que yo, pero:
 - a. No estudié en Leida y no me hicieron creer que yo era el rey de la creación.
 - b. Me pagan un sueldo a final de mes. El sueldo con el que ella paga nuestra parte del generoso salario del guía de las excursiones familiares.
 5. Por cierto, es agradable oír cómo «los hombres no te quitan el ojo de encima» en esas excursiones. A mí no me extraña, tres costosos cursos en el mejor gimnasio, que has tenido mucho cuidado en no mencionar, hacen su efecto. Lástima que cuando lo hacemos, una vez cada mil años, ese cuerpo escultural esté apagado.
 6. No hay nada más ofensivo que una mujer que te hace un favor cuando se acuesta contigo.
 7. Sí que lo hay: una mujer que le cuenta a su mejor amiga que eres un mal padre.

Es curioso cómo a veces la comprensión viene de donde menos te lo esperas. Llevé a los niños a ese parque descuidado. Al que vamos solo cuando de veras las fuerzas no me dan para más. Un parque donde hay chuchos enterrados en el cajón de arena. Los columpios chirrían por el esfuerzo desmesurado. E incluso las lechuzas evitan posarse en él.

La hija de los vecinos de abajo, Ofri, estaba en el parque. Liri tiene dos años menos que ella, por eso no son muy amigas, aunque los niños inteligentes saben reconocerse entre ellos. Ambas se ponen contentas cuando coinciden por casualidad. La mamá de Ofri llevó a su hija pequeña a los juegos de los más pequeños; yo me quedé vigilando a las otras dos. De pronto, Ofri me preguntó: Mamá de Liri, ¿qué quiere decir «viuda»?

Ah..., viuda... es alguien que..., ah..., cuyo marido... ha muerto, balbuceé (oh, el miedo a herir sus tiernas almas).

Entonces ¿por qué mamá y papá te llaman «viuda»? siguió Ofri, ¡el papá de Liri no está muerto! No sé por qué me llaman así, dije. Mejor que se lo preguntes a ellos.

Esa noche encendí el Mac, después de meses sin tocarlo, y diseñé una esquela.

En el centro, con grandes letras, teclé nombre completo de Asaf.

Encima escribí:

Nuestro amado padre.

Y debajo:

Nos ha dejado por un mundo mejor (o se dirige hacia allá en viaje de negocios).

La semana de luto tendrá lugar en casa de la esposa.

Se ruega no llegar antes de las diez de la mañana.

Lo rodeé todo con una franja negra. Lo imprimí. Jugué un poco con los caracteres, para darle un aire más acabado, y lo imprimí de nuevo. Tenía intención de colgarlo en la puerta al día siguiente por la mañana, después de llevar a los niños al colegio, y dejar la puerta entreabierta, tal como se hace durante la semana de luto.

Lo habría hecho. Te lo juro. Era lo bastante infeliz como para hacerlo (hice cosas no menos absurdas este último año. Por ejemplo, conducir durante dos horas y media hasta el restaurante La casa al borde de la montaña, en el bosque de Biryá, beber un vaso de vino tinto frente al monte Hermón y regresar rápidamente para llegar a tiempo de recoger a los niños. Llamar a un programa radiofónico y contar una historia inventada de un padre que huye a América a los cinco años y que es el motivo por el que no ha sido capaz de construir relaciones afectivas duraderas. Discutir a media noche con una lechuza...).

Pero entonces llamaron a la puerta.

*

Una palabra sobre los secretos en la era moderna antes de que te cuente (gracias por tu paciencia) el mío:

No hay.

No hay secretos en la era moderna.

Todo está expuesto, fotografiado, documentado, compartido, todo filtrado, pasado, en Facebook, en TalkBack, todo está escrito en la pared, en la plaza, ya no hay nada misterioso, la privacidad ha muerto, su funeral se retransmitirá en vivo en la televisión.

Sin embargo, si cuentas a alguien lo que acabo de escribir, me vengaré exponiendo todos tus secretos (una pista: Sinaí, dos semanas antes de tu boda).

*

Al otro lado de la puerta estaba Eviatar. Llevaba en la mano una pequeña bolsa de deporte de color verde. Al principio no lo reconocí, hacía diez años que no lo veía.

Eviatar, dijo presentándose.

Asaf no está en casa, dije sin moverme.

Lo sé, dijo. Si no, no hubiera venido.

*

Nunca supe cuándo empezó el conflicto entre ellos. Tampoco tenía claros los motivos. No porque Asaf no hablara de ello. Sí que hablaba. Sin embargo, cada vez contaba una historia distinta. A

veces empezaba en la infancia, con su escasa diferencia de edad, solo dos años y medio. Eviatar no lo aceptaba como hermano mayor. Siempre preparaba sopa de lentejas para su padre y se metía en todos los asuntos de Asaf solo para demostrar que él podía hacerlo mejor. Con el judo. Con el ajedrez. Con las chicas.

Luego sucedió que, tras el divorcio de sus padres, cada uno de ellos tomó partido por un progenitor distinto. No comprendo cómo puede estar de parte de papá, decía entonces Asaf; está claro quién es el malo y quién la buena en esta historia. Lo recuerdo una noche de pie en la cocina gritando por teléfono: ¡Si no vienes al Séder de Pésaj en casa de mamá, hemos acabado, no hay más que hablar!

Sin embargo, en nuestra boda, Eviatar todavía estaba allí. Aún lo recuerdo bailando aparte con sus amigos. Recuerdo cómo Asaf me murmuraba: Vaya mierda, ¿quién le habrá dado permiso para invitarlos? Y le serví más tequila para que no montara una escena.

Cuando nació Liri, mandó un cheque con una tarjeta de felicitación que rezaba: Felicidades por el nacimiento de la niña. El cheque era generoso en extremo. Seis mil séqueles, creo. O quizás más. Asaf lo hizo pedazos y lo tiró al cubo de la basura.

La foto de Eviatar empezó a aparecer en los periódicos unos años después. El rostro demacrado, alargado. La nariz prominente. Los ojos, incluso en el blanco y negro del periódico, se veían de un verde encendido. Junto a la fotografía publicaban en titulares: «El príncipe de la burbuja», «El oráculo de Maoz Aviv», «El rey de los bienes raíces». ¿Quién es el imbécil que confía su dinero a mi hermano?, decía enojado Asaf. Sin embargo, leía el artículo de cabo a rabo. Incluidas las citas textuales de su hermano. Entonces musitaba, siempre dos veces: Increíble, increíble.

Necesito un refugio, dijo Eviatar.

¿Qué ha ocurrido?, pregunté.

Ya estaba dentro de casa, aún de pie. La bolsa de deporte en la mano derecha. Recorrió con la mirada el salón, como un aspersor, lentamente, de un lado a otro, para regresar rápidamente al punto de partida.

Estoy metido en problemas, Hani –me dijo–, estoy hasta el cuello...

Habla más bajo, lo interrumpí. Despertarás a los niños.

Lo siento, dijo. No era mi intención..., es decir, había olvidado..., es decir...

¿Un café? Lo liberaré de su angustia.

Guau, dijo.

Guau, ¿qué?

Cuánto hacía que no me ofrecían un café.

Pasa, le dije. Me pones nerviosa, así, de pie.

Quizás sea mejor que primero te diga...

Me gustará saber qué ha ocurrido, pero puedes contármelo sentado, ¿no?

(Me estoy describiendo algo más ingeniosa de cómo en realidad fui en ese momento, con la esperanza de que acojas con benevolencia esta licencia poética. Aunque es cierto que no me preocupé al principio. Me pasaron por la cabeza diversas razones que podrían haber impulsado a Eviatar a llamar a nuestra puerta. Pero ninguna de ellas era comparable con lo que estaba a punto de revelarme).

Necesito un lugar donde quedarme unos días, dijo después de sentarse a la mesa de la cocina.

La voz le temblaba un poco. Me buscan. Pero aquí no lo harán. Es el último lugar donde irían a buscarme, ¿entiendes?

No, respondí, empieza por el principio.

Disculpa, dijo. Parecía un niño al que han echado un rapapolvo (aunque pienso que el primer sentimiento que suscitó en mí fue el maternal. ¿Acaso ocurre siempre así con los hombres con los que luego deseamos acostarnos?).

Sabes que compro pisos como inversión para la gente, ¿no?

Sí, claro.

Tengo fama (aclaró, a pesar de que no se lo había pedido, como si llevara preparada de antemano la explicación) de saber identificar las tendencias... del mercado. Los clientes vienen a mí, me confían su dinero para que les compre un piso y lo revenda con ganancias y...

O sea, no van a vivir en ese piso.

En general, no. A veces lo alquilan. Sin embargo, la mayoría de la gente que acude a mí solo quiere especular. Comprar y vender. Saben que es mi especialidad.

Muy bien.

Mientras me concentré en Israel, todo fue sobre ruedas. Todo el mundo estaba contento. Luego mis clientes empezaron a proponerme que invirtiera en viviendas en el extranjero, me presionaron, por eso entré en algunos países de la Europa del Este y de Sudamérica. Y... me hundí con todas las de la ley.

Quieres decir que se hundieron tus clientes.

Sí. Pero el asunto era que... no podía, o sea, ellos no debían enterarse.

¿Qué quieres decir? ¿Por qué?

Porque si todos retiraban el dinero a la vez, no podría devolvérselo, ¿entiendes? En este campo, las ganancias provienen de la circulación del dinero.

Bien, pero ¿qué... qué hiciste? ¿Cómo hiciste para ocultarles la verdadera situación?

Confiaban en mí. Tenía una buena reputación..., creían en mí. Jugaba con los datos de los informes que les mandaba mientras esperaba que subieran los precios de los pisos. Entretanto, para tener un flujo de dinero en efectivo, acepté pequeños inversores, cosa que antes no hacía, todo tipo de gente con unos cientos de miles de dólares ahorrados que querían participar en el reparto del pastel...

(¿Me sigues, Neta? Te imagino con tu lisa frente fruncida, en tu salón de Middletown. O puede ser que, una vez que te has dado cuenta de adónde va a parar esta carta, hayas salido hacia uno de esos hermosos parques de vuestra universidad y estés sentada sola, entre el follaje, en un banco aún algo húmedo por la última lluvia caída, mirando a los lados de vez en cuando para comprobar que nadie se acerca).

Dime, ¿quieres comer algo?, interrumpí a Eviatar. Siempre ha sido delgado, pero ahora parecía un superviviente del Holocausto. Hay verduras para hacer una ensalada, dije; también puedo calentarte carne empanada. (Qué cómico. Cuando propongo opciones culinarias, aunque sean caseras, enseguida enderezo la espalda; es un vestigio de mi época de camarera en el Octopus).

No, gracias, dijo. Yo..., la verdad es que no tengo apetito.

Muy bien. Continúa. ¿Qué ocurrió entonces? Entiendo que empezaste a perder, y entiendo que proporcionaste informes falsos a los clientes, pero cómo...

¿No has oído hablar del mercado gris?

Claro, dije (aunque hace cinco años ya que estoy en casa y mi mente se confunde, me cuesta

distinguir entre la sombra de las montañas y las montañas, entre los ensueños y las quimeras, pero en definitiva, un mínimo de confianza...).

¿Entiendes?, no tenía opción, prosiguió Eviatar. Sonaba como si estuviera en el tribunal, defendiéndose a sí mismo. Tuve que pedir préstamos para que mis clientes siguieran creyendo que todo iba bien, y no podía recurrir a los bancos; por eso me dije: Solo es cuestión de tiempo. Solamente hasta que los precios en el extranjero vuelvan a subir, pero...

Siguieron bajando, completé la frase. Con un tono más de sabionda de lo que pretendía.

Sí, y ahora me buscan, dijo cruzando los brazos detrás de la cabeza, un gesto habitual de los dos hermanos, que han heredado de su padre. Es un gesto típicamente masculino, de seguridad. Los codos abiertos en un ademán de orgullosa satisfacción casi presuntuosa. Sin embargo, en ese momento, Eviatar los tenía hacia delante, casi tocándose. Como queriendo protegerse la cabeza.

¿Quién te está buscando?

Todo el mundo. Los mafiosos del mercado gris. Los clientes. También la Policía entrará pronto en escena. Ya llevo tres días huyendo. Durmiendo por los descampados. ¿Sabes?, es importante que te hagas una imagen completa de la situación. Que sepas lo que significa acogerme en tu casa. El conflicto entre Asaf y yo es un secreto a voces, por eso dudo que vengán buscarme aquí. Pero quiero jugar limpio contigo, al cien por cien.

¿Cuánto tiempo piensas quedarte?, pregunté. (Seguro que ahora te tirarás de los pelos gritando: Pero ¿estás loca o qué? Espera un poco, Neta, porque dentro en un instante tu grito estará más justificado).

Unas cuarenta horas como máximo, respondió. Un antiguo compañero del Ejército está buscando un yate que me llevará a Chipre pasado mañana por la noche. De ahí, con un par de vuelos ya concertados, llegaré a Venezuela. Me haré una operación de cirugía plástica. Y comenzaré una nueva vida.

Guardé silencio.

Llamé a Asaf, dijo. Me colgó el teléfono sin dejarme explicárselo. Pero no tengo otro lugar adonde ir.

Guardé silencio.

Pagaré mis deudas, dijo. A todo el mundo. Solo necesito un poco de tiempo.

Le temblaba el labio inferior. La mandíbula entera le temblaba. Temí que cayera de rodillas ante mí.

Puedes quedarte como máximo hasta mañana por la mañana, dije. No voy echarte a la calle ahora, pero mañana por la mañana tendrás que buscarte otro arreglo.

*

OK, Neta, ahora puedes echarme el rapapolvo.

*

Sí, soy de efectos retardados. Lo soy. Siempre lo he sido. En las excursiones anuales de la escuela siempre me quedaba atrás. En clase de Matemáticas seguía con retraso el programa. Fui la última en perder la virginidad (sé que tu primera vez fue horrible pero, aunque sea horrible, la primera vez cuenta), la última que habló en el funeral de Nomi (el obituario que llevaba escrito era

demasiado cómico y solo durante el funeral me di cuenta de que no era apropiado en absoluto, así que tuve que arreglarlo mentalmente antes de leerlo).

*

Pero estoy evitando la pregunta –soy consciente de ello– y la pregunta es: ¿por qué? ¿Por qué dejé que se quedara cuando en la lista de pros y contras que la madre de Nomi nos aconsejó que escribiéramos cada vez que tuviésemos un dilema, ganaban los contras?

Estoy convencida de que el noventa y nueve por ciento de las mujeres en una situación parecida habrían puesto a Eviatar de patitas en la calle, aunque solo fuera por un sencillo y obvio instinto de protección de los niños. Entonces, ¿por qué yo en concreto pertenezco al uno por ciento? A fin de cuentas, si alguien toca la punta de un pelo a Liri o a Nimrod, salto como una tigresa. Cuando Liri estaba en primero de primaria, había un tal Itamar que la molestaba en el patio, así que fui a la escuela hacia las diez, le dije al bedel que Liri había olvidado el desayuno para que me dejara pasar, fui directa al Itamar ese y le dije que si volvía a molestar a Liri, lo haría picadillo (es lo que me salió, *picadillo*).

Entonces ¿qué fue lo que ocurrió?

La verdad es que no lo sé, Neta.

A veces, todo en mi interior me ordena a gritos: ¡Haz lo incorrecto! ¡Haz lo incorrecto!

¿Entiendes?

¿No del todo?

No pasa nada si no lo entiendes. Ni yo misma lo entiendo. Ni la lechuza lo hace.

No pasa nada si decides dejar de leer esta carta a la mitad. Te estoy convirtiendo, aun en contra de mi voluntad, en cómplice del delito, la Margalit Har-Shefi de Middletown. Por mí, ya puedes tirar todas estas hojas al contenedor azul del papel reciclado en cualquier momento. Si no recuerdo mal, hay uno no muy lejos, en vuestro parque.

Sin embargo, yo debo seguir escribiendo. Sencillamente, no puedo contenerme.

*

Le propuse que tomara una ducha. Se negó. Le dije con delicadeza: Oye, Eviatar, por el bien de la humanidad será mejor que te duches. Sonrió tristemente y dijo: Pero no tengo ninguna muda.

Le llevé ropa de deporte de Asaf (en la lista de pequeños ejemplos olvidé mencionar que Asaf, los sábados por la mañana no está en casa porque se entrena para el triatlón, tiene que descargar adrenalina, ¿sabes?, si no, se agobia).

Extendí una sábana en el sofá del salón y coloqué encima una manta ligera. Cogí la almohada del lado de la cama de Asaf y la llevé allí.

Salió de la ducha. Con la ropa de Asaf, que le estaba unas tallas grande, parecía un espantapájaros, un espantapájaros goteando. Con las piernas morenas y delgadas. Casi unos palillos. Como mujer habría sido atractivo. Pero es un hombre. Peludo desde el tobillo a la rodilla. Una fea maraña de pelos, de la que seguían cayendo gotas de agua.

Gracias, dijo señalando con la cabeza el lecho improvisado; hace setenta y dos horas que no pego ojo.

Es lógico.

No estoy seguro de poder conciliar el sueño incluso aquí.

Puedes ver la televisión, pero sin sonido, ¿OK?

Le alargué el mando a distancia. Dudó unos instantes.

Tómalo, insistí, no hay nada mejor que los problemas ajenos.

Eres un ángel, Hani. De pronto me miró fijamente con sus ojos verdes. Asaf es afortunado de tenerte.

No soy un ángel ni nada parecido, dije. Y te recuerdo que mañana por la mañana...

No estaré aquí, dijo. No lo he olvidado.

No sabía si sería capaz de dormir. Después de todo, tenía a un fugitivo en el salón. Pero me dormí de inmediato, espléndidamente y soñé con el monte Verde. Tú también salías en el sueño, creo. Estábamos en casa de Andy y Sara, dentro llovía a cántaros mientras afuera, en el patio, el fuego de la chimenea se alzaba entre las hamacas. Era extraño, pero en el sueño lo consideraba como una de las numerosas sorpresas que nos deparaba el viaje.

*

Cuando me desperté, Liri y Nimrod estaban sentados en la cocina comiendo cereales. Iban perfectamente vestidos, aunque no recordaba haberles dejado la ropa preparada en la cama, como tengo por costumbre. ¡Mamá, tío Eviatar está aquí!, anunció Liri. Entonces lo vi. Estaba de espaldas a mí, preparando algo. Transcurridos unos instantes, se dio la vuelta, tenía en las manos tres recipientes de plástico cerrados y dijo alegremente: ¡Los bocadillos están a punto! De queso para Liri. De atún para Andrea, ¿verdad? Y de salchichón para Nimrod. Hani, espero haber hecho bien –dijo dirigiéndose a mí–, queríamos dejarte dormir un poco más.

Pero..., ¿cómo... qué...?

Me ha despertado esta princesita –dijo señalando a Liri–, y me preguntó quién era. Le dije que era el hermano de su padre. Me preguntó por qué nunca había oído hablar de mí. Así que le he contado que su padre y yo estamos enfadados. Tuvimos una gran pelea y por eso no os he visitado antes.

Le dije que Andrea y yo siempre nos peleamos, mamá –interrumpió Liri–, aunque al final siempre hacemos las paces, y que él debe hacer las paces con papá.

Entonces le prometí que lo haría a la primera oportunidad, prosiguió Eviatar. A continuación, me pidió si podía ayudarla a «organizar la mañana». Y me dijo lo que había que hacer.

¡Yo me he atado los zapatos solo!, dijo Nimrod.

Sí, mamá, lo ha hecho de verdad, aseguró Liri.

¡Te felicito, cariño!, dije realmente emocionada. Hacía una semana que lo intentaba sin conseguirlo.

Mira nuestras carteras, Liri se acercó a Eviatar. Llevo el bocadillo de Andrea en mi cartera. A ella le gusta así.

Me sentía incómoda, ahí delante de todos con mi ropa de dormir. Por la mañana me suele dar bastante pereza cambiarme y llevo a los niños a la escuela o a la guardería con una sudadera demasiado ancha y unas mallas arrugadas. Fui a mi habitación, me desvestí rápidamente, me puse unos tejanos y una camiseta negra, y me miré en el espejo. Entonces me cambié la camiseta negra por una roja que tenía en el armario hacía tiempo. Me calcé unos zapatos de tacón, bajo. Y fui de nuevo al salón.

¿Nos vamos?, pregunté para que nadie tuviera tiempo de comentar mi aspecto (Liri es capaz de

soltar, como si nada, algo así como: «¡Mamá, qué elegante vas hoy!»).

No hace falta, pasará la mamá de Yilai a buscarnos a las ocho menos cuarto, me advirtió mi hija.

Liri ha propuesto que en vez de despertarte la telefoneáramos, añadió Eviatar. Por lo que he podido entender, a veces os ayudáis mutuamente llevando y trayendo a los niños a la escuela.

Sí, admití, nuestros hijos van al mismo colegio.

La mamá de Yilai (lo siento, nunca recuerdo cómo se llama. Su nombre en el móvil es Yilaimamá y cada vez que hablamos doy mil vueltas para no tener que pronunciar su nombre) llamó y dijo que ya habían salido de su casa. Cerré las carteras y nos dispusimos a bajar las escaleras para ir al aparcamiento cuando Eviatar los llamó: Un momento, ¿qué hay del abrazo al tío? Y mis hijos fueron hacia él y le dieron un beso, cada uno en una mejilla (entonces aún no me había dado cuenta de que Nimrod se le parecía un poco, fue más tarde), y él los abrazó como si fuera un tío ya viejo. Andrea también quiere abrazarte, dijo Liri. Y Eviatar le siguió el juego: extendió los brazos como queriendo abrazar a otro niño y dijo: Que pases un buen día, Andrea.

*

Cuando regresé del aparcamiento, él ya estaba listo en la entrada, con la bolsa de deporte en la mano. ¿Adónde irás ahora?, le pregunté. No lo sé, respondió él.

*

¿A cuántas personas desesperadas nos hemos encontrado ya, Neta? La gente oculta tan bien su desesperación que no la notamos en absoluto. Pero la desesperación de Eviatar estaba al descubierto. Se le veía en las cejas, en sus hombros caídos, en la mano abierta golpeando el muslo a ritmo lento y constante.

Por lo menos, desayuna antes.

Dejó la bolsa de deporte en el suelo.

*

El desayuno duró hasta el mediodía. Y, sorprendentemente, hablamos sobre todo de mí. Cada vez que intentaba encauzar la conversación hacia la situación en que se encontraba, decía: Déjalo, cuanto menos sepas, mejor. Me recosté en el respaldo de la silla y de vez en cuando pinchaba con el tenedor un resto de ensalada del plato. Él se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza entre las manos, cada mano envolviendo una mejilla. Por las rendijas de entre los dedos, asomaban pelos blancos. Pensé: Qué sorprendente, el hermano menor no debería ser el primero en encanecer.

Me hizo mil preguntas. Preguntas profundas. Hacía muchísimo que nadie se interesaba así por mí, Neta. De un modo tan evidente. Primero murió Nomi, después te fuiste tú y no me quedó nadie para sincerarme. ¿Sabes?, a veces me paso mañanas enteras manteniendo conversaciones en mi cabeza con vosotras dos, hago el papel de Nomi, hago tu papel, estoy tan inmersa en ello que me olvido por completo de mí y de todo. No hace mucho, escuché a Paul Auster en una entrevista contar cómo los personajes de sus libros hablan y discuten con él cuando escribe, se le rebelan. Me tranquilizó saber que no soy la única que tiene visiones.

Él (Eviatar, no Paul) me preguntó: ¿Qué haces por las mañanas después de dejar a los niños en

la escuela? ¿No te vuelve loca quedarte sola en casa?

Y me preguntó: ¿Cómo está tu madre?

Y me preguntó: Esta historia de Liri con Andrea..., ¿no es demasiado mayor para tener una amiga imaginaria?

Hubo muchas preguntas más, precisas hasta llegar a doler. Mientras hablaba, no me quitaba los ojos de encima. Ni miraba el móvil cada dos por tres, como hace Asaf. Ni se quedaba con la cabeza quieta, de una forma que sugiere que piensa en alguna otra cosa. Me parecía muy raro que, con todo lo que tenía encima, se interesara por mí, como si un condenado a la silla eléctrica se interesara por la previsión meteorológica de la mañana siguiente, y de pronto —estaba a punto de contarle lo de la lechuga— eran las doce y media, y me sobresalté porque no había preparado la comida y enseguida tendría que salir a buscar a los niños, entonces dijo: puedo hacer la carne empanada y también preparar un puré. ¿Les gusta el puré? Sí, dije. Seguía sentada en la silla. Debía levantarme. Pero quería retener un poco más su mirada curiosa sobre mí. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que alguien ha deseado conocerme así? ¿Macedonia de postre?, preguntó. Me levanté y le respondí: Sí, me acercaré a la frutería y traeré naranjas, la macedonia queda demasiado seca sin naranjas. Muy bien, dijo. Y así fue como se quedó.

*

¿Sigues sentada en el banco de Middletown? ¿O ya te has levantado, has ido a clase y has dejado para más tarde la lectura de la carta?

¿Sabes? De todos nuestros encuentros, esta es la experiencia que me ha quedado grabada con más fuerza.

Tu clase, quiero decir. Recuerdo el aula. Los carteles enmarcados de películas israelíes de todas las épocas (justo enfrente de mí estaba el de *Clara Hakedosha*). Recuerdo a algún alumno en especial (la chica a la derecha con un escote exagerado y el doble de Jonathan Safran Foer a la izquierda), y te recuerdo a ti. Estaba tan orgullosa de ti, Neta, que olvidé envidiarte. No por la fabulosa clase que diste (y fue de veras fabulosa. Había visto las películas que pusiste como ejemplos y, sin embargo, nunca había reflexionado sobre ellas en el contexto del género sobre el cual nos ilustraste). Sino por tu ética pedagógica.

¿Me explico? (¿Recuerdas a Rivka Gover, la coordinadora de la clase con su «¿Me explico?»?).

En el transcurso de la clase quedó claro que estabas allí no solo para hablar, como la mayoría de profesores, sino también para atender. Te interesaba realmente escuchar el punto de vista de los alumnos. Lo mejor fue ver a esos americanos emergiendo poco a poco de su acné juvenil y de su supuesta apatía para empezar a expresar su opinión, su alma, de hecho. A esa edad, la relación entre estas dos cosas es tan evidente que hasta una invitada ocasional como yo podía darse cuenta de ello. Tú también debiste darte cuenta, estoy segura, sin embargo, no querías revelar la relación íntima, exponerlo, como hubiera hecho yo, sino que seguías incorporando lo que ellos decían de un modo tan elegante (¡elegante, sí!, es la palabra que estaba buscando desde el inicio del párrafo) que hubo momentos en los que me pareció que asistía una clase de danza. Una danza del pensamiento, de la que tú eras la coreógrafa. Y cómo les hiciste escuchar fragmentos de bandas originales y les explicaste su significado. Y al final atendiste pacientemente a todos los que se acercaron a ti. Incluyendo a la pesada de turno (siempre hay una en cada clase), que quería que repitieras la explicación.

Todas tus maravillosas cualidades estaban allí, en esa clase. El carisma, la agudeza de juicio, el humor sutil y el sentido del tiempo...

Y además, la calma interior. La calma de alguien que ha encontrado su lugar en la vida.

*

De repente me doy cuenta de lo transparente que es mi maniobra: ablandarte a fuerza de elogios para que te sea más difícil criticarme cuando leas lo que sigue.

De todas formas, mis elogios son sinceros, tan sinceros como manipuladores, Neta. Porque al final de la clase pensé que si no fueras amiga mía, me encantaría que lo fueras.

Después de comer, estaba ayudando a Liri con los deberes. Yo no se lo había pedido. Fue cosa suya. La niña dijo: Andrea necesita ayuda en Aritmética, mamá. Y él percibió, sin mediar palabra, la contracción de mi mejilla al oír la palabra «aritmética» y dijo: yo la ayudo, Liri. Fueron a la habitación de Liri. No oí de qué hablaban. Solo oía el tono de voz de él. Fue suficiente para comprender por qué sus clientes le habían confiado todos sus ahorros (lo sé, Neta, sé que esa gente se ha quedado sin nada, pero ¿por un instante podemos dejar en suspenso el juicio moral sobre su comportamiento? Volveremos a eso más tarde. Prometido). Después *practicó el tiro a canasta* con Nimrod: cogió un cesto de la colada, una pelota de tenis raída que había rodado bajo la cama de Nimrod y tejió una trama completa en la que Nimrod era la estrella que con su tiro preciso ayudaba al equipo de los buenos a vencer al equipo de los malos. Estuvieron así hora y media, que aproveché para organizar los campamentos del verano. A continuación, lo duchó. Tienes que saber que duchar a Nimrod suele ser una pesadilla. Chilla cuando le echas el champú, aun antes de que le llegue a los ojos. Odia meterse en la bañera. Después odia salir de ella. Entremedias, me salpica y deja el andrajo que llevo puesto todavía más andrajoso. Por eso me sorprendió que el baño estuviera tan en silencio. Solo un leve chapoteo.

(Después, antes de irse a dormir, Nimrod me contó que el tío Eviatar le había construido un barco de papel y lo habían hecho navegar juntos hasta «Chipri»).

Cuando salieron de la ducha, Eviatar llevaba en brazos a Nimrod, goteando, envuelto en una toalla y me preguntó: Dime, ¿dónde está el pijama? De pronto me di cuenta de su parecido. La nariz prominente, las orejas un poco de soplillo, los ojos, el color de los ojos, la mirada en la superficie de los ojos, la mirada en lo profundo de los ojos...

¿Entiendes? Liri y mi madre son como dos gotas de agua. Y Nimrod no se parece a Asaf. Cuando a veces trataba de explicarme su desapego con ellos, se me pasó este pensamiento por la cabeza: quizás si alguno de los dos se le pareciera mucho, sería distinto. En ese instante, me asaltó un nuevo pensamiento: acaso se ha percatado del parecido de Nimrod con Eviatar. Y eso lo desanima.

De tanto darle vueltas, olvidé que aún estaban allí los dos, delante de mí, y se había formado un charco a sus pies.

El pijama está debajo la almohada, le dije.

*

Les contó un cuento antes de dormir.

Es decir, les preguntó qué libro querían que les leyera y empezaron a pelearse como de

costumbre, pero antes de que la discusión terminara en insultos y lloros propuso: ¿Qué os parece si os cuento un cuento? La idea les sorprendió tanto que dejaron de pelearse y se quedaron en silencio, esperando.

Yo también guardé silencio. Apoyé la espalda en la pared de la habitación y agucé el oído.

Se prendió fuego en un bosque, dijo.

A Andrea no le gustan los cuentos de miedo, dijo Liri.

Dile que no se preocupe, dijo Eviatar. Termina bien.

¿Lo prometes?

Lo prometo.

Entonces, de acuerdo.

Todos los animales del bosque se apresuraron a cruzar el río que atravesaba el bosque para que sus aguas los protegieran del fuego. Solo el escorpión se quedó a la orilla del río, rascándose la cabeza con una pinza, sin meterse en él. ¿Tenéis idea de... por qué no quería meterse?

¡Porque es alérgico al agua!, propuso Nimrod (que es alérgico al chocolate, al yogur, a las picaduras de avispa y a la primavera).

Exacto, dijo Eviatar. El escorpión vive en tierra seca. Su cuerpo no está adaptado al agua. Pero le sonrió la suerte porque ¿quién pasaba por allí? La tortuga. Hola, tortuga, le dijo el escorpión, ¿tendrías a bien pasarme al otro lado del río? De ningún modo, dijo la tortuga. Me picarías. ¿Qué dices?, respondió el escorpión, si te picara, nos ahogaríamos los dos. Pero tú eres un escorpión, hijo de escorpiones, y al final acabarías picándome, dijo la tortuga. Te juro que no te voy a picar, tortuga, hija de tortugas, dijo el escorpión. ¡Júralo!, lo obligó la tortuga.

¡Que lo jure por el Santo, bendito sea su nombre!, propuso Nimrod (la ayudante de su maestra es religiosa y habla así).

Te juro que no te picaré, juró el escorpión. Y la tortuga le permitió subir a su espalda. El fuego que se había propagado entre los árboles del bosque se acercaba con rapidez, así que se apresuraron –tanto como puede hacerlo una tortuga– y se metieron en el río. La tortuga nadaba hacia la otra orilla opuesta y el escorpión estaba inmóvil sobre el caparazón para que de ningún modo el agua le tocara las pinzas.

Este cuento da miedo, dijo Liri. Le has prometido a Andrea que no sería un cuento de miedo.

Te cojo de la mano, ¿de acuerdo?

Bueno.

Cuando llegaron a mitad del camino –siguió Eviatar con la voz algo más risueña–, el escorpión notó una especie de cosquillas por todo el cuerpo. Conocía ese cosquilleo. Era el cosquilleo que lo impulsaba a picar. Sí, de repente sintió un deseo tremendo de picar a la tortuga. Incluso más, sentía que debía picar a la tortuga. De otro modo, no sería un escorpión.

(Llegados a este punto, casi entré en la habitación. Me molestaba que rompiera la promesa que le había hecho a Liri, el final era terrible y Liri no siempre sabe distinguir entre la realidad y la ficción; podría imaginarse que había escorpiones rondando por la habitación).

Pero entonces –Eviatar elevó la voz, como en mi honor, como si supiera que estaba escuchando a través de la pared– se les acercó, sin que se dieran cuenta, un cocodrilo enorme de buen corazón.

¿Cómo es posible que no se dieran cuenta de que se acercaba un cocodrilo? –protestó Nimrod–, ¡era enorme!

¡Bue-na-pre-gun-ta! –Eviatar silabeó para ganar tiempo y responder adecuadamente a la objeción del niño–. Pues..., en primer lugar... los cocodrilos son enormes, pero saben acercarse a

la chita callando. Además..., la tortuga y el escorpión estaban tan concentrados en comportarse como debían que no tuvieron en cuenta que podía aparecer de pronto un cocodrilo gigantesco de buen corazón que se comportase como se comportan los cocodrilos inmensos de buen corazón. Y eso es exactamente lo que ocurrió. Se acercó a ellos..., a la chita callando, bajo el agua, abrió su gigantesca boca y... ¡se los tragó a los dos!

¡Dios nos guarde!, exclamó Nimrod.

De pronto –prosiguió Eviatar– estaban en su boca. Y tenéis que saber que dentro de la boca de un cocodrilo reina una completa oscuridad. Ni un rayo de luz logra penetrar en ella. ¿Y qué puede hacer un escorpión en un lugar tan oscuro?

Liri y Nimrod no respondieron. ¿Qué hacéis cuando mamá os apaga la luz y os da las buenas noches?

Nos incordiamos un rato.

¿Y después?

Nos dormimos, dijo Liri.

¡Exacto!, dijo Eviatar. El escorpión se quedó dormido y roncaba por la cola, sobre el caparazón de la tortuga, en lugar de picarla.

¡Entonces, el cocodrilo se los tragó a los dos! Nimrod seguía estando preocupado.

Pues no. La intención del cocodrilo de buen corazón no era comérselos. No los encontraba apetitosos. Con el ojo que tiene siempre abierto por encima del agua, había visto lo que iba a suceder. Vio que el escorpión estaba a punto de picar a la tortuga y que así se hubieran ahogado los dos y pensó que lo único que podía hacer para salvarlos de sí mismos era acercarse por un lado y... hacer algo por sorpresa. Por eso, inmediatamente después de haberlos engullido, trepó a la otra orilla y los escupió de golpe fuera de su boca. Al rodar por el suelo, se separaron. La tortuga siguió lentamente en una dirección, el escorpión, que tardó un poco más en despertarse, fue rápidamente por otro camino, y los tres, el escorpión, la tortuga y el cocodrilo, se salvaron del fuego, que no logró atravesar el río porque el fuego, que le vamos a hacer, solo puede comportarse como fuego y no puede atravesar el agua. Colorín colorado...

¡Este cuento se ha acabado! ¡Otro cuento!, pidió Liri.

Ya es tarde, dijo Eviatar.

Pues entonces di otra vez «A la chita callando», suplicó Nimrod. Por favor.

A-la-chita-callando, dijo Eviatar, de un modo tan callandito que no solo Nimrod y Liri se retorcieron de risa, sino que yo también me moría de risa en silencio al otro lado de la pared.

Bueno, guapísimos, dijo, ahora apagaré la luz y vosotros podréis hacer lo que se hace en la oscuridad...

¡Nos incordiamos un rato! ¡Y después nos dormiremos!, dijo Nimrod con una voz muy despierta.

¿Puedes llamar a mamá para que nos desee dulces sueños?, pidió Liri. (Siempre antes de dormir les recito: Sueños de oro, sueños de plata, dulces sueños, y añadido un beso).

Sí, claro, respondió Eviatar. Voy a llamarla.

Cuando yo entraba en la habitación y él salía, nuestros hombros se rozaron. Suena excitante pero la verdad es que está tan sumamente delgado que el hueso que le sobresale en el hombro me pinchó.

Por lo demás, los niños estaban cariñosos como siempre. Esos son los momentos que más me gustan de la jornada, ¿sabes? Me acuesto al lado de cada uno. Primero me arrimo a Nimrod bajo la manta, luego a Liri. Nos acariciamos, nos damos besos, charlamos. A Nimrod le gusta que le

rasquen entre los omoplatos. A Liri, que le acaricien el pelo. A ambos les encanta que les frote la nariz en el cuello.

En mis pocos momentos de calma, pienso que si de algo me siento orgullosa como madre es de haber enseñado a mis hijos que el amor se transmite sobre todo por el contacto físico. Los veo cuando se despiden de otros niños. Son siempre ellos los que inician el abrazo. A veces es cómico, el otro niño no entiende lo que ocurre y se queda con los brazos colgando pero, a mí, se me llena de felicidad el corazón. ¿Por qué? Porque por lo menos en este punto he logrado romper la cadena: mi abuela no abrazaba a mi madre, mi madre no me abrazaba. En cambio, yo abrazo a Liri. Y, así, ella abrazará a su hija.

*

Justo antes de dormirse, Liri me preguntó si Andrea podría quedarse a dormir con nosotros. Le da miedo irse a su casa en la oscuridad, me explicó, porque en la calle a esa hora hay muchos escorpiones.

No hay problema, le dije.

¿Avisarás a su mamá?, me pidió Liri, tan responsable como siempre. Como una buena primogénita. Igual que yo.

Claro, le aseguré.

Nimrod no dijo nada, a pesar de que, por su respiración, sabía que estaba completamente despierto. Es así. Puede quitarle cosas a su hermana mayor, pintarle el cuaderno con rotuladores, tirarle del pelo, repetir cada frase que dice para sacarla de sus casillas...

Pero nunca se burla de ella por Andrea. Solo alguna vez, cuando ella no está por allí, se me acerca para confirmar en voz baja: Andrea no existe, ¿verdad? Solo lo imagina Liri, ¿verdad?

*

Cuando hacía media hora que los niños dormían, sonó el timbre de la puerta. Eviatar estaba enjuagando los platos para meterlos en el lavavajillas. Me levanté a abrir, como si fuera lo más natural del mundo. Pero él se interpuso entre la puerta y yo, con un dedo en los labios en señal de silencio. A continuación, se acercó a la mirilla. Después cogió una hoja de papel y escribió: «Son ellos. Diles que estás buscando la llave». Así lo hice. Escenifiqué ruidos de búsqueda. Mientras tanto, abrió la puerta corredera y se subió a la barandilla de la terraza. Le hice señas para que esperase un instante y escribí en una hoja: «Los vecinos de enfrente están en el extranjero. Salta a su terraza y escóndete en la casita del niño». Fui a abrir la puerta. Quité la cadenita a propósito para mostrar la confianza de quien no tiene nada que ocultar y dije alegremente: Buenas noches. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? (Lo hice realmente bien). Los matones del mercado gris eran bajos pero algo en su peinado denotaba violencia. Uno de ellos llevaba una camiseta blanca ceñida y tenía la mandíbula cuadrada. El segundo vestía una camisa negra y tenía el mentón puntiagudo. Buscamos a Eviatar Gat, dijo el del mentón puntiagudo. Me temo que hay un malentendido, dije. Esta es la casa de Asaf Gat. Lo sabemos, señora, dijo. Y ambos empezaron a dar vueltas por la casa, a abrir puertas. Disculpen, ¿qué están haciendo?, me rebelé. Fui tras ellos. Quise cortarles el paso. ¡Hay niños! No pueden entrar así en...

Pasaron de mí (solo después comprendí lo amenazadora que era esa actitud) y siguieron buscando a Eviatar. Bajo los sillones, en el altillo. Abrieron los armarios de la cocina,

escudriñaron entre los vestidos del armario ropero y vaciaron el cesto de la ropa sucia por el suelo. No es que no me opusiera, los amenacé con llamar a la Policía y los fotografié con el móvil. Pero sencillamente, les importaba un rábano.

Nimrod y Liri siguieron durmiendo todo el rato. Incluso cuando encendieron la luz de su habitación (en eso, gracias a Dios, se parecen a Asaf: nada los despierta). Pensé que si alguno de esos matones llegaba a tocar a mis hijos, llevaría a la práctica lo que había aprendido en el curso de defensa personal; estaba lista para asestar una patada en los huevos al de la camiseta blanca, pero acabaron enseguida con la habitación de los niños. Como si ellos tampoco se sintieran cómodos allí.

Al final abrieron la puerta corredera y salieron a la terraza. Cuando se describen momentos así, se dice: «Se me cortó la respiración». No se me cortó, pero el dedo gordo del pie se me montó sobre el contiguo, como me sucede siempre que estoy tensa.

Estuvieron en la terraza unos segundos y luego regresaron al salón. El de la camiseta blanca dijo: Disculpe el jaleo (de verdad dijo «disculpe»). Parece que estábamos mal informados. El de la camisa negra dirigió hacia mí la punta del mentón y dijo: Le aconsejamos, señora, que si Eviatar Gat aparece por casualidad por aquí, no le permita entrar. Solo le traería problemas. Tiene usted hijos, ¿verdad?

Dejadlo todo en orden, les dije.

¿Qué? Me miraron asombrados.

Me habéis puesto la casa patas arriba. Ordenadlo todo, insistí.

*

No lo ordenaron. La verdad es que no les dije que lo hicieran. Pero ¿a que habría sido genial que lo hubiera dicho? Mientras te escribo, siento la necesidad de contarte lo que pudo haber sucedido en lugar de lo que realmente ocurrió. De momento me contengo, pero estás avisada. No sé cuánto tiempo podré resistir.

*

Esto es lo que acordamos en el diálogo *interterráctico* que mantuvimos Eviatar y yo en cuanto se hubieron ido los tipos del mercado gris (la lechuza lo contemplaba todo desde la rama de un árbol sin decir nada, aunque quedaba claro que no estaba conforme): de ningún modo podía quedarse con nosotros. Demasiado peligroso. Abriría el piso de los vecinos con la llave que me dejaron antes de irse de viaje y dejaría que se escondiera allí hasta que el yate para Chipre estuviera preparado. A menos que uno de los tipos rondara por el barrio. En ese caso, debería irse.

Claro, respondió.

Te aviso de antemano, dije, el piso de los vecinos es un poco extraño.

Bueno, no estoy en situación de hacerle ascos, dijo. (Te lo pregunto como la experta cinéfila: ¿crees de veras que las personas que mantienen el sentido del humor en situaciones extremas son sexis o estamos condicionados porque todos los protagonistas de las películas de acción se comportan así?).

La vecina de arriba, la jueza retirada, recorrió la mirilla. No del todo, pero sin duda la había recorrido. Lo que me faltaba, me estremecí; que una representante del imperio de la ley (retirada,

pero seguro que aún tiene contactos) se dé cuenta de lo que ocurre debajo de sus narices. Le hice señas a Eviatar para que esperara y corrí a abrir la puerta de los vecinos de enfrente.

*

El piso de los vecinos de enfrente está repleto de relojes de pared.

Cuando digo «repleto», quiero decir lleno a reventar. Los tienen en el salón. En cada una de las habitaciones. También en el pasillo. De hecho, no hay un lugar en la casa que no haya sido ocupado por un reloj con su tictac. Colgados uno junto a otro, solo separados por un pequeño espacio.

Empezó como una colección del padre. La madre –habla de ello como si se tratara de un mueble de IKEA, como si fuera algo normal– me contó que los trajo de su primer apartamento y desde entonces cada año aumenta su colección con alguna pieza.

No estoy segura de poder hacerte entender esta locura. Apenas tienen una foto en las paredes. Solo relojes y más relojes. Relojes esféricos y relojes elípticos, relojes con números romanos y relojes sin números, relojes de cuco y de péndulo, relojes que marcan la hora aquí y relojes que marcan la hora allá. Todos con su tictac sin pausa, en cada punto de la casa, cada segundo. Tictac. Tic-tic-tac. Ellos deben de estar acostumbrados, pero a mí, cada vez que voy a su casa, me da un tic nervioso en los párpados.

Esta familia tiene cuatro hijos. La mayor, de dieciocho años. El pequeño, de seis.

Me pregunto cómo debe de ser crecer con una conciencia tan clara del paso del tiempo.

Lo más cómico es que son una familia tranquila. Sólida. ¿Te lo puedes imaginar? Aparte de ese delirio de los relojes, son terriblemente decentes. Banales hasta decir basta.

También van de vacaciones cada año al mismo sitio. A Creta. Y solo exactamente diez días. Me dejan la llave para que entre cada dos días a ventilar la casa. Los relojes necesitan respirar, me dijo el padre una vez (te juro que lo dijo tal cual).

Por regla general, cuando voy a ventilar, doy una vuelta para ver qué hay de nuevo en las paredes de las habitaciones interiores de la casa, las menos expuestas a los visitantes. A veces encuentro una relación entre los relojes y el proceso de la vida: en el dormitorio del adolescente apareció un reloj cuyas manecillas eran dos piernas femeninas. A veces la relación es más rebuscada: ¿qué querrá decir que en el dormitorio de la hija, a punto de ir al servicio militar, todos los relojes tengan el mecanismo a la vista?

Sin embargo, esta vez no me dio tiempo para revisar los relojes. Ni encendí la luz.

Le dije a Eviatar: No le abras la puerta a nadie. Para nada. Mañana a mediodía te traeré algo de comida. Daré tres golpes a la puerta, una pausa y dos golpes más.

Gracias, dijo. Siento mucho todo lo...

Le tembló de nuevo el labio inferior.

Lo sentirás mañana al mediodía, lo interrumpí.

Por la noche he soñado que ambas, tú y yo, paseábamos por la calle principal de Granada. Los dueños de las tiendas nos devoraban con los ojos al pasar frente a ellos. Yo notaba que me miraban más a mí que a ti y me gustaba, pero entonces Rami Lider, mi comandante en el Ejército, apareció ante nosotras y nos dijo que debíamos abandonar la ciudad, cuanto antes mejor, porque a la mañana siguiente estallaría una guerra civil. Intenté razonar con él, le dije que hacía años que allí no se disparaba un tiro, pero estaba muy decidido y seguro de sus fuentes y nos llevó a la

estación central de autobuses. Solo cuando el autobús arrancó, me di cuenta de que había olvidado en el albergue mi suéter de la suerte, el de cuadros, el que había comprado en el Mercado de los Ladrones. Para mí era casi de primera necesidad así que me levanté para bajarme, pero entonces tu rostro, Neta, de pronto se tornó blanco como el de la lechuga y me sujetaste fuertemente en el asiento, argumentando que era demasiado tarde para volver atrás y que no tenía de qué preocuparme, que Andrea ya se encargaría de recuperar mi suéter.

A las siete y media de la mañana ya estaba llamando a la puerta de los vecinos. Sabía que no era conveniente. Sabía que corría un riesgo. Pero los niños exigían, reclamaban al tío Eviatar. Cada uno a su modo: Liri volvió a la cama, se rodeó de un montón de almohadas, se atrincheró bajo la manta y me anunció con calma y decisión que ni ella ni Andrea saldrían hasta que regresara el tío Eviatar. Nimrod estaba en pie en medio del salón gritando: ¡Tío Eviatan!, ¡tío Eviatan! Liri lo corrigió desde su habitación: Es Eviatar, tonto. Y Nimrod le replicó: ¡Tonta lo serás tú! Mientras, yo, de pie entre los dos con su ropa encima como si fuera un perchero, sabía muy bien lo que debía hacer. Lo hago decenas de veces por semana: adoptar el-músculo-imponer-límites, que existe en todos los padres por encima del diafragma, y decir en tono incontestable: Arriba. Enseguida. Tío Eviatar no está. Llegaremos tarde a la escuela. Si no os levantáis...

Pero por primera vez en siete años no funcionó. Quise forzar el músculo, pero no respondió (qué extraño es que ordenes algo a tu cuerpo-mente y este se niegue a hacerlo).

*

Así que me fui hasta la puerta de los vecinos de enfrente. Di tres golpes, pausa, dos golpes más. Eviatar me abrió con la mirada aturdida del que no ha decidido todavía qué expresión debe tener y me dijo: Buenos días.

Buenos días, dije. Yo... Necesito que me ayudes.

*

En un cuarto de hora estuvieron listos, vestidos, peinados, con los dientes lavados. Cada uno con su bocadillo preferido en la cartera. Entretanto Evi-Poppins se había puesto a hacer el árbol para Nimrod (de pie en medio del salón, dobló las rodillas, extendió los brazos como las ramas de un árbol e invitó a Nimrod a trepar por él hasta la copa), y jugó con Liri y Andrea al juego de las rimas (el primero que no encuentra más rimas pierde). Pero lo que importa no es lo que hizo con ellos sino cómo lo hizo. Con una entrega total. Como si los perdonavidas del mercado gris no existieran. ¿Sabes?, no se trata solo de eso (voy reflexionando mientras escribo, lo siento si la carta resulta algo complicada) sino del hecho de que se haya dado cuenta (¿cómo, tan rápido?) de la dificultad principal de mis hijos: los desplazamientos. Pasar del salón al baño. Del baño a la cocina. De la cocina a la puerta de la casa. En cada uno de esos desplazamientos se bloquean. Pero Eviatar encontró un modo de que se trasladasen de un lugar a otro sin que se percataran de lo que hacían. Lo observé, algo apartada, y noté (no necesariamente en este orden): que yo no era necesaria; que podía relajarme un poco, por fin un poco, después de todos estos años; que estaba tan acostumbrada a la tensión que me aferraba a ella; que algo en mí empezaba a borbotear por Eviatar, un ligero borboteo, anterior a la verdadera ebullición del agua, aún no había grandes

burbujas pero se adivinaba que las habría. A la lechuza no le gustó nada. Por la noche me lo haría saber.

*

Antes de abrir la puerta para salir de casa, se inclinó hacia Liri y le dijo: ¡Recuerda nuestro pacto!

(¿Ya tienen pactos?, pensé asombrada).

Liri asintió. Dubitativa.

Si Mica te dice que no quiere jugar contigo en el recreo, insistió Eviatar, ¿qué le dirás?

Tú te lo pierdes.

¿Y qué significa?

Que soy una niña encantadora y querida, y cualquiera que juegue conmigo estará contento.

¿Y qué significa que «estará contento»?

Que será divertido para él.

Muy bien. Y tú –dirigiéndose a Nimrod–, choca esos cinco. Fuerte. Más fuerte. Más fuerte aún. Ahora dame un abrazo. Fuerte. Más fuerte. Más fuerte aún.

Mamá, ¿tío Eviatar puede venir con nosotros..., *porfi, porfi?*, imploró Liri.

No, princesa, le dijo él antes de que yo alcanzara a balbucear una respuesta, no puedo.

Estaba segura de que mi hija protestaría (patalearía con las manos, ella patalea con las manos: las extiende a los lados y luego se agarra furiosamente la cintura), pero algo en su tono de voz le hizo ver que sería inútil. Entonces lo abrazó de nuevo. Un abrazo más fuerte. Y otro largo abrazo de parte de Andrea. Luego se incorporó y le dijo: Tío Eviatar, ¡qué simpático eres!

*

Al regresar del aparcamiento, recogí el periódico del buzón. El rostro de un Eviatar, más joven que el de ahora, me miraba desde la esquina de la primera página. Un breve titular en la sección de anunciaba: «El gurú de los bienes raíces ha desaparecido. Los clientes y la Policía van tras él». Empecé a leer, de pie. Después tuve la sensación de que alguien me estaba observando y entré en casa con el periódico.

No había en el artículo ningún detalle nuevo que él no me hubiera contado. La diferencia estaba en que se contaba la historia desde otro punto de vista (¿querías un juicio moral? Aquí está):

El punto de vista de sus clientes.

Creo que a nosotras dos (niñas bien, criadas en Jerusalén, en el instituto Lejada) nos educaron para considerar el dinero y los sentimientos como términos contradictorios. Hay cosas que se hacen solo por dinero y otras que nos sentimos empujados a hacer por los sentimientos. Es un error. El dinero es sentimiento. Es ansiedad. Es autoestima. Es envidia. Cuando una persona te confía su dinero, te confía también todo el trabajo duro que le ha permitido ganar ese dinero, todos los compromisos dolorosos y las pequeñas humillaciones que encontró en el camino. Y de un modo u otro, eso lo hace tan vulnerable como si, por ejemplo, estuviera enamorada de ti.

Mencionaban a una pareja de jubilados de Hadera, por ejemplo, que confiaron a Eviatar todos sus ahorros y ahora no saben cómo van a pagar sus facturas el próximo mes. Había una fotografía de ambos sentados a una mesa de formica, cogidos de la mano. Aunque no había nada romántico en ese gesto. Más bien parecía que se aferraban con fuerza el uno al otro para no ahogarse.

Salía también una joven pareja de Kiryat Ono con tres hijos, decían que la siguiente semana se

verían obligados a dar de baja del colegio a los tres y no tenían ni idea de cómo explicárselo. ¿Cómo le dices a un niño que lo vas a alejar de golpe de todos sus amigos? Han estafado a tus padres, ¿y tú pagas las consecuencias?

Hablaban también del dueño de una empresa de transportes que había comprado dos minibuses nuevos con el dinero que pensaba obtener con Eviatar, ahora se vería obligado a despedir a los trabajadores –que también tienen bocas que alimentar– para recortar gastos.

Todos repetían la misma historia con pequeñas diferencias: una recomendación de parte de unos amigos conducía a un encuentro con Eviatar, después del cual se les asignaba una propiedad adecuada. Los informes, organizados y claros (no como en los bancos), llegaban por correo cada tres meses. Ganancias excelentes. Sobre el papel. Entonces, en las últimas semanas, señales inquietantes: había cambiado la secretaria. Los mensajes que dejaban a la secretaria no llegan a su destino. Recibían el informe con dos días de retraso.

Sin embargo, aún no nos habíamos percatado del fraude, decían los jubilados con sincero asombro; nos había dado una impresión tan buena...

Diez años de trabajo a la basura, decía la joven pareja.

La policía solicita la colaboración ciudadana en la búsqueda de Eviatar y añade que se trata de uno de los casos de fraude más graves que se han investigado estos últimos años.

Escandaloso, ¿verdad? Si esto fuera una película americana, habría ido al piso de los vecinos a enfrentarme con Eviatar, le habría restregado furiosamente el periódico en toda la cara, lo habría obligado a admitir que había cometido los siete pecados capitales, le habría dado la espalda dejándolo arrodillado y le habría dicho: Hay cosas imperdonables. O bien: No quiero nada con un farsante como tú.

En cambio, fui al piso para avisarle de que la Policía también andaba tras él.

*

Pero antes había llamado Asaf.

En las llamadas internacionales, siempre hay una especie de silencio de fondo que precede a las palabras, y esta vez me pareció particularmente más largo.

¿Has visto el periódico?, preguntó.

Sí, dije.

¿Sabes que ayer me llamó, ese gilipollas? Me dijo que estaba metido en un buen jaleo. Que necesitaba dinero. Le colgué el teléfono. ¿Te das cuenta? ¡Quiere meterme a mí también en esta historia! Imagínate que hubiera accedido a ayudarlo. Ahora ya tendrías a la Policía en la puerta.

Parece que está metido en un buen lío, dije.

¿Sabes qué? Que con su pan se lo coma, dijo Asaf.

Sí, dije.

Es tan propio de él –Asaf estaba fuera de sí– vender ilusiones a la gente. Y huir cuando se desvanecen.

Todo el país le pisa los talones, comenté.

Ojalá den con él. Y lo encierren en prisión muchos años. Así aprenderá la lección. Aunque no, no la aprenderá. Es una causa perdida.

No existen las causas perdidas.

¿Cómo? ¿Lo defiendes?

No –me asusté–, cómo voy a defenderlo. Ha destrozado la vida a sus clientes.

Exacto. Hace unos minutos me ha llamado mi madre. Quiere enterrarse en vida. La conozco, sé que no saldrá de casa en semanas. Siempre ha sido así. Él se metía en problemas y la avergonzaba, y yo tenía que hacer la compra en la tienda para que mamá no tuviera que enfrentarse con los vecinos. ¿Sabes lo que es para un niño de diez años ser el centro de todas las miradas en la tienda y saber que la culpa es de tu hermano, porque hay algo en él que no funciona?

¿Por eso estáis así?

También.

Nunca me habías contado lo de la tienda...

Y encima me telefonea, menudo caradura. Es increíble.

Las personas hacen toda clase de cosas cuando tienen dificultades...

¿Lo defiendes otra vez?

Yo no...

Déjalo, estoy nervioso y la tomo contigo. He pasado la mañana entera respondiendo preguntas. Como si yo fuese su portavoz. La gente sabe que soy su hermano, ¿sabes? Leen lo mismo que leo yo.

No te preocupes. Es una tormenta que pasará.

Sí, tienes razón.

Suerte que ha ocurrido cuando estás en el extranjero. En Israel habría sido peor.

Es cierto. Qué mujer más inteligente tengo. Te echo de menos.

¿Cuándo vuelves?

Pasado mañana por la mañana.

¿No tenías que volver mañana?

Sí, pero ha surgido otra reunión urgente. Un tipo que puede conseguirnos algo...

Nos vemos pasado mañana.

*

Y ahora, una pausa para una breve conferencia en el marco del curso de Filosofía Moral (imagínate, en el programa de radio *Universidad en las ondas*, a una joven doctoranda con voz nasal y algo trémula porque se estrena en la radio):

«Hay que distinguir entre la ética universal, es decir, el comportamiento de una persona hacia todos aquellos con quien tiene relaciones sociales o profesionales, y la ética particular, o sea, el comportamiento de una persona hacia quienes le son cercanos, parientes y amigos. Se supone que existe una coherencia entre esos dos tipos de ética aunque, de hecho, a menudo sucede que hay una contradicción sustancial, una contradicción que nos obliga a cuestionarnos: ¿cuál de las dos éticas es más importante para nosotros? ¿Cuál consideramos prioritaria?».

*

Qué asco. Cuánto me esfuerzo por convencerte de que estoy bien, Neta, de que no he cambiado. Que a pesar de todo lo que te cuento (y lo que queda aún), soy la misma Hani que conoces.

Y cuánto me esfuerzo en parecer guay. Acabo de leer la carta desde el principio. Cuántos paréntesis. Y cuántas maniobras orquestadas para ocultar que no soy tan guay. Estoy hecha polvo. Por culpa de los embarazos. Por la falta de sueño. Por el pánico de que la semejanza entre Liri y mi madre no sea solo aparente. Por los largos días durante los cuales no hablo con ninguna

persona adulta, salvo la conversación matutina con Asaf, que siempre intenta hacerme reír pero lo único que consigue es que me sienta más sola, porque mientras él está en constante movimiento, yo me pudro en casa. Sé que no se suele admitir, pero pasar tantas horas con niños te marchita. Quizás haya madres que son felices jugando a las construcciones con sus hijos. Puede que sea tu caso. No es el mío. No lo soporto. Ya no puedo con más materiales educativos. Tengo los bolsillos llenos de pegamento, témperas, tijeras. Los dos primeros años con Liri, cada rompecabezas que hacíamos juntas era emocionante. Después ya no lo fue. Hay destellos, momentos de gracia, pero en resumidas cuentas son ochos años atrapada –sí, esa es la palabra–, atrapada en mi deseo de tener éxito en la misión en la que mi madre ha fallado y, entretanto, me ha cubierto el polvo del tiempo, Neta. Y yo dejo que lo haga. Sé que es una imagen trillada, pero es que también me siento agotada. Ya no me quedan fuerzas para fingir una alegría que no tengo.

*

También podría decírtelo de una forma más sencilla: ha llegado un hombre con ojos penetrantes. Y algo en la forma en que se comporta con mis hijos me ha devuelto el deseo.

Sí, el deseo.

Algo en mí se apagó con Asaf por su comportamiento con los niños. Como si la paternidad y la atracción sexual confluyeran en mí en puntos diversos, ligados entre sí como el interruptor y la luz: el primero es la causa de que se encienda el segundo. Quizás Freud tuviera razón y la atracción sexual siempre sea una réplica del primer deseo, el del niño por la madre y el de la niña por el padre. Puede ser también que el hecho de que Asaf no sepa nada de la lechuga, que sea demasiado normal para contarle algo de este tipo, acaso también eso levante una barrera entre nosotros. Con la evidencia, de cualquier modo, no se discute: mi cuerpo-alma toca repetidamente el mismo acorde de reticencia cuando Asaf y yo estamos en la cama (y no es que no llegue algunas veces; Asaf conoce mi cuerpo. Pero incluso mis orgasmos son más restringidos, ¿sabes a lo que me refiero?).

*

Si a Asaf se le concediera (por segunda vez) el derecho a responder esta carta, diría:

1. ¿Orgasmos restringidos? ¡No me jodas!
2. ¿Me escaqueo de ser padre? Ella es la que retiene a los niños. No los suelta. No los suelta nunca. Para ella siempre hacía algo mal: cómo les cogía en brazos. Cómo colocaba la sillita en el coche. Cómo les daba de comer. Estaba decepcionada de antemano. Y luego le daba forma a esa decepción para que coincidiera con la suya. Eviatar ha bañado a Nimrod, vaya cosa. Yo también lo bañaba. Me gustaba hacerlo. Mucho. Hasta que un día entró en el baño y vio había demasiada agua en la bañera y puso entonces el grito en el cielo: no se podía fiar de mí, ahogaría al niño, qué clase de padre era. Se acabó. Fue la última vez que bañé al niño.
3. Tampoco deja que me acerque a Liri. No materialmente. En las pequeñas cosas. Cuando mando a la niña un mensaje de texto desde el extranjero no se los enseña, asegura que se le ha olvidado. O cuando no está dispuesta a que se acueste algo más tarde para que pueda verla cuando llego tarde del trabajo. Argumenta que perjudico a nuestra hija porque no respeto su alma poética. Lo siento, pero una amiga imaginaria a esa edad ya no es un alma poética sino un problema.
4. Solamente con que Hani me diera la oportunidad, podría ser un magnífico padre. Cuando no

hay elección y tiene que dejar a los niños a mi cargo unas horas, ellos y yo nos arreglamos a la perfección. De pronto, Nimrod –que, dicho sea de paso, no se parece en nada a Eviatar– me abraza. Se aprieta contra mí. Y Liri no habla de Andrea porque sabe que yo, al contrario que su madre, no participo en esa locura. Pero casi nunca nos quedamos solos, mis hijos y yo. Hani no confía en mí. Le provoca ansiedad alejarse de ellos más de unas horas, siente que los abandona. Tonterías. Solo quiere asegurarse de que los niños estarán de su parte. Quiere que los niños la llamen a ella y no a mí cuando les ocurre algo. Quiere que yo fracase al menos en algo. Sí, ese es mi verdadero pecado: que el trabajo me va bien. Eso es lo que la reconcome. No mis viajes. No mi modo de vivir la paternidad. La reconcome mi éxito. A ella, que ha estudiado en Leida. A ella, que debería haber ganado un buen sueldo y viajar al extranjero. De repente, llega ese don nadie y le pasa la mano por la cara. Pues al menos que sea un padre pésimo. Para poder seguir sintiéndose superior en algo.

5. Me parecía sexi esa sutil arrogancia suya cuando nos conocimos en la universidad. Fue todo un reto. La confusión que ocultaba esa arrogancia, los constantes cambios de facultad y departamento, la búsqueda incesante, a lo Winona Ryder, del camino que debía seguir, de la profesión que finalmente la haría feliz, incluso eso tenía algo de encantador. A los veinte años.

6. Aún estoy loco por ella. Esa es la pura verdad. Sin embargo, debo confesar que es agotador vivir con una mujer que siempre quiere estar en otra parte. Que nunca está satisfecha.

7. Para serte realmente sincero, la única cosa agradable de mis viajes es que descanso unos días del sentimiento de que la decepciono. Por unos días respiro un aire limpio de amargura.

*

Después de la conversación telefónica con Asaf, hice lo que acostumbro a hacer cada mañana durante estos cuatro últimos años: hurgar en mi herida profesional. Por ejemplo, miro todos los anuncios del periódico para comprobar cuáles de los logotipos diseñados por mí siguen igual, o cuáles han cambiado porque el cliente ha decidido adoptar una nueva imagen corporativa. Me parece que, en estos ocho años, todas las empresas han decidido renovar su imagen (en lugar de cambiar realmente su esencia, las empresas prefieren cambiar su apariencia). De hecho, de todos mis logos, de todo mi «legado gráfico» (por decirlo así), solo ha perdurado el de los lácteos. Pero ese mismo día, el anuncio me interpeló profundamente. Aunque en vez de hacerme sentir orgullosa, como de costumbre, me pareció anticuado. Anticuado hasta la vergüenza.

Entonces fui al armario ropero.

Pecaría de mentirosa si dijera que no sabía que me estaba vistiendo para provocar a Eviatar.

Y tampoco sería cierto decir que no era consciente de que estaba eligiendo unas prendas seductoras.

Mejor que te describa qué me puse:

La falda gris que se ciñe muy bien a la cintura (creo que la llevaba cuando fuimos al restaurante en Middletown). Una camiseta que no has visto, amarilla, ajustada, con botones. Zapatos de color amarillo-anaranjado a juego. De tacón no muy alto. Maquillada. Nada exagerado. Una línea en los ojos y algo de colorete. Y el collar con el colgante octogonal. Quizás el accesorio más innovador de todo el atuendo, que no me he puesto desde que nació Liri.

Llamé a la puerta con la fuente de carne empanada recalentada en una mano y el periódico en la otra.

No hubo respuesta. Una gota amarga de decepción me subió por la garganta: Hijo de puta, se ha

ido sin decir nada.

Pero pasados unos minutos, la puerta se abrió.

Me he dormido, dijo a modo de disculpa.

¡Ya era hora! Sonreí.

Sí, me devolvió la sonrisa. Una sonrisa forzada.

Cerré la puerta tras de mí. En las paredes había más relojes de los que recordaba, más densidad de la que recordaba.

Siguió la dirección de mi mirada y dijo: Me vuelve loco tanto tictac. Me dan ganas de gritar.

No es una buena idea en tu situación, dije. La vecina de arriba te podría oír. Y, en tu lugar, no me gustaría llamar la atención de la exjueza de distrito Débora Adelman.

Gracias por la información.

Parece que eres famoso, dije colocando el periódico con la primera página a la vista, encima de la mesa. Y tomé asiento.

Fui observando las expresiones de su rostro mientras leía. Buscaba señales de consternación. De vergüenza. Pero sus ojos recorrieron veloces las líneas, sobre todo tratando de reunir detalles. De sobrevivir.

Dime, ¿podrías adelantar el embarque?, pregunté. Mientras estés aquí, todos estamos en peligro.

No puedo embarcar a la luz del día.

Es una lástima.

Dobló el periódico, me lo alargó y dijo: Devolveré el dinero a todas esas personas, a cada una de ellas.

Yo dije: No te juzgo.

Y él: Claro que me juzgas.

Sonreí. ¿Tienes hambre?

Mucha, respondió.

Traje platos y cubiertos de la cocina y puse la mesa.

Él dijo: ¿Qué te parece si pongo un plato más para Andrea?

Me eché a reír. Una gran risa, sorprendida, libre. Nunca me había atrevido, nos habíamos atrevido, a ver el lado cómico de toda esa historia con Andrea.

Él dijo: Tienes una risa preciosa. Deberías reírte más.

Guardé silencio. No supe qué decir.

Él dijo: Buen provecho.

Comenzamos a comer.

Nuestras manos no se rozaron ni por casualidad cuando le pasé la sal. Nuestras piernas no se tocaron bajo la mesa.

Se limpió la boca con la servilleta, clavó sus ojos en los míos y me preguntó: ¿Por qué me ayudas, Hani?

Respondí: ¿Qué quieres decir?

Dijo: No tienes por qué.

Dije: Porque estás desesperado.

O quizás dije: Porque no tienes a nadie que te ayude más que a mí.

O quizás: Porque Asaf no quería que te ayudara.

O me callé.

Y él dijo: ¿Sabes?, telefoneé a mi exnovia. Y me colgó el teléfono.

Dije: Es comprensible.

Y él dijo: Sí, pero...

Pregunté: ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Y él dijo: Ocho meses.

Eché la cabeza para atrás y me reí.

Él dijo: No es agradable que te rías de mí.

Dije: No me río de ti, me río contigo...

Él dijo: ¿Qué puedo hacer? Las cosas no funcionan. Con las mujeres, quiero decir.

Dije: ¿Y si lo intentaras con hombres?

O dije: Lástima, podrías haber sido un padre magnífico.

(No me estoy haciendo la lista, Neta. Ya no estoy segura de lo que dije. O de lo que quise decir. De lo que ocurrió o de lo que quise que ocurriera. Lo juro).

¿Sabes...?, empezó a decir, y se mordió el labio.

¿Qué? Me incliné un poco hacia delante.

Déjalo, dijo.

Odio que me hagan eso, dije.

Me eché hacia atrás. Crucé las manos sobre el pecho. Fruncí el ceño. Activé todo mi arsenal de persuasión.

De acuerdo, se asustó; con toda probabilidad no te veré nunca más en la vida, así que no me importa contártelo.

¿El qué?

Pero es bochornoso, te lo advierto. Me señaló con un dedo.

No me amenaces, dije.

O quizás dije: No me abochorno fácilmente.

O quizás dije: Soy toda oídos.

O quizás no dije nada.

Apartó la mirada de mí y la posó en uno de los relojes. Parecía que no lo iba a contar. Pero entonces...

Cuando Asaf y tú empezasteis a salir, empezó a decir sin mirarme, vinisteis un sábado a Nahariya. Asaf ya no vivía en casa y me pidió que le dejara mi dormitorio para vosotros.

Lo recuerdo, dije. Fue la primera vez que Asaf me llevaba a casa de vuestros padres.

Sí, cierto. Hablasteis de los cohetes Katiusha que caían en el norte. Te interesaba saber cómo era vivir bajo el fuego de los Katiusha.

¡Es verdad!

Sí. Después de cenar me fui al pub del kibutz vecino, Evron. Íbamos allí a menudo cuando estábamos en la mili. Bebí un poco. Bailé. Me di el lote con una chica en el bar. Recuerdo que fue extraño porque no se me empinó. Los dos estábamos a punto y ella era de rompe y rasga. Pero no se me empinaba. Pensé que la culpa era del alcohol. Así que, en vez de ir a casa de ella, quedamos para el día siguiente por la tarde y regresé a la mía. Andaba algo achispado, como te dije, y me costó acertar con la llave en la cerradura. Entré en casa, fui directo a mi cuarto por la fuerza de la costumbre y abrí la puerta.

Ay...

Tú... estabas acostada junto a mi hermano, en la cama. Y estabas... tan...

Espera, espera, ¿estaba desnuda?

No del todo. Tenías la sábana entre las piernas, una pierna estaba cubierta y la otra no.

¿Y la parte superior?

Bastante descubierta.

Ay...

La ventana estaba abierta, había luna llena o casi, y la luz entraba y danzaba sobre tu cuerpo, y... me quedé ahí sin respiración ante tanta belleza.

No exageres.

No exagero. El problema fue que el aire que había contenido salió de golpe, debió de sonar como un suspiro, y Asaf se despertó.

Oh, vaya.

Salí volando del cuarto, estaba seguro de que iría tras de mí. Pero no lo hizo. Sin embargo, al día siguiente –tú y mamá os encontrabais en la cocina–, cuando salía del baño, me agarró, me estampó contra la pared del pasillo y me dijo que era un pervertido. Que si osaba acercarme a ti, aunque solo fuera para hablarte, me mataría.

No me parece propio de Asaf.

Tenía un cúter en la mano. Lo abrió y me lo puso en la arteria del cuello mientras decía: Hani es la mujer de mi vida. Es la mujer con la que voy a casarme. Si me la quitas también a ella, será tu fin.

No me parece nada propio de Asaf.

Es una faceta de él que no conoces, Hani. Yo, por desgracia, la conozco muy bien. Por eso..., me tomé muy en serio lo que me dijo. Hice la mochila y pedí que me llevaran a la unidad.

No me acuerdo de nada...

Bueno, yo no era nada para ti. Aire.

No es...

No pasa nada. No te excuses. Es natural.

*

De repente deseaba un cigarrillo. No es que lo deseara, lo necesitaba. Dejé de fumar al principio del embarazo de Liri, y desde entonces, alguna vez, especialmente por la noche, tengo como un eco de deseo. Nada más. Pero en ese momento fue una llama. Tenía los dedos abrasados. Me acordé de que la vecina en cuya casa nos encontrábamos había comenzado a fumar fuera hacía un año, en el banco del jardín comunitario, lo que quería decir que podría ser que tuviera una cajetilla en casa. Espera un momento, le dije a Eviatar. Y fui a buscarla.

Encontré una en el estudio. Y junto a ella, un mechero. Nunca me han gustado los Winston Light, pero en una situación así echamos mano de lo que hay. Volví a la cocina y le ofrecí también a Eviatar.

No, gracias, dijo. Lo dejé. Transmite a los clientes algo malsano.

Encendí el cigarrillo y aspiré. Intenté exhalar el humo lejos de él.

La palabra «malsano» parpadeó en mi consciencia como una señal de tráfico en la carretera de Las Vegas. Se encendía y se apagaba.

Esa imagen tuya con la sábana, dijo, la tuve en la cabeza durante años.

Venga ya. ¿En serio?

Lo digo absolutamente en serio.

¿Tan en serio como con tus clientes?

Eso no es justo, Hani.

No me parece que seas el hombre indicado para juzgar qué es justo y qué no lo es.

Bueno, no me creas si no quieres. Pero es la pura verdad, qué le vamos a hacer. Me venía a la cabeza en todo tipo de situaciones. Y también me montaba películas.

¿Películas?

Me detengo un momento. De pronto me ruborizo al escribirte todo esto. Me acuerdo de que en la época del Octopus hablábamos mucho de sexo. Todos ligaban contigo, así que tenías mucho que contar. Pero yo también ligaba a veces, con chicos menos perfectos, que se sentían más cómodos con una chica no tan perfecta. Recuerdo que las charlas más divertidas eran las que teníamos después de una noche en que las dos habíamos tenido rollo. Porque entonces no había celos de por medio. Solo había un intercambio. La alegría de descubrir la escandalosa verdad: cada hombre lo hace un poco distinto (en este momento, de entre todos, me viene a la mente Elida, el exreligioso que recitaba versículos bíblicos mientras le hacías una mamada, y Yoav, de Psicología, que lloraba cuando le revolvías el pelo y que procuraba que las lágrimas cayeran encima de tus pezones, y de repente caigo en la cuenta de que son demasiado buenas, a lo mejor te inventabas alguna de estas chocantes historias que me contabas. Creo que no, tú no eres una mentirosa como yo. Yo sería capaz de inventarme a un Eviatar solo para impresionarte).

Pero luego conociste a Noam. Y yo a Asaf. Y se acabaron las chácharas. Quizás porque era menos importante. O acaso porque entre cada una de nosotras y su hombre se había creado una intimidad que no queríamos compartir.

Si me paro a pensarlo, me doy cuenta de que han pasado ya quince años sin que hayamos intercambiado recetas de sexo.

Quizás por eso me ruborizo contigo. Y me cuesta continuar.

*

¿Sabes?, voy a permitirme una pausa y a hacer un *flashback*. Creo que me será más cómodo escribir sobre algo que ocurrió en el pasado. La última vez (antes de Eviatar) que me desmoroné de ese modo fue después del funeral de Nomi.

De hecho, cuando lo pienso, veo que no ocurrió después del funeral, porque antes fuimos a casa de sus padres en Beit HaKerem.

Recuerdo el obituario en la entrada de la casa. Recuerdo que me quedé mirando su nombre completo y tú me empujaste para que siguiera andando. Bueno, no me empujaste, me tocaste suavemente el hombro.

Entramos en la casa, siempre había sido nuestra casa preferida. En la mía no era divertido porque mamá no estaba. Se la habían llevado ya. Mi padre, por más que quisiera, no lograba llenar su vacío. Tu madre sí estaba en casa pero siempre la tomaba contigo. Me dan ganas de abrazarte cuando lo recuerdo. Pienso que, de niña..., o sea, ahora que soy madre puedo entender cuánta fuerza poseemos, cómo un comentario perverso puede... No comprendo cómo has podido salir tan normal de un hogar así. ¿Acaso tu respuesta es esta? Y tu victoria sobre ellos, Neta, ¿es ser tan normal?

Solo nos quedaba pues la casa de Nomi con Josh, el padre-medio-calvo-con-coleta, que tenía la tienda Mister Pop en la calle peatonal Ben Yehuda, ¿te acuerdas? Me parece que no hay nadie de nuestra edad en Jerusalén que no le haya comprado un pin de Police o de Michael Jackson.

Y con su madre, Bárbara, que había estado en Woodstock y nos ponía los discos de Santana

(¿verdad?), y nos enseñaba a bailar para atraer la atención de los chicos, o a bailar solo porque te apeteciera.

Pues bien, Josh y Bárbara esa tarde estaban sentados en el salón y nos miraron afectuosamente cuando entramos, Bárbara nos abrazó y nos dijo: Qué estupendo veros. Hacía tiempo que no veníais por aquí. Su abrazo era más débil de como lo recordaba de pequeña. Y Josh me dijo: *That was so beautiful* lo que has leído en el funeral. Yo me tragué el «gracias» que tenía en la punta de la lengua, porque no era oportuno, y Bárbara dijo: Sentaos, ¿por qué estáis de pie? Estrechó la mano de Asaf y de Noam, *Nice to meet you, nice to meet you*, y nos dijo con una rara alegría: Ya sabéis cómo os quería. Y tú dijiste: Nosotras también la queríamos, Bárbara. Yo guardé silencio pensando (siempre tengo que estropearlo todo, si no es con hechos, es con el pensamiento) que la amistad entre tú y yo siempre había sido más fuerte, que habíamos aceptado a Nomi en el trío con alegría, aunque con un toque de burla porque, qué se le va a hacer, había en ella algo cómico, con todas esas flores en el pelo, las sandalias Palladium y fatales aventuras amorosas con los hinchas del club de fútbol Beitar, que no pegaban nada con ella. Siempre como si hubiera nacido en la década equivocada, pero sin embargo la necesitábamos porque sin ella habríamos sido unas simples chicas de Jerusalén, demasiado serias, además de que sin ella nos habríamos visto menos porque era la que nos acogía en su casa, la que tenía las iniciativas, vayamos al festival de Arad, quedémonos en Eilat después de la excursión anual con el instituto, vayamos al Sinaí, vayamos a la recolecta de la manzana al kibutz Menara (doy gracias a Dios por esta última iniciativa. Si no es por Enrique, el voluntario argentino, probablemente, me habría enrolado virgen en el Ejército y qué suerte que la primera vez fuera con alguien que creía que mi cuerpo era la cosa más hermosa que había visto jamás. Aunque después me rompiera el corazón).

Sin Nomi no habríamos ido a ningún sitio. Esa es la pura realidad.

Su ansia de ser una de nosotras nos hizo comprender que existía el «nosotras». Y que eso era valioso. Así, de una forma extraña, y aunque tú y yo éramos las mejores amigas, Nomi era el motor, la razón, la que nos impulsaba, y sin ella...

¿Te acuerdas de que en un cierto momento de la *shivá*, la semana de duelo, te di la mano? Y tú me la tomaste y la estrechaste con fuerza haciendo, como siempre, lo debido.

Sentí que no me tenía en pie, Neta. Que me desmoronaba. Como si la casa de Josh y Bárbara no tuviera suelo. Sentí que mi vida, como la conocía hasta entonces, había llegado a su fin con la muerte de Nomi. Que debería comenzar algo distinto, aunque entre ese algo distinto y yo había un abismo de pánico (de hecho, es lo mismo que siento ahora: estoy al borde del aterrador abismo que precede al cambio).

En la carretera de Jerusalén, antes de Sha'ar HaGai, le pedí a Asaf que girara a la derecha, por el camino de tierra que conduce al monumento de los pilotos. Aún había algo de luz pero no podía esperar más. Le dije: Necesito sentirte. Al principio no lo entendió. Me dio un abrazo para animarme. De amigo. Le desabroché el cinturón. Eché para atrás su asiento. Entonces ya vio de qué iba. Pero yo estaba encima, y no era lo que yo quería. Quería que me dominara. Me bajé las bragas rápidamente, me subí el vestido, volví a mi asiento, abrí las piernas y dije: Vamos.

Existe el deseo y existe la necesidad. Lo que ocurrió en el Fiat Uno fue necesidad. Necesitaba que alguien me venciera. Si te vencen, no te importa nada el abismo. Te recuestas en el asiento del copiloto, libre de toda responsabilidad. Con las piernas abiertas sobre el salpicadero, corrientes de dolor placentero fluyen por tu cuerpo, y crees realmente, aunque sea por unos instantes, que nada va a cambiar, que el tiempo ha detenido su lenta caída hasta el final y que es posible quedarse así. Hasta la eternidad.

*

Por cierto, según mis cálculos, esa noche concebimos a Liri. Aunque nunca se puede estar del todo seguro. Sería un poco demasiado simbólico.

*

Sí, dijo Eviatar, tienes razón. «Película» es una palabra problemática. Quizás sea mejor decir «Historia». Imaginaba historias que me llevaban a ti. En las que nos encontrábamos por casualidad. Y concluían con..., ya sabes. Las imaginaba antes de dormirme. A veces, mientras estaba con otra mujer..., en la cama, quiero decir.

Sé que mientes, pero es agradable, dije.

O dije: ¿Por qué me lo cuentas? ¿Sirve para algo?

O dije: Ponme un ejemplo.

¿Qué quieres decir con un «ejemplo»?

Cuéntame una de esas historias inventadas.

Es demasiado incómodo, dijo.

No te creo, dije.

¿Me das un cigarrillo?, preguntó.

Creía que-transmitía-algo-malsano-al-cliente, le provoqué.

Alargó una mano para coger un cigarrillo. No le afectó la provocación. Se lo encendió. Podría haberse inclinado hacia mí y encenderlo con el mío. Pero escogió hacerlo solo. Tenía unas feas manchas en el dorso de la mano.

Aspiró largamente. Después exhaló. Mi humo y el suyo se mezclaron en el espacio entre los dos.

Entonces él dijo: Hay que cerrar los ojos. Solo funciona con los ojos cerrados.

Cerré los ojos. Los entreabrí para ver si él los había cerrado y los cerré de nuevo. Oía solo su voz, que de hecho no era tan distinta de la de Asaf, aunque tenía un toque de ansiedad.

Hay un café frente al barrio de Yemín Moshé. Allí concierto todas las citas de negocios en Jerusalén. Una tarde aparecías tú. Ibas a visitar a tu padre, en su casa solo tenía café instantáneo y a ti te apetecía un capuchino. Le habías dicho que bajas solo a tomarte el capuchino y volvías enseguida. Yo había terminado con mi cliente y lo acompañaba a la salida. Entonces te veía. Te saludaba, de entrada, no me reconocías. Después sí. Llevabas unos tejanos y una camiseta un poco escotada. Ah, olvidaba decirte que era una tarde de verano. Una tarde de un azul oscuro. Te invitaba a tomar algo. Me decías que no podías, que debías regresar a casa de tu padre. Me ofrecía a acompañarte y tú accedías. Entrábamos en Yemín Moshé, en la historia tu padre vive allí, espero que sea de tu agrado, paseábamos por las callejuelas y hablábamos. El perfume del jazmín era embriagador. La conversación se hacía más profunda a medida que nos adentrábamos en el barrio. Hasta llegar a un pequeño jardín con un banco al fondo; un pequeño jardín rodeado de casas deshabitadas. Comenzábamos a besarnos, unos besos que anticipaba uno más profundo, hasta que me decías que parara, que podría pasar alguien. Nada más decirlo, entraba en el jardín un grupo de japoneses cuyo guía les explicaba en inglés que Yemín Moshé fue el primer barrio judío construido fuera de las murallas y también conocido por las parejas de amantes de Jerusalén. Todo el grupo se reía de nosotros en japonés y era evidente que no podíamos quedarnos

allí. Me inclinaba y te decía al oído que fuéramos al hotel de Mishkenot Sha'ananim. Y tú aceptabas.

Nunca habría aceptado...

Lo sé, pero en una fantasía todo es posible.

OK.

¿Sigo?

Sí.

¿Estás segura?

No.

Bueno, pues... entrábamos en la habitación del hotel. Era una *suite*. Con dos ambientes. El salón con televisión y el dormitorio. Me decías que me desnudara y te esperase en el salón y tú ibas al dormitorio. Al cabo de unos momentos me llamabas y yo iba contigo. Estabas acostada en la cama y la sábana te cubría solo una pierna...

Como en Nahariya.

Exactamente. Solo que esta vez mi hermano no estaba. Y tú me invitabas, con un dedo me invitabas a ir a tu lado.

¿Y?

¿Qué?

¿Qué ocurrió entonces?

Nos acostamos.

¿Ya está? ¿Y los detalles?

¿Los detalles?

Sí, cuando me tocas por primera vez, ¿dónde lo haces exactamente?

*

Al principio no respondió. Casi abrí los ojos. Pero sabía que si lo hacía, todo desaparecería. Todo lo que empezaba a crecer en mí.

Lo oí sacar otro cigarrillo del paquete.

Oí cómo encendía el mechero.

Oí sonar el ejercicio de un alumno de Ruth al piano.

Oí a la lechuza en mi cabeza, decía: ¿Qué estás haciendo? ¿Qué haces?

*

¿Dónde te hubiera gustado que te tocara, por primera vez?, dijo finalmente.

En el cuello, respondí al momento. Antes de que las fuerzas me abandonaran. Tengo unos puntos sensibles allí.

¿Labios o dedos?

Labios.

Bueno, entonces yo... me acerco a la cama y pongo las dos manos en los dos lados de tu cuerpo, me inclino y...

Despacio, sin prisas.

Des-pacio, des-pacio. Te beso en la parte baja del cuello. Te voy dando besitos de un punto sensible al otro hasta...

Las orejas...

Cuando me acerco a las orejas, mi vientre casi roza el tuyo, mi pecho casi roza el tuyo...

Se puede sentir la electricidad estática...

Yo también la siento. Entonces, ¿me acerco a...?

Me lames un poco el lóbulo de la oreja...

OK.

Entonces..., metes la lengua.

¿De golpe?

De golpe. Hasta el fondo.

Ya la he metido. Y tú, ¿qué haces mientras tanto?

Apenas dijo «Tú», noté cómo los músculos de los muslos se contraían. Dispuestos al movimiento real. Envuelvo tu cuerpo con mis piernas, le dije, y... te estrecho con fuerza contra mí.

*

Así continuamos, Neta. Con los ojos cerrados. Separados por la mesa. Al principio son solo palabras vacías, te oyes como fuera de ti misma y te echas a reír, pero poco a poco las palabras se transforman en imágenes y las imágenes en sensaciones. ¿Cómo explicártelo? (a lo mejor has hecho algo parecido alguna vez y no hace falta que te lo explique). No es como hacerlo de verdad. Pero si entras en el juego (y para mí las fantasías nunca han sido un problema), la sensación es muy viva. El cuerpo reacciona como si de veras sintiese el roce. Cuando oyes «Espalda», notas la espalda. Cuando oyes «Uñas», notas el arañazo.

Los dos llegamos. Yo un poco antes que él, creo. Espérame, dijo. Pero no pude. Era demasiado intenso. Demasiado dulce. Demasiado amargo. Se lo fui describiendo simultáneamente. La aceleración de los latidos del corazón, el fuego interno que se propaga entre los muslos, los espasmos que crecen y crecen..., hablaba y hablaba con la voz cada vez más enronquecida hasta que llegó el momento en que cada respiración era un aaahhh.

Se levantó para limpiarse.

El alumno de Ruth seguía practicando. Pensé que el año que viene podría apuntar a Liri en el conservatorio.

Los relojes seguían con su tictac. Cómo era posible que no los oyera antes.

Eviatar regresó del baño oliendo como el vecino. Se sentó de nuevo como antes, al otro lado de la mesa.

Me gustó que se sentara allí. No quería tenerlo cerca. No quería que me tocara (sé que parece extraño, pero si me hubiera tocado le habría soltado un bofetón).

Saqué dos cigarrillos del paquete. Uno para mí y otro para él.

Rasgó la primera página del periódico con su fotografía y se puso a hacer con ella un cenicero.

Echamos la ceniza en el cenicero de papel. Con displicencia. Como si nada hubiera ocurrido. (De hecho, si lo pienso, no ocurrió nada).

Lo miré mientras depositaba la ceniza y me fijé en sus dedos, eran cortos, y en general, Asaf es mucho más guapo que él.

Necesito que me hagas un favor, Hani, dijo.

¿Cuál?, dije. Me gustaba cómo pronunciaba mi nombre. Como si tuviera dos «íes» al final, y no una.

Tengo que pagar al patrón griego del yate. Y no tengo ni un céntimo. Mi cuenta está bloqueada y

no puedo sacar dinero del cajero automático.

(Lo sé, Neta, es lo mismo que les hace a sus clientes. Soy de efectos retardados, pero tonta no. Me di cuenta. Claro que sí. Y aun así, pregunté).

¿Cuánto necesitas?

Dos mil séqueles, dijo. Te los devolveré nada más llegar a Venezuela.

No hay problema, dije. Quédate aquí. Vuelvo dentro de diez minutos.

Fui al cajero bailando. Bueno, no bailando de verdad, ya me conoces. Bailar no ha sido nunca mi fuerte. Pero me sentía como si hubieran cambiado mi banda sonora interior. Alguien había extraído el disco de Nick Cave, bloqueado en el sistema hacía años, y puesto en su lugar uno de, veamos, Black Eyed Peas.

Detrás de mí, en el cajero, estaba el vecino de abajo, el padre de Ofri. El que cuando habla con su mujer me apoda la Viuda. Me gustó que me viera precisamente así. Con el amor recién hecho. Recogí el recibo, me di la vuelta y le saludé: Buenos días, Arnon. Me quedé unos instantes para asegurarme de que había observado mi transformación. Muy buenos días, me respondió, y me di cuenta de que su mirada pasaba del «Sé exactamente lo que voy a ver» al «¡Vaya!». Eso me bastó. No necesitaba nada más. Pasé ante él, metí el dinero en el bolso y regresé a casa flotando.

(¿Recuerdas la vuelta a casa desde la filmoteca el día de la Independencia, de madrugada, con la emoción de la noche en blanco aún corriendo por las venas y los pasos más largos de lo habitual? Pues así).

*

Mi dedo gordo no se montó sobre el dedo contiguo mientras estuvieron en el piso. Me sentía una veterana. Acostumbrada al peligro. Y sexi. Sentía que tenía poder sobre ellos, eran hombres y yo, atractiva. Y nunca he tenido problemas para mentir. Así es cuando creces con un padre que te dice: Eso (generalmente un riesgo inútil como conducir en la dirección equivocada para acortar el camino o entrar en el mar cuando hay oleaje y ni rastro de socorristas) es mejor que no se lo cuentas a mamá. Y con una madre que te dice: Eso (gastos para darse caprichos u hombres que querían ligar con ella por la calle) es mejor que no se lo digas a papá.

Así es, cuando llevan a tu madre a Abrabanel —el centro de salud mental— una semana después de tu *bat mitzvá*, la única manera que queda de ganar en la guerra con tus hermanos para llamar la atención del progenitor es fabricar tragedias: acoso por parte de los niños de la escuela, una monitora de los *scouts* que me humilló delante de todo el grupo. Siempre partía de algo verdadero para que mi historia resultara creíble, y luego lo ampliaba hasta la desmesura. Papá se lo tragaba una y otra vez, igual que los policías cuando les dije: Si Eviatar se pusiera en contacto con nosotros, se lo comunicaría de inmediato; soy la primera interesada.

*

Para más seguridad, esperé media hora antes de llamar a la puerta de los vecinos. Tres golpes seguidos. Luego otros dos.

Abrió solo una pequeña rendija. La conversación empezó a través del resquicio, por el que se podía ver la línea imaginaria que descendía desde la frente pasando por la nariz hacia el cuello. Y podía oler su pánico.

No todas las palabras podían atravesar la pequeña rendija.

Siento haberme retrasado, dije, la Policía. La he visto, dijo él desde la ventana del dormitorio. Les he dicho que no tengo ni idea de dónde estás. No deberías estar aquí, Hani, podría ser que vigilasen el edificio. Quería traerte el... No valía la pena arriesgarse, quiero que te vayas ya. Yo... Espera, Hani, entreabrió un poco más la puerta y me tocó el brazo (el primer contacto de verdad), gracias por todo lo que has hecho por mí y... no te preocupes..., en lo que respecta a Liri, quiero decir..., estará bi... Cómo lo sa... Lo sé y bas...

Gracias por todo cuanto has hecho por mí, dije.

O me puse de puntillas y le di un beso de verdad, en los labios.

O me quedé en silencio como si fuera una retrasada.

Detrás de él, oscilaba el péndulo de un enorme reloj de pared.

No recordaba que ese reloj estuviera antes allí. Quise preguntarle si también a él le parecía hermosa la expresión «reloj de péndulo», pero no había tiempo...

En las verdaderas despedidas siempre hay algo que se trunca.

*

Esa misma noche soñé que a cada persona en el mundo le corresponde un tipo de letra con la que está escrita la historia de su vida, y en el sueño, le pedía al presidente del Comité de Tipos de Imprenta que cambiara el mío. Me dijo que no existía ninguna posibilidad: el tipo de letra de cada persona se determina al nacer y desde ese instante es imposible cambiarlo. Batí las manos ante él como siempre hace Liri, pero mantuvo los brazos cruzados sobre el pecho, inamovible.

*

El sueño tenía otra parte pero se me ha escapado porque no la he contado enseguida. (¿Recuerdas cuando estábamos de viaje y por la mañana nos contábamos una a otra nuestros sueños provocados por el Lariam? Me gustaba que no intentaras interpretar los míos. Que te contuvieras).

*

He decidido contarle a Asaf lo ocurrido en cuanto llegue. Nunca he conseguido esconderle algo mucho tiempo, y he pensado que será mejor terminar con esto cuanto antes mejor. Aunque me parece que no ha tenido un buen viaje. Me da pena (está en lo cierto cuando dice que cuando le van mal las cosas, él me gusta un poco más). Y he decidido esperar un día. ¿Qué prisa hay?

Levanté a los niños temprano. Los dejé en la escuela antes de que se despertara. Para no correr el riesgo de que lo descubriera por ellos.

En el camino no mencionaron al tío Eviatar. Yo tampoco dije nada sobre él.

*

Cuando volví, Asaf estaba sentado leyendo el periódico. Había otro artículo sobre la búsqueda de Eviatar. Asaf dijo: Solo es cuestión de tiempo. Menudo idiota. Que se entregue, así por lo menos tendrá alguna posibilidad de reducir la condena.

Lo escuchaba hablar mientras pensaba: No sabe lo que ha ocurrido, no sabe lo que ha ocurrido,

no sabe lo que ha ocurrido. Y pensaba: Que no le cuente lo ocurrido alza entre nosotros otra barrera más.

Los niños, por su lado, también guardaron silencio cuando se encontraron con él por la noche.

Nimrod pase, pero ¿Liri?, le encantan estos dramas. Traté de recordar si Eviatar había tenido alguna una oportunidad antes de irse de avisarles de que debían mantener su visita en secreto, pero no lo conseguí. Estuvo encerrado con llave en el piso de los vecinos y, que yo sepa, no tenía modo de ponerse en contacto con ellos.

Lo más probable, pensé, era que con el ajetreo de abrir los regalos, su visita quedara olvidada. Los niños poseen esa bendita capacidad de concentrarse en ellos mismos.

Sin embargo...

Estaba segura de que tarde o temprano algo les recordaría a él, establecerían una asociación y entonces saldría todo.

También tenía claro lo que sucedería después.

Asaf no grita. Suprime. Quien traiciona su confianza, es eliminado de la lista de sus beneficiarios particulares. Y una vez eliminado de la lista, no hay vuelta atrás. He visto como lo hace con sus amigos. Con sus empleados.

Sin embargo, no estaba asustada. Al contrario. Estaba extrañamente tranquila, para ser alguien cuya vida estaba a punto de cambiar. Por la noche tuve unos sueños sorprendentemente agradables: el molino del antiguo barrio de Yemín Moshé soplabla una brisa que me acariciaba, tan refrescante que casi me provoca un orgasmo. Encontré a Eviatar en el Amazonas, cabalgando sobre un gigantesco cocodrilo de buen corazón, y a pesar de su aspecto distinto debido a la cirugía, lo reconocía al instante por su interior...

Al día siguiente, mientras metía los platos en el lavavajillas, pensaba: Quizás sea esta la última vez que meto los platos en este lavavajillas.

Colgaba las perchas en el armario de los niños y pensaba: Quizás sea esta la última vez que cuelgo perchas en este armario.

Preparaba espaguetis a la boloñesa y pensaba: Quizás sea esta la última vez que encienda el gas de este horno.

Realicé todas esas acciones aturdida. Como una antropóloga que observa su propia vida. Como un narrador de películas de catástrofes, un instante antes de que ocurra la catástrofe. Tantos esfuerzos por tener una familia normal, y cuando un gran peligro amenaza con destruir el mayor logro de mi vida, yo estoy pavorosamente indiferente.

*

Sin embargo, Liri no abrió la boca. Nimrod no dijo nada. Andrea tampoco. Esperé un par de días. Tres. Cuatro. No ocurrió nada.

Eviatar ya debía de haber llegado a Venezuela, aunque la Policía aún reclamaba la colaboración ciudadana para encontrarlo.

Los niños se peleaban continuamente, como de costumbre. Asaf se esmeraba en llegar tarde del trabajo para no tener que ocuparse de ellos. Y yo empecé a pensar que estaba loca. Que mi relación con la realidad –que se había ido debilitando durante este último año– finalmente se había roto.

*

Siempre he odiado los libros que presentan a la mujer como una chiflada. En todos esos libros siempre hay una buhardilla. Si los conviertes en una película (debes admitir que es un magnífico argumento para tu nuevo curso en Middletown), la mujer siempre aparece con el pelo revuelto y con un camisón desgarrado, se comporta de un modo tan melodramático e histérico que piensas: Venga, venid los de las batas blancas, lleváosla.

Que quede muy claro: jamás he llevado un camisón desgarrado y no tenemos buhardilla. Sin embargo...

*

Me ha ocurrido varias veces estos últimos años. Siempre mientras Asaf estaba de viaje. Siempre tarde, por la noche. Cuando los niños están dormidos. Al principio oigo una voz aguda que me llama: Ha-ni. Ha-ni. Entonces salgo a la terraza y ahí está la lechuza. Ya sabes, con ese rostro blanco en forma de corazón. Me mira y me habla. Con una voz de mujer. Solo dice cosas malas de mí. De mi modo de ser madre. Y de todo en general. Yo me defiende una y otra vez hasta que, harta, emite una especie de grito de disgusto y se encierra en ella misma.

Sé que es extraño. Por eso mismo no se lo cuento a nadie. Ni a Asaf. Recuerdo cómo papá hablaba con mamá, en los últimos tiempos. Su tono. Y no estoy dispuesta a que Asaf se dirija a mí en ese tono. Incluso a ti me ha llevado una carta entera confesártelo. Y ahora que lo estoy haciendo, no sé cómo explicarte la sensación sin parecer..., bueno, chiflada. Es un poco..., un poco como soñar despierto. Sin la parte agradable. No es nada agradable no estar segura de si lo que acaba de ocurrir ha sucedido de verdad o no. Y la parte más aterradora es que, después de que se marchó Eviatar, apareció una segunda lechuza en el árbol. Durante todo el año había solo una – ¿entiendes?– y de golpe, hubo dos. Que haya una, puede ser casual. Dos ya son un fenómeno. Y las dos hablan conmigo a la vez. Y las dos me culpan. Y hay una gran diferencia entre que te reprenda una lechuza o que sean dos. Es difícil de explicar. Hay cosas que se pueden soportar y otras que son intolerables.

*

Sin embargo, todos estos episodios con las lechuzas fueron muy breves. Un minuto. Máximo dos. ¡En cambio, aquí estoy hablando de lo que imaginé durante dos días completos! Y eso, Neta, ya es totalmente absurdo ¿no te parece?

Por otra parte, ¿tiene sentido que pusiera en peligro la vida de mis hijos por alguien a quien apenas conozco?

Lo sé, lo sé, puedo preguntarle a Liri si recuerda la visita del tío Eviatar. Pero ¿qué ocurrirá si me mira con ojos de «No tengo ni idea de qué me hablas»? ¿Cuánto tiempo transcurrirá hasta la llegada de los hombres de bata blanca?

*

Vinieron a buscarla un domingo por la tarde. Lo sé porque los domingos a las cinco y media ponían *La casa de la pradera*, y papá nos apagó la televisión a medio episodio y nos dijo, en un tono que jamás antes le habíamos oído, que nos fuéramos de inmediato a nuestra habitación. Lo hizo con buena intención. No quería que fuéramos testigos de lo que iba a suceder. Le daba miedo

que la visión de lo que iba a suceder nos marcara de por vida. El resultado fue que nos vimos obligados a imaginar lo que sucedía por las voces que nos llegaban a través de la pared. Y lo que se imagina también te puede marcar de por vida.

Él hizo lo correcto cuando los llamó. No tuvo elección. En el transcurso del fin de semana, mamá se fue transformando, delante de nuestros ojos, de una persona desgraciada en otra peligrosa. Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo. No le guardo rencor.

Cuando se la hubieron llevado, papá abrió la puerta de la habitación y nos permitió volver al salón. En el aire flotaba el perfume de mamá. Pudimos ver el final del episodio. La familia Ingalls estaba sentada a la mesa. Las niñas llevaban vestidos largos. Charles, con los ojos cerrados y las manos juntas, daba gracias a Dios por el pan de cada día.

*

Recuerdo la última vez que te llamé para pedirte ayuda (¡y viniste! ¡Hasta el kibutz Malkiya! ¡Tres horas y media desde Jerusalén a Kiryat Shemona, otra hora de espera en la estación central de Kiryat Shemona y media hora más en el autobús que recorre los kibutz de la zona!). Aún no había móviles. No sabía si vendrías o no. Nos habían concedido una sola llamada a los padres el jueves por la noche para avisar de que, finalmente, no tendríamos permiso el fin de semana. Pero yo te llamé y te dije: Neta, creo que me estoy volviendo loca. ¿Podrías venir mañana? Y tú me respondiste: Lo intentaré, no sé cómo se lo tomará mi madre. Cuando terminé la guardia en la entrada del kibutz a las dos de la tarde del viernes, regresé al alojamiento convencida de que no habrías llegado. Que no habrías podido venir. Entonces, a las dos y media, llamaron por la línea interna desde la cabina y me dijeron que tenía una visita. Recuerdo que corrí. Fui volando de mi habitación hasta la plaza de la entrada. Al acercarme a la puerta, frené la carrera. No quería asustarte. Venías hacia mí sin uniforme. (¿Cómo es que no llevabas uniforme? Ah, claro. ¡Aún no te habías alistado!). Nos dimos un fuerte abrazo. Creo que fue el abrazo más fuerte desde que nos conocimos. Dijiste: Hanita, ¿no podías enloquecer en un lugar un poco más... cercano? Me hiciste reír. Me reí a carcajadas. Empezamos a caminar por el sendero hacia el comedor y solo con caminar a tu lado, solo con caminar al lado de alguien como tú, ya estaba tranquila, incluso algo avergonzada de haberte obligado a ir hasta Malkiya; yo era la causante de ese drama, y cuando me preguntaste: ¿Qué ha pasado, me lo vas a contar?, dije: Déjalo, ya ha pasado, pero tú –solo tenías dieciocho años, ¿cómo podías ser tan sabia?– insististe diciendo: No se te pasará de verdad hasta que me lo cuentes, y yo dije: Mira, aquí está el pequeño zoo y allí la casa de los niños, ¿sabes que todavía duermen juntos y no con los padres? Y aquí la piscina, que solo está abierta de mayo a octubre, y esta es la fábrica, una fábrica de juguetes, qué maravilla crecer en un kibutz donde hay una fábrica como esa...

Pero tú no prestabas atención a todo lo que te iba mostrando. Atendías educadamente esperando a que me desmoronase, cosa que, finalmente, ocurrió en la entrada de la tienda. Íbamos a entrar, quería comprar alguna bebida para ti después del largo viaje, pero me detuviste diciendo: Ven, vamos a sentarnos un rato, así que nos sentamos en el bordillo y me pusiste una mano en el hombro, no una mano segura sino temerosa, vacilante –¿cuánta experiencia de crisis compartidas teníamos ya entonces?–, sin embargo la vacilación de tu mano hizo que me viniera abajo, me eché a llorar y entre sollozo y sollozo intentaba explicarme: No sé lo que me ha ocurrido estos últimos días, Neta, pero me asusta, es como si... en nuestro interior, en el corazón, en el alma, hubiera algo que uniera todas nuestras partes, algo que recuerda, guía, organiza, donde todo viene y a donde

todo va, una especie de sustancia, eso que en esencia somos, una suerte de columna vertebral pero no de hueso sino de sentimiento, ¿entiendes?

Recuerdo que asentiste. Fue muy generoso por tu parte. Porque seguro que no entendiste nada de nada. Es como la autoestima, seguí intentando explicarme, pero además, es la confianza en el hecho de que existe un yo, de que hay alguna cosa estable en todo este... lío de ser una persona, algo en lo que puedes confiar para leer la realidad, que la traducirá tal como es. Y estos últimos días, ese algo... se me ha desintegrado. Yo me he desintegrado. Una chica que soy yo está sentada en una butaca y... tenemos prohibido leer, Neta. Prohibido escuchar la radio. No tengo ninguna amiga. Todo este curso ha sido un error. Yo ya no sé..., ella ya no sabe..., aquí, ¿ves?, se me desintegra, no consigo ni terminar una frase..., a mamá también..., antes de que..., antes de que se la llevaran... dejaba las frases a la mitad, como si al llegar a la mitad olvidara el principio..., o el final..., no sé...

Pero eso, esa cosa, la columna vertebral de la que hablabas, aún no se ha desintegrado del todo –dijiste–, la prueba es que has tenido la suficiente lucidez para telefonarme.

Sí, es cierto. He tenido..., he tenido una idea.

¿Una idea?

He pensado que a lo mejor... podrías contarme cosas de mí.

¿Contarte cosas de ti?

Quizás así podré recordar quién soy.

OK. Te volviste hacia mí con un gesto brusco, me cogiste por los hombros y me clavaste los ojos que antes no se habían atrevido a mirarme directamente–, y me dijiste: No hay problema, te hablaré de ti. Y me di cuenta de que estabas aliviada porque de lanzar discursos al aire había pasado a hacerte una petición concreta. Realizable.

Había una vez una niña llamada Hani, empezaste. Y cuando Alon Geva, el profesor de Biblia de primero de bachiller, propuso en clase someter a juicio al rey David por lo sucedido con Betsabé y Urías el hitita y preguntó quién estaba dispuesto a participar, solo ella y yo levantamos la mano. Entonces Alon Geva dijo: Si es así, Neta representará a la fiscalía y Hani a la defensa. ¿Qué es la fiscalía?, preguntó la niña llamada Hani. Y toda la clase se echó a reír, pero yo pensé que esa niña era muy valiente para admitir ante toda una clase que había algo que no sabía. Por eso la invité a mi casa para preparar el juicio. Por primera vez en la historia de los tribunales hebreos, la acusación y la defensa trabajaron juntas.

¡Es verdad!, interrumpí, con ese recuerdo extraído de la memoria.

Nos reunimos en mi casa la primera vez –continuaste– porque Hani dijo que su casa era demasiado triste. Yo hubiera querido decir: De todos modos, quizás prefiero ir a la tuya porque mi madre es mala. Sin embargo, no lo dije. La verdad es que entonces no pensaba en mi madre en esos términos. Cada familia es un mundo en sí mismo y a veces alguien tiene que aterrizar desde otro mundo para comprenderlo. Esa niña –Hani– fue la causa de que me diera cuenta. Después de la segunda visita a mi mundo, me dijo: ¿Sabes?, tu madre se comporta contigo como una madrastra. Se me cortó la respiración. Porque nadie antes se había atrevido a decírmelo así, directamente, a la cara, en serio.

Y luego dijiste: Uf, Hani, vas a ganarme en el juicio. Eres realmente una buena defensora.

Es cierto.

Lo siento, Netush, te he interrumpido. Continúa.

¿Pero sirve para algo?

Creo que sí.

OK, entonces una vez..., una vez esa Hani de la que estamos hablando diseñó e imprimió una nueva carta de menús para el Octopus a espaldas del dueño, la llevó a una sola mesa y, al terminar la noche, le mostró al dueño que esa mesa era la que más había consumido y de ese modo lo convenció para diseñar de nuevo todos los menús. Y otra vez no muy lejos de aquí, en el kibutz Menara, en plena recolección de la manzana, un voluntario argentino llamado Enrique fue con su guitarra bajo el árbol de Hani y le cantó *Something in the way* de los Beatles con un fuerte acento español, y cuando terminó todos los recolectores aplaudieron, él esperaba un beso, pero a Hani nunca le gustó bailar al son de los demás, así que le dedicó una sonrisa divina y volvió a recoger manzanas, reservó sus besos para la noche en la habitación de él, para el lugar y el momento en que serían auténticos, privados, no públicos. Y otra vez...

*

Seguiste contando cosas de mí hasta que me viste más tranquila. A continuación, te pusiste de pie y dijiste que habías prometido a tu madre que llegarías a la cena del viernes, y yo dije: Pero ya no hay autobuses, y tú respondiste: No te preocupes, haré autostop, y yo dije: No hay nadie por la carretera a estas horas, y tú respondiste: Ya me las arreglaré, y en efecto, nada más llegar a la puerta salía un tipo de la fábrica de juguetes y estuvo encantado de llevar a la guapa autostopista a Jerusalén pues, vaya coincidencia, iba justo allí. Antes de montar en el coche me abrazaste por última vez, me cogiste por los hombros y dijiste: ¿Me prometes que estarás bien? Y yo lo prometí. Y estuve bien.

Es un poco humillante que te vuelva a necesitar exactamente igual después de veinte años y pico, porque me gustaría creer que el tiempo transcurrido desde entonces ha tenido un sentido. Un marido. Dos hijos. Una habitación propia. Todo lo que me ha proporcionado una cierta estabilidad no avanza, sino que se mueve en círculos. Y nos condena a caer una y otra vez en los mismos agujeros.

*

Te mando esta carta. No hay nada más insoportable que las historias y las películas en las que al final se descubre que las cartas nunca se han enviado. Es lo peor.

Pero no te veas obligada a responderme, Neta. Aunque haya diseminado una gran cantidad de signos de interrogación a todo lo largo y lo ancho, la verdad es no espero tu respuesta, no necesito un abogado defensor. Ni mucho menos un fiscal. Lo que de verdad necesito es un testigo.

Tenía necesidad de escribirle toda esta historia a alguien, sin censurar nada, para creer que lo de Eviatar ha ocurrido de verdad. O al menos, creer que lo imaginé de verdad. Que estaba hasta tal punto desesperada que necesitaba inventarlo de verdad.

*

Acabo de releer la carta desde el principio. He intentado verla con tus ojos *middletownianos* y he pensado que, de estar en tu lugar, habría despertado en mí una gran preocupación. Tal vez incluso como para dejarlo todo y volar a Israel, aquí conmigo, abrazarme fuerte y pedirme que te prometa estar bien.

No sé. Quizás me haya dejado llevar un poco por la escritura, quizás hay algo en ella que hace

que todo sea más intenso, o quizás todos los obituarios y esos paréntesis históricos eran ciertos a las nueve de la mañana y el hecho de haberte escrito, el hecho de que estuvieras conmigo mientras escribía, ya me ha tranquilizado un poco (el miedo a enloquecer es así, no es solo el resultado de la soledad, sino que también es la causa. Te aprisiona en una sucesión de pensamientos tóxicos que debes esconder al mundo, una sucesión de pensamientos que te envuelven hasta asfixiarte...).

De todos modos, ya no son las nueve de la mañana. Dentro de diez minutos tengo que salir a recoger a Liri y a Nimrod a la escuela. Si no traigo a mis dos polluelos al nido, nadie lo hará. ¡Nadie! Es inconcebible. De camino pasaré por correos, compraré sellos, los pegaré a la carta y se la entregaré al empleado. Después iré al súper a comprar pechugas de pollo para rebozar, congelar y prepararlas para cuando haga falta. Y todo irá bien. Creo.

Asaf se va esta noche. Esta vez es un viaje corto. Una sola noche.

Cuando los niños se hayan dormido, haremos el amor. Es una especie de tradición: le tatúo en el cuerpo un recuerdo que permanece cuando no está conmigo.

Entre nosotros no hay pocos momentos de gracia, aunque mi carta los niega. La realidad de nuestro matrimonio es mucho más escurridiza que la que te he presentado. Está también la realidad económica.

Por la mañana llamaré al estudio Werbin. Amikan tiene debilidad por mí. Siempre la ha tenido. Querrá que vuelva al trabajo. Si hasta ahora no he abierto ya mi propio estudio, es poco probable que lo haga. Lo más importante en este momento es salir de casa antes de que una de estas noches haya tres lechuzas en el árbol...

Seguramente cada una de nosotras tiene la dosis de soledad que puede sobrellevar. Había olvidado que yo –con mi historial familiar– debo estar atenta. Caí demasiado hondo dentro de mí misma y ahora necesito emerger de nuevo.

¿Cruzarás los dedos por mí? Las paredes del pozo son demasiado lisas.

Tuya,

Hani

P. D.: De todos modos, sería agradable que me escribieras unas líneas. Para que sepa que estás viva.

Quizás podrías compartir conmigo un secreto tuyo.

Imposible que no tengas uno. No hay mujer que no lo tenga.

TERCER PISO

Sé que es raro. Y sin embargo, Mijael, necesito hablar contigo. No tengo a nadie más, aparte de ti, para compartir esta carga. Durante semanas me he estado preguntando cómo dirigirme a ti sin sentirme ridícula. No iré al cementerio a hablar con una lápida, como si fuera una loca, ni escribiré cartas dirigidas al Paraíso, calle de Las Almas Puras, ni visitaré a una médium para que haga aparecer tu rostro en una bola de cristal o deslice un vaso sobre una tabla con las letras del alfabeto. Ese no es mi camino. No es nuestro camino. No obstante, la necesidad de hablar contigo existe. Y últimamente han ocurrido acontecimientos que la han hecho urgente.

Hace unos días, mientras estaba clasificando los objetos en tu estudio y me preguntaba cuáles irían a la basura y cuáles a las cajas de cartón para la mudanza (de lo cual te hablaré en breve), en un cajón olvidado encontré un contestador automático antiguo, cubierto de una capa de polvo.

Interrumpí la clasificación –ya sabes lo fácil que es convencerme de que abandone las tareas domésticas–, conecté el contestador automático al teléfono y marqué nuestro número. Después de cuatro tonos de llamada, la cinta se puso en marcha y tu voz segura y cálida resonó por la casa: Hola, has llamado a la familia Adelman. Deja tu mensaje después de la señal y te llamaremos en cuanto podamos.

Hacía un año que no oía esa voz. De hecho, más de un año. En las últimas semanas de vida, tu voz era otra, más suave. Menos intransigente. Cuanto más te acercabas a la muerte, más dispuesto estabas a considerar la posibilidad de que cometías un error. De que te habías equivocado desde el principio.

Pero tu antigua voz surgía del contestador. Cuando terminaste el mensaje, se oyó un pitido seguido de un largo silencio. Un silencio que reclama ser llenado.

Hice algunas pruebas más, por supuesto: medí el tiempo que transcurre desde que tu voz deja de hablar hasta los tres pitidos que marcan el fin del mensaje (dos minutos). Verifiqué cuántas palabras se pueden decir en dos minutos (entre doscientas y doscientas cincuenta, según el ritmo del discurso. El mío se ha vuelto más lento desde que te fuiste). Pero ya he tomado la decisión fundamental: hablaré contigo así. Te dejaré un mensaje tras otro en el contestador automático.

Comprendo que este procedimiento no es menos absurdo que los que mencioné antes. Ninguna persona razonable lo utilizaría. Pero cuando oigo tu voz, puedo acallar por unos instantes a la jueza que llevo dentro y que me acusa: «Débora, estás haciendo el ridículo», y llenar el espacio que pide, casi exige, ser llenado.

Amor mío –te llamé así muy pocas veces–, antes de contarte lo que ocurre en mi vida, seguro que quieres saber lo que ocurre en nuestro país. Supongo que allá, en el lado oscuro, no tenéis noticias de última hora y sé lo importante que es para ti estar al día. ¡Las noticias!, exclamabas en el salón y subías el volumen de la radio, y ahora que no estás conmigo, soy yo la que a veces exclamo: ¡Las noticias! Y las paredes me devuelven mi voz como un eco.

Todo el país está cubierto de tiendas de campaña. Una muchacha plantó una tienda en la avenida Rothschild como protesta por el precio de los apartamentos y a su vez inspiró a otros con parecidas dificultades para plantar las suyas. Cada pareja de tiendas de campaña ha generado una tercera, y ahora en cada pueblo y ciudad, la avenida principal está ocupada por todo un

campamento, y cada sábado por la noche los jóvenes salen en tropel y se reúnen en las plazas para manifestarse a favor de la justicia social y de un nuevo país. Las manifestaciones se han retransmitido en directo por televisión; yo las miro y lamento que no esté conmigo para admirar este milagro. Estos jóvenes están confusos y sus discursos, embrollados. Sin embargo, hay en ellos una pasión que me recuerda a cuando tú y yo creíamos que íbamos a cambiar el mundo.

Hace unas tres semanas decidí actuar. ¿Cuántas veces hemos observado impacientes cómo la gente se reunía en las plazas gritando consignas importantes también para nosotros, pero nuestro trabajo nos impedía unirnos a ellos? Sin embargo, ahora, después de la jubilación, la puerta de la jaula ya está abierta. Entonces ¿por qué me quedo detrás de los barrotes?, me pregunté. ¿Por qué no voy en uno de los coches de los vecinos a la gran ciudad y me uno yo también a los manifestantes?

Empecé, por supuesto, con la familia Raziel. Abraham, como siempre, me dijo: Pasa, pasa, no te quedes ahí. Aunque se quedó en la puerta con los brazos cruzados tapando la entrada. Le dije que estaba interesada en saber si ellos irían a la manifestación. Preguntó: ¿Qué manifestación?

No pude ocultar mi estupor. Pregunté: ¿No escucháis las noticias? Y él balbuceó con desprecio: Ah, ah, nosotros no creemos en las manifestaciones. Además, cada sábado por la noche vienen unos amigos a jugar al póquer; es un compromiso fijo, inamovible.

¿Al póquer? No quise mostrarme enfadada. Aunque no lo conseguí.

Él se asustó. No jugamos con dinero, Débora, solo jugamos para pasarlo bien. Cada cual apuesta unas decenas de séqueles. No más.

No me pude aguantar. Le dije: Bueno, si esta noche ganas al póquer podrás pagar por fin los atrasos de la comunidad, y él al momento me miró: He solicitado un nuevo talonario de cheques; en cuanto llegue iré a tu casa.

Estupendo, dije tranquila y calmada, y me di la vuelta para irme mientras él me gritaba: ¡Que tengas una buena semana!

¿Cómo no le da vergüenza echar mano siempre de la misma excusa, Mijael? Vaya ingenuidad por mi parte pensar que alguien que no es capaz ni de pagar los gastos de la comunidad pueda demostrar una solidaridad social más amplia.

Bajé un piso. A través de la puerta de la familia Gat se oía hablar a los niños en voz alta. Dudé en llamar. Quizá no era el momento adecuado. Pero estaba decidida a llegar a tiempo a la manifestación fuese como fuese. Me abrió Hani con su pequeño en brazos y la niña, que le tiraba de la falda. Me disculpe por la hora, pero ella, con una sonrisa cansada, respondió: Una hora antes la situación no habría sido mejor.

Empecé: Querría saber...

Pero en ese momento la niña tiró con fuerza de la falda de Hani, que se escurrió dejando la cintura al descubierto y la parte de arriba de las bragas. Regañó a la niña. ¡Te he dicho que-no-lo-hagas! La apartó, se subió la falda, se mordió los labios, se excusó y preguntó: ¿Qué me estabas diciendo?

Quería preguntarte..., ¿vais a ir a la manifestación?

En primer lugar –dijo–, como podrás ver, aquí no existe el «vosotros», solo estoy yo. Asaf está en el extranjero. Me encantaría ir. Me parece muy importante. Pero no sé cómo voy a encontrar una canguro con tan poca antelación.

Lo entiendo.

Y mañana tengo que levantarme temprano, vuelvo a trabajar. Lo siento, Débora. ¿Has preguntado en casa de los Raziel?

Esta noche juegan al póquer.

Pues inténtalo abajo, en casa de Ruth o de la pareja de enfrente.

Señalé la otra puerta del rellano. ¿Y los Katz?

Están en Creta. Creo que regresan mañana.

Es curioso, hace unos días me pareció ver a alguien rondando por su casa, dije.

De repente, Hani se puso alerta, un destello distinto le brilló en los ojos y preguntó: ¿Estás segura?, ¿qué aspecto tenía?

Me exigió, casi me imploró, que le describiera a la persona que me parecía haber visto en casa de los Katz.

Intenté calmar su excitación. Le dije que las persianas estaban medio cerradas y no vi mucho.

Ella insistía: Pero de todos modos, ¿qué viste?

Quise decirle que era un día caluroso. Muy caluroso, y que no estaba segura de que no hubiera sido fruto de mi imaginación. Sin embargo, quedaba claro que no me dejaría en paz hasta obtener un testimonio completo, incluso aunque fuera poco fiable. Por eso le dije que me pareció que el hombre, si es que de un hombre se trataba, era muy flaco. Al principio pensé en la posibilidad de que fuera un ladrón y consideré si llamar a la policía, entonces vi que solo iba de un lado a otro del salón. Sin intención de robar nada. Llevaba una bolsa de deporte. Y no metió nada en ella.

Hani seguía alerta. ¿Una bolsa de deporte? ¿De qué color?

Dejó al niño en el suelo y apartó la mano de la niña, que volvió a tirarle de la falda. Parecía querer estar sola ante la decisiva información que estaba a punto de proporcionarle.

Le dije que tuve la impresión, que me pareció que la bolsa era verde. Quizás. Entonces me abrazó, Mijael. Me gustaría describirte detalladamente el abrazo, pero temo que los pitidos del contestador me interrumpen, y no se puede describir con pausas una experiencia continuada como un abrazo. Con tu permiso cuelgo y te llamo de nuevo.

Entre Hani y yo no hay una relación de abrazos. Ni siquiera hemos intercambiado un apretón de manos. Por eso, mi primera reacción fue quedarme petrificada entre sus brazos. La sorpresa me impidió moverme. Sin embargo, ella no se soltó ni se echó para atrás, lo que habría hecho la mayoría de la gente si el abrazo no hubiera sido correspondido. Todo lo contrario, aumentó la presión de las manos sobre mi espalda, las hundió entre mis omoplatos, se arrimó a mí, o yo a ella, hasta que quedamos entrelazadas. Poco a poco, mi cuerpo se fue fundiendo con el suyo, la espalda y el pecho se hundieron en su abrazo, y mi resistencia se desvaneció.

¿Entiendes, Mijael? Desde que te fuiste, nadie ha vuelto a abrazarme. Nadie me ha tocado con tanta dulzura. De improviso se presentaba una oportunidad inesperada para librarme por fin del esfuerzo de soportar yo sola mi soledad.

¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!, me dijo Hani separándose de mí. Con las manos aún en mi cintura, deshizo el abrazo tan repentinamente como lo había iniciado. Me quedé llena de perplejidad. De incertidumbre. Anhelante.

Ella dijo: No tienes ni idea de lo importante que es para mí lo que acabas de contarme. Estas últimas semanas yo... había perdido la fe en mí o, mejor dicho, la fe en que yo misma exista, ¿entiendes? Y que tú también lo hayas visto..., ¿entiendes? Que tuviera una bolsa verde significa que existe la posibilidad de que no llegue la tercera lechuga, ¿entiendes?

No entendí nada de nada. No entendí quién podría ser el hombre flaco. Ni qué podría estar haciendo en casa de los Katz. Ni qué relación podría tener con unas lechuzas. Aun así, asentí, comprensiva. Porque las sensaciones que había descrito no me eran extrañas. A mí me ocurrió lo mismo al acabar el permiso de maternidad de Adar. Por eso volví tan pronto al trabajo. Sentí que en el transcurso de las largas horas en casa algo se me iba de las manos. Que la renuncia se iba difundiendo entre los intersticios de mis órganos internos. Sentí el deseo de abandonarlo todo y de sumergirme, de entregarme a la llamada de las sirenas de la tristeza. Fue aterrador y me sentí tan culpable, Mijael, que no pude hablarlo contigo. Aunque esa es una de las razones por las que no quise más. Hijos, quiero decir. Bastó con echar un vistazo al abismo por encima del cual se extiende el fino hilo de la cordura; no estaba segura de que un segundo vistazo a ese abismo no terminara en caída. Por eso volví al trabajo, por lo menos allí tenía claras las reglas.

¿De verdad te sorprende oír todo esto, Mijael? Creo que no. Creo que de todos estos años que hemos pasado juntos no hay nada que yo pueda contarte que pueda sorprenderte. En estos mensajes que dejo no revelaré grandes secretos del pasado. Porque ¿cuál es el mayor secreto que una persona puede esconder al mundo? El secreto de su vulnerabilidad. Y ese secreto te lo he revelado cada día.

En cuanto a lo que ha ido aconteciendo desde que te fuiste, supongo que por lo menos te hará levantar una ceja. Pero cada cosa a su tiempo. Siempre te ha gustado que te cuenten una historia como es debido. Inicio, desarrollo y, al menos, una conclusión.

Hani dijo: Deja que haga unas llamadas. Si consigo encontrar una canguro, iré contigo.

Yo dije: De acuerdo. Quise decir algo más. Por ejemplo: Está bien que hayas vuelto a trabajar. O: Si te ataca de nuevo el pánico al fino hilo de la cordura, estás invitada a tomar una taza de té en mi casa. Una taza de té en el momento oportuno puede obrar milagros. Pero Hani ya había sido arrastrada por su hija hacia el interior de la casa, tragada entre sus brazos como un pez por una anémona.

Por eso no dije nada.

Y bajé otro piso.

Ruth acababa de terminar la *shivá*, los siete días de duelo por Hermann. Preferí llamar a la puerta de la abogada que vive enfrente. Una fracción de segundo antes de llamar, oí una voz masculina que hizo que mi dedo se quedara petrificado en el aire antes de pulsar el timbre. No por lo que decía. La mayor parte de las palabras eran incomprensibles más allá de la puerta blindada. Era el tono: tú también lo habrías reconocido fácilmente al instante; en general, sale de la boca de los culpables, entre el veredicto y la sentencia.

El marido de la abogada estaba suplicando indulgencia. Cuando una mujer suplica, llora. Cuando antes de la sentencia, lo hace un hombre, el cuerpo entero se le contrae en un intento por no llorar; también se le rompe la voz, pasa de baja a aguda, como si de golpe regresara a la adolescencia.

La abogada le respondió. Con un tono glacial. Firme. Insensible. Él volvió a suplicarle en voz más alta. Más desesperada. Oí el crujido de una silla. Y luego los pasos de él. Siempre es así. El que implora necesita moverse. El destinatario de la súplica se queda sentado. El marido de la abogada alzó la voz. Dijo: «Pero Ayelet...», y no pude oír lo que seguía. El ruido del exterior amortiguó el sonido. Pero fue suficiente. Solté la mano y volví sobre mis pasos. Sabía que si llamaba a la puerta iba a verme envuelta a mi pesar en su drama privado.

Ya me he dado cuenta, Mijael, de que mi sola presencia despierta en las personas un impulso

incontrolable de buscar razones. Me lo puedo imaginar: después del primer desconcierto, reconocerían la oportunidad que se les presenta, me invitarían a entrar y me mostrarían pruebas y evidencias. Seguro que él le ha puesto los cuernos. ¿Qué otra cosa puede llevar a un hombre a aceptar la culpa y a una mujer –cualquier mujer– a convertirse en juez? O no, quizás se trate de algo distinto. Se encuentran en un punto de la vida, con los niños pequeños y los distintos intereses de la pareja confrontados, en el que la lista de agravios que cada uno guarda en su corazón contra el otro se alarga cada día más.

De todos modos, sabía que al final me pedirían una sentencia, y yo no quería dictarla. Una de las grandes ventajas de la jubilación es que ya no estás obligada a decidir los destinos ajenos. Además, iba de camino a la manifestación.

Tampoco probé en casa de Ruth. Sabía que si entraba en su casa, tendría que quedarme. Consolarla. Mirar los álbumes de fotos de ella y Hermann. Seguro que me prepararía una taza de té acompañada de *strudel* y, en resumidas cuentas, habríamos contemplado la manifestación en la televisión como un par de viejas viudas.

En su lugar, pedí un taxi.

Sé que tú no habrías estado dispuesto a pagar cien séqueles para ir a Tel Aviv.

Pero yo sí, Mijael. Qué se le va a hacer, ahora soy yo la que toma las decisiones en casa.

Tranquilo. No te acuso de tacañería. No eres un tacaño. No digo que lo seas. Considero que después de todo siempre intentaste ser responsable desde el punto de vista económico. Sin embargo, ahora que te has ido, no le encuentro sentido a agregar un céntimo a otro. ¿Para qué? ¿Para quién? Adar ya no necesita nuestra ayuda. Nuestro dinero se acumula en el banco y a nosotros se nos termina el tiempo para gozar de él.

Así que pedí un taxi. Privado. Y por cierto, costó ciento veinte séqueles, no cien.

Maldita sea, qué importante es tu opinión para mí.

El taxi que me llevaba a Tel Aviv se detuvo en un punto de control en Ibn Gabirol, y el conductor dijo: Lo siento, señora, tendrá que seguir a pie, la policía ha cerrado todas las vías de acceso debido a la manifestación. Le dije: No hay problema, déjeme aquí, y me uní a la multitud que se dirigía a pie a la calle Kaplan, donde estaba previsto el escenario principal. Me gustó descubrir varias cabezas canas. De vez en cuando, una chica o un chico empezaban a cantar una canción y otros se les unían. Palabras como «justicia» e «igualdad» flotaban en el aire, pero también había palabras huecas y alguna gente asustada que no entendía de qué iba todo ese alboroto.

En ese punto, la marcha aún era placentera. Soplaban una agradable brisa marina. Caminaba por la calle Pinkas y de pronto me asaltaron los recuerdos de la infancia. De la tuya, por supuesto. Siempre pensé que eran más dignos de conservar que los de la mía. ¿Ves?, aquí, donde está este edificio, había un descampado donde jugabais al fútbol con un balón hecho con trapos. Tú eras el árbitro, claro, y tus decisiones eran aceptadas por ambos equipos. Encima de este árbol, donde empieza la calle Dubnov, construisteis una gran casa de madera –o al menos, así os parecía en aquel entonces–, adonde ibais al salir de clase. Y ahí, en esa esquina, te caíste de la bicicleta y te rompiste un hombro. No lloraste, qué va. Tu padre te dejó bien claro que los hombres de la familia Adelman no lloran. Guardaste todas las lágrimas en el pecho durante veinte años, hasta que me conociste.

A medida que me acercaba al cruce con la calle Kaplan, más difícil se me hacía avanzar. Había

mucha gente. La brisa dejó de soplar. No había ni un resquicio por donde colarse. Me costaba respirar; necesitaba encontrar un banco para sentarme. Inspirar y espirar. Estaba furiosa conmigo misma por no haberme puesto una ropa más cómoda. ¿Quién lleva una chaqueta en pleno verano? Me di la vuelta con la intención de dirigirme al oeste, en dirección al mar, para alejarme de la multitud, pero la gente que quería entrar a la calle presionaba con fuerza y no conseguía caminar a contracorriente. La verdad es que ni siquiera podía andar. Estaba aprisionada por la multitud. Me latía el corazón violentamente; tenía la garganta seca, la gente empujaba, tiraba de mí en todas las direcciones, me aplastaba. Si hubieras estado conmigo, Mijael, te habrías abierto paso con tus fuertes brazos, me habrías protegido de la gente y me habrías reanimado. Pero no estabas. Estaba absolutamente sola, Mijael, y las rodillas se me bloquearon, las piernas se quedaron paralizadas en el mismo lugar, el aire dejó de fluir a mis pulmones, o desde mis pulmones; sea como fuere, de repente me faltó el aire...

Lo último que recuerdo fueron las mejillas sin afeitar del joven que, inclinado sobre mí, me dijo: Señora, ¿está usted bien?

Me desperté junto a una tienda de campaña.

Me rodeaban varios chicos. Parecían preocupados.

Una voz dijo: ¡Ha abierto los ojos! Otra voz gritó: ¡Traedle agua!

Con cuidado me quitaron la chaqueta. Me trajeron agua. Me pidieron que levantara la cabeza para colocarme debajo dos cojines para que pudiera llevarme el vaso a la boca. Bebí unos sorbos. Solo entonces mis ojos se abrieron y me di cuenta de que me encontraba tendida en medio de un salón improvisado –finas alfombras, sillones rotos, algunos cojines–, y que ese salón improvisado se encontraba en el centro de la avenida Rothschild.

Pregunté: ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Me lo explicaron: me había desvanecido al inicio de la calle Kaplan. Había perdido el sentido. Dos muchachos me levantaron y me llevaron en un *rickshaw* (parece que en Tel Aviv también hay *rickshaws*). Los accesos al hospital Ichilov estaban bloqueados, por lo que decidieron llevarme hasta la avenida mientras contactaban con un manifestante médico que vino rápidamente en bicicleta, me examinó y dictaminó que todo lo que necesitaba era reposo.

Dije: Gracias, creo que me iré a casa, y traté de incorporarme, pero un mareo me nubló los sentidos y me devolvió a los cojines.

Despacio, señora, me dijo una joven con el pelo peinado en una infinidad de trenzas diminutas poniéndome una mano en el hombro. Ha sufrido una experiencia traumática, tómese un tiempo para procesarla.

Sí, Mijael, de entre todas las tiendas de campaña del mundo, fui a parar a la de los psicólogos. ¿Te lo puedes creer?

Cuando me hube recuperado un poco y pude incorporarme, me fijé en los carteles colgados a mi alrededor. «Estamos con el agua hasta el cuello», «Psicología de pacotilla», «La justicia social está en nuestras manos». Pregunté, y la chica de las trencitas me explicó que a lo largo de la avenida había todo tipo de grupos. Todos ellos se unían a la protesta, pero cada uno con su propia reivindicación. En la tienda en la que me encontraba se reunían psicólogos internos residentes de todo el país para protestar por las malas condiciones salariales de la profesión en el servicio público.

Me llenó un segundo vaso de agua y me dijo: ¡Beba, es importante! Mientras yo bebía, ella

siguió explicando: Como parte de la protesta, hemos transformado la tienda de campaña en un centro terapéutico que ofrece a todos los manifestantes de la avenida apoyo psicológico gratuito, una especie de primeros auxilios. Señaló con la cabeza una mesita de pícnic tambaleante a unos metros de nosotras y dijo: Solo tiene que apuntarse aquí.

Pregunté qué ocurría después de apuntarse y mi voz sonó extraña, como si fuera de otra mujer. Respondió que, una vez apuntada, te asignan a uno de los internos residentes que están en la tienda. Los primeros días el flujo de solicitantes fue escaso, pero después –subrayó con orgullo– no daban abasto con la demanda y trabajaban incluso por la noche. Habían tenido que parar unas horas a causa de la manifestación, pero a partir de medianoche reemprenderían de nuevo las consultas.

Me dijo: Puede quedarse a descansar en el colchón, y añadió: No nos molesta en absoluto. Aquí, la privacidad tampoco es gran cosa.

Querría haberle dicho: Mira, de verdad sois muy amables; debido a mi trabajo he conocido principalmente a violadores y asesinos, por eso es bueno recordar que en nuestro país también hay jóvenes como vosotros; sin embargo, con el debido respeto, ya es tarde y me esperan en casa...

Pero entonces, justo allí, en ese salón improvisado, envuelta en los incesantes bocinazos de los coches, empezó a brotar en mí una certidumbre, que debería haber germinado hace mucho y que no entiendo cómo he sido capaz de posponerla durante más de un año: en casa no me esperaba nadie.

A media noche, los pacientes empezaron a entrar en la tienda. Primero iban a la mesa de recepción, allí se les asignaba a un terapeuta que los conducía a una de las dos tiendas o a un banco cercano en el paseo. Desde donde yo estaba acostada podía oír con claridad fragmentos de conversación. No solo desde el banco, sino también desde las dos tiendas, que estaban abiertas y eran de una tela fina; además, en una de ellas había una ventana para que entrara el aire.

No quería escuchar las conversaciones. Ya sabes bien qué opino, qué opinamos, de la psicología. Sobre todo después de lo ocurrido con Adar. Pero me encontraba allí, acostada en el colchón, sin nada más que hacer que escuchar (te lo ruego, Mijael, considéralo un atenuante). Lo admito y lo confieso: me sorprendí. Por partida doble.

La primera sorpresa fue la determinación, por no decir la pasión, de los que entraban en la tienda y exponían su vida privada a un extraño en un espacio totalmente abierto. ¿Es que esa gente no tiene parientes o amigos con los que poder hablar con discreción?

En el banco cercano, por ejemplo, estaba sentada una mujer. De más o menos cincuenta años. Le contaba al psicólogo que hacía ya veinte años que trabajaba en una de las oficinas de la avenida y, desde que había empezado la protesta, sintió que crecía en ella un odio violento hacia sus jefes. Le decía: Ellos se llenan los bolsillos y a nosotros nos dan las migajas; luego, aunque hacía solo unos minutos que conocía al psicólogo, añadió: Estos últimos días tengo unos pensamientos espantosos. Los pegaría, les haría daño. Les pondría matarratas en el café o algo así. No consigo librarme de estos pensamientos. Y no sé qué hacer.

No pude oír la respuesta del terapeuta. Un grupo de unos cien corredores que llevaban camisetas con el eslogan «Corremos por una vivienda» cruzaron la avenida al galope. El terapeuta y la paciente siguieron hablando como si los cuerpos sudorosos que pasaban entre ellos fueran lo más normal del mundo. Yo, en cambio, estaba muerta de miedo por si uno de los corredores me pisoteara por error, y solo cuando pasó el último, me puse a escuchar de nuevo. Sin embargo,

había perdido el hilo de la conversación, por lo que desplacé mi atención al diálogo que mantenían en la otra tienda de campaña. La de la ventana.

Un hombre explicaba a la terapeuta, de la que solo podía ver las pantorrillas, que hacía veinte años que estaba casado con una mujer, pero que también le atraían los hombres. Ni su mujer ni sus hijos lo sabían, tampoco ninguno de sus amigos, pero a veces iba a los lugares donde podía satisfacer ese deseo suyo. Dijo a la terapeuta: No espero que me dé una solución, la verdad es que no creo que la haya. Pero llevar siempre el peso de un secreto así... es tan..., ¿entiende? El solo hecho de hablar con usted aquí..., ¿entiende?

Las sesiones continuaron durante toda la noche, y yo las seguí escuchando a escondidas, oscilando como un péndulo entre el asombro y la conmoción: asombrada por la rapidez con que las personas exponen sus interioridades a oídos de todos, y conmocionada exactamente por lo mismo. Mientras se llevaban a cabo las sesiones, pasaban junto a nosotros, a veces justo por el medio, las procesiones más variopintas. En el improvisado e indefinido salón en el que nos encontrábamos, a veces irrumpían borrachos, vagabundos o simplemente desvergonzados que querían hacer oír su voz. Aunque eso parecía no molestar a los que estaban allí buscando apoyo. Impasibles, continuaron informando a toda la avenida de sus perversiones sexuales, sus adicciones o las mentiras que les contaban a sus seres queridos.

Poco a poco empezó a cristalizar en mí, Mijael, una conclusión rotunda: no se trata de casos aislados, sino de un fenómeno generalizado. Al parecer, en los últimos años, la frontera entre «privado» y «público», o entre «dentro» y «fuera», se ha movido, y nadie nos ha informado de ello. Tal vez incluso se haya borrado.

La segunda sorpresa fue la reacción de los que se llamaban a sí mismos «terapeutas», y aquí también oscilé entre el asombro y la conmoción. Asombro por su juventud (¡llevaban pantalón corto, Mijael! Tan alejados de la imagen del señor mayor con pipa que imaginaba mientras conversaba con Adar), por su capacidad para escuchar, escuchar de verdad, en medio del constante alboroto de la avenida, y por su sincero deseo de atender a quienes se dirigían a ellos.

¿Qué es lo que me conmociona? Que ni una sola vez esos profesionales opinaron sobre la moralidad de los comportamientos desviados expuestos ante ellos. ¡Ni una sola vez! Quizás el ejemplo más flagrante fue el de una joven delgada que se sentó en el banco hacia las dos de la madrugada y explicó a la terapeuta que sentía una intensa atracción sexual por su hermano mayor. La terapeuta escuchaba. Y escuchaba. Finalmente solo dijo: Es bueno que puedas hablar de esto. Seguro que no es fácil vivir con un sentimiento de este tipo.

¡Dios mío! Quería gritar: Esta chica está al borde del incesto. ¿Cómo no la adviertes de las consecuencias morales de un acto como ese? ¿Cómo no le explicas que incluso entre las tribus más remotas del Amazonas hay una prohibición absoluta de las relaciones sexuales intrafamiliares? Esto es lo único que necesita de verdad esta chica. Es esto lo que necesitan de verdad todos los pacientes que esperan su turno ante la tienda. Que les digan lo que está bien y lo que está mal. Y vosotros, en vez de sentenciar, les decís: Lo malo también es bueno y lo bueno también es malo. Alguien los ha escuchado sin juzgarlos. Alguien los apoya. Magnífico. Todos deseamos sentirnos apoyados. Pero, por la mañana, el dilema moral no resuelto volverá a atormentarlos de nuevo, esta vez con más intensidad porque ahora se ha desvelado, ha salido a la superficie.

Por supuesto no hice ningún comentario. Pensé que mi condición de invitada no me daba derecho a opinar.

Además, otra cosa me incitó a guardar silencio: esperaba que las sesiones que estaba escuchando me ayudasen a comprender mejor lo que deseaba comprender, a imaginar lo que deseaba imaginar: ¿qué pasó durante la terapia de Adar? ¿Cómo pudo suceder que, después de tres meses de sesiones con un psicólogo, decidiera que nosotros, sus padres, éramos los culpables de todos sus delitos y que era mejor para él alejarse de nosotros por un tiempo indeterminado?

Sé que no te gusta que hable de Adar. De haber estado aquí, habrías cambiado de tema. O te habrías encogido de hombros para dejar claro que para ti la conversación había concluido. Pero estás muerto, Mijael. Por eso, no te queda otra que escucharme hasta el fin.

No abrí la boca hasta la mañana siguiente.

Los habitantes de mi tienda de campaña se reunieron para preparar una declaración de cara al encuentro de representantes de todas las demás tiendas, que tendría lugar por la tarde en la avenida. Empezaron la reunión con lo que llamaban «sueño colectivo». Cada uno explicó su sueño de esa noche y juntos intentaron encontrar un nivel profundo común a todas las historias. El joven que dirigía la actividad explicó la idea de que cada historia contiene, además de elementos personales, otros aspectos que el mismo individuo sueña para toda la sociedad a la que pertenece.

También a mí me invitaron a compartir mi sueño, pero les expliqué que nunca los recuerdo, respuesta que obtuvo asentimientos profundos y significativos por parte de todos los que estaban sentados en círculo.

Una vez identificado el nivel profundo común a todos los sueños –el Holocausto, claro, no hace falta ser un buen psicólogo para saber que es y siempre será el nivel profundo de este país–, pasaron a formular la declaración. Hablaban muy bien, de verdad. Se escuchaban unos a otros casi como escuchaban a sus pacientes. Debo subrayar que hablaban un hebreo muy correcto. Sin embargo, la concreción estaba fuera de su alcance. En otras palabras: no tenían la más mínima idea de cómo conseguir lo que querían.

Aproveché un silencio para preguntar si podía decir algo.

Por supuesto, me respondieron.

Me incorporé. Mi cuerpo aún no se había repuesto del todo, pero afortunadamente me salió una voz clara y diáfana, como en el tribunal. Les dije: Sois unos soñadores. Creéis que aceptarán vuestras peticiones solo porque tenéis razón. Pero no funciona así. Si queréis cambiar las cosas, tendréis que hacerlo a través de la ley. O sea, a través del Parlamento. Con toda probabilidad, y en breve, los miembros de la Knéset querrán demostrar que son sensibles a las peticiones de los ciudadanos; sin embargo, a lo largo de la discusión, vosotros ni siquiera habéis considerado los aspectos legales de lo que os importa.

La chica con la melena trenzada, la que me había dado de beber el día anterior, preguntó: ¿En qué se basa para decir algo así?

Sonreí. ¿Que en qué me baso? He sido jueza de distrito durante veinte años.

Después de ayudar a los psicólogos a formular un esquema de proyecto de ley, redactar dos recursos administrativos y preparar una lista ordenada de reivindicaciones para mejorar sus condiciones de empleo, basados en precedentes de los convenios salariales en otros sectores, por el campamento se extendió el rumor de que una jueza de distrito jubilada se encontraba en la avenida y ofrecía consulta gratuita. Y de este modo, Mijael, me encontré participando en reuniones

similares de médicos, estudiantes, residentes de barrios desfavorecidos de la ciudad, de regiones pobres del sur del país, gente de teatro. Su ignorancia respecto a cuestiones legales era vergonzosa. Nadie, sin excepción, conocía sus derechos, por lo que no me resultó particularmente difícil ayudarlos. Proporcionarles opciones para resolver los problemas que los inquietaban. Yo hablaba y ellos tomaban apuntes. Hacían preguntas. Más o menos inteligentes. El grano y la paja. El caos parecía ser uno de los elementos característicos de lo que ocurría en la avenida. Y había también elementos constantes: el aire estancado y húmedo, por ejemplo, que te daba la sensación de caminar a través de una sopa. O la chica de las trencitas, que me siguió durante toda la mañana, deambulando conmigo de tienda en tienda, y que de vez en cuando se aseguraba de procurarnos agua a las dos para calmar la sed.

Ir de una tienda a otra no era difícil en sí mismo. Sin embargo, la humedad era muy molesta, y los gases de los tubos de escape de los vehículos que circulaban por la avenida se te adherían a la piel, y después del encuentro agotador con la gente de teatro (insufrible, Mijael, todo agua de borrajas), me disculpé con mi acompañante y le dije que debía regresar a casa de inmediato para darme una ducha.

Ella protestó a gritos: ¡Pero, Débora, te esperan en otras tiendas! ¡La revolución te llama!

Bajé la vista. Fastidiada. Y ella añadió: No lejos de aquí hay una casa donde podemos ducharnos. Ven, te llevaré.

Te imagino mientras te pasas el dedo por el labio superior, como hacías siempre en la sala del tribunal cuando querías expresar duda, cuando un abogado o un imputado hacían declaraciones totalmente absurdas.

¿Que tu Débora acepta ducharse en la casa de unos extraños?

Precisamente yo, que siempre me he negado a pasar la noche en una casa ajena alegando que estaba acostumbrada a mi baño privado. Incluso en los hoteles llevo conmigo un neceser con mis jabones y cosméticos.

De modo que ¿iría en mitad del día, sin ropa de repuesto a una ducha apestosa que utilizaban todos los del campamento?

Las cosas estaban así, Mijael: me necesitaban. Hacía tanto que nadie me necesitaba... Tú estás en el lado de las sombras. Adar, vete a saber en qué lado está. Del despacho dejaron de llamarme para preguntarme dónde estaba esta o aquella carpeta. Y no hay nada más terrible que sentirse inútil, Mijael. Inútil por la mañana. Inútil al mediodía. Inútil por la tarde. Pero esa chica me dijo que era necesaria, imprescindible, que me estaban esperando.

Subí detrás de ella por las escaleras de un edificio de la avenida, parándome en cada rellano para recuperar el aliento. Debo confesar que pensé que se trataba de un apartamento de jóvenes, con las paredes llenas de agujeros de chinchetas y el suelo sucio y salpicado de colillas. En cambio, detrás de una sencilla puerta blindada, me encontré con un ático espacioso y amueblado con gusto. Un potente aire acondicionado refrescaba en el punto justo todas las habitaciones, y a través de las relucientes ventanas se veían los ficus de la avenida.

Vino a nuestro encuentro un señor mayor. La joven le sonrió: ¿Qué tal, Avner?, ¿va todo bien? El hombre respondió: Estupendo, Mor. Luego se volvió hacia mí, me tomó la mano, me la besó y se presentó: Avner Ashdot, ¿con quién tengo el gusto de hablar?

Retiré la mano y respondí: Débora.

Me di cuenta de que se quedaba esperando y añadí: Adelman.

¿La-jue-za-del-dis-tri-to-A-del-man?, dijo en un tono que no pude determinar si era de respeto

o de burla.

Dije: Disculpe, ¿nos conocemos?

Él sonrió y respondió: Podríamos decir que nuestros caminos se han cruzado.

Tampoco pude discernir si su sonrisa era agradable o siniestra.

Mor se aclaró la garganta y dijo: No me gustaría interrumpir el coqueteo, pero están esperando a Débora en la avenida. Nos ayuda en los aspectos legales de la lucha.

Avner Ashdot se me quedó mirando durante un largo rato y dijo: Espléndido, sencillamente espléndido.

Entonces Mor le preguntó si podía pasar a ducharme.

Y Avner Ashdot respondió: Claro, seguidme.

Tú, Mijael, siempre has afirmado que es escandaloso invertir miles de dólares en un baño. ¿Qué más se necesita en un baño sino agua corriente?, dictaminabas y añadías un par de palabras (en tus sentencias también te gustaba utilizar dos palabras cuando deseabas expresar tu reprobación): Enorme desperdicio. Puro exhibicionismo. Hedonismo enfermo.

Después de disfrutar de la ducha informatizada de Avner Ashdot, me gustaría añadir otro par de palabras: Puro placer.

Botones que regulan la temperatura caliente o fría, la potencia del chorro para poder llevarlo al punto exacto, no aproximado, que te convenga.

Un extractor que evita que el vapor se acumule en el baño.

Estanterías repletas de cosméticos, de lo bueno lo mejor. Un compartimento de aceites y otro de jabones naturales.

Velas perfumadas.

Mandos para cambiar el color del agua gracias a una iluminación subacuática multicolor.

Toallas suaves como el terciopelo.

Ya sé que todo esto te importa un comino.

Que esta profusión de detalles técnicos te parece innecesaria. Sin embargo, es necesario que entiendas, Mijael, cómo disfruté en esa ducha hasta el punto de olvidarme de salir, y muchos días después aún la recordaba con gusto. La deseaba.

Le dije a Avner Ashdot: Gracias. Su baño es maravilloso.

Y él respondió: *Any time*. Y extendió los brazos a lo largo del cuerpo. Tenía los brazos largos y delgados. Muy distintos a los tuyos.

Sentí la necesidad de añadir algo más, así que dije: Es muy generoso por su parte.

Y él dijo: Ya que no puedo dormir con ellos en las tiendas porque la espalda no me lo permite, esto es lo menos que puedo hacer.

Dije: No es poco.

Y él: Es lo mínimo. ¿Por qué no compartir, si se tiene?

Repetí: Es muy generoso por su parte. Me sentí avergonzada. Nunca repito la misma afirmación en tan poco tiempo.

¿Nos vamos?, preguntó Mor.

Y Avner Ashdot dijo: Es para usted, y me dio una tarjeta de visita. Tuve un instante de duda, ¿debía cogerla o no? Tuve la extraña sensación, inexplicable, de haber caído en una trampa. De haber dado un paso sin retorno. Pero Mor se removía inquieta. No era momento para dudas.

Así que la cogí.

Tenía aún la tarjeta en el bolsillo del pantalón cuando bajé del taxi que me dejó en casa. Respondo a tu pregunta: pasé otra noche más en el colchón de la avenida. Me reuní con todo tipo de personas interesadas en mis servicios. Descubrí que los manifestantes estaban trágicamente en conflicto entre ellos. Concerté nuevas citas para los días sucesivos. Fumé un cigarrillo. Fui a sesiones de reflexología. Toqué la guitarra. Bebí cerveza tibia y comí a base de pizza con salami. Lo sé, no crees en este tipo de metamorfosis repentinas. Pero primero, las metamorfosis rápidas son posibles cuando bajo la superficie brama algo esperando la oportunidad de explotar, y segundo, Mijael, todo esto sucedió. Tengo fotos que lo demuestran.

Más tarde me encontré frente a nuestro portal, mirando el edificio en el que hemos pasado veinticinco años de nuestra vida, y de pronto me pareció, cómo decirlo, miserable.

Más que miserable. Indignante. El aparcamiento ordenado. Numerado. Cada coche con el nombre de la empresa donde trabaja su propietario, impreso en el parachoques. Las plantas podadas con esmero a la entrada. El interfono recién renovado. Los buzones, ni uno roto. Ninguno con más de dos apellidos. Las bicicletas perfectamente alineadas. Con sus candados perfectamente cerrados. El silencio que tanto nos gustaba. Sin música estridente. Sin rumores de peleas en ningún piso. Insoportable.

Una isla de paz, llamabas orgulloso a nuestra periferia.

En ese momento me pareció una isla de embotamiento y conservadurismo. Una especie de... Burguistán.

Decías siempre: El día en que todo el país tenga este aspecto, limpio, ordenado, respetuoso con la ley, con ideas claras, sabremos que la visión de Herzl se ha hecho realidad y que el sionismo ha vencido.

En ese momento te habría respondido: El sionismo está perdiendo y mientras eso sucede, las personas de este edificio duermen. Y hasta que alguien no les tire abajo las paredes y no se despierten, nada cambiará.

Eso es lo que quería decirte, Mijael: me gustaría llamar a las puertas de todos, de Ruth, de Hani, de los Katz y de los Raziél, y decirles: Despertaos, habitantes de Burguistán, despertaos de vuestros juegos de póquer y de vuestro exceso de preocupación por los hijos, de vuestras patéticas traiciones que surgen del vacío en lugar del deseo. Despertaos del sofá demasiado cómodo frente al televisor y de vuestros asesores financieros que os aconsejan otro préstamo para comprar otro apartamento en un edificio como este en una periferia exactamente igual a esta. Despertaos de la falta de fe, de la falta de participación y de la falta de interés. Despertaos del exceso de vacaciones, del exceso de automóviles, del exceso de aparatos electrónicos y del exceso de actividades extraescolares para vuestros hijos. No lejos de aquí están sucediendo cosas muy importantes. Y vosotros estáis dormidos.

No dije nada de todo esto, por supuesto. No llamé a ninguna puerta. Tan pronto como crucé el portal, el edificio me atrapó. En el piso de enfrente de Ruth y Hermann, la pareja todavía discutía. De repente, uno de ellos se rio de desesperación. O tal vez lloró. No estoy segura. Me detuve en el segundo piso, en el rellano frente al apartamento de Hani. Por un momento consideré llamar a su puerta para pedirle un abrazo, aunque algo en ella me advirtió: no es el momento ni el lugar para tales gestos.

Pero al entrar en nuestra casa hice algo: la fotografié desde los mejores ángulos. Y la puse a la venta en Internet.

Sí, Mijael, en Internet. Estaba bien ser cautos cuando todavía trabajábamos. Era esencial tener una sola dirección de *correo electrónico*, la del trabajo, y evitar abrir páginas en redes sociales. Sin embargo, ahora, después de la jubilación, ¿para qué seguir escondiéndonos?

Y sí, Mijael, lo sé: no es una buena época para vender. Nunca lo ha sido, a tu entender. Y también sé que con el dinero que obtenga de nuestra espaciosa vivienda apenas podré adquirir un apartamento enano en Tel Aviv. Y que vender una casa no es una gestión fácil. Hay mucho sinvergüenza en el mercado.

También sé que no fuimos a vivir a Burguistán por casualidad. Yo también tengo claro que en la gran ciudad hay gente que tiene cuentas pendientes con nosotros. Personas que, cuando nos ven acercarnos, se ven obligadas a cruzar al otro lado de la calle. Fíjate, solo pasé un par de días por allí y ya me encontré con el ambiguo Avner Ashdot.

Todavía te oigo gritar: ¿Qué prisa hay? Tómame una taza de té. Sopesa con calma la cuestión. Decisiones de este tipo no se pueden tomar a la ligera, en un momento de euforia desconectada de la realidad.

Sin embargo, Mijael, la jornada vivida en el campamento ha sido la gota de agua que ha colmado mi vaso.

Tienes que entenderlo, Mijael, te percibo en cada rincón de la casa. Oigo tus pasos detrás de mí. Una pierna algo más ligera que la otra. Por la noche tiendo hacia tu lado en la cama. Te busco. Me hablas en la cabeza mientras veo la televisión. Expresas tu opinión, generalmente negativa, sobre la calidad del programa. Empecé a comprar pepinillos en vinagre meses después de que te fueras. Sí, también estás en la cocina. Tu olor, el olor de tu cuerpo, de improviso, se me hace presente entre los efluvios de los guisos. A veces, por error, aún pongo la mesa para dos. Cuando salgo, me separo de ti en mi corazón. Y cuando regreso, te saludo en mi corazón.

Aún más tremendos son los momentos en que ya no te siento, momentos que últimamente se han multiplicado. De pronto, no consigo recordar la forma de tus orejas. Para mi sorpresa, logro resolver un crucigrama sin ti. Desatascar el fregadero sin ti. Entonces siento el vacío en el lugar donde antes estabas. Siento que toda esta casa es un vacío en el que antes estábamos. Si me quedara en ella, caería presa en la telaraña de tu muerte, los hilos me envolverían y moriría como un insecto.

Por supuesto, me moriré de todos modos. La sentencia ya ha sido dictada. Si bien querría posponer su ejecución, vivir un poco más si es posible. Solo tengo sesenta y seis años, Señoría, ¿puedes entenderlo?

Después de que me pidieras en matrimonio a la orilla del mar, a la luz de la luna y después de aceptar —¿cómo no iba a hacerlo?, tenía diecinueve años, estaba perdidamente enamorada—, dijiste solemnemente: Mañana iremos a pedir el consentimiento a tu padre. Yo me eché a reír, y no de alegría: ¿A mi padre? No necesito su consentimiento para nada. No tiene ningún derecho a autorizar o no autorizar nuestra boda. Deberían estar agradecidos él y mamá si les mandamos una invitación.

Es decir, Mijael: en realidad no necesito tu consentimiento. Pero sí es importante para mí tu testimonio. Los cambios acaecidos en mi vida últimamente han sido tan repentinos y difíciles que

me cuesta creerlos. Solo cuando hablo contigo, cuando dejo otro mensaje en el contestador, estoy convencida de que son reales.

¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Gracias al anuncio en Internet, tuve la oportunidad de conocer a una amplísima variedad de tipos humanos. Cuánto he sentido que no pudieras observar conmigo el carnaval de personas interesadas en el piso que desfilaron por nuestra casa. La cinta es demasiado corta para que pueda describirte los treinta y dos personajes que se presentaron, así que voy a dividirlos en cinco grupos: los ofensivos, los renovadores, los negociadores, los agentes inmobiliarios y Avner Ashdot.

Los ofensivos entran en tu casa como un torbellino y, antes de estrecharte la mano o de dignarme a saludarte, ya están criticando: El edificio es viejo, ¿verdad? Hoy día ya no se construye así. A continuación van de habitación en habitación enumerando los defectos en voz alta: la cocina, pequeña; el salón, mal orientado; las paredes, muy finas; el baño, mal diseñado; el dormitorio, correcto, aunque da a la calle.

Consideras que hemos vivido muy bien aquí y sientes la necesidad de defender el lugar en que ha transcurrido gran parte de tu vida.

En ese punto, los ofensivos se sonrían por lo bajo, una clara señal de duda: ¿Qué tiene de agradable este lugar?

Los renovadores, en cambio, son personas con una visión. No ven el piso, ven las po-si-bi-li-da-des. Tan pronto como entran, ya tienen la cinta métrica en sus manos y lo reconstruyen todo de nuevo en su imaginación: Esta pared fuera. Aquí, pladur. Allá una pérgola. No hay más remedio que unir estas dos habitaciones. Y cerrar el balcón de atrás.

Para los renovadores, tu presencia es superflua, una leve interferencia en el camino a la felicidad. Cuando les dices que no pueden cerrar el balcón porque es ilegal, dicen (uno al otro, nunca se dirigen a ti): Bueno, tenemos conocidos en el ayuntamiento.

Los negociadores vienen a cerrar un trato. No pierden el tiempo. Después de un rápido recorrido por las habitaciones –ni siquiera entran en ellas; simplemente se quedan en el umbral y observan–, se sientan en el salón, te invitan a acompañarlos con un leve gesto de la mano, como si ellos fueran los dueños y tú la invitada, cruzan una pierna sobre la otra y dicen: ¿Hablamos de la parte desagradable?

La primera vez no lo entendí, Mijael, te lo juro. Me examiné la blusa con aprensión: ¿podría ser que la hubiera manchado sin darme cuenta? Puede pasar cuando vives sola. Nadie te advierte de que te has manchado. También me preocupé: quieren hablar de los desagües. O del inodoro. O del desagüe del inodoro. Y qué sabré yo de eso. Pero no. Por lo visto, la parte «desagradable» era la económica. Hablar de dinero significa negociar. Y negociar significa ofrecer una cantidad escandalosamente más baja que la del anuncio, junto con una declaración rotunda: Este es el precio real de su piso, señora.

Los agentes inmobiliarios siempre tienen la frente sudorosa. Se presentaron cinco. Todos con la frente sudorosa. Y todos trataron de convencerme de que necesitaba un agente inmobiliario. Nosotros haremos la primera criba; nos ocuparemos de que solo lleguen hasta usted las personas serias. Fue así como cavaron su propia tumba.

¿Entiendes, Mijael? No deseaba una criba en absoluto. Todo lo contrario. Estoy sola. Lo pasaba bien con cada uno de los visitantes. Los serios y los que no lo eran. Los educados y los groseros. Todo era preferible a mi voz resonando contra las paredes.

¿Y Avner Ashdot? Bien, él se merece un mensaje aparte.

Avner Ashdot me anunció de antemano su visita. Aunque no se identificó. Sabía que tenía que venir un señor mayor, aunque no esperaba que fuera él.

Cuando llegó, pregunté: ¿Cómo no me dijo por teléfono que se trataba de usted?

Él respondió: No esperaba que se acordara de mí.

Yo le dije: Venga, le enseñaré la casa. (Me conoces, Mijael, siempre combato mi confusión con la acción.)

Recorrimos toda la vivienda. Me seguía de habitación en habitación. Con la mirada penetrante, sin decir nada. Lo llevé al balcón de atrás. Le mostré las vistas. Pero seguía sin abrir la boca. Al entrar en el baño intenté romper el hielo: Bueno, es muy difícil superar su cuarto de baño. Pero no se rio.

No llevaba un cuaderno, aunque se veía que tenía uno en la cabeza en el que apuntaba con detalle todo cuanto le enseñaba. Finalmente dijo: El precio indicado en el anuncio es demasiado bajo.

¿Demasiado bajo?

Estoy dispuesto a comprar su piso por un veinte por ciento más.

Es muy generoso por su parte.

No es cuestión de generosidad, es una cuestión de economía. De momento, el mercado está estancado debido a la protesta, pero cuando termine, los precios volverán a subir.

¿Cómo puede estar tan seguro?

Así es en Israel. Las familias ricas y las pobres se parecen, todas quieren tener casa propia. Y, si es posible, una segunda como inversión. El territorio es pequeño. No hay suficiente tierra, por eso finalmente los precios deben subir.

Está bien.

Por cierto, he encontrado un piso para usted en Tel Aviv. Incluso le quedará un remanente.

Un momento, un momento, ¿cómo sabe usted que busco piso en Tel Aviv?

Tienes razón, Mijael, es necesario que te lo describa. Además, cuando te contaba mis dudas sobre un imputado siempre querías saber: ¿Qué aspecto tiene, Débora?

Alto, quizás eso es lo primero que se puede decir de Avner Ashdot. Alto, aunque no encorvado. De un hombre alto como él y de su edad, se podría esperar que estuviera encorvado como una C. Pero no, es recto como una I mayúscula. Se le nota la edad cuando anda. Derecho, pero no rápido. Podría decir que con un ritmo medido. Cada paso está calculado de antemano.

Debería haber comenzado por la ropa. Elegantisimo. Su elegancia no parece israelí. Como si después de haber pasado largos años en Europa, hubiera regresado hace poco a Israel y todavía no hubiera logrado encajar su vestuario con el descuido imperante entre nosotros. Camisa abotonada por dentro del pantalón, por supuesto. Un cinturón brillante con una gran hebilla. No querría ser el niño al que azotan con ese cinturón.

No menciono los azotes en vano. Se percibe en él, en Avner Ashdot, una violencia reprimida. Pero ¿dónde?, exiges saberlo. ¿Dónde exactamente se ve esa violencia? Lo intento, Mijael. Lo hago lo mejor que puedo. Trataré de saberlo. No siempre es posible contextualizar este tipo de cosas. A veces es solo una sensación. Una amenaza impalpable que flota en el ambiente. Quizás en los ojos. Son de un hermoso color. Azul. Aunque no son bonitos. No estimulan el deseo de mirarlos mucho tiempo. Al contrario. Estimulan el deseo de no mirarlos mucho tiempo.

Los fijó en mí y dijo: ¿Cómo he sabido que tiene la intención de mudarse a Tel Aviv? Digamos que... tengo mis fuentes. Y al cabo de un momento añadió: No espero que me invite a ducharme en su casa, Débora. Pero ¿podría ofrecerme un vaso de agua fría?

Y así, cada uno con su vaso de agua en la mano, como si de una copa de vino se tratara, empezamos la conversación.

Se alargó. Se alargó mucho.

Cada vez que intentaba redirigirlo de nuevo al asunto por el cual nos habíamos reunido, o sea, la compra del piso, Avner Ashdot relataba algo más que nos alejaba del lugar y el tiempo en que nos encontrábamos.

Resulta que ha trabajado varios años en el Ministerio de Defensa, por eso ha visitado muchos lugares del mundo y conoce culturas diversas. Lo que más le ha impresionado, lo que le sigue emocionando después de treinta años de viajar, es que cada cultura tiene sus normas. En París, por ejemplo, está completamente aceptado tener relaciones fuera del matrimonio. Parte de su trabajo era colocar dispositivos de escucha en las casas de altos funcionarios designados por nuestra inteligencia como objetivos, y ¿qué descubrió? La mayoría de conversaciones telefónicas de hombres y mujeres giraban en torno a sus enredos conyugales. En Italia, en cambio, son más conservadores en las relaciones personales; sin embargo, la corrupción económica y el dominio de la mafia en la vida cotidiana son un fenómeno asombroso. En Nápoles es imposible abrir una tienda de comestibles sin el beneplácito de la Camorra, y lo más sorprendente es que nadie se extraña por ello. Lo aceptan como parte inseparable de la vida...

Avner Ashdot siguió con la descripción de los muchos lugares que ha visitado y de los pecados que descubrió, y concluyó diciendo: Cuando has visto todo esto, comprendes que la ética es una cuestión completamente relativa. Y te vuelves un poco más indulgente. Con los demás y contigo mismo.

Le respondí: No sé si estoy de acuerdo contigo. De hecho, estoy segura de que no estoy de acuerdo contigo.

Él se rio y dijo: Si estuviera de acuerdo conmigo, Señoría, estaría preocupado. Luego dejó su vaso sobre la mesa. Y se levantó.

Dijo: Valora mi proposición, Débora. No tendrás otra mejor.

Yo respondí: El tiempo lo dirá.

Había algo desagradable en su poder de convicción. Los abogados arrogantes como él siempre han provocado en mí el deseo de emitir un veredicto en contra.

Él repitió: El tiempo lo dirá.

Entonces se inclinó y me besó la mano. El beso fue más prolongado y suave que el que me dio en su casa de Tel Aviv. Esta vez no me apresuré a retirar la mano; sentí una corriente de placer que se difundía desde el dorso de la mano hasta el hombro, y desde allí hasta la raíz del pelo.

No te preocupes, Mijael. No soy una niña. Cuando Avner Ashdot se fue, no lo espí por la ventana con mirada anhelante ni llamé a ninguna amiga para contarle cada detalle de la conversación. No es mi modo de ser. No es nuestro modo de ser.

Cuando Avner Ashdot se fue, hice lo mismo que tú habrías hecho en mi lugar: intentar averiguar de qué modo «nuestros caminos se han cruzado», tal como él dijo. Y cómo pudo saber que busco casa en Tel Aviv. Examiné todas mis listas. De treinta años atrás. Como no dio resultado, llamé a

Mira y le pedí que investigara, con discreción, si en los procesos en que participé había algún imputado apellidado Ashdot. Fue tan amable como de costumbre y no hizo preguntas innecesarias. Al día siguiente, me llamó para darme una respuesta negativa. Entonces le pedí que examinara también los procesos donde el juez fuiste tú, por si acaso. Descubrió que sí, había un Ashdot. Pero no de nombre Avner, sino Aarón. Y no era miembro de los Servicios de Seguridad, sino un contable de la cooperativa Egged acusado de malversación de fondos. En 1996. Era soltero, superviviente del Holocausto. No tenía ningún familiar. Lo que reduce en gran medida la probabilidad de que Avner Ashdot tenga algo que ver con él.

En momentos así, te echo mucho de menos, Mijael. Las parejas unidas de verdad comparten no solo las tareas domésticas, sino también las de la memoria. Igual que yo recordaba por ti tu infancia, tú recordabas por mí los procesos en los que fui jueza: los acusados, los argumentos, el fallo, el dolor y la satisfacción que causé, si es que los causé, a ambas partes. Yo lo olvidaba. Lo borraba de la pizarra del corazón para llegar limpia al siguiente juicio. Cuando de vez en cuando tenía la necesidad de recordar sentencias que había pronunciado yo, lo mejor era preguntarte a ti.

Y ahora te lo pregunto de corazón. Pero no hay voz ni respuesta.

Esa noche me fui a la cama triste (porque no estabas junto a mí) y preocupada (a causa de Avner Ashdot).

Corrígeme si me equivoco, Mijael, pero en el transcurso de todos nuestros días en común nunca intercambiamos sueños. Tú opinabas que los sueños sirven para llenar la brecha entre lo que deseas y la realidad, y que ni en tu vida profesional ni en la privada existía una brecha así. Proclamabas: ¡No necesito los sueños, por eso no sueño! Yo sí los necesitaba. Por eso soñaba. Aunque nunca conseguía retener el sueño antes de que se desvaneciera en la conciencia del despertar.

Tampoco recuerdo muy bien el sueño que tuve la noche después del encuentro con Avner Ashdot. Se me ha borrado una gran parte de él. Sin embargo, por primera vez después de tantos años, logré retener una imagen y apuntarla en una libreta antes de olvidarla. Te leeré lo que escribí, palabra por palabra, espero que el pitido del contestador no me interrumpa a la mitad.

Un grupo de médicos, entre los que se encontraba Adar, se inclinan sobre mi cama del hospital y discuten sobre la operación que están a punto de realizar. Por lo que dicen, entiendo que van a extirparme un órgano, aunque no alcanzo a saber cuál. Intento preguntarles, pero de mi boca no sale ningún sonido, y ellos siguen ignorándome y hablan de mí como si no estuviera presente. Cojo un papel y escribo: Según la ley de los derechos del paciente, tienen la obligación de proporcionarme toda la información que les requiera. Alargo el papel al médico más alto, lo lee, estalla en carcajadas y se lo muestra a Adar, que también se ríe. El doctor le dice: «¿Lo ves? Justo por esta razón hemos decidido extirparle el superyó».

Tú lo habrías comprendido enseguida. Tu cultura general estaba siempre más a mano que la mía. Perdí medio día buscando en una enciclopedia médica hasta que comprendí que en nuestro cuerpo no existe ningún órgano llamado «superyó» y que mi sueño se refería evidentemente al «superyó», el término acuñado por Freud en su teoría topográfica, que divide el alma en tres niveles o pisos.

La *Enciclopedia* me ha ayudado a recordar que en el primer piso residen nuestras pulsiones e instintos, el ello. En el piso de en medio habita el yo, que intenta hacer de puente entre nuestros deseos y la realidad. Y en el piso de arriba, el tercero, reside su alteza, el superyó, que nos llama

al orden con severidad y nos exige que tengamos en cuenta el impacto de nuestras acciones en la sociedad.

Te oigo preguntar con ese tono tuyo que denota que sabes perfectamente la respuesta: ¿Es que hay alguna prueba de esa teoría?, ¿está experimentada, demostrada científicamente?

No.

Si es así, ¿qué validez tiene?

Ninguna.

Escandaloso, dices. ¿Te imaginas un juicio sin pruebas? ¿Un diagnóstico médico sin identificar los síntomas? ¡Solo en psicología una teoría sin base objetiva puede dominar el discurso profesional!

Asiento como si estuviese de acuerdo; sin embargo, no puedo sino preguntarme: ¿todo esto es un mecanismo de defensa que tu ego activa, Mijael, impulsado por el potente ello que la psicología –como todo lo que está relacionado con Adar, tu hijo, tu único hijo al que no amabas– despierta en ti?

De pronto me cuesta hablar, Mijael. Tengo un nudo en la garganta. Me tomaré un vaso de agua y lo intentaré de nuevo dentro de poco.

Unos días después de su primera visita, Avner Ashdot llamó para decirme que le gustaría llevarme a visitar el piso de Tel Aviv. Le respondí que no estaba segura de que me interesara.

Pero él insistió: sin compromiso. Te recojo. Visitas el piso y luego te devuelvo a casa. *C'est tout.*

Le respondí: Pero, señor Ashdot, hay algo que debemos aclarar primero.

Y él dijo: Adelante.

Y yo dije: Comentaste que nuestros caminos se cruzaron. ¿Podría saber cómo se cruzaron?

No por teléfono.

¿Por qué? ¿Tenemos la línea intervenida?

No, que yo sepa.

¿No que yo sepa?

Bromeo, Débora. No tienes de qué preocuparte. Dejé el Servicio de Defensa hace tres años. Nuestra línea no está intervenida. Por lo tanto, puedes estar tranquila. Mis intenciones son buenas.

El camino al infierno...

Está sembrado de buenas intenciones, lo sé. ¿A qué hora te va bien que vaya mañana?

Mañana estoy ocupada, tengo varias citas en las tiendas de campaña de la avenida Rothschild.

Entonces, pasado mañana. No conviene esperar mucho. Aquí los apartamentos vuelan.

La jornada que gané la aproveché para realizar dos actividades importantes.

La primera: amplié la investigación sobre Avner Ashdot. Siempre habías defendido que es mejor no pedir favores a nadie para no quedar en deuda. En nuestra posición, opinabas, era preferible tener mucho cuidado y no deberle nada a nadie. Es lo correcto, por supuesto. Lo correcto en aquella época. Pero mi posición, Mijael, no es la que era. Mi vida se va agotando y lo que no pregunte hoy, quién sabe, quizás no pueda preguntarlo mañana.

Unos telefonazos a nuestros amigos de la policía, al Ministerio de Defensa y al Ministerio de Interior me han ayudado a hacerme una idea de su identidad: Avner Ashdot ha prestado servicio en el Mosad y hace tres años que está retirado. Se dedica a los negocios, sobre todo a los bienes

raíces, con un notable éxito. Es viudo. Padre de una hija que vive en un pequeño asentamiento del desierto de Aravá. No tiene más hijos. Entrega a la beneficencia una buena parte de sus bienes. No tiene antecedentes penales y, aparte de un curso por la retirada del permiso de conducir que terminó hace tiempo, nunca ha tenido problemas con las autoridades.

Y no, no hay ninguna mujer embarazada, ni siquiera entre sus parientes más lejanos, que fuera atropellada. De verdad, Mijael. Confía un poco en mí. ¿Pensabas que no comprobaría algo así?

La segunda actividad importante que emprendí fue ir de compras. Desde que te fuiste no me había comprado ningún vestido, Mijael. No tenía a nadie para quien arreglarme (fuiste un compañero ideal a ese respecto: te fijabas en cada pendiente, en cada anillo, siempre dispuesto a hacerme un cumplido), aunque ahora, quiero que lo sepas, no me he arreglado para Avner Ashdot. Tampoco se puede decir que me guste. En este momento. Pero la elegancia con que viste hace que a su lado me sienta sosa. Y quisiera sentirme a su nivel mientras hacemos negocios. Eso es todo.

Así que fui a comprarme un vestido nuevo. No lo disfruté en absoluto. La vendedora, con poco tacto, me ofreció un vestido negro. Y yo le dije que no lo quería negro. Aunque el negro adelgace. Durante años he vestido siempre de negro y blanco, respetable, abotonado, pero ahora se ha abierto la puerta de la jaula y deseaba llevar algo colorido. Sin embargo, cuando me puse distintos colores en el probador, tú no estabas, y no había nadie que pudiera meterse dentro (¿recuerdas cuando de jóvenes te apartaba y luego me aferraba a ti y te amenazaba en susurros con llamar a la policía?). Y el vestido que quería era demasiado caro, aun considerando la permisiva política económica que estoy aplicando en casa, y la única excusa con la que me permití comprarlo fue considerarlo como la primera adquisición, entre las que podré hacer gracias al dinero que me quedará de la compraventa que Avner Ashdot me está organizando.

Pero no hay ninguna compraventa, me recordé a mí misma la mañana siguiente mientras lo esperaba debajo de casa. Todavía no hay ninguna compraventa y tú no estás obligada a nada.

Qué vestido más bonito llevas, dijo él cuando entré en el coche. Y se inclinó para besarme la mano.

La retiré sin darle tiempo y le solté: ¡Quiero que quede claro que el hecho de ir contigo no significa que consienta en efectuar cualquier transacción o parte de ella!

Él esbozó su irritante sonrisa y dijo: No esperaba otra cosa. Y pasado un instante añadió: En la bolsa del asiento trasero hay un cruasán de almendras, por si te apetece.

Dije: Detén el coche, por favor.

Y él siguió conduciendo.

Le exigí: ¡Para el coche enseguida! Esta vez con el tono que utilizaba en el tribunal en lugar de golpear con el mazo.

Funcionó. Se detuvo en el arcén. Incluso le temblaron algo sus delgados brazos.

Quise saber: ¿Cómo sabes que me gustan los cruasanes de almendras? Y él con voz inocente respondió: No tenía ni idea. Era el último que les quedaba en la pastelería.

Me reí: Una ca-sua-li-dad.

Sí, una pura casualidad.

No estoy segura de creerte.

Pero es la verdad, Débora. Qué se le va a hacer. ¿Podemos seguir?

El piso que me había encontrado era estupendo. En la última planta. Con ascensor. En una calle tranquila. Cerca de la avenida. Sin aparcamiento. No tengo coche. Tres habitaciones luminosas de buen tamaño. Salón, dormitorio y habitación para un joven huésped.

¿Un joven huésped?

Es un proyecto que estoy impulsando, explicó. Quiero volver a poner de moda un arreglo del pasado, que un joven sin recursos ocupe una habitación en casa de una persona mayor que vive sola. Es ideal para ambas partes. La diferencia entre los estilos de vida no es tan profunda como en los de las generaciones anteriores, y se pueden acordar una serie de reglas, lo que se puede o no se puede hacer, para facilitar la convivencia.

¿Como por ejemplo?

Todavía estamos trabajando en ello. Mor, la chica de las trencitas que te trajo a mí, y tu seguro servidor, estamos creando un sitio en Internet para poner en contacto a estos dos grupos. Para sentar las bases de esta alianza natural. Mor me contó cómo ayudaste a los activistas de la protesta. Por eso pensé que podría interesarte ser la primera en aplicar la idea y servir de inspiración a otros.

Guardé silencio y él se apresuró a decir: No es una condición para adquirir el piso, faltaría más.

Y yo dije: La idea me gusta de verdad...

Y creo que ese fue el momento en que me permití relajarme un poco.

Estaba en guardia, Mijael. No bajé la guardia ni un instante. Ambos hemos mandado a la cárcel a estafadores trajeados de lengua seductora que aprovechan la inocencia de sus víctimas para embaucarlos sin piedad. No recuerdo los detalles de cada caso, pero sí recuerdo muy bien el principio: aunque los estafadores dieran con sus huesos en la cárcel, el dinero no se solía devolver a las víctimas. Ni tampoco el honor.

No lo olvidé ni un momento. Durante toda la visita al piso.

Derecha, izquierda, sospecha, izquierda, derecha, sospecha. Ese fue el ritmo de mis pasos al lado de Avner Ashdot. Pero cuando habló sobre su iniciativa del joven huésped, debo admitir que incliné mi balanza interior a su favor. Pensé: Un hombre que alberga una idea como esa no puede ser realmente malo. Pero me dije: Aún guarda el secreto de cuando nuestros caminos se cruzaron. ¿Por qué? ¿Qué esconde?

Subimos a su ático. Para discutir los detalles. Me ofreció vino. Yo pedí agua. Y de nuevo se repitió el mismo fenómeno: en lugar de ir directamente al grano, él optó por desviar la conversación por otros derroteros.

Me contó que el piso en el que nos encontrábamos era el mismo en que vivió con su exmujer, de la que había enviudado. Y se apresuró a explicar: Parece extraño, separado y viudo, pero así son las cosas. Él y Nira estuvieron casados veinticinco años. Con amor, pero no siempre con felicidad. Su trabajo, con múltiples viajes a veces durante largas temporadas, afectó mucho a su vida conyugal. El que viaja se vuelve adicto a la libertad del viaje, el que se queda se acostumbra a arreglárselas sin el viajero. Cuando uno vuelve a los brazos del otro cuesta encontrar de nuevo el ritmo común. En ocasiones pasaba una semana hasta que aprendían a adaptarse el uno al otro, entonces llegaba un telefonazo que lo mandaba de nuevo al extranjero.

Sin embargo, no se separaron. Después de todo, su amor no se había marchitado. Y tenían a su pequeña Asia, para cuidarla juntos. No era una niña fácil, Asia. Tuvieron que cambiarla de

colegio una y otra vez. Había una discordancia entre ella y el resto del mundo. Una incomprensión permanente, crónica, desgarradora.

Dijo: Una niña de este tipo, que exige tanta atención, puede separar a una pareja.

Yo asentí.

Pero también puede unirla más, añadió, y eso es lo que nos sucedió a Nira y a mí.

Y justo entonces, cuando habían superado todos esos años difíciles y su Asia había empezado los estudios de Agricultura en el Instituto Weizmann y poco a poco iba encontrando su lugar en el mundo, justo entonces, Nira lo abandonó.

Avner Ashdot tomó un sorbo de su copa de vino. En su rostro, en especial en torno a los labios, se libraba una batalla: la boca quería abrirse, pero los dientes se clavaban en la carne y se lo impedían.

Esperé, tensa, su decisión interior. Incluso si entonces se hubiese callado, habría demostrado una gran apertura. Él no pertenece a esa generación que revela sus secretos a los oídos de todo el mundo en plena avenida Rothschild. Él forma parte de nuestra generación, que lleva prendido en el pecho el cartel de «Territorio privado».

Sin embargo, para mi sorpresa, siguió hablando. Me hicieron una fiesta de despedida, dijo. La gente que no comprende por qué el presupuesto de Defensa es tan alto debería asistir a una de esas fiestas. Dilapidan en una noche decenas de miles de séqueles. Cantantes. *Catering*. Alcohol de marcas extranjeras.

Estoy de acuerdo; de hecho, es un escándalo.

Él continuó: En esas circunstancias te emborrachas, no hasta el punto de vomitar, pero sí lo suficiente como para que se te aflojen los tornillos. La fiesta se estaba acabando. Algunos invitados se habían ido. Gadi Salter se me acercó y, de repente, dijo delante de Nira: ¿Cómo no invitaste a tu fiesta a la familia de aquel sueco, cómo se llamaba? ¿Holstrum? Soltó una fuerte risotada y me palmeó el hombro. Con la mano imitó una pistola apuntada a la sien, disparó y volvió a reírse estentóreamente. Cuando se hubo alejado, Nira me preguntó: ¿Qué significa todo esto? Le respondí: No quieras saberlo.

Avner Ashdot se sirvió más vino. Lentamente. Movié el vino en la copa con un movimiento envolvente sin acercarlo a la boca y preguntó: ¿Estás segura de que no quieres una copa?

Respondí: ¡Vamos, sigue con la historia!

Se abalanzó sobre mí «vamos» como si fuera un rico botín: ¡Ah!, ¿lo ves, Débora?, ese es el problema con los secretos. Si no sabes que están ahí, no te molestan. Pero si te dan un cabo de hilo, no te queda más remedio que tirar de él.

Así que ¿se lo contaste a ella?

El comandante del curso de cadetes nos dijo en la primera lección: Os quiero advertir por anticipado, la profesión que se enseña aquí es la profesión más solitaria del mundo. Y la tentación de compartir con alguien cercano la carga que pesa sobre vuestros hombros será inmensa. Pero cada vez que queráis compartir con una persona cercana una información reservada, recordad lo que le ocurrió a Bruno Schmidt.

¿Bruno Schmidt?

Un agente de la CIA. En Alemania del Este. Su mujer le contó a una amiga suya algo que su marido le había dicho. Por desgracia, esta amiga, casualmente o no, era una agente de la Stasi.

Schmidt y su esposa se pudrieron en la cárcel, en celdas separadas durante veinte años, y no los soltaron hasta después de la caída del Muro.

Entonces..., Nira... ¿tuvo que aceptar tu silencio? ¿Sin protestar?

Eran otros tiempos. Ahora los hombres se colocan ante una cámara y hablan por los codos de su vida privada, pero ¿en esa época? Los hombres apenas hablaban. Los hombres salían a sus quehaceres, y, cuando volvían, las mujeres no preguntaban, así era...

De todas formas, me cuesta creer que ella nunca te preguntara...

Quizás fuera más cómodo así. Aun así, de repente, y después de veinticinco años, quiso saberlo todo. No solo quería, sino que lo exigía. Insistió. No pude hacer otra cosa. ¿Comprendes?

Podías haber seguido guardando silencio, dije.

Avner Ashdot dejó la copa de vino en la mesa. Me fijé que le temblaba ligeramente la mano. Pensé que quizás era la primera vez que contaba esa historia a alguien. Y yo no esperaba ese honor.

Dibujó una sonrisa más triste que alegre y dijo: Se ve que no has conocido a Nira. Era muy difícil decirle que no. Por eso fue una excelente directora de colegio. A decir verdad, en ese instante a mí también me fue difícil resistirme a la tentación de una confesión catártica. De una catarsis por medio de la confesión. Así que me dije: Una historia y basta. Pero después de oír la historia de Holstrum, una historia realmente desgraciada, un error desafortunado de identificación, me obligó a que le revelara todas las demás. Estuve hablando una noche entera, yo hablaba y ella escuchaba, y en su frente iban apareciendo arrugas, una tras otra. Por la mañana se comportó como de costumbre. Pensé que lo habíamos superado. Pero por la noche se fue a dormir a casa de Asia, y al cabo de una semana vino a recoger sus cosas.

Avner Ashdot vació de un trago contundente el vino que quedaba en la copa y declaró: «Ya no sé quién eres», eso fue lo que me dijo antes de irse, «Ya no sé quién eres realmente».

En ese momento, Mijael, mientras conversaba con Avner Ashdot me inundó una oleada de añoranza por ti.

Todos los días siento, constantemente, un oleaje de nostalgia hacia ti que viene y se va. A veces ocurre algo en el mundo, entonces el oleaje viene, viene y no se va, se congrega en una ola enorme. Toda esta conversación sobre secretos y mentiras, la sensación de que, no solo a Nira sino también a mí, Avner Ashdot no nos lo estaba contando todo, despertó en mí el poderoso anhelo de verdad que siempre reinó entre nosotros. Contigo no siempre fue un paraíso, Mijael. Nunca dejé de guardarte rencor por lo que ocurrió con Adar. Pero también eso estaba al descubierto. No comprendo cómo puede ser de otro modo, ¿cómo es posible vivir con alguien veinticinco años sin saber qué hace en el trabajo?

Si me hubieran preguntado qué es el amor, habría dicho: la certidumbre de que, en un mundo repleto de falsedad, hay una persona absolutamente sincera contigo y con quien eres absolutamente sincera, y entre los dos solo hay verdad aunque no siempre se declare.

Avner Ashdot no percibió la nostalgia que me desgarraba. Estaba inmerso en su monólogo. Y su tono de voz indicaba que se acercaba al punto crucial.

A continuación, siguió diciendo, puso a Asia en mi contra. Fue y le contó mis pecados con todo tipo de detalles y, desde entonces, mi hija me evita. Su madre, antes de morir, hizo las paces conmigo. No me moví de su lado durante todos los meses que duró su enfermedad. Sin embargo,

nuestra hija no está dispuesta a perdonarme. Nos vemos, eso sí, pero entre nosotros se erige el muro de Berlín, es mi hija, la niña de mis ojos todos estos años...

Excepto cuando... estabas de viaje; quise poner las cosas en su sitio.

Sí, Asia también dice lo mismo. Que realmente nunca estuve allí. Que nunca pudo contar conmigo. Que no quería un padre que le contara historietas, sino un padre que estuviera a su lado. Simplemente a su lado.

Pensé para mí: La chica tiene razón. Al instante, otro pensamiento de signo contrario me vino a la mente: Qué importa quién tenga razón. No estamos en un tribunal. Y no te piden que dictes sentencia.

Avner Ashdot dijo: Por eso estoy aquí, por ella. Hago todo lo que puedo por ella. Incluso el proyecto del joven huésped, realmente lo impulso por ella. Que sepa que su padre también es capaz de realizar buenas obras. Es terrible que haya una ruptura entre tu hijo y tú. No hay que resignarse a ello...

Lo dijo con un tono de moraleja, y tomó un sorbo de vino mirando la copa. Entonces, de repente, alzó los ojos y me lanzó una mirada penetrante. Intenté liberarme de su mirada, su frase me resonaba en la cabeza: «Es terrible que haya una ruptura entre tu hijo y tú. No hay que resignarse a ello...», y pensé: No, es imposible que él...

La idea de que sabía algo de Adar me estremeció de tal modo, Mijael, que al instante desvié la mirada y llevé la conversación a derroteros más concretos, de modo que pregunté: ¿Qué hacemos con el piso, señor Ashdot?, sin poder dominar el temblor de mi voz.

Avner Ashdot sacó del bolsillo papel y pluma y dijo, mientras llenaba la hoja de números: Vamos a ver. Yo compro tu piso. Con esta suma compras el agradable apartamento que acabamos de ver y, con la diferencia, puedes renovar el baño para que quede como el mío.

Me alargó el papel. Lo cogí sin mirarlo y dije: Quiero dejar claro que el asunto del joven huésped es fundamental para mí.

Y Avner Ashdot dijo: También lo es para mí. En cuanto firmemos el contrato, empezaremos a buscar juntos al candidato adecuado.

Y yo le expliqué: Esos muchachos de allí, de la avenida..., encendieron mi imaginación. Me gustaría ayudarlos tanto como sea posible.

Avner Ashdot dijo: Lo tengo muy claro, Débora.

No pude discernir si el tono era de aprecio o de burla, así que le devolví la hoja y dije: Supongo que querrás también una comisión como intermediario.

Él se rio y respondió: No.

¿No?

No. En lugar de una comisión, me gustaría pedirte algo.

(En honor a la verdad, debo decirte que pensé que se trataría de algo de cariz sexual. Los prolongados besamanos. El piropo cuando entré en el coche. Sus intentos de servirme vino. Sus vistazos apresurados a mi escote. Su extrema sinceridad. Todo indicaba esa dirección. Yo ya me había preparado para un rechazo categórico. No porque el contacto físico no me interesara. El largo y cálido abrazo de Hani me dejó deseosa de contacto físico. Pero no me gusta y no acepto que el sexo forme parte de un trato...)

Avner Ashdot se levantó de la silla y comenzó a recorrer la habitación. A pasos lentos. Medidos. Se acercó a la ventana y la abrió un poco, como si fuera a encenderse un cigarrillo y a

echar el humo fuera. La mano derecha esbozó el gesto de acercarse por un instante al bolsillo, como para sacar de él un paquete de cigarrillos, pero luego la retiró.

Me acordé de pronto de que también Adar hacía un gesto similar cuando dejó de fumar.

Finalmente dijo: Quiero que me acompañes a un sitio. Iremos en mi coche.

Todavía estaba mirando a la calle.

¿Acompañarte? ¿A un viaje?

Se lo podría llamar una excursión. Se volvió hacia mí.

Pero ¿adónde?

No te lo puedo decir, es parte del asunto.

¿Y cuánto durará esa excursión, si se puede saber?

Menos de tres horas, gracias a la nueva autopista.

¿Cuándo salimos?

Miró el reloj y dijo: Ahora.

También yo miré mi reloj y dije: Me es imposible, tengo citas concertadas por la tarde con activistas de la protesta. Me esperan.

Pues mañana, a más tardar.

¿Qué prisa hay?

Hay prisa, Débora, créeme.

Lo pensaré.

De acuerdo. Pero no tardes demasiado.

¿Sabes?, sonreí, pienso mejor en el cuarto de baño.

Durante toda la conversación con Avner Ashdot, mi cuerpo se sentía atraído por su cuarto de baño. Si hubiera habido una cámara para captar mis reacciones, no habría conseguido captarlas. Mis ojos no se movieron. Mis rodillas no se dieron la vuelta. Era una tensión interior del cuerpo, oculta pero insistente, hacia una fuente de placer.

A pesar de todo, me sorprendieron mucho las palabras que salieron de mi boca.

En cambio, Avner Ashdot no pareció sorprendido. Como si mi petición fuera lo más natural del mundo, la consecuencia directa de todo cuanto se había dicho en la conversación hasta ese momento.

Dijo: Encantado. Y repitió: Encantado. Hay toallas limpias en el estante.

Recordaba muy bien el toque aterciopelado de sus toallas.

Han sido tan pocos los momentos de placer desde que te fuiste, Mijael. Tienes que entenderlo. ¿Puedes entenderlo?

Soy yo la que te habla. Tu Débora. Todavía.

Pero una muerte así, de tu compañero..., tienes que entenderlo. ¿Lo puedes entender?

Hay algo dentro de ti que cambia. No puede ser de otra manera. ¿Comprendes?

Cada vez que me veía obligada a renunciar a algo en la vida y a quedarme en la jaula me decía: No importa, habrá otra ocasión.

Y una muerte así..., ¿entiendes?

Te lleva a pensar que puede que no la haya. Otra ocasión, quiero decir. De hacer lo que te gustaría. Y esto cambia algo dentro de ti. Algo se agudiza. Tienes que entenderlo. ¿Puedes?

Los botones y los chorros que aumentaba y disminuía a mi voluntad, los cosméticos, los aceites de

baño y los jabones naturales, las dos velas perfumadas que encendí, la lámpara multicolor y las suaves toallas me hicieron recordar la triste evidencia: tampoco esta vez había traído una muda.

Sin embargo, Avner Ashdot no lo había olvidado. En cuanto cesó el ruido del chorro del agua, dedujo que había terminado y preguntó a través de la puerta: ¿Necesitas ropa?

Sí, pero...

Abrió un poco la puerta. Te he preparado una bolsa con ropa de Nira. Puedes elegir la que más te convenga. Tenéis más o menos la misma talla.

Pensé: Hasta ahí podíamos llegar. Esto ya es enfermizo. Estaba a punto de protestar indignada: Déjalo, ya me las arreglaré.

Pero él se me adelantó: Solo te pediría una cosa, Débora. Si no te importa, cuando estés vestida, ve directamente del baño al vestíbulo. Yo esperaré en el estudio. Que la ropa de Nira la lleve otra mujer..., yo..., es demasiado pronto para mí.

Así lo hice. Me sequé el pelo, me peiné, me puse un vestido verde de ella que me sentaba como un guante, miré de nuevo en el espejo, abrí la puerta del baño y fui directa a la entrada del ático.

Justo antes de cerrar la puerta, me detuve un instante para decir: Gracias.

La voz de él me respondió desde otro planeta: De nada.

Y... Avner, dije, lo he pensado..., puedes ir a recogerme mañana por la mañana a las nueve.

Me pregunto si, llegados a este punto, habrás adivinado ya la naturaleza de la trampa que me había tendido. Siempre fuiste más rápido que yo en descifrar las pruebas. A menudo, te bastaba con, antes de irte a dormir, escuchar mis informes parciales y fragmentados del procedimiento en el que estaba trabajando para deducir la sentencia. La mayor parte de las veces, justa.

Pero no siempre. Esa rapidez tuya, fulminante, también provocó que cometieras algún error. Y todos esos errores te atormentaron durante las semanas anteriores a tu muerte. Evocabas la imagen de los padres de Rivi Magal. El hombre que violó a su hija estaba en tus manos y lo dejaste libre por falta de pruebas. Recordabas una y otra vez al padre, que se te acercó en el pasillo, fuera de la sala, te cogió por el brazo y te dijo: Señorita, con todo respeto, soy solo un pobre ignorante, pero ¿puede explicarme cómo es posible que haya dejado en libertad a un acusado culpable?

Con voz quebrada me dijiste desde tu lecho de enfermo: Tal vez no fuiste tan rápida como yo en sentenciar, Débora, y tal vez la sala no guardaba silencio cuando entrabas, pero mira tus resultados. Treinta años sin una sola injusticia.

Por supuesto, te consolé con palabras dulces. Cuando amamos, lo hacemos así. Te dije: No tiene importancia. Dije: No has aceptado sobornos, Mijael, no has desviado ningún proceso. La acusación fue negligente en el caso de Rivi Magal, y ambos sabemos que el peso de la prueba a veces nos obliga a sentenciar de acuerdo con la ley y no con la justicia. Pero un punto de orgullo brillaba con placer en mi pecho.

Es natural que entre los cónyuges que ejercen la misma profesión haya envidia, rivalidad y puntos de vista diversos. En especial, si uno originalmente es abogado de la fiscalía y el otro de la defensa. Y la verdad es que te tuve bastante envidia a lo largo de los años. Eras un juez más competente y respetado que yo. Tus opiniones minoritarias se aceptaban continuamente en la Corte Suprema. Te llegaron casos de gran relevancia pública, mientras que yo me quedaba en mi puesto con un perfil bajo. Sin embargo, parece que ese día obtuve mi primera victoria sobre ti.

Así pues, ¿qué supones en este punto, mi querido y amado Mijael? ¿Ya sabes qué me oculta Avner Ashdot? ¿Crees que ya ha mostrado suficientes indicios?

Si los ha mostrado, no los he visto. En absoluto. Y si no los he visto, es por una razón terrible. Ninguna madre lo admitiría. De hecho, solo se puede confesar una razón así a un contestador automático. Así que respiro profundamente y digo... Diablos, es difícil.

No se me había ocurrido que Adar pudiera estar relacionado con esa historia porque estos últimos años pienso cada vez menos en él.

El primer año sin noticias de Adar no pasó un minuto sin que pensara en él: dónde estará. Qué hará. Qué comerá. ¿Recuerdas que por esos días temías que yo tuviera un amante? ¿Que decías que mientras hacíamos el amor «no estaba contigo»? Por fin te lo puedo decir: es verdad que no estaba contigo. Estaba con él. Cerraba los ojos mientras te acomodabas sobre mí e imaginaba dónde dormiría Adar. En qué cama. ¿Tendría una buena manta?

Intenté obtener información. A través de antiguos compañeros suyos. Con la ayuda del ordenador. Pero todos los intentos fueron infructuosos. El primer año deambulaba por las calles y fantaseaba con que me descubrieran un cáncer y que Adar se había visto obligado a capitular y visitarme en el hospital.

El segundo año seguí pensando en él. Pero un poco menos. Tú te negabas a hablar de él. Y lo que no se nombra, no existe. Él, por su parte, no telefoneaba. Ni en los cumpleaños. No mandaba cartas. Tal como me anunció en nuestra última conversación en la cárcel: «Un corte limpio». Así pasó un año. Y otro año. Después enfermaste. Y yo dejé de trabajar para cuidarte. Toda mi atención estaba centrada en ti (seguro que Adar hubiera dicho: ¿Y eso es nuevo?).

En el funeral me pregunté si se habría enterado y asistiría; cuando vi que no, me pregunté si se presentaría a los siete días de luto y, cada vez que entraba alguien, levantaba la cabeza con la esperanza de que fuera él. Pero no se presentó. Y me pregunté de nuevo si lo ocurrido justificaba tanta rabia por su parte. Y de nuevo me dije lo que tú siempre me decías: No, no la justifica. De ningún modo la justifica.

Hoy habría respondido: ¿Qué importa quién justifica o quién lleva razón? No estamos en un tribunal. Y nadie te pide que emitas un veredicto.

Después de soñar que me extirpaban el superyó, ordené por Internet que me mandaran las obras completas de Freud, pagué el suplemento de envío urgente –podría habérmelo ahorrado, lo sé, Mijael, ¡pero mi ello se opuso!–, y al cabo de veinticuatro horas tenía los siete volúmenes en casa.

Probablemente asentirías con un «Te lo dije» si te contara que encontré en Freud chapucerías clamorosas. La envidia del pene, por ejemplo. Me gustaba mucho tu miembro, Mijael, sin duda era excepcional, pero no lo deseaba para mí. Todo lo contrario: siempre me pareció una molestia ir por ahí con eso entre las piernas.

Y, sin embargo, hay que admitir que Freud tenía también ideas curiosas. De esas que resuenan en el mundo. Por ejemplo, la forma en que el subconsciente emerge a veces en la vida cotidiana: un lapsus al hablar refleja un pensamiento interior. ¿Cuántas veces hemos visto cómo imputados y abogados se confunden al hablar y reflejan exactamente aquello que trataban de ocultar? (¿Recuerdas a Armond Bloom, que entró en tu despacho y anunció que la fiscalía y la defensa habían alcanzado un «acuerdo de encubrimiento»?)

Lástima que no puedas leer a Freud conmigo, Mijael, me habría encantado poder discutirlo juntos. Habrías dicho: El único criterio por el que se puede juzgar a un hombre es su comportamiento explícito, la punta del iceberg. Los siete octavos bajo el agua son irrelevantes. Y

yo respondería: Pero no se puede sostener que no existan. Tú dirías: Freud idealiza el instinto de destrucción, es peligroso. Y yo te rebatiría: ¡Pero qué dices, aún es más peligroso no admitir que el instinto de destrucción existe!

Y entonces, como siempre nos gustaba hacer, con el cuerpo inflamado por la justicia del argumento, nos sumergiríamos en el acto de amor, que al principio sería la continuación de la discusión por otros medios y después... se convertiría en otra cosa.

¿Por qué menciono a Freud por segunda vez? (Te imagino tirándote del lóbulo de la oreja, como hacías cuando el procurador te fastidiaba con detalles que a ti no te parecían relevantes para el caso...)

Al día siguiente, un muchacho llegó con retraso a la reunión de los activistas. Levanté la cabeza para saludarlo y, por una fracción de segundo, me pareció que era Adar. No obstante, al mirarlo de nuevo, vi que era muy distinto: pelo largo, esbelto, nariz recta, labios finos. No pude entender cómo en un primer golpe de vista me había parecido Adar.

Sin embargo, ahora pienso: Era mi subconsciente. Adivinaba antes que yo lo que iba a suceder.

La reunión en sí fue desagradable. Se produjeron agrias discusiones entre los asistentes a pesar de que, en principio, estaban de acuerdo en la mayoría de temas. Tuve la impresión de que las dinámicas interpersonales, las sospechas y los insultos de los que yo no formaba parte enturbiaban el ambiente. Una persona salió de la reunión y, cuando regresó al cabo de unos minutos, todos la miraron como si cuando estuvo fuera hubiera cometido un crimen. ¿Qué pasa?, preguntó. ¿Algún problema? Y nadie le respondió. Creo que el cansancio contribuyó a la tensión. Vivir un mes en una tienda plantada en una avenida ruidosa no es fácil. Nada fácil.

Intenté con todas mis fuerzas terciar entre los más extremistas, planteé propuestas de mediación, pero todas fueron rechazadas de plano. Al parecer, aunque en principio los participantes están a favor de la fraternidad y la cooperación, su impulso más urgente es el del individualismo. O sea, yo no soy como todos. Yo soy único. Tengo un poco más de razón que los otros.

Salí de la reunión menos eufórica que cuando entré, aunque no menos convencida de la importancia del experimento de imaginar otra realidad. Nueva. Bueno, en lo referente al joven huésped, todos estuvieron de acuerdo en que es una idea excelente.

Qué poco espacio dejamos a la imaginación en nuestras conversaciones, Mijael. La imaginación no importaba en el tribunal. Solo importaba el trabajo. Así nos acostumbramos a menospreciar la imaginación. A ignorarla. A deportarla a una colonia penal.

En el coche, Avner Ashdot escuchaba *Así habló Zaratustra*, de Richard Strauss. Entré cuando sonaban los primeros acordes de la tercera parte y en cuanto me puse el cinturón dije: *Von der grossen Sehnsucht*. Del gran anhelo.

Avner Ashdot asintió y bajó la música.

Dije: No la bajes, por favor, y él la subió de nuevo.

Viajamos en silencio, primero por las lentas calles de la ciudad; después por la autopista, mientras los maravillosos acordes (lo siento, Mijael, son maravillosos) del oboe y los violines llenaban la cabina del coche.

Cuando enfilamos la carretera a Beerseba empezó la última parte, *Nachtwandlerlied*, *El canto del sonámbulo*. Me asaltó un pensamiento repentino: ¿Cómo puedo permitirme salir de excursión cuando debería estar dictando sentencias? Entonces, como quien se despierta de una pesadilla y se

da cuenta con alivio de que solo es un sueño, recordé: Ya no hay expedientes que esperen mi sentencia. Ni los hay ni los habrá.

Mijael, dije, es decir, mi esposo...

Avner Ashdot bajó la música y volvió ligeramente la cabeza en un pequeño gesto casi imperceptible, aunque suficiente para hacerme saber que me escuchaba.

Mi marido no estaba dispuesto a escuchar a Strauss en casa, dije. ¡¡En la casa donde vivo no resonarán las obras del presidente de la Cámara de Música del Reich!! Era inamovible en esta cuestión.

¿Ah, sí?

Se enfadaba cada vez que en las noticias se debatía la posibilidad de que en Israel se interpretara o no Wagner: ¿Queréis boicotear a Wagner? Murió en el siglo XIX. ¿Es a Strauss a quien tenéis que boicotear!

Supongo que tu marido pertenecía a la segunda generación del Holocausto.

Pues no precisamente. Para él era una cuestión de principios.

Entonces era un hombre de principios.

Sin ninguna duda.

Un momento, ¿cómo puedes conocer tan bien su obra si no la escuchabas?

Los miércoles terminaba de trabajar antes que él, volvía a casa y escuchaba a Strauss. Tenía el disco escondido dentro de una cubierta de Bach. No es algo bonito. Pero me gusta tanto Strauss... Para mí representa... el gusto por la vida.

Estoy totalmente de acuerdo contigo. ¿Paramos a tomar algo?

¿Estás sorprendido, Mijael? Estoy segura de que no. Estoy segura de que sabías qué se escondía dentro de la cubierta de Bach y decidiste, sabiamente, guardar silencio. Concederme ese pequeño favor y otros muchos más para poder, llegado el día, exigirme a cambio la gran renuncia.

La música de Strauss me había ablandado. De otro modo no sabría cómo explicar la conversación que mantuvimos en el bar de carretera. *A posteriori* pensé: Todo estaba programado. Fui una marioneta cuyos hilos movía Avner Ashdot. La propuesta de compra. El piso en Tel Aviv. Las confesiones demasiado prematuras, demasiado generosas, sobre su vida privada. La obra que escuchaba, precisamente esa, la de Strauss. Todo fue un elaborado acto de seducción. No la seducción de un amante, que desea el contacto físico. Sino la seducción de un espía. Que desea saber.

Él dijo: No me cuentas nada sobre tus hijos, Débora.

En el área de servicio de la autopista casi no había nadie. En la mesa vecina, un ultraortodoxo leía el suplemento deportivo y, en otra más alejada, una familia estaba sentada: padre, madre y el bebé en un cochecito. En el aire flotaba un olor a tortilla.

Una camarera se acercó a nuestra mesa, la limpió con un paño, colocó una bandejita con salero y pimentero en la que faltaba este último, y preguntó: ¿Qué van a tomar?

Avner, con un gesto de la cabeza, me indicó que pidiera primero. Pedí un té y un cruasán de almendras, y él un café largo; cuando la camarera ya no nos podía oír preguntó: Entonces..., ¿cuántos hijos tienes?

Me gustó que esperara a que la camarera se hubiera alejado. Me gustó que, aunque era muy atractiva, no la siguiera con la mirada, sino que la mantuviera fija en mí.

Uno, respondí. Tengo un hijo.

¿Cómo se llama?

Adar.

Un bonito nombre.

Estoy de acuerdo.

¿Y qué opina Adar de tu idea de vender el piso?

No lo sabe.

¿No lo sabe?

No estamos en contacto.

Avner Ashdot asintió, comprensivo. Guardó silencio. Fue sabio por su parte darme una tregua. Yo misma estaba espantada de mi propia franqueza, todos evitaban hablar con nosotros de Adar. Todos temían tu reacción. Incluso en la semana de duelo, nadie lo mencionó. Hubiera querido que lo hicieran. Esperaba que lo hicieran. Sospeché que dentro de mí había una reserva subterránea de palabras a la espera de la pregunta que perforase en el punto justo. Pero todos guardaban silencio. Por supuesto que yo también podría haber hablado. Sacar el tema. Sin embargo, hasta el último día tuve la esperanza de que Adar se presentara, de que entrase en el salón de la casa donde creció, con esos pasos bruscos suyos, y se sentara a mi lado.

Avner Ashdot no me volvió a preguntar nada más sobre Adar. Ni cuando regresamos al coche y nos pusimos en marcha. *Así habló Zaratustra* llegaba a su fin en un tono menor, tan distinto de la apertura épica: cuatro notas finales de viola y flauta. Avner Ashdot esperó aún dos compases de silencio, luego preguntó: ¿Otro Strauss?

Asentí. Pensé que sacaría el CD y metería otro. Pero pulsó un botón y el cambio de guardia se produjo en el interior del aparato, oculto a la vista.

Se oyeron los primeros y conocidos acordes. Le agradecí de todo corazón haber elegido precisamente esa obra. Pensé: Esto también es un talento, saber elegir la banda sonora adecuada. Cerré los ojos y dejé que la música fluyera en mí, y que el placer del pecado –dos veces Strauss el mismo día– se difundiera por todo mi cuerpo.

Me quedé asombrada cuando abrí los ojos y miré por la ventana, no tenía ni idea de dónde nos encontrábamos. De pronto me entró el pánico: viaje con un hombre al que apenas conozco hacia un lugar que se niega a revelarme y no sé dónde estamos. Y además también le gusta la *Metamorfosis* de Strauss. ¿Y si esto, como el cruasán de almendras, no fuera pura casualidad?

Entonces, en un tono de guía turístico, como si notara mi urgente necesidad de situarme, dijo: A la derecha puedes ver las Colinas del Destino. Conduje a una unidad aquí durante los ejercicios de orientación, en el curso oficial. ¿Verdad que parece un desierto perdido?

Cierto.

Entre los pliegues de esas colinas viven personas, pacen animales, incluso hay pozos con agua potable.

¿Pozos?

Cuesta creerlo, pero en las Colinas del Destino hay por lo menos nueve pozos activos. Los beduinos atan una gran lata, de las de aceitunas, a una cuerda que hay junto al pozo y la tiran dentro para extraer el agua de las entrañas de la tierra.

Pregunté: ¿Qué sabor tiene?

Respondió: Paradisiaco.

Estuve de acuerdo con él: realmente es difícil de creer. Esa charla banal me tranquilizó un

poco. Una conversación de viajeros. Miré por la ventana buscando pozos entre las ondulaciones de las colinas.

Entonces él preguntó: ¿Por qué..., en verdad..., no tienes contacto con tu hijo, Débora?

Yo balbuceé: Ah..., es..., es una larga historia.

Y él dijo: Tenemos todo el tiempo del mundo.

¿Recuerdas aquel sábado en Sde Boker, Mijael?

Un buen amigo tuyo nos dejó su cabaña. Fuimos a celebrar el fin de tus prácticas. Dejamos las mochilas en la cabaña y acto seguido salimos de excursión antes de que el sol se pusiera. Caminamos hacia un manantial que tú conocías y yo no. Caminamos de la mano entre muros amarillentos que se iban estrechando. Yo pregunté: ¿Aquí hay agua? Es difícil de creer. Y tú te reíste y dijiste: Espera y verás. Entonces vimos cabras monteses. Las vimos antes que ellas a nosotros, nos detuvimos. En silencio. Las contemplamos unos minutos, hasta que ascendieron desde el *uadi* por la ladera de la montaña, en fila india. Dije: Cuánta nobleza en sus movimientos. Tú me besaste el cuello y repetiste: Nobleza.

Seguimos caminando hasta llegar a tu manantial. No había nadie más que nosotros. Todavía no éramos jueces. No nos preguntábamos dos veces si actuábamos según las normas o no. Sencillamente, nos quitamos la ropa y nos sumergimos desnudos en el agua fresca. Después extendiste una manta de piqué sobre una piedra plana e hicimos el amor. Hacía pocos meses que nos conocíamos, pero aún me sorprendía la pasión y el sentimiento con que hacías el amor. En casa a veces me asustaba, en casa a veces sospechaba que había algo de rabia en tus caricias, que estabas enfadado conmigo o con alguien. Pero aquí, en la naturaleza..., era natural.

Recuerdo que una avispa aterrizó en tus nalgas cuando terminamos y te la sacudiste de encima gritando: «¡Fuera, fuera de aquí, desgraciada!», y nos echamos a reír los dos. Acabada la risa te dije: ¿Y si me quedase embarazada? Tú me acariciaste el pelo y dijiste: ¿Un niño con tus ojos? Me parecería maravilloso.

Después de un silencio pesado, prolongado, que Avner Ashdot soportó estoicamente durante muchos kilómetros, dije: No estamos en contacto. Hace tres años nos informó de que no tenía ninguna intención de tener relación alguna con nosotros. Desde entonces, no sabemos nada de él.

Pero ¿qué ocurrió?

Muchas cosas..., es complicado.

¿Me las cuentas?

Él... se metió en problemas y esperaba que lo ayudáramos. Y cuando no lo ayudamos... perdió el control.

¿En qué problemas se metió..., si se me permite preguntar?

Una noche salió con unos amigos. Cuando regresaban, de madrugada, atropelló a una mujer embarazada que cruzaba el paso de cebra. Conducía rápido. Mucho más de lo permitido en zonas urbanas. La mujer recibió un golpe en la cabeza y murió en el acto. El feto tampoco sobrevivió. Estaba en su quinto mes de embarazo. A Adar le hicieron la prueba de alcoholemia. Es el reglamento. La tasa de alcohol en sangre era muy alta. Fue acusado..., es decir, lo acusaron... de homicidio.

Recuerdo tu rostro, Mijael, después de pagar la fianza y llevarlo a casa. Tus rasgos faciales se

habían agudizado como en una caricatura: tu barbilla severa era ahora cuadrada. Las cejas, ya espesas de por sí, todavía lo eran más. La nariz se alargó y temblaba de furia.

Imbécil, le dijiste a Adar. Eres un perfecto imbécil. No puedo creer que tenga un hijo tan imbécil.

¿Sabes, Mijael?, desde la distancia las cosas se ven más claras: cuando le dijiste eso, bajo tu furia no había amor. Por lo general, bajo la furia de los padres también se oye, si se escucha con atención, el amor. En ti solo había furia. Durante los años en que te fui convenciendo para que te controlaras ante las fechorías de Adar, esa ira tuya creció y creció en tu alma hasta cubrir todo lo bueno. Todos los directores escolares ante los que tuviste que agachar la cabeza –descubrimos que tu sometimiento era más eficaz que el mío– para que no expulsaran a Adar del colegio; todos los reproches que nos tocó sufrir de los otros padres, todos sus consejos condescendientes; todas las veces que evitamos encontrarnos con amigos con hijos pequeños porque temían que Adar pudiera causarles daño; todas las veces que le dijimos: Que sea la última vez, hijo, si hay una próxima vez tendrás tu castigo; el juicio que le montaste (sé que lo hiciste sinceramente convencido de que era el mejor modo de ayudarlo) a los ocho años y la risa burlona que le salió cuando le impusiste el castigo: expulsión condicional a un internado; todas las veces siguientes, cuando lo castigamos con castigos más o menos educativos que de todos modos solo lo hacían reír, nuestro continuo fracaso por entenderlo, apaciguarlo, acercarlo más a nosotros; toda esta autoflagelación, quizás seamos nosotros los que no..., quizás nos perdimos algo que, de haberlo visto, de haberlo cogido a tiempo, hubiera podido cambiar su rumbo. Toda esta flagelación recíproca, nunca verbalizada pero pensada y repensada: Es así por tu culpa, Débora, porque lo abandonaste con solo tres meses... ¿Por mi culpa? Tú nunca lo abandonaste, Mijael, porque nunca estuviste, renunciaste a él desde el principio. ¿Yo? ¿Renuncié? Eres tú la que se lo concediste todo, Débora, siempre se lo concediste todo; los murmullos a tu alrededor en los corredores del tribunal cuando le abrieron el primer expediente, la primera vez que entraste en la habitación de tus pasantes y de golpe se hizo el silencio y te quedó clarísimo de qué estaban hablando, o la vez que reprendiste a un padre que había estallado en una discusión y le dijiste: Si hubiera educado a su hijo como es debido, señor mío, él no estaría aquí, y el defensor murmuró lo suficientemente alto como para que se oyera: Saca primero la viga de tu propio ojo...

Esa noche todo salió a la superficie. No dejabas de insultar duramente a Adar sin que él respondiera. Le temblaba el cuerpo por el esfuerzo de no reaccionar. Cuando te callaste dijo: Sé que soy un chicle pegado a la suela de tus elegantes zapatos, papá, pero qué se le va a hacer, ahora el chicle necesita ayuda.

Avner Ashdot guardó un silencio prolongado hasta que preguntó: Pero ¿qué pretendía que hicierais por él? Parece una causa perdida. Conducía deprisa bajo los efectos del alcohol, una mujer embarazada...; ¿qué se podía hacer?

Un soldado solitario levantó el pulgar en el punto de autoestop de un cobertizo de cemento que estábamos a punto de pasar. Un soldado. Solo. A mediodía. Deberíamos habernos detenido. Había espacio para él en el asiento trasero. Si nos detenemos, me dije, dejaré de hablar. He hablado demasiado de algo que es mejor callar. ¿Y si Avner Ashdot me estuviese grabando? De nuevo empezó a roerme la sospecha. Su móvil estaba en el hueco del reposabrazos, entre nosotros, junto a la botella de agua mineral, y parpadeaba todo el rato. ¿Ese parpadeo era una señal de que estaba grabando?

Avner Ashdot cruzó frente al punto de autoestop sin reducir la marcha. Ni siquiera pensó en frenar. Todo lo contrario, aceleró intencionadamente. Me pegué al asiento con un pensamiento que me heló la sangre: No se ha detenido porque no quiere que el soldado le impida raptarme.

¿Por qué no te has parado para recogerlo?, exigí saber.

¿A quién?

¡Al soldado!

Pensé que no querías, es decir, que no querías a otra persona...

Por favor, pregúntame la próxima vez. Pregúntame antes de decidir lo que quiero hacer.

Puedo ir a recogerlo si tan importante es para ti, Débora. ¿Quieres que dé marcha atrás?

Suspiré.

Con un soplido largo. Como se sopla en el alcoholímetro.

No le pedí a Avner Ashdot que volviera a recoger al soldado. Sin embargo, sí le pregunté por qué su teléfono parpadeaba sin cesar. Lo cogió, lo miró y dijo: No sé.

Sonó como si de verdad no lo supiera.

Preguntó: ¿Te molesta? Puedo intentar buscar el modo de detenerlo.

No, no importa.

Carteles de «¡Peligro: zona militar!» aparecieron a la derecha de la carretera, uno tras otro, clavados en bases de cemento. Me oí a mí misma decir: Él..., es decir..., Adar... quería que lo sacáramos de aquella situación utilizando nuestros contactos. Sostenía que era posible apelar ante el tribunal contra la fiabilidad de la prueba de alcoholemia.

Entiendo. Y Mijael...

Se pronuncia Mijael con el acento en la última sílaba.

¿Qué opinaba de esto Mijael?

Mijael le dijo la verdad. Que era imposible. Que no había nada que hacer, dados los resultados inequívocos del test. Adar le pidió que intentara sentarse con su abogado para encontrar una salida o, por lo menos, actuar bajo mano con su estimado amigo el presidente de la Corte para que el caso pasara a un juez más benevolente, pero Mijael le dijo: Lo único que puede ayudarte ahora es mostrar arrepentimiento. Atropellaste a una mujer embarazada y da la impresión de que no te importa, pero Adar dijo: Di la verdad al menos, di que podrías ayudarme pero no quieres.

Fue la gota que colmó el vaso. Llegados a este punto, Mijael perdió la cabeza. Le gritó a Adar: Oye, ¿qué quieres decir con «di la verdad»? ¿Me estás llamando mentiroso? Y Adar respondió: Sí. Mijael le exigió: Discúlpate ahora mismo. Y Adar siseó: ¿Qué dices? Eres tú el que tiene que disculparse.

Estuvieron así toda la noche. Una semana entera. Yo corría del uno al otro, tratando de mediar, de conciliar, de explicar. Fíjate que en la época que fui jueza, fui la campeona de la mediación; habría reconciliado a Kramer y Kramer, a las dos Rosas de la guerra, pero aquí...

Estabas entre la espada y la pared, dijo Avner.

Asentí y miré por la ventanilla.

Viajábamos por el desierto más salvaje. Arena y más arena, y ni siquiera un árbol donde descansar los ojos. Ni un solo arbusto. Entre las colinas se adivinaban lechos de arroyos, si bien estaban secos, completamente secos.

¿Agua?, propuso Avner.

Agua, respondí.

Tomó la botella, se la acercó a la boca, sacó el tapón con los dientes y me la ofreció.
Me la bebí. Casi toda.

Una noche, proseguí finalmente –hablaba porque sentía que debía hacerlo, no porque quisiera–, una noche Mijael estaba riñendo a Adar por enésima vez cuando este se revolvió contra él. Creo que una de las frases detonantes fue «Te lo mereces». Mijael le dijo: Atropellaste a una mujer embarazada, por mí puedes pudrirte en la cárcel. Te lo mereces. Te lo mereces y punto. Entonces Adar se puso de pie, cogió una silla que tenía cerca y la estampó contra su padre. La silla dio a Mijael en la cabeza y, cuando Mijael se cayó, Adar le pateó el vientre mientras aullaba: Te lo mereces, te lo mereces, te lo mereces. Se alejó, y dirigiéndose a mí, masculló: Aléjate, o cobrarás tú también. Cuando todo terminó, corrió a su habitación, metió algunas cosas en una bolsa de basura y se fue.

Lo sé, Mijael, sé que prometí no hablar de esa noche. Curé tus heridas y dije: Le diremos a la gente que te has caído por las escaleras. Tú dijiste que querías denunciarlo a la policía. Que no podías dejar que un acto así quedara impune. Utilizaste la palabra «acto», lo recuerdo bien. Te rogué que no fueras a la policía. El chico ya está acusado de homicidio. Rogué: Te lo suplico, Mijael. ¿Cuántas cosas te he pedido en la vida?

Durante veinticuatro horas seguiste gruñendo sobre tu orgullo herido y tus principios pisoteados hasta que, finalmente, aceptaste. Dijiste: Lo hago por ti. Solo por ti. Pero con una condición: si no damos parte a la policía de todo lo que ha sucedido esta noche, no ha ocurrido nunca. No estoy dispuesto a hablar de ello, ni contigo ni con nadie más. Nunca jamás.

Un rebaño de cabras blancas cruzó la carretera. Aparecieron de la nada. No se sabía de dónde venían ni adónde se dirigían. Una pastora con un niño, atado a su espalda con una ruda tela, azuzaba a una cabra negra rezagada. Avner Ashdot volvió el cuerpo entero hacia mí y dijo: Seguro que lo ocurrido os desquició. Nadie espera tal cosa de un hijo.

Sí y no, convine. A los dieciséis años, la policía le abrió el primer expediente por pegar un puñetazo al guardia de seguridad que le negó el acceso a una discoteca. Y un mes antes del accidente huyó de casa y estuvo vagabundeando con un grupo de delincuentes que molestaban a los turistas que estaban de vacaciones en Eilat. La policía nos llamó para que lo fuéramos a recoger antes de que las cosas se volvieran incontrolables. Así que... las señales siempre estuvieron ahí.

Pero, de todos modos, se trataba de su padre.

Sí. De su padre.

La última cabra terminó de cruzar la carretera. También la pastora y su hijito dejaron el asfalto y nosotros reanudamos la marcha.

¿Así que no has tenido ningún contacto con tu hijo desde esa noche?, preguntó Avner Ashdot tras unos minutos de silencio.

No respondí enseguida. En la calzada, una señal improvisada, atada a un palo y escrita a mano, indicaba el moshav de Uziel, y un camino de tierra que partía de la carretera principal discurría entre las curvas de las colinas. Me pregunté si nos dirigiríamos allí. Tenía la esperanza de que así fuera. Esperaba que la interrupción pusiera punto final a la conversación y no tuviera que responder a más preguntas. De algún modo, toda esa franqueza inesperada, en vez de aliviarme, me pesaba.

No nos detuvimos en el moshav de Uziel. Seguimos hacia nuestro destino desconocido.

Avner Ashdot me miró, expectante.

Finalmente dije: No, seguimos relacionándonos. Visitaba a Adar mientras estuvo en la cárcel. Cada quince días recorría las dos horas y media de camino para llevarle sábanas y mudas. Mijael lo sabía, por supuesto, pero no me acompañaba. Primero tiene que disculparse, decía. Y Adar decía también: Primero tiene que disculparse.

Entonces Adar empezó una terapia psicológica. Los servicios sociales de la cárcel ofrecen esa oportunidad a los presos en los que ve un atisbo de esperanza. Al cabo de tres meses de terapia llegó a la conclusión de que nosotros éramos los culpables de todo cuanto le había sucedido en la vida. Me dijo: Habíais impuesto en casa unos estándares imposibles de llevar a cabo, no tenía ninguna posibilidad de cumplir vuestras expectativas, «este no es nuestro camino», «este sí es nuestro camino», ¿qué podía hacer yo para encontrar mi camino?

Estábamos sentados en la sala de visitas, uno frente al otro, en sillas metálicas clavadas en el suelo. A nuestro alrededor había un gran barullo. Allí funciona de este modo. Los presos y los visitantes están en una sala única y hablan a la vez. Una tremenda cacofonía. La visita dura solo cuarenta y cinco minutos. Parece que sea mucho pero no lo es: cuarenta y cinco minutos.

Me dijo: Dime, ¿qué clase de padre somete a su hijo a un juicio en el salón? ¿Y para qué? ¿Porque le cogí unos séqueles del billetero? ¡Tenía ocho años, mamá, ocho! Papá me obligó a permanecer de pie en un taburete y me preguntó qué tenía que alegar en mi defensa. ¿Te parece normal? ¿Te parece normal que con ocho años me amenazara con llevarme a un internado?

Le dije: Papá quería..., es decir, nosotros... queríamos llevarte por el buen camino. Teníamos... buenas intenciones.

Entonces, él dijo en voz alta, casi a gritos: ¡Qué importa cuáles fueran vuestras intenciones, los resultados han sido una mierda!

Los guardias nos miraron. Uno de ellos se aproximó y se quedó de pie cerca de nosotros. Intenté tranquilizarlo: Hablaremos de eso en casa, Adar. Pronto estarás en libertad. Y él respondió: No volveré a casa, mamá. He reflexionado y he llegado a la conclusión de que vuestro contacto me envenena. Si quiero ser feliz, debo distanciarme de vosotros un tiempo. Construirme yo solo.

Le dije: ¿Quieres castigarte tú mismo? ¿Eso es lo que quieres? ¿Adónde irás? Y él respondió: Me las arreglaré. Dije: No creo, y él insistió apretando los puños: Si vuelvo a casa, no terminará bien... Papá y yo no acabaremos bien.

Avner Ashdot suspiró. Soltó la mano derecha del volante como si fuera a acariciarme. Después la dejó de nuevo en su lugar. Sin caricia.

Ajusté la cortinilla para que me protegiera mejor del sol. Y para tener las manos ocupadas.

Él preguntó en voz baja: ¿Qué le dijiste, Débora? Quiero decir, ¿qué se puede decir en una situación así?

Le dije, o sea, le rogué que dejara un canal abierto conmigo. Por lo menos eso. Pero él dijo: Lo siento, mamá, no funcionará a menos que el corte sea limpio. Con ambos. Al menos, por un tiempo. Eso es todo. Se puso de pie y se fue. Los presos nunca ponen fin a la visita antes de tiempo, ¡quedaban aún diez minutos! Pero él tomó la bolsa que le había llevado y, sin despedirse ni nada, se fue a su celda.

Cuando regresé a casa y le conté a Mijael lo ocurrido, declaró que todo era una manipulación.

Que el «por un tiempo» terminaría pronto y que de nuevo volvería a establecer contacto con

nosotros. Necesitaría dinero. No tenía otra alternativa. Cuando seis meses después de su excarcelación, Adar no se puso en contacto con nosotros, Mijael dijo: ¿Sabes qué? Gracias a Dios que nos hemos librado de él, fíjate cómo ha mejorado nuestra vida sin... ese miedo constante a lo que se estuviera tramando.

Le grité: ¡Es tu hijo! Era la primera vez en todos esos años juntos que le levantaba la voz. Él repitió con voz tranquila y firme: Gracias a Dios, nos hemos librado de él. Yo declaré: Lucharé por él. No estoy dispuesta a renunciar a mi hijo de esta manera. Y él repuso: Tendrás que luchar por él sin mí. Y yo dije: No quiero tus favores. Lo haré yo sola. Entonces él añadió: No lo entiendes, Débora; me contuve cuando fuiste a agasajarlo a la cárcel después de haber atropellado de muerte a una mujer embarazada. Pero ahora te lo digo clara y rotundamente: si te relacionas con él, no podrás hacerlo conmigo.

A continuación, le conté a Avner Ashdot otras cosas de ti, Mijael. Debía contarle otras cosas para que comprendiera qué clase de hombre eres, qué clase de hombre eras; tenía que equilibrar la aguja de la balanza, porque cuando expliqué tu «Gracias a Dios que nos hemos librado de él», me pareció atroz. Entonces le conté que ibas a visitar a tu padre a la residencia tres veces por semana, que te sentabas a su lado y le cogías de la mano a pesar de las cicatrices que te había dejado. También le conté la generosa donación anual, anónima, a la asociación Mi Cuerpo, que trabaja para aumentar las penas por agresión sexual (sé que he contravenido las normas éticas y que debía guardarlo en secreto, pero me veo obligada a hacerlo). Y le conté que los otros jueces reñían constantemente a las taquígrafas del tribunal, y, en cambio, tú las tratabas con todo respeto. No solo a ellas, sino a las limpiadoras, los empleados, los asistentes, los guardias jurados, los empleados del almacén, los trabajadores auxiliares, te acercabas a cada uno de ellos personalmente y les deseabas buenas fiestas, les dabas las gracias por su buen trabajo; si había un guardia nuevo que al entrar no te reconocía y te pedía el documento de identificación, tú se lo mostrabas con paciencia...

Y le hablé de tu generosidad como marido. Tu capacidad de dar. No hay mujer en el mundo que haya recibido tantos cumplidos de su marido como yo. No conozco muchas mujeres cuyos hombres sigan obsequiándolas con flores cada semana al cabo de treinta años, cada vez en un día distinto para que sea una sorpresa. Le conté también lo de las notas. No te preocupes, sin entrar en detalles. Pero sí que cada sábado por la mañana te levantabas antes que yo y me escribías un poema de amor en un papelito que pegabas en el frigorífico.

Después de contar todo eso, sentí que también debía añadir: Sí, era testarudo como una mula. Y que, si vives con un testarudo, con el tiempo llegas a entender que si no quieres perder el tiempo batallando, tienes que aprender a ceder.

Y añadí también: En este caso habría luchado –pero mientras hablaba sentí en la boca el sabor desagradable de la mentira–, habría luchado, pero no sabía cómo. Adar desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Ya son tres años sin saber de él. Ni siquiera se presentó durante la semana de duelo por Mijael.

Podría ser que no hubiera otra oportunidad. Si no digo ahora la cruda verdad al contestador automático, no la diré nunca. Ahí va:

Podría haber buscado con más interés a Adar. Podría haber recurrido a investigadores privados. Podría haber puesto el mundo patas arriba hasta encontrarlo. Después de todo, estamos en Israel: ¿cuántos escondites puede haber en la cabeza de un alfiler? Y después de encontrarlo, lo

habría convencido de restablecer el contacto. Por lo menos conmigo. Él dijo que le disgustaba romper conmigo. Dijo «por un tiempo». Una madre como Dios manda se habría esforzado más en buscarlo, en convencerlo. Pero no lo hice. No lo hice porque resonaba en mí tu advertencia: O él o yo. Y te conozco lo suficiente para saber que habrías actuado en consecuencia.

No se puede obligar a una mujer, Mijael, a elegir qué alianza es más importante para ella, la alianza con su marido o con su hijo. Pero tú lo hiciste. Cualquier jurado de madres me habría considerado culpable, por supuesto. Y me hubieran condenado a la hoguera. Una madre que renuncia a su hijo, ¿existe un pecado más grave que este entre las madres judías?

El último día de la semana de duelo por tu muerte había ya menos personas. Cuando todos se fueron, Hava Rosenthal se quedó conmigo. Me estaba ayudando a llenar el lavavajillas y mientras lo hacía dijo: Qué bonito que hayan venido todas sus taquígrafas. Es conmovedor. Y yo dije: Se portaba con ellas de un modo excepcional. Y ella dijo: Sí, era un auténtico caballero, tu Mijael. Yo dije: Sí. Luego añadió: Adar no ha venido. Y yo dije: Adar tampoco vino ayer. No se relaciona con nosotros. Y ella continuó: Nunca entendí del todo qué ocurrió entre vosotros. ¿Fue por el... accidente que tuvo? Y yo respondí: No nos gusta hablar de ello, a Mijael y a mí. Y ella dijo: Está bien. Y, precisamente porque no insistió, se lo conté. En la cocina, de pie, enjuagando vasos. Me salió así. Mientras se lo iba explicando, su mirada compasiva se fue volviendo más reservada; y ella se fue apartando de mí hacia la pared, hasta que con la nuca casi tocó el estante de corcho en el que, antes de que las quitases, hubo fotografías de Adar, y ahora solo hay facturas.

Cuando terminé de contárselo no me consoló ni me reconfortó; solo comentó en tono gélido: Hiciste tu elección, Débora. Y nunca más supe de ella o de las amigas del club de lectura. Por lo visto, se lo explicó a todas. Y, por lo visto, pensaron que yo merecía la lapidación o, al menos, que no me invitaran al siguiente encuentro, que trataba de *La historia*, de Elsa Morante.

La verdad es que no tengo nada que decir en mi defensa salvo que no creí que pudiera vivir sin ti, Mijael. Y sin él, por vergonzoso que parezca, sí.

Avner Ashdot giró el volante y dimos la vuelta.

Como Hava Rosenthal, también él apartó el cuerpo de mí.

Freud tiene razón, pensé, mientras yo también me volvía hacia la ventanilla. Todos los hombres buscan siempre una sustituta de la madre, y yo no soy una madre lo suficientemente buena. Nunca fui una madre lo suficientemente buena. A los tres meses dejé a Adar con una niñera. No podía soportar mi propia incompetencia. Me gradué con honores, *cum laude* (la segunda después de ti en la lista de laureados *cum laude* del decanato), pero con Adar la primera sensación fue de fracaso.

Intentaste animarme. Me decías: No eres tú. Es el niño. Es difícil. Y al principio, cuando aún estaba convencida de ello, te respondía: No hay niños difíciles.

A través de la ventanilla se veían las chozas de los beduinos, muy juntas. Apretujadas. Imaginé que, desde una de ellas, una madre llamaba a sus hijos a comer. Dentro de la choza abrasadora, con su chilaba negra y gruesa, se sentía a gusto en su cuerpo. El papel de madre era natural en ella. Servía la comida a cada uno de sus hijos en un plato de aluminio. Con gestos naturales, sin esfuerzo. Los platos se deslizaban con naturalidad exactamente hasta el lugar correcto, frente a cada niño. Olía muy bien: a guiso de arroz con zanahorias. Llegaban los niños. Se reían a carcajadas. Algo les hacía gracia. Ella también se unía a sus risas.

Si yo hubiera sido así, una madre de raza –esa idea pasó por mi cabeza–, ¿habría servido de algo?

¿Y si tú hubieras sido así, Mijael?

Avner Ashdot se pegó a la ventanilla, apoyándose en ella con todo su peso.

Puedo percibir cuándo tiene lugar un juicio cerca de mí. Y sabía que en ese momento él me estaba juzgando. Y decidió que era culpable. Pensé: Olvídate de los cumplidos. De su mano sobre la mía. Y también pensé: Quizás sea mejor así. De todos modos era demasiado pronto para confiarme a alguien. Las condiciones aún no estaban maduras.

Otro cartel anunciaba un moshav. Esta vez, era el de Azrikam. Me acordé de cómo llamaban a estos asentamientos agrícolas: las granjas solitarias. Si no me equivoco, una vez pronuncié una sentencia a favor de una asociación que representaba a los beduinos en litigio por un terreno de pasto con el dueño de una granja de estas..., ¿o fue en contra?

Avner Ashdot pulsó el botón que abría la ventanilla. Un aire cálido y seco penetró en el coche. Alargó de nuevo la mano derecha hacia el bolsillo de la camisa, como si fuera a sacar un paquete de cigarrillos, y la retiró de nuevo.

¿Cuándo lo dejaste?, pregunté para romper el incómodo silencio en el que estábamos inmersos.

¿El qué?

El tabaco.

Se rio. Cinco semanas y cuatro días. Llevo la cuenta.

Debe de ser difícil.

Lo hago por ella. Por Asia. Odia que fume. Siempre lo ha odiado. Por eso intento... por ella... mejorar. Pero sí. Librarse de una adicción es siempre duro.

¿Sabes, Avner?; por vez primera me dirigí a él por su nombre propio.

Se pronuncia Ávner, con acento en la A, me corrigió; descubrí un destello travieso en sus ojos.

Creo que como he sido muy honesta contigo, Ávner con acento en la A, tú también deberías serlo conmigo y decirme, por favor, adónde nos dirigimos.

A Noit, un asentamiento en el desierto de Aravá. Ella vive ahí. Mi hija.

Como respuesta a sus palabras, un tornado de arena y polvo se arremolinó de repente junto a la carretera y se dispersó.

¿Por qué, por todos los espíritus del desierto, deseaba que lo acompañara a casa de su hija? ¿Quería que le enseñara a defenderse de ella? ¿De qué modo? ¿Me presentará como su acompañante? ¿Su pareja?, Dios nos libre. ¿Y por qué, de pronto, está dispuesto a decirme adónde nos dirigimos cuando antes se negaba?

No lo sabía. Pero decidí comportarme como él: no buscar respuestas directas. Llegar a ellas por caminos indirectos.

Pregunté: ¿Cómo fue a parar a... Aravá, tu hija?

Y Avner respondió: En la universidad participó en un seminario sobre agricultura del desierto. Se apasionó. Durante los estudios nos comunicó que cuando terminara la carrera se dedicaría a esta especialidad. Pero no nos la tomamos en serio. Una niña que había crecido en los bares, ¿qué tenía que ver con el desierto? Pero en cuanto leyó la tesis, se montó en un autobús con destino a Aravá. Había conseguido ya un trabajo a cambio de alojamiento y comida, y nos dijo: Allí hay tanto espacio... no podréis entenderlo.

Tiene razón, comenté mirando por la ventanilla. Desde el coche hasta el horizonte no se divisaba ni una casa, solo acacias y más acacias.

Avner continuó: Ella era feliz. Por primera vez desde que nació veíamos a nuestra hija feliz. Nosotros nos sentíamos felices por ella.

(Adar también tuvo una época dorada como esa, ¿lo recuerdas, Mijael? En las vacaciones entre primaria y secundaria. Encontró un trabajo en el zoológico de Ramat Gan. ¿Recuerdas cómo descubrimos de repente lo hermosa que era su sonrisa? Lo llamábamos Adar B. Dijiste: Creíamos que solo existía un Adar A y ahora resulta que hay un Adar B. Y por primera vez en mucho tiempo vi un destello de esperanza brillando en tus ojos. Pero entonces desapareció dinero de la caja. A partir de las pesquisas internas que se realizaron, el culpable resultó ser Adar. Él declaró que no había hecho nada. Gritó y lloró. Sin embargo, incluso nosotros no le creímos del todo. Se precisaron muchos esfuerzos y toda mi elocuencia para convencer al cerdo del director de que no lo denunciara a la Policía. Pero Adar A no volvió a poner nunca más los pies en el zoológico y Adar B desapareció como si nunca hubiera existido).

¿Y si le hubiéramos creído? Si le hubiésemos creído de corazón y le hubiésemos defendido a capa y espada, ¿habría servido de algo? ¿Habríamos podido salvarlo, Mijael?

Durante tres años –siguió contándome Avner–, Asia pasó de un invernadero a otro, de un asentamiento a otro. Dátiles. Tomates. Tomate cherri y pepinos. Pimientos verdes. Pimientos rojos. Melones. Berenjenas. Qué no cultivaría. Entonces, después de trabajar dos años en el campo, un buen día se presentó ante el secretario de la asociación de asentamientos con una idea propia. ¿Has visto los pimientitos que a veces crecen dentro de un pimiento grande?

Sí, claro.

Al parecer crecen espontáneamente, sin fecundación. Se llama «partenocarpia».

¿Qué dices? ¿Cómo puede crecer algo sin fecundación?

Hasta hace poco no se había conseguido explicarlo exactamente. Pero mi hija afirmó que estaba investigando ese fenómeno y creía que, gracias a una cierta combinación de temperatura y hormonas, podría replicarlo y también controlarlo, es decir, cultivar intencionadamente pimientos grandes con un pimientito dentro. Y asegurarse de que los pequeños pimientos no salieran deformes como ocurre a veces, sino hermosos y enteros como los grandes.

¿No es algo... pretencioso por su parte? Siento decirlo...

No pasa nada. Esa es exactamente la misma reacción que tuvo el secretario más veterano. Ella les pidió una parcela para poder realizar sus experimentos y ellos, amablemente, con muchas palmadas en la espalda, le dijeron que lo dejara. Le explicaron que no era realista, ¿cómo iba ella a tener éxito allí donde los grandes científicos habían fracasado? Le recordaron que solo recibían parcelas los hijos de agricultores y ella no tenía ni familia allí. Pero Asia no se rindió. Les presentó datos, pruebas y cálculos, y les dijo: Los consumidores se volverán locos. Compras un pimiento y recibes otro pequeño de regalo. Como un huevo Kinder. Finalmente logró convencer al secretario de Noit para que le dejara unos cuantos *dunams* y una cabaña para vivir en las afueras del asentamiento. Cuando nos enseñó la pequeñísima parcela junto a la frontera de Jordania, Nira y yo... nos miramos el uno al otro. En el viaje de regreso estuvimos de acuerdo en que querían humillarla, con esa parcela que le habían asignado. Pero tuvo éxito. Esta niña, que no tuvo un solo certificado de buena conducta escolar, que en cualquiera de los lugares donde estuvo, desde el movimiento juvenil hasta el trabajo de camarera, la echaron porque se peleaba con todo el mundo, esta niña ha creado el primer invernadero del mundo de pimientos Babushka.

¿Babushka?

Es el nombre comercial que les puso.

¿Están ya en el mercado? ¿Cómo es no he oído hablar de ellos?

Todavía están intentando mejorar el gusto del pimiento pequeño. Y agilizar el proceso de producción. Fíjate, hace solo un año ha descubierto que existe una abeja determinada, la *Bombus*, que es particularmente activa en el proceso de polinización del pimiento-madre..., de hecho, así conoció al muchacho taciturno encargado de las colmenas en Noit, Adar...

La cinta se ha terminado, Mijael. Por eso ya hace dos días que no te dejo mensajes. No ha sido premeditado. No he cortado la historia en el momento más crítico para torturarte. Te merecerías que te mortificase un poco, pero no ha sido esa mi intención. Simplemente se terminó la cinta. Y no ha sido fácil encontrar una nueva. Ya no las venden. Nadie utiliza ya el contestador automático. Recorrí tiendas hasta que finalmente me enviaron a un pasaje en la calle Allenby. Allí, entre las tiendas de sellos, había una de electrodomésticos antiguos.

El vendedor, un hombre con pinta de frigorífico, quería ligar conmigo. Parece que le gustan también las mujeres antiguas. Me preguntó si aceptaría que me invitara a un café.

Le respondí con una frase prestada de una mujer alta y con curvas que vino a una sesión en la tienda de campaña de los psicólogos: Aún estoy apegada a mi relación anterior.

La segunda cosa que quise hacer apenas supe que íbamos a ver a Adar fue telefonearte (la primera, abofetear a Avner Ashdot). Quería explicártelo. Para que lo supieras. No para pedirte permiso, no lo necesito. Tengo claro que ya no necesito tu aprobación. Pero me parecía justo compartirlo contigo. Quería llamarte, decirlo en voz alta, que oyeras tú también lo que Avner me contó después: cómo su hija se presentó en la cabaña de Adar y él le abrió la puerta con mirada sorprendida. Cómo, en vez de asustarse, ella le mostró el pimiento Babushka que llevaba. Cómo él se dirigió en silencio hacia el frigorífico para ofrecerle miel sobre unas rodajas de manzana. Cómo ella le preguntó si a los apicultores les gustan las abejas. Cómo él no le respondió. Cómo ella no se ofendió, sino que comprendió que se trataba de un caso de timidez aguda. Cómo durante el trabajo compartido en su invernadero, ella llegó a construirse una imagen con los escasos fragmentos de información que él le ofreció: desde su llegada al sur, hacía ya unos años, Adar solo tenía contacto con animales. Al principio trabajó en un centro de reproducción de alpacas de la reserva natural de Hai-Bar, y allí se enteró de que en Noit buscaban un apicultor. No me asombra, pensó ella, que no tenga ni idea de cómo comportarse con los humanos. Una tarde, después de haber instalado algunas colmenas de *Bombus* entre las matas de pimientos, él le preguntó si quería acompañarlo en su paseo; al llegar al depósito de agua para emergencias, se quedaron observando las ondas que el viento levantaba, entonces él se volvió para decirle: No sabes siquiera quién soy, soy hiriente, lastimo a la gente tanto si quiero como si no, huye de mí ahora que aún estás a tiempo..., y la besó, con gran sorpresa para ella. Hasta ese momento ni siquiera estaba segura de gustarle.

Después de aquel beso, se rompieron las presas y una avalancha de sentimientos los arrastró en cuestión de semanas, al matrimonio –sin rabino, en el césped frente al campo de fútbol– y a la convivencia en la cabaña de ella, porque solo proporcionan casas a los hijos de padres agricultores, aunque el hecho de ser pareja mejora las posibilidades de ser aceptados como residentes de pleno derecho, si Dios quiere, en el futuro.

En el asentamiento llaman a su cabaña el «monasterio del silencio». Así son ellos, Mijael, tu hijo y su mujer: creen que las palabras solo causan malentendidos. Mejor actuar que hablar.

También quiero que oigas el final de la historia, Mijael: hace un mes tuvieron un hijo. Insistieron en dar a luz en casa y el parto se complicó. A Asia la trasladaron al hospital de Eilat. Le salvaron la vida. Pero aún no se ha recuperado de la operación. Le han prohibido que esté de pie. Solo puede levantarse una hora al día. La cicatriz se le ha infectado. Los puntos deben cicatrizar de nuevo.

Cuando Avner le contó que me había encontrado en Tel Aviv, ella le pidió que me llevara con ellos. Para ayudar. Le avisó de que Adar no debía saberlo. Porque no lo habría consentido.

Tenemos un nieto, Mijael. ¿Lo habrías imaginado alguna vez?

Pon música, le ordené a Avner Ashdot. Necesito música urgentemente.

¿Seguimos con Strauss?

¡No!, algo más tranquilo.

¿Chopin?

Chopin está bien.

Los acordes del *Concierto número 1 para piano* de Chopin llenaron la cabina del coche. Primero la introducción con los instrumentos de arco, a continuación el piano, que suele parecerme suave como una caricia pero que, en ese momento, me pareció vacilante. Renqueante. Ligeramente atemorizado.

Sentía los *stents*. Cuando Adar cortó el contacto con nosotros y empecé a sentir punzadas en el pecho, insististe en que debían examinarme. Y tuviste razón. Desde que nos conocimos, era la segunda vez que me salvabas la vida. (La primera fue cuando me sacaste de casa de mis padres.) Incluso ahora tiemblo al pensar que tenía las arterias completamente obstruidas. De haber tardado un poco más, el corazón no habría aguantado. Y tú, Mijael, no te moviste de la cabecera de mi cama después de la operación. Cancelaste todas las audiencias. Me cogías de la mano. Me traías té y cruasanes de almendras de la cafetería del centro comercial que había cerca del hospital (sé que sabes todo esto, Mijael, pero no lo estoy en contacto por ti. Para mí es importante recordar en este preciso instante tu lado bueno).

No debería notar los *stents* después de la operación, pero siempre los he notado. Todavía los sigo sintiendo. Sobre todo cuando algo estalla. Me perforan. Me atraviesan dolorosamente.

Después de unos minutos, que se me hicieron eternos, en los que solo se oía la música en el coche, Avner Ashdot dijo: Nos estamos acercando.

Le pedí que se detuviera antes de entrar en el asentamiento.

Se detuvo al borde de la carretera, a pocos metros de la entrada. La puerta estaba abierta. La garita del guardia estaba vacía. En un lado había un cartel oxidado: «Bienvenidos a Noit. *Moshav* cooperativo». Avner Ashdot apagó el motor pero dejó que Chopin siguiera sonando.

Puso su mano sobre la mía.

La retiré de inmediato. Como si sus dedos fueran las pinzas de un escorpión. Le hablé sin mirarlo. Le dije: Ya no somos unos niños, Avner. Si querías que me encontrara con mi hijo, deberías haberme dicho sin rodeos que esa era tu intención.

Él respondió: Es importante que sepas que fue idea de Asia. Después de que te ducharas por primera vez en mi casa le hablé de ti, le conté que me habías impresionado, y fue ella la que propuso...

Lo interrumpí: No importa de quién fuera la idea.

Él empezó a decir: Siento que las cosas hayan ido así, pero...

Y de nuevo lo interrumpí: No deberían haber ido así. Tú elegiste que fueran así. Tramposas. Traicioneras. Me has engañado, Avner. Y no me gusta que me engañen.

Estoy acostumbrada a nuestras discusiones, Mijael. Por eso esperaba que Avner Ashdot presentara sus argumentos en contra. Esperaba argumentaciones ordenadas basadas en evidencias. Esperaba nuevas informaciones, proporcionadas exactamente en el momento crítico, para ver los hechos bajo una nueva luz. Esperaba precedentes que sostuvieran su posición y demostrasen que actuó correctamente, o por lo menos, que yo pudiera concederle el beneficio de la duda...

En cambio, Avner Ashdot se limitó a suspirar y dijo: Tal vez tengas razón. Y después de un prolongado silencio añadió: Es difícil sustraerse a los malos hábitos. Estoy acostumbrado a usar estratagemas, Débora. Durante treinta años las he utilizado en el trabajo.

Una furgoneta salió del asentamiento. En la parte trasera iban unos tailandeses.

Avner esperó a que la furgoneta se alejara –como si estuviese preocupado por si los tailandeses pudieran oírnos– y entonces dijo: Me daba miedo que al saber adónde nos dirigíamos, no quisieras venir. O que me pidieras un tiempo para pensarlo. Y no hay tiempo. La situación es grave, Débora. Sin embargo, tienes razón..., lo siento mucho.

Dije: No soy un peón en tu tablero de ajedrez, Avner.

Y él respondió: Lo entiendo.

Dije: Tampoco soy Nira, conmigo no podrías guardar secretos durante veinticinco años.

Y él respondió: Está claro.

Le advertí: Si me enredas otra vez, será el fin de nuestra relación.

Asintió: De acuerdo.

Los *stents* siguieron doliéndome. En la botella apenas quedaba agua, solo unas gotas. La incliné hacia la boca y las atrapé con la punta de la lengua.

Dije: Esperemos aquí hasta que termine Chopin. No creo que mi corazón aguante si entramos ahora. En cuanto termine la música, los llamas y le informas a Adar de que estoy en la puerta de entrada. No pretendo imponerme a nadie. Si él no me quiere ver, daremos marcha atrás y regresaremos a Tel Aviv, ¿entendido?

En el último minuto del *Concierto n.º 1* de Chopin, todo crece. El piano, los violines, los oboes, todos se desbordan de golpe. Al principio parece que los instrumentos compitan por sobresalir pero, en los últimos instantes, los sonidos se funden, imposible discernir unos de otros, lo único cierto es que el final está cerca...

Yo, sin embargo, quiero separar los detalles, Mijael. Ya que no estabas conmigo en esos momentos (tal como deberías haber estado de no ser terco como una mula), por lo menos que puedas imaginar la escena:

En primer lugar, Noit es mucho más verde de lo que cabría esperar.

Prados. Arbustos. Palmeras a cuya sombra puedes recogerte. Macetas con flores en las ventanas de las casas. Son casitas bajas, humildes. Entre ellas discurren estrechos senderos solo aptos para bicicletas. Aunque nadie circula en bicicleta a esa hora abrasadora del mediodía. Todo está apagado. Nadie entra ni sale de la hilera de casas. No se mueve nada. Incluso las hamacas están inmóviles. Seguimos circulando. Despacio. He notado que aquí los patios delanteros de las casas

están llenos de trastos típicos de los patios traseros: el asiento de un coche, sin el coche. Un sofá destripado. Un patinete oxidado. Abandonado.

Y, al final de la hilera de casas y patios, una cabaña provisional. Sin macetas. Delante, un tendedero lleno de ropa y pinzas para tender –testigo de que la habitan seres humanos–, y a su lado una furgoneta con la parte trasera cubierta por una lona amarilla.

Nos detenemos. Las ruedas de nuestro vehículo aplastan la tierra. El gruñido del motor se apaga de golpe. Avner Ashdot se vuelve y me mira para asegurarse de que estoy bien.

La puerta del coche y la de la cabaña se abren a la vez. Yo me bajo. La mujer de tu hijo sale de la cabaña. Agraciada, ese es el adjetivo más apropiado para ella. Estructura ósea delicada. Pelo largo, claro. Con pequeñas arrugas en torno a la boca. Un gesto de desdén en el labio superior que los primeros instantes no sé a qué me recuerda pero que reconozco de inmediato: me recuerda al desdén en el labio superior de Adar. Que sale a nuestro encuentro justo detrás de ella. Barbudo. Malhumorado. Con un bebé en brazos. De repente, se queda inmóvil, como queriendo mantener una distancia de seguridad conmigo.

Su agraciada mujer, en cambio, no mantiene la distancia de seguridad. Avanza con una mano en la cintura, besa a su padre en la mejilla, me toma una mano y dice: Gracias por venir, Débora. A continuación, sin mediar palabra me lleva a ver al niño.

Los *stents* me duelen muchísimo pero la sigo. Y al primer vistazo lo descubro: tu nieto, Mijael, es igualito a ti, por obra del diablo. La frente alta, la nariz, las orejas un poco dobladas. Los colores son de Avner, pero las facciones son tuyas.

Le pregunté: ¿Cómo se llama? No estaba segura de poder preguntarlo. No estaba segura de poder hablar incluso.

Benjamín, respondió ella.

¿Puedo... cogerlo en brazos?

Ella miró a Adar para pedirle permiso.

Y él, sin mirarme, sentenció: No. Se dio la vuelta. Y entró en la cabaña. Su mujer se apresuró a ponerme una mano en el hombro. Dijo: No te lo tomes a mal. Solo está algo trastornado. Eso es todo.

Yo también, quise decirle. Yo también.

Durante dos días mi hijo no me dirigió la palabra, ni para bien ni para mal. Durante dos días nos ocupamos de cosas prácticas. Había muchas cosas que hacer en esa cabaña. El miedo a equivocarse parecía paralizarlos, y se movían alrededor del niño con tanta ansiedad que me la transmitían a mí también. Asia no podía amamantarlo. No tenía leche, su cuerpo no se había recuperado aún del parto complicado que tuvo, por eso el niño tomaba solo leche artificial. Sufría de cólicos continuos. Que lo hacían padecer a él y a ellos. No estaba segura de que comprendieran que lloraba a causa de los gases. Estaban tan perdidos... Era difícil de creer que en la era de Internet pudieran ser tan incompetentes. Pero ellos no tenían conexión. No sabían ni cómo cambiar unos pañales. No es que yo sea una experta, claro. Han pasado muchos años desde que me ocupé de un niño tan pequeño. Pero comparada con ellos, me sentí como una experta. Adar siempre tuvo unas manos de oro. Así que le dije a Asia que le pidiera a Adar que construyera una cómoda. Al cabo de unas horas, ya estaba hecha. Con la mirada me preguntó dónde la ponía y con la cabeza le indiqué el lugar más práctico. Mandé a Avner a Beerseba a comprar leche de sustitución de otra marca, una cuna mecedora, un asiento para el baño y juguetes. Adar tenía que sustituir a Asia en el

invernadero de los Babushka y, al mismo tiempo, extraer la miel de los panales, así que durante su ausencia no habría quién se ocupara de Benjamín. Nadie que lo ayudara a expulsar los gases. Asia no podía tener al niño en brazos más que unos minutos, hasta que le empezaban a doler los puntos. Le pedí a Asia que Adar me diera permiso para tener al niño cuando él estuviera fuera de casa. Mientras yo hablaba con Asia, él se encontraba a pocos metros de distancia, fregando los platos en la pequeña cocina. Yo limpiaba con un paño la nueva cómoda. Temía que si le hablaba no me respondería, por eso le dije a su mujer que le transmitiera el mensaje. Con un gesto rápido de la barbilla, él consintió que cogiera a Benjamín. Lo consideré una buena señal.

En cuanto Adar se fue al invernadero, cogí al niño, lo apoyé en mi hombro, le di unas suaves palmaditas en la espalda y le canté las mismas canciones que a Adar cuando era pequeño. Al cabo de un rato me dolían los brazos y lo dejé en la cuna que Avner ya había traído de Beerseba. Lloraba. Lo cogí de nuevo. Le gustaba estar en mis brazos. A mí me gustaba que le gustase. Me infundía seguridad. Cuando Adar era pequeño, nada de lo que hacía le gustaba. Siempre parecía querer algo distinto. Mandé de nuevo a Avner a Beerseba a por una mochila portabebés. Partió por segunda vez el mismo día, deseoso de ayudar. Le di un baño al niño, y como vi que le hacía bien, lo calmaba, lo bañé por segunda vez unas horas después. Cada vez que le enjabonaba las orejas dobladas, me reía por dentro y me acordaba de ti, Mijael. Me apenaba que no estuvieras conmigo, que nunca puedas llegar a saber qué es abrazar a tu nieto. Y estaba furiosa contigo. Porque borraste a Adar de tu corazón y estableciste un pacto secreto con la parte fatigada de mí, deseosa de creerte cuando decías que si había habido un punto en el cual todavía se podía haber salvado, lo habíamos dejado pasar.

Y estaba furiosa porque, después de todo, tuviste el descaro de morirme antes que yo y dejarme sola. Absolutamente sola. Estaba furiosa contigo, furiosísima, Mijael, si hubieras estado aquí, te habría quemado vivo. Lástima que no estuvieras para hacerlo.

Avner regresó de Beerseba con el portabebés. Miró a Asia, para indicarle que él estaba al pie del cañón. A mí me trajo un cruasán de almendras. Alcancé a darle un par de bocados, no más, porque Benjamín se despertó. Lo metí en el portabebés y salimos a tomar el aire al patio. Necesitaba aire. El sol empezaba a ponerse y ya no hacía tanto calor. Su cabecita sobresalía entre los tirantes del portabebés.

Me pareció que sonreía y pensé que era una buena señal.

Entonces Adar regresó de los invernaderos. Cruzó por delante de mí. Sin mirarme. Como si fuese una extraña.

Tú no estuviste en el tribunal y no lo pudiste ver, pero de ese mismo modo cruzó frente al marido de la mujer a la que había atropellado: como si no existiera.

Benjamín se despertó por la noche. Qué le vamos a hacer. Los bebés se despiertan por la noche. Asia se levantó para atenderlo y yo me levanté también para prepararle el biberón. Ella lo sostenía y yo le daba de comer. Cuando ella se sintió cansada y empezó a dolerle la cicatriz, le cogí al niño, lo envolví en una manta y salí con él al patio.

Las noches son distintas en el desierto. Hay más estrellas en el cielo. El aire es más seco. Sonaba en la lejanía el tintineo de unas campanillas. Lo que significaba que hacía viento.

Caminé por los vacíos senderos del asentamiento, meciendo a Benjamín en mis brazos mientras le cantaba una vieja canción de cuna. Le gustó, y al final de la segunda estrofa cerró sus largas

pestañas. También le cantaba a Adar esa misma canción, sin ningún éxito. Yasmina, la niñera que me sustituyó a los tres meses, le cantaba canciones en ladino y esas sí le gustaban. Por eso le pedí que me las enseñara y lo hizo. Incluso las escribió en un papel para que pudiera aprenderlas. ¿Entiendes? Primero ensayaba las canciones en el coche, antes de entrar en casa. Sin embargo, cuando se las cantaba, pateaba en el aire con sus piernecitas al aire, frustrado.

Comprendí que no eran las canciones. Era yo. Me rechazaba.

Volví a la cabaña con Benjamín. Lo dejé en la cuna y lo tapé con una manta fina. También cubrí con una manta fina a Asia, que se había quedado dormida en el sofá, y me fijé en que tenía seis dedos en el pie izquierdo. Me acosté en el colchón que habían dispuesto para mí, dominando el fuerte impulso de ir al colchón de Avner, en la otra punta de la habitación, para examinar cuántos dedos tenía en los pies. Y después –perdóname, Mijael, pero es la verdad– acostarme a su lado y que me rodeara con sus brazos. Sentir el calor de su cuerpo a través de la ropa. Sentirme consolada por él de todos los errores que he cometido en la vida, incluido el de consolarme con él.

Gracias, Débora, me dijo Asia a la mañana siguiente. Eres mi salvación.

Y Avner dijo: Te felicito de veras, Débora, has obrado un milagro.

Adar estaba arreglando un nuevo estante para colocar los juguetes. Parecía demasiado absorto en su trabajo como para oír nuestra conversación. Entonces se dio la vuelta hacia mí y soltó: Dime, ¿cuándo vas a irte?

No me vi capaz de responderle. Los golpes más dolorosos llegan cuando no estás preparado para defenderte. Y yo me doblé en dos por el intenso dolor. Adar ni esperó mi respuesta. Terminó con el estante, plegó la escalera con dos movimientos rápidos, decididos, y le dijo a Asia que se iba al invernadero.

La puerta se cerró de golpe y Benjamín se despertó. Asia se llevó una mano al bajo vientre y me echó una mirada que decía: Por favor, mientras estés aquí, cógelo tú. Pero yo le eché otra mirada que decía: Lo siento, tengo otro niño del que ocuparme ahora.

Salí de la cabaña y Avner fue tras de mí. Le dije: Quédate aquí. Él dijo: Pero... Yo estaba resuelta: Esto es entre Adar y yo. Caminé hacia los invernaderos. Avner se quedó detrás de mí. Mis primeros pasos fueron furiosos y decididos, pero al cabo de unas decenas de metros tuve que admitir la amarga evidencia: no tenía ni idea de adónde me dirigía bajo el sol. Recordé que Avner me había dicho que la parcela de Asia estaba cerca de la frontera con Jordania y pensé que debía dirigirme hacia el este. O sea, apartarme todo lo posible de la carretera del Aravá. Giré hacia el este en el primer camino de tierra que me lo permitía. El aire se iba sobrecalentando y empecé a sudar bajo la ropa. Las gotas de sudor resbalaban por mi cuerpo como hormigas. Una parte de mí quería desistir. Pero otra quería seguir, contra viento y marea. Pasé frente a varias casas y una guardería, y por fin vi el primer invernadero. Y otro. Y otro más. Decenas de invernaderos se extendían por el desierto. Me resguardé los ojos con la mano y pensé que no tenía posibilidad de saber en cuál se encontraba Adar.

¿Dónde estás, hijo? Le hablaba desde el corazón, como hacía a veces con él cuando tú dormías y no temía que pudieras oír mis pensamientos.

Los rayos del sol se reflejaban en el parabrisas de la camioneta aparcada junto a uno de los invernaderos y sus destellos llegaron hasta mí. Desde lejos me di cuenta de que la parte trasera de la camioneta estaba cubierta por una lona amarilla que me era familiar.

Cuando abrí la puerta del invernadero, aparecieron ante mí hileras y más hileras de arbustos verdes de los que pendían pimientos rojos. Por el suelo había mangueras de irrigación. Cada tantas hileras había unas cajas de cartón blanco con las paredes agujereadas, colgadas en soportes. Por el zumbido que emanaba de ellas, deduje que eran las colmenas de abejas *Bombus*.

Al principio no vi a Adar. Luego oí movimiento de ramas y lo vi salir de entre ellas.

Me aclaré la garganta.

Él volvió la cabeza en mi dirección. Vi la sorpresa en su cara. A continuación, el intento de ocultar su sorpresa. Se acercó un poco y preguntó: ¿Qué haces aquí?

Le dije: Vine a ver los famosos pimientos Babushka.

Entonces él dijo: Pues mira, los estás viendo.

Quise decirle que no del todo, porque no había visto el pequeño pimiento escondido dentro...

Pero él miró su reloj y pasó el peso del cuerpo de una pierna a la otra, entonces dije: También quería verte... a ti, Adar, creo que tenemos que hablar.

Se frotó la barba unos segundos y dijo: ¿De qué hay que hablar?

Le pregunté: Dime, ¿de verdad quieres que me vaya?

Él no respondió. Se quedó un buen rato mirando una ramita que tenía cerca y finalmente dijo: Yo no soy como vosotros, Débora, no soy bueno con las palabras.

Eso fue lo más duro, Mijael. Que me llamara Débora. Más que sentirme ignorada y, la verdad, mucho más que su silencio sobre tu muerte. Que me privara del título de madre fue insoportable. Y no lo hizo para hacerme daño. No había nada desafiante en el modo en que me llamó Débora. Todo lo contrario. Pronunció mi nombre con naturalidad. Como si para él yo ahora fuese eso. Una mujer llamada Débora.

Me llevó unos minutos tragarme mi dignidad ofendida y decir: De todos modos, Adar, me gustaría saber si quieres que me quede o no.

De nuevo guardó silencio. Cogió una hoja. La estrujó entre los dedos.

Pensé: Las distancias aquí, en el desierto, son distintas. Entre las personas. Entre frase y frase.

Después de un rato largo dijo: Todo va demasiado rápido para mí. He construido algo nuevo y, de pronto, llegas tú. Sin avisar. Me cambias las cosas. Todo va demasiado rápido para mí.

Entonces lo haremos a tu ritmo, propuse. Mi voz era demasiado implorante. Casi sumisa. ¿Desde cuándo soy sumisa?

Movió la cabeza. (¿Con incredulidad? ¿Con rechazo? ¿Con dolor? No lo sabía. Ese hijo, fruto de mi vientre, era incomprensible para mí, como un extraño.)

Le dije: Escucha, Adar, me iré de aquí con Avner ahora mismo. Si quieres que vuelva a venir, bastará con que me lo pidas.

Echó la hoja al suelo y dijo: Puede ser que te lo pida o puede ser que no. Cada cosa necesita su tiempo.

Me despedí de Benjamín llenando de besos sus mofletes. Me despedí de Asia con un suave abrazo, porque los fuertes le causaban dolor. Y de Adar no me despedí. Cuando monté en el coche

de Avner, él todavía estaba en el invernadero de los Babushka. ¿Entiendes? Se quedó en el invernadero para no tener que despedirse de mí.

Durante la primera hora del trayecto, Avner Ashdot y yo guardamos silencio. Como si el silencio de nuestros hijos se nos hubiera contagiado. Pasamos ante unas bases militares y ante un monumento a los caídos, y me pregunté cómo no había reparado en ellos en el viaje de ida.

Paramos a repostar. El muchacho que nos llenó el depósito nos limpió el parabrisas con un pequeño paño y Avner Ashdot le dio una generosa propina. Tú nunca diste propina en las gasolineras. No te gustaba sentirte obligado a sacar más dinero.

Cuando nos incorporamos a la carretera principal, él dijo: Lo siento, Débora.

Los dos sabíamos a qué se refería. No hacía falta fingir.

Tu intención era buena, suspiré en vez de llorar.

Sí, dijo. Pero el resultado, una mierda.

Puso su mano sobre la mía. Esta vez no la retiré. Él dijo: Estás molesta. No era esa mi intención. Adar no me había dicho..., quiero decir, solo oí todos los detalles por primera vez cuando tú me los contaste durante el viaje de ida.

¿Quieres decir que sabías que me gustan los cruasanes de almendras pero no conocías la historia de Adar?

Lo del cruasán fue pura casualidad, créeme. Y Adar... no me contó gran cosa de ti. En general, como has podido ver, no es muy hablador..., sabíamos que había habido una ruptura. Sabíamos incluso que había habido una semana de duelo y que no fue a verte. Pero no sabíamos por qué. No sabíamos hasta qué punto el asunto...

¿Era grave? Sí, Avner, el asunto es de veras gravísimo.

Me lanzó una mirada compasiva. Luego volvió los ojos a la carretera y dijo: Adar es un buen chico, ¿sabes?

No me ha parecido que rezumase bondad.

Mira, Adar... es duro de roer. A mí también me llevó tiempo habituarme a él. Las primeras veces que los fui a ver, no me dirigió la palabra. Fue ofensivo. Irritante. Pero luego, de repente, en la cuarta o quinta visita, antes de irme, me llevó un tarro de miel al maletero. ¿Entiendes? Es su modo de comunicarse. También el hecho de que ahora se haya hecho cargo de todo el trabajo de Asia en los invernaderos..., ¿sabes lo duro que es ese trabajo?

Pensé que a mí no me había dado nada, antes de irme. Y dije: Todo eso está muy bien..., pero... hay algo en Adar..., siempre hubo algo en él... cruel. ¿Sabes que nunca le ha pedido perdón al marido de la mujer a la que atropelló?

No lo sabía. No.

Estaban sentados a pocos metros uno del otro en la sala. Durante todo el juicio no lo miró ni una sola vez.

Le conté a Avner la conversación que mantuve con Adar en el invernadero de los Babushka. Mientras hablaba empezó a mover su mano sobre la mía. Acariciándola.

Cuando terminé, dijo: La situación no es tan mala como pensé. Ha dejado un resquicio. Ambos, Asia también, nos han dejado un resquicio.

Y yo dije: Sin embargo, la ofensa de Adar es tan profunda. Tan arraigada.

Y Avner Ashdot respondió: Debemos respirar profundamente. Los dos. Armarnos de paciencia. Los mayores errores entre las personas ocurren porque una de las partes no tiene paciencia para esperar a que la otra parte madure.

Yo dije: No lo sé, ojalá fuese tan optimista como tú.

Avner Ashdot guardó silencio. Y poco a poco fue extendiendo mis dedos hasta enlazarlos con los suyos.

Todo esto se debe al abrazo con Hani. La vecina. Hasta ese momento no supe cuánto lo anhelaba. Cuánto extrañaba el contacto físico. Después de eso empezó la cuenta atrás. Interior. Silenciosa. De las que queda claro cómo terminan.

Invité a Avner Ashdot a subir conmigo al tercer piso. A tomar un café. A pesar de que ambos sabíamos muy bien que yo solo bebo té y agua. No entraré en detalles de lo que ocurrió a continuación. Hay un límite en lo que puedo obligarte a escuchar. Solo decir que descubrí que también él tiene seis dedos en el pie izquierdo, y que cuando se fue, sentí una soledad más terrible que cualquier otra soledad.

Que quede claro, se portó como un caballero. Me preparó un desayuno ligero. Una tortilla de cebolla y una ensalada. Se quedó a comer conmigo. Y durante todo el desayuno no cesó de cubrirme de cumplidos. Me acarició la mejilla un par de veces. Me preguntó una y otra vez si me disgustaba que se fuese. Querría quedarse, pero tenía un compromiso...

Le dije que estaba bien, muy bien...

Sin embargo, cuando se fue, no sé, Mijael, se me cayó el alma a los pies. Todos los acontecimientos de la última semana. Sentía un deseo muy poderoso de hablar contigo y lamentaba profundamente que fuera imposible.

De pronto nuestra casa me pareció una granja solitaria. Cuatro habitaciones rodeadas por todas partes de colinas áridas de amor.

Me conoces. En momentos así tengo que poner manos a la obra. Por eso me puse a llenar cajas para organizar la mudanza. A ordenar: ropa de invierno, ropa de verano, vajilla y cubiertos que quería conservar, otros que había que regalar o tirar. Cartas antiguas. Recortes de periódico, álbumes de fotos. Me llevó más tiempo del previsto. No nos gustaba acumular, pero vivimos en ese piso veinticinco años. Te sorprendería ver cuántos trastos habíamos acumulado.

Dejé tu despacho para el final. Solo después de una semana reuní fuerzas para entrar. Con el corazón palpitante. Pasé de lo ligero a lo dificultoso. En primer lugar, los estantes con los archivos y los libros, y solo después el escritorio con sus numerosos cajones a los que nunca tuve acceso; pude constatar que no contenían oscuros secretos ni cartas de amantes ocultas (pero bueno, Mijael, ¿tantos años y ni una sola taquígrafa...?), solo dos Rolex que te regalaron y nunca utilizaste porque eran demasiado ostentosos para tu gusto, y fragmentos de tu diario profesional, que, por lo visto, pensabas transformar en un libro y no llegaste a tiempo (mejor así, si me lo permites).

En el último cajón encontré este contestador automático. Lo conecté a la toma del teléfono. Y tu voz de bajo me pidió que dejara un mensaje.

De pronto, supe lo que debía hacer. Desde entonces, hablo contigo.

Es ridículo, lo sé. Hablar con una máquina. Una persona sensata no lo haría. Pero si hay algo que he aprendido estas últimas semanas es que no existen las personas sensatas. O las acciones sensatas. Solo existen las acciones que una persona determinada, en un momento dado, debe hacer.

Durante todo este tiempo que te he dejado mensajes no esperaba que me respondieras, Mijael. No creí que me mandarías una señal o que te aparecieras en sueños para responder a mis preguntas.

Deseaba hablar contigo porque sé que solo a ti puedo contarte la verdad. Toda la verdad. Y nada más que la verdad. Y eso me había obligado a hacer lo más costoso: despojarme de todo disfraz y mirarme a la cara, mirar mis elecciones, sus consecuencias, para bien y para mal. Y para lo peor.

¿Sabes?, Sigmund Freud era un hombre inteligente, pero ayer por la noche, cuando hube terminado el último volumen de su obra y lo hube dejado en la mesilla de noche, pensé que había cometido un error. ¡Los tres pisos del alma no existen en nuestro interior! ¡No y no! Existen en el espacio entre nosotros y el otro, en el espacio entre nuestra boca y el oído de quien escucha nuestra historia. Y si no hay nadie que escuche, entonces ni siquiera hay historia. Si no hay nadie a quien revelarles secretos, contarle recuerdos y con quien consolarse, entonces estamos hablando con un contestador automático, Mijael. Lo importante es hablar con alguien. De otro modo, solo, el ser humano ni sabe en qué piso se encuentra y está condenado a tantear desesperadamente en la oscuridad, en el vestíbulo, buscando el interruptor de la luz.

Ayer participé en la Manifestación del Millón, en Tel Aviv, Esta vez, a diferencia de la anterior, fui en tren, y un *rickshaw* especial me esperaba a la salida de la estación. El conductor era Yishai, el joven huésped que vivirá conmigo en mi nuevo piso. Un chico maravilloso. Estudia Derecho. Sueña con fundar un despacho especializado en protección del medio ambiente para proteger la naturaleza de aquellos que buscan explotarla. Un idealista. Feo. Te gustaría.

Nos las arreglamos para llegar con el *rickshaw* a la calle Weizmann, donde nos esperaban algunos activistas a los que había asistido las últimas semanas, algunas personas de la tienda de campaña de los psicólogos, y Avner Ashdot.

Caminamos juntos, despacio –Avner no puede andar deprisa–, hasta la plaza. Nos instalamos frente al escenario. Ni muy cerca ni muy lejos. Soplaban una brisa agradable. Llevaba una ropa que no era adecuada para una jueza, sino para una mujer que acude a una manifestación: pantalón ancho y suelto. Una camisa cómoda ligeramente escotada. Zapatillas de deporte. Sabía que esta vez no me desmayaría y, si lo hiciera, tenía a Avner Ashdot junto a mí. La plaza se iba llenando de gente: unos llevaban grandes carteles bien diseñados, otros, carteles pequeños, improvisados. Me fijé que, en las inmediaciones, ocurrían hechos cotidianos: una pareja que se besaba apasionadamente, una pequeña cola ante el cajero automático, un niño que rompió a llorar porque se había caído. La danza habitual de la vida. Y sin embargo, pensé, algo extraordinario está sucediendo aquí también: tantísima gente dispuesta a no aceptar las cosas como son, que cree que es posible arreglarlas, se reúne en el mismo lugar. Es realmente especial.

A las diez de la noche subieron al escenario los primeros oradores. Luego subieron otros. Algunos dijeron cosas inteligentes. Otros, menos inteligentes. Pero en todos los oradores se podía percibir, entre sus palabras, un hilo conductor de honestidad.

Entre un discurso y otro aparecían cantantes y grupos desconocidos para mí. En una de las canciones, Avner Ashdot me invitó a bailar y yo acepté. Hacía tantos años que no bailaba en público... Ya sabes cuánto me gusta bailar. Las piernas de Avner Ashdot son pesadas como troncos, por eso no podíamos movernos al ritmo de la música y bailamos un vals más lento, en el centro de la plaza. Mi cabeza casi tocaba su pecho, su boca rozaba mi pelo, nuestros pies se movían en círculos.

Antes de medianoche cantamos el himno nacional, *La esperanza*, junto con trescientas mil personas. Y sentí que aún no habíamos perdido la esperanza, como dice el himno, que yo no había perdido mi esperanza.

Sabía que esa sensación era pasajera, pero, por un instante, me agarré a ella, Mijael, por un instante fue mía.

Mañana vienen los de la mudanza. Y pasado mañana me despertaré por primera vez en una casa que no es la nuestra. En una cama que no es la nuestra.

Creo que es el último mensaje que te dejo. Sacaré la cinta y la guardaré en uno de los cajones. Tal vez Benjamín lo encuentre un día, cuando yo me haya ido. Y la escuche.

El sábado regreso a Noit con Avner. Asia me ha telefoneado. Dice que el niño me echa de menos. Y que Adar no está en contra de que vaya. No del todo en contra, por lo menos.

Probablemente habrías dicho: ¿Qué prisa hay? Primero organiza un poco la nueva casa.

Probablemente habrías dicho que hay que esperar a que Adar me invite explícitamente. Que no es nuestro camino imponernos a los otros.

Pero desde ahora ya no es nuestro camino, amor mío, cariño mío, desgracia mía.

A partir de ahora es mi camino.

Título original: Three Floors Up

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© 2017, Eshkol Nevo

© de la traducción, 2019 de Eulàlia Sariola

© de esta edición, 2019 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore

Av. Riera de Cassoles, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17761-65-3

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Imagen de la cubierta: © Kelly Sillaste / Trevillion Images

Imagen del autor: © Moti Kikayon

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Créditos

ESHKOL NEVO

Tres pisos

¿Qué esconden tus vecinos?
¿Qué escondes tú?



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA

